
FRANCO MIMMI
NUESTRO AGENTE EN JUDEA
Lectulandia

Desde el mismo momento en que Poncio Pilatos se convirtió en gobernador de Judea, la represión más inclemente cayó sobre los grupos que luchaban contra el poder romano, lo que a su vez dio lugar a una violenta espiral de muertes y venganzas y a la aparición de numerosos «mesías» que propugnaban la conquista del reino de Dios mediante la violencia. Tanto para los dirigentes judíos más moderados como para Tiberio, la situación estaba llegando a unos extremos insostenibles que solo podía resolverse con ingenio y sangre fría.

Gracias a las maniobras de un astuto agente especial hispano, Lucio Valerio Anduco, Roma decidió convertir al más singular de esos «mesías», Jesús de Nazaret, en un agente secreto al servicio del imperio, sin que ni siquiera el mismo Jesús fuera consciente de ello.

En una espléndida trama que nos lleva de un extremo a otro del Mediterráneo, Franco Mimmi envuelve al lector en una escalofriante operación de ingeniería política que, al mismo tiempo, retrata con toda fidelidad las tensiones sociales en la Judea del siglo I a. C. y propone una agua reflexión acerca de los vínculos entre la religión y la política.

Franco Mimmi

Nuestro agente en Judea

ePub r1.0
Titivillus 26.01.15

Título original: *Il nostro agente in Giudea*
Franco Mimmi, 2000
Traducción: José Ramón Monreal
Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Teresa

—Su relato es extraordinariamente interesante, profesor, pero no coincide ni lo más mínimo con los Evangelios.

—¡Por favor! —contestó el profesor con una sonrisa condescendiente—. Usted sabe mejor que nadie que todo lo que se dice en los Evangelios no fue nunca realidad, y si comenzamos citando el Evangelio como fuente histórica…

—Estoy de acuerdo —respondió Berlioz—, pero mucho me temo que nadie podrá confirmar la veracidad de todo lo que usted nos ha contado.

Mijaíl Bulgákov,
El Maestro y Margarita

Capítulo I

—Se llama Jesús —dijo el sumo sacerdote—. Jesús, llamado el Nazareo.

El prefecto de Judea meneó la cabeza.

—No sé, Caifás, no me parece una buena idea. Vosotros los judíos sois muy sutiles, más que nosotros los romanos, sin duda, que somos un pueblo práctico, pero a veces pecáis de finura. Si tu pueblo quiere rebelarse de nuevo, que lo haga: ya sabe lo que le espera.

José, llamado Caifás o la buena vida, el político sutil, el poderoso sumo sacerdote, sintió —a pesar del tórrido calor que castigaba a Cesarea en aquellos primeros días del otoño— que un estremecimiento le recorría el espinazo. Los métodos con los que el prefecto romano había mantenido la paz en la indómita provincia de Judea eran, efectivamente, bien conocidos desde el momento de su llegada: para conocerlos, bastaba con subir a la colina que había en el centro de Jerusalén, siempre erizada de los palos de las cruces en las que eran martirizados los instigadores y los rebeldes.

Se decía que, en la región, tres años después de la llegada del prefecto escaseaban ya los olivos por los muchos árboles que habían sido talados para los suplicios, y la colina en la que se llevaban a cabo las crucifixiones se había ganado el apelativo macabro y sarcástico al mismo tiempo de Gólgota —palabra aramea para indicar la calavera humana—, no tanto por su forma cuanto porque era un lugar donde abundaban las calaveras de los ajusticiados.

Caifás inclinó la cabeza.

—Como desees, prefecto —dijo.

El otro hizo un gesto de irritación.

—Cuando me llamas por el título y no por el nombre sé que he de esperar cualquier cosa desagradable. Siempre ha sido así, desde nuestro primer encuentro.

Decidido a hacer observar las leyes de ocupación y a mantener el orden en Judea, a los pocos días de su llegada Pilatos había entrado en Jerusalén trayendo consigo de Cesarea a trescientos jinetes idumeos: un número excesivo para una escolta, un número que solo podía significar una amenaza. Los jinetes llevaban, además, en las insignias, la imagen del emperador, que era también dios y, por consiguiente, para los judíos monoteístas, un ídolo inaceptable.

Los gobernadores precedentes habían preferido respetar las creencias religiosas locales para evitar las reacciones de aquellos cabezas locas, pero Poncio Pilatos llegaba con las consignas de Lucio Elio Sejano, omnipotente prefecto del pretorio y gran protector suyo, que detestaba a los judíos y le había recomendado emplear con ellos mano dura. Entró en Jerusalén con las imágenes de Tiberio César Augusto en las insignias y aniquiló toda tentación de revuelta: redobló la guardia en el palacio en que se alojaba, y distribuyó a los jinetes en pequeños grupos que custodiaban día y noche los alrededores de la fortaleza Antonia, donde estaba acuartelada la cohorte de guarnición de la ciudad.

Siete días después volvió a Cesarea marítima, y una delegación formada por notables saduceos y fariseos le siguió. Durante cinco días, el prefecto rechazó toda solicitud de ser recibidos, luego les convocó en el maravilloso anfiteatro que Herodes el Grande había hecho construir en la playa y con la mano les señaló a los legionarios que, alineados en torno al escenario, le rodeaban.

—¿Quién es el jefe? —preguntó Pilatos.

Caifás dio un paso al frente.

—Soy José Caifás, el sumo sacerdote —dijo mirando a Pilatos—, me nombró hace diez años tu predecesor, Valerio Grato.

—Él te nombró y yo puedo destituirte. Y puedo hacer más aún: puedo haceros crucificar a todos, aquí y ahora, si no volvéis inmediatamente a Jerusalén olvidando vuestras estúpidas reclamaciones.

Caifás bajó la cabeza.

—Está bien, prefecto —dijo.

Pilatos sonrió, desdeñoso.

—Veo que eres persona sensata, Caifás. Ahora, podéis iros.

Caifás volvió a mirarle a los ojos.

—No, prefecto —añadió desafiante—, no nos vamos, puedes dar a tus hombres la orden de que nos maten.

Pilatos era amigo de Sejano y se decía que Sejano era omnipotente, pero el emperador Tiberio era más poderoso aún, y no habría perdonado una condena no solo injusta sino también inútil, o mejor dicho, arriesgada. Y así fue como Caifás salió airoso de su primer encuentro con el nuevo gobernador de Judea, y consiguió que sus soldados, antes de entrar en Jerusalén, retirasen siempre las insignias que mostraban la imagen del emperador.

Pero Pilatos no era persona que olvidara fácilmente los agravios. Había transcurrido poco más de un año cuando encontró una magnífica oportunidad para resarcirse en la escasez de agua que padecían los habitantes de Jerusalén: hizo proyectar un nuevo acueducto y cubrió los gastos mandando a los soldados a saquear el tesoro del Templo. Así, por segunda vez, Caifás fue a Cesarea y pidió audiencia al prefecto, que esta vez le recibió de inmediato y con gran cortesía.

—Espero que no tengáis motivo de queja después de lo que he hecho por vosotros.

Caifás estaba furioso, pero sabía que no podía permitírselo, y de nuevo encontró fuerzas para responder con moderación:

—Nuestro Templo, prefecto, no es como los vuestros; no es solo la casa de nuestro Dios, que es el único Dios, sino también nuestra casa y nuestra historia. Su tesoro es sagrado y tú te lo has llevado. ¿Cómo llamarías, tú, a una acción semejante?

—Necesidad, Caifás, la llamo necesidad —respondió el prefecto suspirando—. Tu gente tenía necesidad de agua, imploraba agua, pero no quería pagarla. ¿Habríais preferido morir de sed antes que renunciar a vuestras copiosas abluciones rituales en

los altares del Templo? ¿Qué puedo hacer, Caifás, si nadie quiere aquí pagar tributos?

Y esta vez quien calló fue el sumo sacerdote, porque sabía que el reproche del prefecto era fundado y había renunciado ya a hacerle comprender que no era un problema económico, sino religioso: que los judíos no querían pagar los tributos a César porque todo cuanto existe es de Dios, y solo a él, y no a un rey que pretende ser también un Dios, debe pagarse cuanto le es debido: de otro modo se cometería sacrilegio. Así que volvió a Jerusalén y explicó al Sanedrín y al pueblo que esta vez no habría excusas, ni habría arreglo.

Entonces las calles se llenaron de gente, y en vano Caifás y los otros saduceos trataron de aplacar los ánimos recordando las miles de víctimas que habían pagado con torturas y con su vida las revueltas precedentes. Enfurecidos, instigados por los esenios que habían dejado su barrio cerca del Monte Sión para mezclarse con la muchedumbre, incitados por los zelotas que habían acudido en seguida de sus campamentos del desierto, multiplicados por los numerosos grupos procedentes de Galilea y de Samaria, de Perea y de Judea, los habitantes de Jerusalén se esparcieron como un caudaloso río por las empinadas calles que subían hacia el Templo, resistieron a los legionarios romanos que trataban de romper las aglomeraciones y obligar a la gente a entrar en sus casas, se amontonaron delante de los muros de la fortaleza Antonia y gritaron su odio a los hombres de aquel rey que no era el suyo, porque solo Dios es Señor de Israel.

Era cuanto Pilatos esperaba y deseaba. Inmediatamente, partió un mensajero para anunciar a Roma la enésima revuelta de los judíos, y la necesidad de reprimirla con cualquier medio. Nutridos grupos de soldados, elegidos sobre todo entre los auxiliares porque su aspecto era más parecido al de los lugareños, habían cambiado su uniforme por ropas de calle: entraron en la ciudad por todas las puertas, se mezclaron con la multitud y, tras la señal convenida, sacaron de debajo de sus capas sus dagas y puñales. Antes incluso de comprender de dónde les llegaba la muerte, los judíos cayeron a docenas, a cientos, y en cuanto emprendieron la huida, los legionarios salieron de la fortaleza Antonia y los persiguieron en cada calle, en cada callejón, entrando incluso en sus propias casas. La revuelta había sido reprimida, Pilatos había ganado la segunda batalla.

El prefecto creía que había ganado también la guerra, pero pronto hubo de admitir que no era así. Con alarmante frecuencia, en efecto, continuaban estallando pequeñas revueltas no solo en Jerusalén, sino también en todo el país. A menudo los instigadores eran galileos, cuyo pesado acento ya también Pilatos, aunque no hablara más que unas pocas palabras del arameo en el que ellos se expresaban, había aprendido a reconocer, y no obstante el centro de los focos de rebelión no era aquella fértil región, sino el desierto de Judea, que parecía ejercer sobre los rebeldes un atractivo cuyo origen y razón el prefecto no lograba comprender. Las escaramuzas se repetían sin cesar y naturalmente, a pesar de alguna que otra victoriosa emboscada tendida por los rebeldes a los legionarios, bastante más cruentas para los judíos que

para los romanos, quienes no dudaban en reprimir sangrientamente el más insignificante de los alborotos y en crucificar a cuantos escapaban a sus espadas.

Sin embargo, los reprimidos parecían multiplicar sus fuerzas y su número en aquellas carnicerías, dispuestos a seguir al primer fanático que saliera del desierto afirmando haber sido consagrado por Dios como jefe de una nueva revuelta. El prefecto comprendió que si no quería seguir mandando a Roma informes poco honrosos para él, pues aquellos levantamientos le hacían parecer incapaz de establecer un orden auténtico y duradero, había de llegar a un acuerdo al menos con una parte de la población local, y decidió llegar a un acuerdo con Caifás. ¿Quiénes, en efecto, estarían más interesados en la paz que los saduceos? Era de aquel partido de donde salían los grandes sacerdotes, y a él pertenecían las familias más ricas e influyentes. En resumen: los saduceos eran la clase privilegiada, y como tal la más interesada en una tranquila estabilidad que garantizase sus privilegios y favoreciera sus negocios.

A pesar de las fricciones que habían caracterizado sus primeras relaciones, Pilatos y Caifás llegaron fácilmente a un acuerdo y las cosas mejoraron sensiblemente, pero las rutas del desierto siguieron siendo inseguras y de tanto en tanto estallaba todavía alguna trifulca que a menudo se transformaba en algo más gordo. Entonces se talaban olivos a decenas, para proporcionar las cruces de un castigo ejemplar.

Pilatos se levantó de su triclinio y salió a la terraza que daba al mar. El sol se reflejaba en los mármoles blancos del palacio que Herodes el Grande se había hecho construir cuando, cincuenta años antes, había fundado la ciudad a la que posteriormente se daría el nombre de Cesarea, en honor a aquel César Augusto que, pese a ser el dueño del mundo, no había querido ser llamado nunca emperador, y sin embargo le había permitido a él ser rey. «Odio esta ciudad», pensó Pilatos. Y luego se permitió la verdad y añadió: «odio a esta gente».

Con las manos vendadas con lino alzó un faldón de la toga para protegerse la cabeza, ya medio calva, del sol de mediodía. La reverberación sobre la ondulación del agua le hacía cerrar los ojos, el graznido de las aves marinas le hería los oídos, pero también le molestaba porque le recordaba lugares lejanos y añorados. Vio una figura blanca, abatida, que avanzaba a lo largo del rompiente, y a dos sombras oscuras que la seguían a escasa distancia: su mujer Claudia Procula con los dos legionarios que eran su guardia personal. «Está sola», pensó, «está siempre sola. Lo está desde que nos casamos, y hace ya de ello más de veinte años». ¡Veinte años de vida conyugal! ¡Una verdadera proeza para una pareja romana!

Como siempre, cuando sus pensamientos recaían en Claudia, cualquier otra cosa parecía desvanecerse de su mente para dejarle sumido en una sutil angustia. Esa era la muchacha que había querido desde que era un joven prometedor, en su pequeña ciudad de Velletri; aquella era la mujer con la que se había casado para hacerla feliz, y a la que había hecho siempre desdichada. «Por poco que pudiera…», pensó el procurador. Pero sabía que no podía.

Se volvió y encaró de nuevo al sumo sacerdote, que le había esperado pacientemente sin salir del amparo de la sombra.

—Vuelve a explicármelo todo, Caifás. El prefecto de Judea es un lerdo, el sumo sacerdote tendrá que repetirle toda la historia y explicársela bien. Entonces, Jesús llamado… ¿Cómo demonios has dicho que se hace llamar?

Caifás ignoró la blasfemia.

—El Nazareo —dijo.

—El Nazareo —repitió otra vez Pilatos, casi estultamente.

Se frotó una contra otra las manos vendadas con lino, pero no lo suficiente como para calmar el terrible picor que le afligía desde hacía algún tiempo. Bastó con un breve gesto del prefecto y aparecieron dos esclavos, uno llevando una jofaina de plata, el otro una jarra. Dejaron la jofaina sobre una mesita redonda de mármol y la llenaron de agua perfumada, en la que Pilatos sumergió de inmediato las manos sin siquiera quitarse las vendas. Lo hizo después poco a poco, y Caifás tuvo que hacer acopio de toda su entereza para reprimir una mueca de desagrado ante aquel signo tan evidente de impureza: estaban totalmente rojas, llagadas en el dorso, y en torno a las uñas la piel se había hinchado monstruosamente.

El prefecto volvió a sumergirlas en el líquido balsámico, a continuación las extendió hacia uno de los esclavos para que se las fajara con gran delicadeza con unas vendas limpias. Solo entonces pareció acordarse de que el sumo sacerdote estaba aún allí con él, y se dirigió de nuevo a él haciendo ostentación de gran indiferencia.

—¿Has visto mis manos? Comenzó hace algunos meses y no hace sino empeorar. Mi médico griego tiene una extraña teoría, más parecida a la brujería que a la medicina: sostiene que pensar me sienta mal, y sobre todo pensar en los judíos.

—¿Quieres decir que eres objeto de una especie de sortilegio? —preguntó Caifás sonriendo.

El prefecto sacudió la cabeza.

—No, sacerdote, es el pensar en mis cosas lo que me pone enfermo, sobre todo cuando pienso en vosotros y en las molestias que me causáis de continuo.

Caifás se encogió de hombros.

—Sabes perfectamente que nosotros los saduceos hacemos lo que podemos para mantener la paz —dijo.

—Es cierto, Caifás —hubo de admitir Pilatos—, hacéis lo que podéis, pero al parecer es insuficiente. Vamos, vuelve a explicarme tu sutilísimo plan y el papel de ese Jesús. Antes que nada, ¿qué quiere decir nazareo?

Sin ser invitado a hacerlo, Caifás se sentó, soltando un suspiro. No era fácil ser amigo de los romanos, o al menos de ese romano, que parecía incapaz de aprender las nociones más simples sobre el pueblo que había de gobernar, y por enésima vez desde que se había creado su fatigosa pero indispensable camaradería se esforzó en dar una lección al procurador de Cesarea sin que aquel tuviera la impresión de recibirla.

—Nazara es la verdad —dijo Caifás— y nazareo es aquel que lleva en sí la verdad. Es gente al mismo tiempo sencilla y muy dura: quieren alcanzar un estado de pureza y santidad, y por eso son muy frugales en el comer, no toman vino, no se cortan nunca el pelo. ¿Sabes quién era Sansón?

También Pilatos tomó asiento, pero sin buscar la sombra: tenía los ojos cerrados y la cara alzada hacia el sol, como si quisiera dejarse atontar por el calor. La terrible molestia en las manos se había atenuado y el prefecto dejaba que el alivio le embargase, dispuesto a la benevolencia e incluso a interesarse en una de aquellas innumerables historias que los judíos se contaban continuamente y sobre las que a menudo discutían hasta violentarse. Hizo una seña para que un esclavo trajera vino, y dijo:

—No, Caifás, no lo sé, explícamelo tú.

El sumo sacerdote le contó brevemente la historia de un héroe que había vivido mil años antes, tan fuerte que era capaz de matar por sí solo, armado con una quijada de asno, a más de mil filisteos, porque la fidelidad a su voto de nazareo hacía que su fuerza creciera a la par que sus cabellos. Pero el amor por una mujer vendida a los filisteos le traicionó: esta le cortó los cabellos mientras dormía, y sus enemigos pudieron apresarlo y cegarlo.

—Un triste final —dijo el prefecto saboreando el vino y algunos dátiles.

Caifás aceptó los frutos y rechazó el vino.

—Triste para todos —dijo—, porque los cabellos le volvieron a crecer y Sansón derribó las columnas del templo de Dagón sepultándose debajo de ellas junto a miles de filisteos.

—También nosotros tenemos historias así —dijo Pilatos con indiferencia—, muy útiles para la moral del pueblo. ¿Y este Jesús es tan fuerte como para hundir un templo?

Cogido por sorpresa, Caifás tuvo la visión del Templo en ruinas: aquel maravilloso Templo de Jerusalén que Herodes había hecho erigir sobre el modesto tabernáculo construido por el pueblo judío quinientos años antes, a su vuelta del exilio en Babilonia, ¡reducido a escombros! Hizo un gesto brusco con la mano, como para ahuyentar de sí aquella visión.

—¡Pues no! —exclamó—. ¡Todo lo contrario! Precisamente en esto consiste el plan. Él nos ayudará.

—Jesús el Nazareo —dijo Pilatos.

—Él precisamente —añadió el sumo sacerdote.

El prefecto de Judea suspiró y se llevó las manos a las axilas, apretándolas entre el cuerpo y los brazos, porque sentía que el alivio de las abluciones balsámicas estaba desapareciendo.

—Está bien, Caifás —dijo—, vuelve a explicármelo todo.

Capítulo II

Jesús se sentó sobre una piedra para descansar, se quitó las sandalias para dejar caer algunas piedrecillas y luego, tras haberse masajeado los pies durante unos minutos, volvió a calzárselas y reanudó el camino. Amanecía. Los pescadores que iban a comenzar su jornada de trabajo en el mar de Galilea le saludaron con un movimiento de cabeza o le dieron los buenos días llamándole por su nombre. El camino se hacía cada vez más empinado, hasta el punto de que la mirada ya no encontraba delante de sí, lejana, la línea del horizonte, sino el camino mismo, muy próximo.

Al cabo de otra hora de camino a través de un paisaje lleno de olivos, se detuvo de nuevo y alzó los ojos hacia la cima de la montaña. Desde allí destacaba un espolón que formaba una joroba, de modo que el perfil del monte recordaba al de un camello y este había dado nombre —Gamala— a la aldea grande establecida en sus laderas. El cielo estaba límpido y reluciente como una patena, era demasiado temprano incluso para los grandes buitres que durante el día lo recorrían indolentemente para abatirse de improviso sobre algún cadáver en uno de los muchos valles floridos que se alternaban en las alturas de la Gaulanitide, pero cuando llegó a casa, una de las primeras de la pequeña villa, encontró a su madre ya levantada, ocupada en alimentar el fuego para calentar el horno.

María alzó los ojos y sonrió.

—Así que te han dejado marchar —dijo—, ayer llegó la noticia, pero no sabía si creerlo.

El hombre apoyó en la pared el largo cayado de viaje, se quitó la capa y se sentó sobre una banqueta, apoyando la espalda a la pared. Se soltó la cuerdecilla que sostenía firme en torno a la frente el pañuelo blanco para protegerse del sol y se pasó por entre los cabellos y los pelos de la barba, para desenredarlos, los largos dedos nudosos con señales de los accidentes propios de su oficio.

—Esta vez sí, me han soltado —dijo—. Pero no sé por qué. Por otra parte, tampoco es que sepa el motivo de mi detención, así que no tiene importancia.

Tomó de las manos de su madre un pan redondo y plano untado con aceite de oliva y comenzó a comérselo con avidez, pero interrumpió su comida para levantarse a besar en la frente a las dos muchachas que habían entrado silenciosamente y les dejó en la piel la huella aceitosa que luego borró con la yema del pulgar, mientras las dos hermanas reían. Empezaron a echar una mano a su madre, que dejó el fuego y se dirigió al hijo.

—Volverán a arrestarte —dijo tranquilamente.

Jesús se encogió de hombros.

—Quizá no —dijo—, y en cualquier caso no lo dejaré solo por eso.

—O quizá —añadió María— sean los zelotas quienes te lleven al desierto.

El hijo la miró, pasándose de nuevo los dedos por la larga barba negra en un gesto habitual en él.

—¿Ha venido Menajén? —preguntó finalmente.

Ella hizo un gesto de asentimiento, pero no añadió nada más.

—Aquí tienes a José —dijo—, él te lo explicará mejor.

Volvió al horno y comenzó, ayudada por las hijas, a poner sobre los ladrillos calientes los roscones de pasta que había preparado, mientras los dos hermanos se abrazaban. Jesús preguntó a José —el tercero de los hermanos, que vivía desde hacía tiempo en Cafarnaún—, cómo estaban su mujer y sus hijos, luego le preguntó por Menajén. El otro negó con la cabeza.

—Yo no le he visto —dijo—, he hablado con Santiago, que luego me lo ha contado. Pero ahí llega, él te lo dirá.

Entraba, efectivamente, un tercer hombre, que recordaba de forma inequívoca a los otros dos por el color marrón de sus ojos y por el agradable rostro de color moreno claro y pronunciados rasgos. Al igual que los otros dos, llevaba bigote y barba. El cabello negro largo hasta los hombros, dividido en dos crenchas en el centro de la cabeza, era liso y lo llevaba untado de aceite como José, mientras que la melena de Jesús estaba desgreñada y polvorienta debido al viaje. Santiago vivía en la casa de al lado, con su mujer y sus dos hijas, mientras que Simón y Judas, los dos hermanos más jóvenes, vivían todavía con la madre, las hermanas y el primogénito, y al cabo de poco rato aparecieron levantando la cortina que hacía las veces de puerta en su cuarto. Los saludos y los deseos de paz se repitieron, luego los cinco hombres salieron y fueron a la carpintería que estaba bajo un cobertizo en la parte trasera de la casa. Jesús se sentó en el único taburete que había y los otros se acuclillaron en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Simón.

El hermano mayor se encogió de hombros.

—Nada dramático —dijo—, ya sabes que nuestros guardias, en comparación con los romanos, tienen la mano más blanda.

—Es Menajén quien quiere hablar contigo —observó Santiago—, sabía que el Sanedrín te había soltado y que volverías; y quiere verte de inmediato.

—¿Qué otras novedades hay? —preguntó Jesús.

—Cada vez hay más gente que se va al desierto —dijo Simón.

—Y cada día aumentan los ataques a los soldados romanos —añadió Judas, el más joven, con ojos que le brillaban.

El hermano mayor le miró, y delante de aquella pasión juvenil no pudo reprimir una sonrisa que le acentuó las arrugas del rostro, pero luego meneó la cabeza.

—No será esto lo que traerá el reino de Dios.

El otro se puso en pie ágilmente, y los largos cabellos le ondearon en el impulso.

—Pero cada vez los legionarios son más cautos —exclamó—, solo salen de las guarniciones cuando no les queda otro remedio. ¡Los romanos nos temen!

—¿Nos temen? —preguntó Jesús en tono irónico.

El otro se ruborizó.

—Temen a los zelotas —matizó Judas con voz queda, y volvió a sentarse en el suelo.

Jesús se dirigió a Santiago, dos años más joven que él y tan parecido, de tipo y semblante, que a veces incluso los propios habitantes de Gamala, que les conocían de siempre, llegaban a confundirlos.

—¿Algo más? —le preguntó.

Santiago bajó la cabeza, como si tuviera que decir algo desagradable.

—Menajén quiere verte en seguida —se limitó finalmente a repetir.

Jesús se levantó, estiró los brazos largos y musculosos que la túnica dejaba al descubierto y añadió:

—Ahora dejadme, pues en estos seis días de camino casi no he dormido.

Fue hacia el fondo del taller, arrojó las sandalias y se tumbó sobre una yacija baja cubriéndose con una fina manta. Los hermanos se levantaron y salieron en silencio, y el Nazareo se durmió al instante, indiferente a los ruidos de la pequeña ciudad ya en plena actividad.

Pero apenas habían transcurrido unos pocos minutos cuando un hombre alto y de complexión poderosa entró en la carpintería, llamando por su nombre y con un vozarrón a su ocupante. Jesús suspiró y se dio la vuelta con esfuerzo para mirar al recién llegado, se frotó los ojos y las mejillas dos o tres veces con las manos para ahuyentar el sueño que le entumecía los párpados y la mandíbula, y finalmente alzó la cabeza para mirar a Menajén, hijo de Judas.

—¿No podías esperar? —preguntó.

El otro, amenazador, temblaba de una rabia que casi no le dejaba hablar.

—¿Debía esperar? —preguntó al fin—. ¿Esperar a qué? ¿A que nos traiciones a todos? ¿O nos has traicionado ya? ¿Es por eso por lo que los romanos te han dejado libre?

—Te han informado mal —dijo Jesús tranquilamente—, no me apresaron los romanos, sino los del Sanedrín.

Menajén se encogió de hombros, despectivo.

—¡Y cuál es la diferencia! —exclamó—. Romanos o saduceos, están todos en el mismo bando, contra Israel, y tú aún no me has dicho por qué te han dejado marchar.

—No te lo he dicho porque no lo sé, Menajén. ¿Quieres un poco de agua?

Se había levantado mientras hablaba y se aprestaba a salir para ir a coger una jarra de agua fresca. El otro, titubeante, hizo un gesto para rechazar el ofrecimiento. Jesús salió y volvió con el agua y encontró a Menajén sentado en el único taburete, con la cabeza gacha y los dedos metidos entre los rizados cabellos. También él le puso una mano sobre los cabellos y se los desordenó aún más, como se hace con los niños en ademán cariñoso.

—¿De veras crees que yo podría traicionar a mi gente, Menajén? ¿Olvidas que mi padre luchó codo con codo junto al tuyo y que murieron juntos, en la revuelta del censo? ¿Olvidas que pusieron a dos de sus hijos los mismos nombres, Santiago y

Simón, y que esos hijos, dos de tus hermanos y dos de los míos, fueron arrestados juntos en más de una ocasión bajo la acusación de subversión?

El otro aceptó finalmente la jarra que se le ofrecía y tomó un largo sorbo.

—No olvido nada, Jesús —dijo a renglón seguido—, pero nuestros padres murieron hace más de veinte años, tus hermanos no están ya detenidos y tú, apresado por la guardia del Sanedrín, has sido liberado al cabo de un par de días. ¿Qué he de pensar?

Alzó su pesado cuerpo y, cogiendo a su amigo de los brazos, continuó:

—Creo que sí, Jesús, creo que tú puedes traicionarnos. Quizá sin darte cuenta, sin quererlo, porque creo que estás loco. Te has apartado de nosotros, los zelotas, con quienes creciste, y luego también de los esenios y de quien más te quería, tu pariente Juan el Bautista. Vas clamando contra los fariseos, sin distinguir entre los que están con los saduceos y los que están de nuestro lado, y luego pareces hablar como amigo con los gentiles, con los romanos idólatras. Así es, Jesús, te lo digo yo: tu locura te llevará a traicionarnos.

Recogió la corta capa que al entrar había arrojado sobre la mesa de carpintero e hizo ademán de irse, pero cuando había inclinado la cabeza para pasar por debajo del cobertizo se detuvo y se volvió: de nuevo un brillo de furia refulgía en sus ojos.

—Pero quizá me equivoco —gritó—, quizá sabes muy bien lo que haces y finges no menos bien. ¡Quizá quieres ser tú el Mesías que conduzca a Israel a la guerra y a la victoria, tú que afirmas venir de la estirpe de David, igual que yo, pero que no has nacido, como yo, en Belén, donde él nació, y donde me engendró mi padre mientras que del tuyo no es seguro ni el nombre!

Gritaba fuerte, y la gente salía de las casas para bajar o subir la cuesta y amontonarse alrededor del cobertizo. Las mujeres, expectantes, guardaban silencio, pero alguna de ellas, agazapada entre el gentío, comenzaba a emitir un sonido gutural que anunciaba el agudo lamento con el que solían expresar su dolor. Los hombres murmuraban, y se alineaban con uno o con otro porque les conocían a los dos de toda la vida y habían comprendido perfectamente el motivo de la disputa. Bajo la tez morena, el rostro demacrado de Jesús había palidecido, y se le habían blanqueado los nudillos de los dedos apretados en un puño, pero al hablar su voz era firme.

—Yo soy Jesús el carpintero —dijo—, hijo de José el carpintero, y también nosotros somos hijos de David.

—¡Mientes! —gritó Menajén—. ¡Yo, hijo de Judas el Galileo, soy de la estirpe de David y tengo derecho al trono de Israel! ¡Yo conduciré al pueblo de Israel a la guerra, a la libertad, y tú estarás del lado de tus amigos romanos y de los traidores saduceos, pero ni ellos te querrán!

Ahora las mujeres gritaban, y también los hombres, porque el recuerdo de los padecimientos infligidos a su ciudad por los romanos aún estaba vivo, tanto como la espera de la llegada del Mesías que habría de vengarles. Todo aquel que estaba de parte de Menajén gritaba: «¿Acaso ha de venir el Mesías de Galilea? ¿No dicen las

Escrituras que el Mesías ha de venir de la estirpe de David y del pueblo de Belén, donde vivía David?». Y todo aquel que estaba de parte de Jesús replicaba que su padre José había sido tan valeroso como Judas, y que su familia no tenía menos derechos. Pero mientras Jesús y Menajén se miraban con un rechinar de dientes y los puños apretados, los familiares del primero se abrieron paso entre la multitud y le cogieron por los brazos para llevárselo con ellos.

—Está fuera de sí —decían como excusa y, mientras tanto, Simón, que era alto y grueso como Menajén, le ponía las manos sobre los hombros y mirándole a los ojos exclamaba:

—Menajén, amigo mío, amigo nuestro, ¿es que te has vuelto loco?

Poco a poco volvió la calma a las calles y a las empinadas callejuelas, la gente entró de nuevo en sus casas o volvió al trabajo en los olivos o al gran lagar de la comunidad. Menajén, acompañado por Santiago y Simón, que seguían hablando acaloradamente con él para convencerle de su amistad y de la lealtad de su hermano mayor, se dirigió hacia uno de los despeñaderos que había detrás de la colina y fue cuesta abajo por un sendero de cabras hacia un paso subterráneo, abierto en tiempos de la revuelta contra los romanos, que en pocas horas le llevaría hasta el mar de Galilea. Jesús, alejándose de los otros hermanos y hermanas, subió hasta lo alto de la montaña, donde se sentó a contemplar el cielo en el que se cernían los buitres y el valle que tenía abajo. Volvió a pensar en el desierto de Siria, y en el de Judea, y en el de la otra orilla del Jordán, y el espectáculo que se ofrecía ahora a su vista —las colinas resplandecientes de flores, el vivo color argentado de las hojas de los olivos, los diamantes líquidos de los arroyuelos heridos por el sol— le pareció como la síntesis de todas las bellezas, de todas las riquezas del mundo. Entonces pensó que tendría que renunciar a todo esto, y se echó a llorar.

Capítulo III

El anciano se caló el pétaso, se acurrucó en el fondo de la barca y trató de conciliar el sueño. Aunque bien llevados, setenta años es una edad que merece respeto, sobre todo si una gran parte de ellos se han pasado en los campos de batalla o, peor aún, en los palacios imperiales. Había surcado aquel mar otras veces y siempre por razones dolorosas, y temía ver la costa alta y escarpada de Capri que iba acercándose mientras la barca tomaba velocidad llevada por la vela tensa y los remeros retiraban ya del agua sus palas. Temía también ver a Tiberio, porque no había sido capaz de decir nunca que no al emperador, y ahora se sentía demasiado viejo y cansado para decirle de nuevo que sí.

Consiguió amodorrarse, pero fue un breve descanso. Las voces de los marineros no tardaron en despertarle y, mientras la barca demoraba la marcha hasta detenerse, puso una mano fuera de la borda para recoger agua con la que refrescarse la cara y las ideas. Le ayudaron a subir al muelle, al otro lado del cual había atracada la imponente nave imperial siempre lista para zarpar. Siguió a los dos soldados que habían venido a recibirle al mando de un centurión, mientras un marinero jovencísimo, un muchacho apenas, le seguía llevándole la alforja con las pocas cosas con que había dejado Roma. Mientras caminaba, el hombre sonrió para sus adentros, y una vez más reconoció en Tiberio una gran inteligencia. No le había pasado inadvertido que los soldados no pertenecían a las cohortes pretorias que Augusto había creado como guardia oficial del emperador, y eran en cambio de la muy leal legión Marcias. Augusto había acuartelado en Roma solo a tres de las nueve cohortes, conservando algunas de ellas consigo, pero Tiberio había hecho construir en la capital los Castra Pretoria, cerca de la puerta Nomentana, y cinco años antes había concentrado allí, hasta el último hombre, a los pretorianos al mando del prefecto Lucio Elio Sejano. Al decidir retirarse a Capri, no había llevado consigo ni a un solo pretoriano: «Es evidente —pensó el anciano— que no se fía de Sejano tanto como se dice o como cree el propio Sejano».

Le hicieron subir a una carreta descubierta de cuatro ruedas, muy espartana. Uno de los soldados cogió las riendas de los dos caballos, con su colega al lado, mientras el centurión iba sentado en el banco frente al anciano y permanecía respetuosamente en silencio. El muchacho, con la pequeña alforja sujeta con una mano y echada sobre un hombro, se mantenía con la otra aferrado al vehículo y realizaba el trayecto a largos trancos que daban la impresión de un vuelo, permitiéndose incluso canturrear. Pasaron junto a la villa que Augusto había hecho construir a los pies del Monte Solaro, y que había sido también la primera morada de Tiberio al decidir retirarse a la isla, prosiguieron por el mismo camino, divisando de lejos las otras residencias oficiales que el emperador había decidido erigir posteriormente una tras otra, nunca contento del resultado.

—¿Cuántas son ya? —preguntó el anciano.

El centurión comprendió en el acto y sonrió.

—Once —dijo— y la duodécima está construyéndose.

—¿Será la última?

El otro se encogió de hombros, sin dejar de sonreír.

—¿Quién puede decirlo? La respuesta descansa sobre las rodillas de Júpiter, a quien está dedicada la casa.

El paso se estaba volviendo ahora más suave, mientras el carruaje se adentraba en el valle que formaba en el centro de la isla un collado fértil entre dos eminencias rocosas. El muchacho ya no cantaba, y cuando el camino comenzó de nuevo a subir dejó el agarradero para sentarse a recuperar el aliento a la vera del camino. La actitud de aquel joven sirviente hizo deducir al anciano que habían llegado ya y, efectivamente, pocos instantes después, el centurión así se lo anunció.

—Casi hemos llegado —dijo.

Se detuvieron delante de un umbral de piedra vigilado por otros dos legionarios, y el anciano no rechazó la mano que el centurión le estaba ofreciendo para bajar del carruaje. Aquella última media hora de sacudidas había sido el corolario de un viaje de veinte horas que le había llevado de Roma a Sorrento, prácticamente sin paradas más que para cambiar de caballos en todas las estaciones de posta; además, el tiempo pasado en el discurrir de la barca sobre las olas no había supuesto ciertamente un gran alivio. Entró en la villa anotando mental y automáticamente los detalles, por la vieja costumbre del trabajo al que acababa de renunciar. «Pero, qué digo», pensó meneando la cabeza, «un trabajo al que por fin se me ha permitido renunciar. Y ahora el responsable de ello me dirá por qué».

Efectivamente, había llegado a un patio soleado, donde el emperador estaba recostado delante de una gran mesa con unos pocos platos. Con gran asombro de los soldados que estaban de guardia, Tiberio hizo un gesto familiar de saludo al anciano, y este, sin mayor muestra de respeto que una breve inclinación de cabeza, fue a ocupar el triclinio del otro lado de la mesa y comenzó a servirse haciendo caso omiso de los intentos del sirviente por ayudarle.

—¿Has tenido buen viaje, Adunco? —preguntó Tiberio.

El otro asintió, ocupado en esparcir sal sobre un huevo duro.

—Para no entrar en penosos detalles, te diré que sencillamente correcto, Augusto —dijo—, aunque no ideal para un hombre de casi setenta años.

—No puedes quejarte —dijo Tiberio—, yo tengo dos años más que tú y he de hacer de emperador.

—Ardua tarea —hubo de admitir Adunco mientras seguía sirviéndose de los varios platos, y el tono de su voz parecía querer desmentir la apreciación, pero aprovechó un alto entre bocado y bocado para dirigir una mirada sonriente a Tiberio. Mirada que aprovechó también para observar los cambios habidos en los dos años que el emperador había pasado en Capri, lejos de las intrigas de la capital: notó que había cambiado de peinado, y que ahora los cabellos lisos, más que dividirse en

medio de la frente, la atravesaban de derecha a izquierda en el obvio intento de cubrir la calvicie. Sintió pena y apartó los ojos, y empezó a picar unos pedacitos de queso de cabra que iba pescando de un vaso lleno de aceite de oliva hispano.

—Excelente —dijo—, ¿es una receta de Apicio?

El emperador, que había captado la mirada del comisario, dijo:

—Una vez más, me desapruebas, Adunco.

—Digamos que una vez más no te doy mi aprobación —respondió el otro tan tranquilo, y los cuatro soldados que estaban en las cuatro columnas del patio, apoyados en sus lanzas, se enderezaron del asombro, mientras el esclavo se retiraba aturdido a la sombra del pórtico.

Pero Tiberio imitó a su convidado y se puso a pescar trocitos de queso del aceite dorado.

—Prueba también mis murenas —le aconsejó.

—Tus famosas murenas —dijo Adunco siguiendo el consejo—, tus voraces murenas que haces alimentar, por lo que dicen, con carne humana.

—¿Y tú te lo crees, Adunco?

—Si lo creyera, Tiberio, no me habrías llamado, y aunque lo hubieras hecho, yo no habría venido. A propósito, ¿no podrías decirme sin más pérdida de tiempo qué es lo que quieres de mí, para que así pueda despachar la cosa deprisa y finalmente despedirme?

El emperador meneó la cabeza.

—No hay prisa, Adunco, porque en cualquier caso no podrás despacharlo de prisa.

Se levantó del triclinio y el anciano le imitó al punto, de manera que se encontraron de pie el uno frente al otro antes de que a los soldados les diera tiempo de acudir en ayuda del emperador. El viejo comisario miró en torno suyo, asombrado por lo exiguo de aquella corte imperial. En verdad, Tiberio debía de haber llegado a odiar a todo el género humano, y no solo a sus parientes.

Pero este, desconfiado, había captado una vez más aquella mirada tan familiar.

—¿Y ahora, qué buscas? —preguntó resoplando.

—A los magos y adivinos por quienes, se dice en Roma, te haces aconsejar en tu política imperial.

La sonrisa con que Tiberio respondió no era sino un mohín de amargura:

—No podrían decirme tonterías que yo no sea capaz de vaticinar por mí mismo.

Los dos ancianos echaron a andar juntos, uno con su toga blanca, el otro con la capa gris y polvorienta, y salieron a una terraza de mármol blanco bajo la cual resplandecía el abismo azul de las aguas del golfo de Nápoles. Se tumbaron en dos pequeños lechos, al sol, y cerraron los ojos. El calor recalentaba la vejez de sus huesos, aturdía gratamente sus recuerdos, e inducía a un sueño que parecía el premio de su capacidad de perdurar.

A pesar del cansancio del viaje, el primero en despertarse fue Adunco: había

bastado, en sus hábitos de policía, con que se posase en su rostro la sombra del gran parasol abierto por dos esclavos para proteger a los durmientes. Pero pronto también Tiberio abrió los ojos, y por una corta escalerita bajaron ambos a la piscina que se encontraba en una terraza inferior. Adunco nadó tranquilamente y largo rato, buscando el reposo en aquel plácido movimiento bien sostenido por el agua salina, mientras el emperador permanecía sentado en un escalón sumergido. Luego, cada uno envuelto en una toalla de lino egipcio, volvieron a tumbarse al sol.

Fue entonces cuando el emperador decidió hablar:

—Debes ir a Palestina, Adunco.

Lucio Valerio Adunco había nacido en Córdoba, capital de la Hispania Ulterior, el 11 de septiembre del año 713 de la fundación de Roma, en el seno de una familia de pequeños terratenientes. A los diecisiete años, como tantos jóvenes de provincias de discretos medios económicos y buena cultura, se había trasladado a la capital. Le había acogido un amigo de la familia, Anneo Séneca, de profesión rétor, que le había encaminado al estudio de la oratoria, pero pronto Adunco —el sobrenombre delataba una nariz no precisamente griega[1]— había abandonado esta carrera por la de las armas, a las órdenes del general Vipsanio Agripa. Lo cual no había sido óbice para seguir frecuentando a hombres de letras, y sobre todo al círculo que se reunía en torno a Valerio Messala Corvino, traductor de la célebre oración de Hipérides en defensa de Friné: la cortesana acusada de impiedad pero cuya belleza, que su defensor había desnudado delante de los jueces, había bastado para valerle la absolución.

En aquel círculo disoluto el soldado-literato se había hecho amigo de algunos personajes mal vistos por las autoridades por la libertad de pensamiento y los amores fáciles a que se entregaban. Sobre todo se había hecho amigo del poeta erótico Publio Ovidio Nasón y de la no menos escandalosa Julia, la hija de Julio César Augusto que poco después se casaría con el hombre destinado a suceder a su padre, Tiberio Claudio Nerón.

El matrimonio —el tercero, en realidad, después del que había contraído con Marco Claudio Marcelo y del otro con el general Vipsanio Agripa— no había sido suficiente para frenar el comportamiento de Julia, de modo que su marido la había abandonado para retirarse a Rodas y luego su padre la había condenado al destierro. A Julia, llamada Mayor para distinguirla de su hija, se la había hecho partir a toda prisa y con gran discreción a Ventotene, la islita aguas adentro de Gaeta, acompañada solo por su madre, Escribonia (y por mí, pensó Adunco, yo le hice de escolta, sin solicitarlo porque no me lo habrían permitido, y sin que tratasen de detenerme porque habría ido de todos modos). Sus hijos habían de tener un destino desgraciado, y su hija Julia Menor seguiría su misma suerte.

«Cuando todo esto comenzó», pensó Adunco, «yo apenas si tenía veintiún años, Ovidio veinticuatro, Julia veinte. Hace de ello un siglo».

Se agolpaban en sus recuerdos la Córdoba de la infancia, que aún sufría las

secuelas del saqueo al que la había entregado julio César para castigarla por haberse alineado con su enemigo Pompeyo; y la Roma desenfrenada de lujuria e inteligencia de su juventud, en la que le habría gustado ser poeta como su gran amigo Ovidio y donde había terminado siendo soldado para estar cerca de la mujer que amaba, la mujer de su general, la hija de César Augusto.

Una sensación de terrible impotencia hizo que recorriera sus viejos huesos un estremecimiento de rabia desesperada.

—¿A Palestina? —preguntó con una voz ronca que ni siquiera él reconoció—. Estás loco, Tiberio: no iré a Palestina ni a ninguna otra parte, sino a Córdoba, donde ya estaría desde hace años descansando si tú no me hubieras obligado a quedarme en Roma para no perder de vista a tu querido Sejano, quien ha intentado al menos seis veces asesinarme.

—A Palestina, Valerio Adunco —confirmó Tiberio sin inmutarse—, porque se trata de un asunto delicado y únicamente me fío de ti, pues, aunque alguna vez me has callado cosas, nunca me has mentido. A Palestina, porque esos locos judíos podrían estar al borde de otra revuelta y yo no me fío del juicio de nuestro prefecto, ese exaltado de Poncio Pilatos. Debes ir a Palestina, Adunco, y seguir de cerca a esa especie de agente secreto que Pilatos me propone.

—¿Un judío? —preguntó Adunco—. ¿Le conoces?

Con la cabeza el emperador asintió y luego negó.

—Un tal Jesús de Gamala —dijo— llamado el Nazareo. ¿Sabes algo tú?

También el otro hizo un ademán para indicar que no. Naturalmente, en los catorce años en que había sido prefecto comisario de la Urbe —cargo que acababa de dejar, al llegarle la orden de dirigirse a Capri— se había tenido que ocupar a menudo de asuntos no estrictamente urbanos. Una de sus tareas, por ejemplo, había sido la de asegurar la protección de los personajes importantes que llegaban a Roma para una visita que a veces se prolongaba más de lo que ellos mismos hubieran deseado. Entre estos visitantes involuntarios había estado Herodes Filipo, hijo desheredado de Herodes el Grande, que había llegado exiliado a la capital del Imperio con su mujer Herodíades, pero luego se había quedado en ella solo porque su hermanastro, Herodes Antipas, que en cambio había recibido de su padre Galilea y Perea, había llegado a Roma para que Augusto le ratificara en su grado de tetrarca y posteriormente había vuelto a partir hacia Palestina llevándose con él a Herodíades.

El ex *praefectus urbi* sonrió para sus adentros pensando que, a pesar del rigor religioso del pueblo judío, los enredos matrimoniales de sus potentados no eran después de todo menos complicados que los romanos. Pero a pesar de que Herodes Filipo permanecía aún en Roma, y aunque recibía a veces visitas de probables conspiradores judíos a los que Adunco había hecho espiar escrupulosamente, el nombre de Jesús el Nazareo le resultaba totalmente nuevo.

—Bien —dijo Tiberio—, este es el problema. Yo no sé nada, tú tampoco, y parece que tampoco sepa mucho de él Poncio Pilatos, aparte del hecho de que los nazareos

no se cortan nunca el pelo. Y sin embargo, en su último informe el prefecto me asegura que este desconocido podría ser la solución a los muchos problemas que nos causa Judea. Resulta increíble la constancia con que la gente sigue organizando revueltas, ninguna otra provincia del Imperio se ha comportado nunca de manera tan turbulenta.

—Te recuerdo que solo han pasado cinco años desde que fue sofocada la revuelta de Tacfarinates, en África, que duró unos siete años. Y en la Galia, hace ocho años, Floro y Sacroviro consiguieron reunir un ejército al que solo pudimos derrotar a costa de grandes bajas.

—Nadie lo sabe mejor que yo, Adunco, y sin embargo te digo que en Palestina es aún peor. Allí no ha habido nunca una revuelta de las dimensiones de las que acabas de mencionar, pero en contrapartida no hay nunca un momento de tregua: les he concedido unas leyes más favorables que al resto de las provincias, he garantizado el respeto de su fanático monoteísmo aunque sea en detrimento de nuestro dios más poderoso, que soy yo, pero ellos continúan odiándonos y combatiéndonos.

El emperador hizo ademán de levantarse y en un abrir y cerrar de ojos dos esclavas se pusieron a su lado, con una gran sábana de lino blanco para envolverle. Parecía que la visita de un huésped tan poco obsequioso hubiese trastornado todas las reglas de la etiqueta vigente en la corte imperial de Capri, y los servidores de Tiberio temían haber faltado a sus obligaciones y haberse expuesto por tanto a los despiadados castigos de los que sabían capaz al Augusto en los momentos de mal humor.

Adunco contempló con admiración los pechos desnudos de las dos doncellas jovencísimas que se afanaban por envolver los viejos miembros de Tiberio.

—Murenas aparte —dijo—, comienzo a pensar que las historias sobre los placeres desenfrenados a los que te entregas en esta isla no son del todo una leyenda.

Tiberio se encogió de hombros, mientras se alejaba sostenido por las dos esclavas.

—Pero algo se me deberá —dijo— por este ingrato trabajo que estoy obligado a hacer. ¿Recuerdas el verso de Virgilio? «Empresa tan grande era fundar el pueblo de Roma». Aunque si me diriges otra de esas miradas tuyas tan penetrantes, te darás cuenta de que el adjetivo *desenfrenados*, aplicado a mis placeres, no puede resultar sino muy relativo.

Adunco rio. Siempre le había gustado la capacidad, común en Augusto y Tiberio, de tratar con indiferencia y casi desprecio tanto su inmenso poder como su propia persona. Recordaba que Augusto, al borde de la muerte, había preguntado a los amigos si consideraban que había interpretado bien la farsa de la vida. Repitió para sí aquellas palabras que nunca olvidaría: «Si esta pieza ha sido de vuestro agrado, aplaudidla, y saludadnos con alegría mientras nos despedimos».

—¿Qué demonios de blasfemias andas diciendo? —le preguntó Tiberio dejándose caer en el triclinio delante de la mesa puesta y apartando con un gesto de fastidio al criado, que se afanaba por servirle.

—Pensaba en si es posible conseguir vino de Recia —se limitó a responder Adunco mirando al criado.

—¿El preferido de Augusto? —intervino Tiberio con una voz cargada de sospecha—. ¿Y por qué? ¿Qué te pasa por la cabeza, loco hispano?

—Un brindis tan solo. A él y a ti. Pero ya sé que no me creerías. Volvamos a tus judíos, Tiberio; dime qué quieres que haga.

El emperador metía las manos en las bandejas y cogía pedacitos de manjares exquisitamente preparados y presentados, que observaba con desprecio antes de mordisquearlos y tirar el resto. Su huésped se limitaba a dar sorbos al vino de Recia que le acababan de traer, acompañándolo de vez en cuando con unos pescaditos enharinados y fritos en aceite de oliva.

—Nuestro Pilatos —dijo Tiberio—, uno de los prefectos más sanguinarios que el Imperio haya tenido jamás, asegura ahora que la única manera de evitar que Palestina pase de la revuelta endémica a la guerra abierta es encontrar entre los judíos a un hombre de paz, que tenga ascendiente sobre sus compatriotas y les convenza de que los romanos son buenos y justos o en cualquier caso el mal menor.

Y propone a Jesús el Nazareo.

El emperador asintió, masticando distraídamente una inigualable exquisitez.

—Quiero que vayas —dijo— sin que lo sepa Poncio Pilatos, y que intervengas si ves que las cosas se ponen feas. No pierdas de vista a ese Jesús, Adunco, no me gustan los hombres con el pelo largo.

Capítulo IV

En aquel tiempo, Gamala, un antiguo centro que los judíos habían comenzado a ocupar a su vuelta del exilio de Babilonia, se había recuperado de la terrible represalia a la que los romanos la habían sometido veintidós años antes, por haber apoyado la revuelta de Judas el Galileo contra el censo que había querido hacer Octavio Augusto. El encargado de realizarlo había sido Publio Sulpicio Quirinio, el gobernador de Siria que había sucedido a Quintilio Varo. Hombres marcados ambos por un futuro de sangre, Varo moriría dos años después con todos sus efectivos en la selva de Teutoburgo, víctima de la emboscada del germano Arminio, y Quirinio iba a emplear todas sus fuerzas para sofocar la guerra santa desencadenada por los zelotas en Galilea.

En realidad, Quirinio había sido incapaz de comprender la verdadera razón de aquella rebelión, y hasta el final estuvo convencido, que se debía a razones económicas. En efecto, el censo registraba a los ciudadanos con fines fiscales, y cuando los romanos dieron vía libre a una recaudación de los tributos realizada de modo brutal, Galilea se sublevó, instigada por Judas. Era este un doctor de la Ley que se llamaba a sí mismo y a sus seguidores zelotas, por el celo que demostraban al Señor, pero había quienes les llamaban simplemente galileos, en vista de que su cabecilla era Judas el Galileo, y otros también hablaban con talante conspirador de la secta de los filósofos, pues venían después de los saduceos, los fariseos y los esenios.

Judas era un doctor de la Ley, pero para exponer sus tesis no había elegido la sinagoga: había salido a las plazas de los pueblos y de las ciudades, de Gamala y de Jericó, de Cafarnaún y de Pella, y había gritado a los habitantes que les despreciaba, porque estaban dispuestos a pagar los tributos a los romanos y a reconocerles como sus señores, olvidando que un judío no podía reconocer a más Señor que a Yahvé, rey del pueblo de Israel y rey del mundo. El censo, gritaba Judas el Galileo, era la demostración de que los judíos eran esclavos, tanto más despreciables cuanto que no hacían nada para reconquistar su libertad. Pero si rechazaban la obediencia al romano —un impío que se pretendía divino—, si se lanzaban a la lucha contra el Imperio de Augusto y de Belial, entonces Dios entraría en acción y llegaría la victoria, vendría su reino: «Señor, señor, rey del cielo que mandas sobre todo lo creado, único soberano, omnipotente…».

La revuelta había estallado. Los zelotas iban al encuentro de la muerte con despreocupación, aceptaban con indiferencia la de los padres y amigos toma dos como rehenes. El legado Quirinio creía que no querían pagar los tributos, pero también estaban dispuestos a pagar con la vida con tal de no llamar Señor a nadie que no fuera Yahvé, su Dios, el único. Delante de ellos tenían no solo la victoria, sino también la salvación, y esta, como la victoria, había que conquistarla arma en mano. El ejército enemigo estaba compuesto por los conquistadores romanos, pero también por sus cómplices, y para los zelotas eran cómplices no solo los publicanos, que se

prestaban a recaudar los tributos para el invasor, sino todos los judíos que aceptasen la *pax romana* y no se rebelasen.

Jesús cerró los ojos y saboreó el recuerdo de las palabras de Judas en la plaza de Gamala, y luego en la ribera del mar de Galilea, abarrotadas ambas de gentío. Volvió a notar el calor que le había invadido, el sueño de sacrificio y de victoria en unión con Dios. Tenía a la sazón catorce años, era casi un hombre, pero volvió a ver aquella sensación pintada también en el semblante de sus hermanos más pequeños. Santiago, que tenía entonces doce años, José, que tenía apenas nueve y al que él llevaba sobre los hombros para que pudiera ver por encima del círculo de los adultos.

Una sensación pintada sobre todo en el rostro de su padre, que él, después de aquel día, vería solo otra vez. El comandante militar de Siria había aplastado la rebelión, y los bosques de la fértil Galilea fueron transformados en cruces. Junto con Judas, su cabecilla, fueron crucificados otros dos mil zelotas. Cuando las mujeres desataron a José de una de las cruces levantadas por los romanos, cuando lo depositaron en la tumba, su madre no quiso que los hijos le vieran, pero Jesús era casi un hombre, de modo que se apartó del grupo y contempló el cuerpo sin vida de su padre: aquello era algo que no iba a olvidar jamás.

Para prevenir nuevas revueltas, Quirinio había organizado una expedición punitiva contra varias localidades de Galilea, que fueron devastadas y quemadas. La gente, aterrorizada, huía hacia cualquier lugar que pudiera ofrecer un refugio: casi todos los hombres cruzaban el Jordán y se adentraban en el desierto, que se extendía más allá del Mar Muerto, para unirse a los zelotas aunque no compartieran sus ideas: casi todas las mujeres, con los niños, buscaban una escapatoria entre los parientes y los amigos cuyas ciudades y aldeas se habían librado de la furia de los romanos.

Gamala había sido uno de los centros más castigados, porque allí habían vivido Judas y su familia, pero poco a poco la gente había vuelto, había reconstruido las casas y las calles, y ahora la pequeña ciudad era de nuevo próspera. Los olivos la rodeaban (los romanos no los habían quemado: sabían perfectamente que no debían destruir la fuente de su renta, si querían que los súbditos del Imperio pagasen los tributos), y la exportación de aceite había tenido éxito tal como acreditaba el gran lagar que había a la entrada de la ciudad. Sus habitantes trataban de olvidar las vicisitudes pasadas, aunque sin perder el contacto con los zelotas, entre quienes figuraban tantos parientes y amigos, y sus mujeres daban prueba del recuperado bienestar vistiendo aderezos de hueso y de marfil, llevando anillos de oro en los dedos y derramando preciados perfumes sobre sus largos cabellos negros.

En el centro de Gamala, en el lugar en que yacían los restos de la vieja y modesta Casa de la Asamblea, había sido construida una hermosísima sinagoga decorada con figuras geométricas (la religión prohibía la representación de figuras humanas) y recorrida en su interior, a lo largo de todo su perímetro, por tres filas de bancos de piedra dispuestos en gradería. El suelo estaba cubierto por un pavimento también de piedra: en el centro había un espacio cuadrado donde la asamblea se reunía para leer

los textos sagrados, delimitado por una serie de columnas redondas, excepto las del rincón, que tenían una sección en forma de corazón. La calle principal llegaba del valle a la sinagoga, y seguía hasta la cima de la colina.

Allí estaba sentado Jesús, contemplando la ciudad o, con un ligero movimiento del cuerpo, la escarpadura que daba al valle en el que resplandecía el gran espejo de agua que unos llaman lago de Genesaret y otros mar de Galilea. También él una fuente de riqueza, con su abundancia de peces, para todos los centros habitados de la zona: desde Corozaín y desde la populosa Cafarnaún, al norte, donde se hacinaban gentes de culturas y religiones distintas, hasta Betsaida, en la ribera oriental y, en la orilla opuesta, Genesaret y Tiberíades. Esta última había sido fundada pocos años antes por Herodes Antipas en honor del emperador Tiberio, para hacer de ella la capital de Galilea.

Estaba ya próximo el mediodía, y el agua del lago era un inmenso espejo cegador lleno de reflejos que impedía vislumbrar las barcas ocupadas en la pesca. Jesús se protegió del sol con la mano en los ojos para mirar primero el lago y después el cielo, que ahora aparecía desierto y silencioso como el agua en la que se reflejaba; luego se pasó la mano por la cabeza inclinada y se quedó largo rato así, acurrucado sobre sí mismo, pensando.

Se le acercó, al cabo de un rato, la más joven de sus hermanas, que le alargó un pan con un pescado hecho a la brasa y en realidad más bien quemado. El hombre se puso a comer distraídamente, pero cada vez con mayor placer a medida que despertaba su apetito, sin sacar las partes más requemadas, pero comentando burlonamente lo mal asado que estaba.

—No es en la mesa —dijo sonriendo a su hermana— donde conquistarás a tu marido.

La joven rio abiertamente:

—¡Hay que tener valor para quejarse! —exclamó—. ¡Quién sabe qué porquerías mucho peores que esta habrás comido en el desierto, langostas y escorpiones!

Jesús bebió un largo sorbo del pequeño odre de vino que ella había traído, y luego, secándose la boca con el dorso de la mano, asintió con la cabeza.

—Porquerías, efectivamente, aunque no tan malas como cree la gente. Los escorpiones no sé, no he llegado a tanto, pero las langostas no son tan malas. Es más, doradas en la llama son decididamente buenas. En cambio, hervidas no saben a nada.

La muchacha sintió un pequeño estremecimiento de horror que exageró por simple broma.

—¿Quieres decir que esos odiosos insectos se pueden cocinar de varias maneras?

Su hermano asintió, mientras terminaba de tragarse el pan en el que había envuelto el último pedazo de pescado quemado.

—Por supuesto —dijo acto seguido—, se hierven en agua salada y se ponen al sol. Cuando están muy secas se trituran, y luego se ponen en una bolsa y se conservan durante varios días. Para quien vive en el desierto, ya sea hombre o camello, las

langostas no son una plaga sino una bendición.

Ella le miraba, con un mohín de desagrado en el rostro.

—Y dices que son buenas —comentó incrédula.

—No he dicho tal cosa —corrigió Jesús poniéndose en pie—, he dicho que son buenas si se doran, y que hervidas en cambio no saben a nada, y que si después de un par de días te comes las briznas secas, entonces sí, son una verdadera porquería.

Se encaminaron hacia la aldea, por la pendiente un tanto pronunciada que les mostraba los tejados de las casas —en realidad frágiles terrazas hechas de caña y mantillo, para cubrir unos simples sillares de piedra— y que les obligaba a bajar caminando casi sesgadamente, pero entre tanto la muchacha seguía hablando alegremente.

—¿Has visto a nuestro primo Juan? —preguntó—. ¿Sigue yendo de un lado para otro del Jordán con los cabellos largos y vestido con mugrientas pieles de camello?

Jesús rio.

—Mucho me temo que sí —dijo—, mucho me temo que tu descripción le representa de maravilla. Pero —añadió con distinto tono, como para reprocharse el haber reído— no por eso hay que tomárselo a risa. Es un hombre muy bueno y muy honesto, y en sus enseñanzas hay mucha verdad.

En este punto se detuvo y se volvió hacia la hermana, que le seguía a un par de pasos.

—Y, además —dijo, volviendo abiertamente al tono de broma—, no creas que yo iba por ahí en unas condiciones mucho mejores, cuando estaba con él.

Reían ambos cuando llegaron a casa, y María le miró con afecto risueño, pero cuando la muchacha se hubo ido su rostro adoptó en seguida una expresión preocupada. Se acercó a su hijo y le dijo:

—Ahora Menajén te odia, Jesús, y casi todos, en Gamala, están de su lado. Y aunque seas un maestro de las Escrituras, y yo no pueda enseñarte nada, recuerdo que tu padre José estaba del lado del padre de Menajén y que él y Judas murieron juntos, y no sé qué pensar. Pero sí sé que no quiero que mueras también tú, como él, y que también tú nos dejes solos y sumidos en el dolor como hizo él.

Jesús la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos.

—Yo tengo que hacer mi camino, madre —le dijo en voz baja y dulce, como si le pidiera excusas por ello.

—Lo sé —dijo ella sin moverse—, por eso tengo miedo. Y me han dicho que has encontrado motivos de discordia con tu primo Juan, y también eso me da miedo. Y corre el rumor de que has sido expulsado por los sacerdotes esenios de Qumrán, y también eso me da miedo. Y dicen que hablas no solo con escribas y fariseos, sino también con los romanos y los samaritanos, y también eso me da miedo. Y sé que los sacerdotes del Templo de Jerusalén te han hecho encarcelar y luego te han soltado sin presentar contra ti ninguna acusación, y eso me da más miedo que nada.

El hombre se desprendió de su madre, alejándola con suavidad pero con firmeza,

y su tono, cuando habló, era de ligera irritación:

—Con miedo se vive mal, madre, mejor dicho, no se vive en absoluto. Pero tampoco te salva de la muerte, de modo que olvida todos estos rumores.

Y luego, más dulcemente, casi en un susurro, añadió:

—Creía que por lo menos tú, madre, entenderías que busco la vida y la paz.

María hizo un gesto de reprobación con la cabeza, y sus ojos oscuros buscaron los de Jesús.

—Los zelotas —dijo— esperan al Mesías que los conduzca a la guerra, y también los esenios quieren la guerra, y muchos entre los fariseos. Mientras tanto, los romanos nos torturan y nos crucifican y los saduceos les echan una mano, y tú hablas de vida y de paz. Dime, hijo mío, ¿no estarás de verdad fuera de tus cabales, como hemos tenido que gritar para salvarte de la multitud?

El otro hizo un gesto de desconsuelo. Cogió la capa del clavo en el que la había colgado por la mañana y se la echó sobre la túnica sin mangas, se puso en la cabeza la pieza de tela blanca, la aseguró con la cuerdecilla en torno a la frente, cogió el cayado apoyado en la pared y salió de casa encaminándose lentamente hacia el valle.

El camino comenzó a trazar curvas, para suavizar el desnivel, y los fulgores de sol reflejados por el lago herían ya un lado, ya el otro, del rostro del caminante. Jesús caminaba y pensaba, pensaba y caminaba, tratando de superar las dudas y la distancia, pero de golpe, cuando ya el sol se acercaba al horizonte, se detuvo. «Es demasiado pronto para irse —dijo para sí—, antes tendré que hacer al menos una prueba».

Volvió sobre sus pasos, y cuando se hizo oscuro entró de nuevo en la carpintería que había heredado de su padre. La recorrió lentamente, guiado por el rayo de la luna que desde la creación del mundo servía a su pueblo para medir el tiempo, acarició la garlopa y las barrenas de mano esparcidas sobre la mesa junto a un trabajo inacabado, luego se tumbó sobre la yacija baja que ocupaba un rincón de la estancia, con la cara vuelta hacia la pared, se cubrió con una manta fina y finalmente se durmió.

Se despertó, y era sábado. Se levantó y vio a Simón y a Judas que le esperaban. Se dirigieron hacia la sinagoga, como era costumbre de los judíos desde los tiempos del cautiverio de Babilonia, deteniéndose a lo largo del camino para esperar a que Santiago saliera de casa. Cuando entraron, por la puerta principal de la fachada orientada a Jerusalén, se produjo un murmullo: la gente recordaba la disputa del día anterior y casi todos los hombres, como había dicho María, estaban del lado de Menajén, mientras que las mujeres, en la parte del edificio que les estaba reservada, parecían no tener claro su apoyo.

Los cuatro hermanos tomaron asiento uno al lado del otro en una de las filas de bancos, y escucharon con atención las lecturas y las explicaciones de los doctores de la Ley. Sabían que también le llegaría el turno a Jesús, y pese a ver que se retrasaba más de lo necesario, dando preferencia a los doctores más jóvenes y menos renombrados, no se molestaron y esperaron tranquilos. Finalmente, también Jesús se

levantó para la lectura, bajó hasta el espacio cuadrado delimitado por las columnas y le presentaron el rollo del profeta Isaías. Lo desenrolló y dio con el pasaje donde había escrito: «El espíritu del Señor, Yahvé, está sobre mí, pues Yahvé me ha ungido, me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos y sanar a los de quebrantado corazón, para anunciar la libertad a los cautivos, para restituir la vista a los ciegos, para volver libres a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor».

Una vez hubo leído este pasaje, Jesús enrolló el escrito y lo devolvió al ministro, y a continuación se sentó. Las miradas de todos los presentes en la sinagoga estaban fijas en él, que al cabo de unos instantes comenzó a hablar.

—Hoy —dijo— se ha cumplido la Escritura que acabáis de escuchar.

Inmediatamente se alzó un murmullo: aquella profecía había sido interpretada siempre como el anuncio del Mesías liberador de Israel, y parecía, por las palabras de Jesús, que él se reconociera en aquel Mesías y se atribuyera aquella tarea. Pero Jesús continuó pintando un cuadro muy distinto al que se representaba de ordinario. Efectivamente, ante el estupor de los presentes, para quienes los protagonistas de aquellos pasajes solo podían ser los hijos de Israel, se preocupó sobre todo de subrayar que el texto de Isaías no indicaba distinción alguna, de modo que los pobres, y los prisioneros, y los ciegos, y los oprimidos podían pertenecer a cualquier pueblo del mundo, y que el enviado del Señor no debía ser necesariamente un Mesías guerrero.

Apenas había terminado cuando los murmullos se reanudaron y fueron subiendo de tono, porque la gente, solo de pensar que aquellos pobres y ciegos —y hasta los oprimidos, ¡ironía de las ironías!— pudieran venir de las filas de sus opresores, se habían irritado aún más. Hasta los más reflexivos no podían dejar de asombrarse por la audacia casi blasfema de aquella interpretación, y decían, llenos de estupor:

—¿De dónde le vienen a este tales cosas, y qué sabiduría es esta que le ha sido dada? ¿No es acaso el carpintero, hijo de María y el hermano de Santiago, de José, y de Judas y de Simón? ¿Y sus hermanas no viven aquí entre nosotros?

Jesús les miró y meneó la cabeza:

—En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria.

Pero el reproche no fue suficiente para calmar los ánimos. Los murmullos continuaban, y muchas voces comenzaron a subir de tono. Instintivamente los hermanos de Jesús se pusieron en pie y se apretaron en torno a él para protegerlo, pero él les apartó con la mano y dio un paso adelante.

—En tiempos de Elías —comenzó diciendo con voz calma, pero el vocerío iba en aumento a pesar de los esfuerzos de quien estaba de su parte. Sin embargo, al nombrar a Elías, había atraído de nuevo la atención de todos, y le bastó con repetir la frase con voz más sonora para imponer silencio.

—En tiempos de Elías —dijo— no cayó del cielo una gota por espacio de tres años y seis meses, de modo que en toda Palestina hubo una gran hambruna. Había

entonces en Israel muchas viudas, pero Elías no visitó a ninguna de ellas. Fue a visitar únicamente a una pobre viuda de Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue purificado excepto el sirio Naamán.

Al oír estas palabras, la gente hacinada en la sinagoga estalló: la remisión a los textos en los que dos gentiles, una fenicia y un sirio, eran preferidos por los profetas al pueblo de Israel, era una provocación para todo aquel que simpatizaba con los zelotas, y una blasfemia para los doctores porque parecía que Jesús quisiera atribuirse la misma autoridad que Elías y que Eliseo. Gritos de «impío» estallaron en el recinto de columnas y otros gritos de «impío» y de «traidor» llegaron de las gradas, con los que se mezclaron las voces agudas de las mujeres. La multitud comenzó a fluctuar, porque todos —los adversarios de Jesús para abalanzarse sobre él, y sus pocos defensores para protegerle— trataban de llegar al grupo de los doctores, y casi de manera natural, del mismo modo que se forma el curso de un río porque el agua ha encontrado su desembocadura más fácil, se formó una corriente tumultuosa y vociferante de personas que empujaban al pequeño grupo formado por Jesús y por sus amigos fuera de la sinagoga.

Era la puerta que daba a la cima de la colina, e irrumpiendo por ella la multitud continuó acosando a aquellos que ni siquiera huían, sino que simplemente eran empujados, ineluctablemente, hacia la cima, al monte, y al abismo que se abría por la falda opuesta de la montaña. Pero cuando estuvieron sobre la roca que coronaba la cima y tuvieron delante solo el vacío, sucedió algo. La multitud se detuvo jadeante, como para prepararse a dar un último empujón que precipitase abajo a Jesús y a sus compañeros; sin embargo, en aquel momento de pausa, el grupito, pese a jadear, pudo finalmente volverse para hacer frente a la multitud, y la mirada del Nazareo, sereno como si ningún peligro le amenazase, se quedó fija en la de los perseguidores.

Entonces, poco a poco se hizo el silencio, tan solo roto por las respiraciones pesadas que trataban de restituir aire a los pulmones castigados por la subida, y Jesús, tranquilamente, empezó a bajar la pendiente seguido por sus hermanos y por los otros pocos amigos. Atravesó la multitud, y se fue.

Capítulo V

La ventana era un gran rectángulo abierto al cielo estrellado de Palestina. La sombra blanca de Claudia pasaba una y otra vez, recorriendo infinitas veces la terraza en su huida sin fin de la pesadilla que no podía dejar atrás, porque vivía con ella. El prefecto la observaba caminar, adivinaba en la claridad los rasgos que tan bien conocía desde hacía tiempo, volvía a ver a la niña de los cabellos negros que le había sido prometida, la muchacha que había levantado en brazos el día de la boda para cruzar el umbral de su casa sin que sus pies lo tocasen. El día anterior, Claudia había consagrado a la diosa Fortuna la *toga praetexta*, y en el día de la boda había vestido una túnica blanca ceñida a los costados con un cíngulo de lana. Le habían dividido el cabello en seis trenzas con una punta de lanza, adornándoselo con flores de color rojo vivo. Después del banquete de bodas, el cortejo de los parientes y amigos la había acompañado cantando el himeneo desde su casa hasta la de él, y ella había envuelto la puerta con vendas de lana. Él se asomó y preguntó: «¿Quién hay?», y ella, sonriendo, respondió: «Allí donde tú estés, estaré yo». Solo entonces la tomó entre sus brazos.

¿Qué había pasado después?, se preguntaba Pilatos siguiendo con la mirada aquella sombra clara. ¿Era de veras él ese hombre que yacía sobre las sábanas empapadas de sudor? ¿Era él quien por todos los confines del Imperio había aprendido el arte de gobernar, hecho de violencia y de muerte, mientras Claudia, fiel a su promesa, le seguía, le observaba, y sin dejar de amarle aprendía a odiarle? Se apoyó en la frente la mano vendada con lino y cerró los ojos, pero la visión continuó pasando por delante de los párpados cerrados: adelante, atrás, sin fin. Podía dejarla, pensaba el prefecto, podía repudiarla, mandarla de vuelta a Roma. Pero sabía que era la única violencia que no habría sido capaz de cometer.

Se levantó, y también él salió a la terraza, tendió los brazos al fantasma que era su mujer y ella se refugió en ellos tranquilamente durante un instante, pero acto seguido alzó el rostro y pareció no reconocer el del marido. Entonces se apartó de él y reanudó el eterno andar sin objeto ni esperanza, hasta que, postrada, se tumbó en el suelo y se durmió. Era casi el amanecer.

El prefecto había permanecido todo el rato mirándola, sentado en el frío mármol con la espalda contra la pared y las rodillas replegadas, los brazos enlazados apoyados sobre las rodillas y la barbilla sobre ellas. Por absurdo que fuera, había de admitir que aquellas horas de la noche perdidas en la contemplación de un fantasma eran lo mejor de la jornada, porque la serena desesperación que le colmaba traía por fin un bálsamo a la inquietud que durante el resto del tiempo hacía de carga vital, y le empujaba hacia la meta de un poder cada vez menos significativo. El mundo nocturno estaba lleno del rumor de la resaca y de grititos animales, del roce del pie inquieto del legionario de guardia, pero en el corazón del prefecto se hacía finalmente el vacío y el silencio era absoluto, y aquello podía ser tomado por paz. Cuando de las

colinas de Galilea llegó la luz, y comenzó a transformar en azul el plomo del mar, Pilatos se puso en pie, volvió a tomar a su mujer entre los brazos y la llevó al lecho.

Después amaneció un día como todos los demás, pero con un elemento nuevo que introducir en la cadencia habitual: Jesús el Nazareo. La verdad era que, tal como le había confesado Caifás, le llamaban también Jesús el Galileo, y Pilatos había reaccionado a aquella palabra con un gesto violento: la revuelta del otro Galileo estaba lejana en el tiempo, pero él podía ver próximas las consecuencias: existían todavía muchos seguidores de Judas, mandados por los hijos de este, y las molestias que creaban al Imperio eran innumerables, totalmente desproporcionadas a su número e importancia. Peor aún: también era llamado Jesús de Gamala, había añadido el sumo sacerdote, y esta vez el prefecto no había podido reprimir un sobresalto. Pero ¡cómo! ¡Del lugar mismo, del corazón mismo de la revuelta, del mismo foco de insurrectos! ¿Estaba loco, Caifás?

—¿Estás loco, Caifás? —había exclamado el prefecto de Judea.

Pero el sacerdote, seguro de sí, había meneado la cabeza: no, no estaba loco, había pensado bien en ello, y también su suegro Anás, ya gran sacerdote y todavía el verdadero jefe de los saduceos, la mente del partido, estaba de acuerdo. Por otra parte, había añadido Caifás, había que encontrar un remedio a la tensión creciente, y no era culpa suya si el prefecto la exacerbaba agravando los problemas económicos de la gente con los tributos y las jornadas de trabajo no retribuido en los terrenos públicos.

Pilatos se había encogido de hombros:

—Roma tiene necesidad de dinero para sus guerras.

—También algún que otro romano —había hecho notar el otro, y el prefecto hubiera querido responderle amenazando con emplear mano dura, más dura aún, pero sabía que los tiempos podían cambiar en breve, que la suerte de Sejano podía precipitarse, y que si llegaban noticias a Roma o a Capri de altercados en Palestina serían un contratiempo para él. De modo que se había limitado a responder:

—Pero me parece que también tú, Caifás, te llevas tu parte, y que tus amigos tampoco dejan de hacerlo, a juzgar por las ventas de animales para los sacrificios en el Templo cuyo monopolio tenéis.

El otro se limitó a asentir, con un simple cabeceo:

—Es por eso, prefecto, por lo que te hago una propuesta.

Salió del dormitorio, y fue a zambullirse en la gran piscina en que la pasión constructora de Herodes el Grande, imbuida de cultura helenística, había transformado una pileta para las abluciones rituales. Dos de los legionarios que seguían a Pilatos desde sus cargos en Germania y luego en Hispania, los únicos de los que se fiaba, observaban silenciosos. Detrás de ellos se erguía Marco, un imponente centurión que les sacaba una cabeza a los demás soldados, lo que hacía aún más visible el destrozo de su nariz. Se la habían roto los germanos con un golpe de maza en la batalla de Idistaviso, en el valle de las Vírgenes, cuando su manípulo de

infantería se había visto atrapado en una encerrona: para dar buena cuenta de aquel gigante, los enemigos le habían aferrado de cuello, brazos y piernas, pero entonces se abrió paso un escuadrón de jinetes mandados por Pilatos y le liberó. Desde aquel día, Marco había sido el inseparable e insuperable guardia personal del prefecto, dispuesto a obedecerle en todo sin preguntarse si era un acto justo o una fechoría.

El médico griego, gordo y de rostro risueño, estaba ya sentado al borde de la piscina y esperaba a Pilatos para curarle las manos, y mientras el prefecto seguía nadando con la cabeza sumergida, admirando las figuras mitológicas de los mosaicos del fondo (Herodes no había sido muy estricto, en materia de observancia religiosa, y en sus palacios las figuras humanas abundaban), llegó un hombre de apenas cuarenta años y de baja estatura que los soldados debían de conocer bien, porque le dejaron acercarse sin ninguna formalidad.

Se sentó al lado del médico y los dos comenzaron a hablar en un griego rico y vivaz, sin el pesado deje que casi siempre los habitantes de Palestina, habituados al arameo, ponían en el idioma de Homero, convertido en la lengua franca desde Siria hasta Egipto.

Los dos comentaban con placer las noticias más frescas del Imperio y los más recientes descubrimientos de la medicina. El último llegado había conseguido finalmente obtener una copia de la *Vida de Augusto* escrita unos quince años antes por Nicolás de Damasco, biografía que juzgaba muy fiable porque el autor, explicaba, pese a ser judío, había sido íntimo del emperador. ¿Cómo era posible? Los azares de la vida. Augusto, muy frugal, solo comía pescaditos fritos, pan y fruta fresca, y de esta le gustaban sobre todo los dátiles de Siria de los que, quién sabe cómo, el historiador se había convertido en su suministrador.

El médico sostenía que, a pesar de que gran parte de sus colegas más célebres se había trasladado a Roma, la escuela de Alejandría seguía siendo la mejor: herencia del período glorioso en el que Tolomeo I había extendido a los médicos griegos la facultad de seccionar los cadáveres con que ya contaban los sacerdotes egipcios. Gracias a esto se había llegado, entre otras cosas, a distinguir los nervios de los tendones y a comprender cómo circula la sangre.

Ambos deploraban la baja calidad de las compañías teatrales que llegaban de vez en cuando a Cesarea para representar de modo infame cualquier tragedia antigua, o cualquier infame comedia moderna, en el teatro que Herodes había hecho construir en la misma playa. Rieron juntos citando algunos epigramas recién llegados de Atenas, en los que se aludía a las pasiones seniles de Tiberio por los manjares más refinados y por las muchachas más vulgares.

—Es motivo suficiente para hacerte crucificar —dijo el prefecto saliendo del agua, pero los dos rieron de nuevo.

—No te privarás por tan poco de mis cuidados —dijo el médico comenzando a observar las manos de Pilatos— y perdonarás la vida por afecto a mí a este compatriota mío, a quien, por cierto, no conozco y no sé en qué puede serte útil.

—Esta es precisamente mi manera de resultar útil —dijo el otro sonriendo, y al discípulo de Hipócrates le bastó con una pizca de su sutileza griega para comprender, callar y darse prisa—. Aquí las tienes —dijo al cabo de unos pocos minutos— limpias y vendadas, listas para ejercer el poder. Sigue haciendo las abluciones con los bálsamos que te he dado, evita el agua del mar y sobre todo no pienses en los judíos: son ellos los que te provocan el picor.

Se fue contento de su ocurrencia, y el prefecto invitó al otro a la mesa del almuerzo que entretanto había sido preparado: pan con miel, leche, aceitunas, dátiles y cidras. El hombrecillo comía con apetito, mientras que Pilatos se detenía a cada bocado y aprovechaba para hacer preguntas a las que el huésped respondía con la boca llena.

—¿Por qué has venido, Afranio? —preguntó el prefecto.

—Porque sabía que me llamarías.

—¿Y cómo lo sabías, demonio?

—Porque me han dicho que el gran sacerdote ha venido a hacerte una visita.

Pilatos se cansó del juego.

—Desembucha, condenado griego —dijo, pero su voz delataba un cansancio que desmentía la violencia de las palabras.

Afranio, que se jactaba de no asombrarse nunca por motivo alguno, esta vez dirigió al prefecto una mirada de curiosidad, luego dejó sobre la mesa el pan con miel que se estaba comiendo, se lavó las manos en la jofaina de agua tibia con pétalos de flores y se las secó frotándoselas en la túnica.

—De acuerdo —dijo—, desembucho. Hace ocho días comenzó la fiesta de las Tiendas, una de las tres celebraciones que exigen a los hombres judíos la peregrinación a Jerusalén.

Pilatos resopló, impaciente.

—No estoy tan ayuno de las costumbres judías —dijo—, olvidas que llevó tres larguísimos años aquí.

—No lo olvido, pero a menudo uno tiene la impresión —respondió el pequeño griego audazmente, evidentemente convencido de su impunidad— de que sabes poco de las cosas judías y en cualquier caso no te importan nada. La fiesta de las Tiendas, te decía. Para dar gracias a Yahvé por la cosecha de fruta y de uva los hijos de Israel cogen los mejores frutos, hojas de palma y follaje de sauces llorones, y por espacio de siete días, el tiempo que dura la fiesta, los ponen sobre los altares. El primer día llevan las palmas en procesión en torno al altar mientras cantan uno de sus salmos: «Oh Yahvé, danos la salvación, oh, Señor, danos la victoria».

El prefecto sintió que las manos comenzaban a picarle dentro de las vendas de lino, y se las apretó debajo de las axilas en un gesto que se estaba convirtiendo en habitual. Afranio ignoró el detalle y continuó:

—Como bien sabes, durante esas fiestas Jerusalén se llena de gente: el Templo está abarrotadísimo y los vendedores de accesorios para los sacrificios hacen un

negocio redondo, aunque el porcentaje mayor es para los saduceos y sobre todo para la casa de Anás. Como sabes aún mejor, entre la multitud siempre hay decenas de exaltados, cada uno de los cuales se ha proclamado rey de un trozo de desierto y asegura ser el Mesías que Yahvé utilizará como instrumento terrenal para derrotar y dar muerte al enemigo. Vosotros, en suma.

—Al menos podrías decir nosotros, Afranio —dijo el prefecto con voz tan insólitamente dulce que el otro sintió, por primera vez, la posibilidad de un peligro también para él.

—Nosotros, en suma —concedió—. Se colocan delante del Templo, o en cualquier plaza y, maldiciendo al emperador, que pretende sacrificios y plegarias como si fuera un dios cuando todos los hebreos saben que no hay más dios que Yahvé, buscan seguidores que llevarse con ellos a las montañas del desierto, como si hubiera de serles anunciado allí el milagro de la liberación. O para convencerles de llevar a cabo una buena revuelta en el acto. Y así, por espacio de siete días, la cohorte de guarnición en la fortaleza Antonia se las ve y se las desea para mantener las cosas bajo control, y siempre se acaba teniendo que crucificar a alguien. Tal es el motivo por el que, durante estas fiestas, te desplazas siempre a Jerusalén llevando contigo un buen número de refuerzos; sin embargo, esta vez no te has presentado. ¿Puedo preguntarte por qué?

Pilatos hizo con la mano un gesto cargado de sentidos: indiferencia, cansancio, que había cosas más importantes, no es cosa tuya.

—Pero dado que la guerra es enemiga de los negocios —continuó Afranio, dando por buena la respuesta que no había recibido— también los saduceos tratan de calmar los ánimos, y la guardia del Templo no se emplea menos a fondo que tus seiscientos legionarios. No son tan brutales, pero tampoco se andan con chiquitas: algunos de los ungidos del Señor acaban en el hospital con la cabeza rota, y otros se ganan algún día de prisión para que se les pase la borrachera mesiánica.

Ahora el sol estaba alto, y Pilatos trataba de mantener las manos al amparo de los rayos. Toda aquella luz le molestaba, e inútilmente entornaba los ojos para tratar de protegerse de ella. Algunos siervos, atentamente vigilados por los dos legionarios inmóviles, salieron de la casa e hicieron correr sobre unas cuerdas un gran toldo, de modo que la terraza quedó a la sombra. El prefecto respiró lleno de alivio y viendo un gran vaso de zumo de cidras, quién sabe por qué, le vinieron a la mente los dátiles que Nicolás de Damasco regalaba a Augusto y sonrió. Hizo un gesto mínimo a Afranio y este, igual que antes había entendido inmediatamente que debía callar y conceder una pausa al procurador, ahora retomó inmediatamente su razonamiento.

—Así, hará cosa de tres días, nadie se asombró cuando fueron detenidos dos o tres exaltados, zelotas o esenios (digamos tres, para ser exactos) que armaban ruido en el Templo insultando a los mercaderes y a los saduceos que colaboran con el opresor romano. Entre la multitud que asistía al acontecimiento, había varios fariseos de la facción conservadora, la capitaneada por Rabí Shammai, pero también algunos

de la facción liberal de Rabí Hillel. Había jetas peludas y malolientes que solo podían ser de la secta de los baptistas, como ese Juan que tantos problemas está creando a Herodes Antipas, y luego esenios de Jerusalén, bastante extraños, con algunos de sus todavía más extraños colegas venidos de Qumrán. Había ebionitas y helénicos, masboteos y galileos, nazareos y herodianos, samaritanos y hemerobaptistas. En resumen: toda la colorida gama de sectas en que se divide y se concentra el espíritu litigante y turbulento de nuestros amigos judíos.

«Es demasiado pronto», pensó Pilatos, «apenas si ha pasado una hora, quizá menos, no puedo repetir la medicación, he de esperar, he de resistir». Se acomodó contra el respaldo de la silla, se puso las manos bajo las axilas y se las apretó con los brazos tratando de hacerlo pasar por una actitud de descanso.

Afranio fingió creerlo así y continuó:

—Toda esta gente se encontraba allí, y naturalmente muchos de ellos maldecían a los soldados, que son también judíos pero evidentemente vendidos a César o a Belial, o a ambos. Maldecían más o menos según si el detenido fuera de los suyos o de los otros, pero ninguno intervenía, los ánimos no estaban lo bastante encendidos, y los tres terminaron *in vinculis atque tenebris*. Espero que aprecies mi latín.

—Y tu arameo, Afranio, y tu hebreo, y tu siríaco, pero ahora vuelve a tu griego materno y dime finalmente por qué has venido.

—Porque ayer —dijo el hombrecillo picoteando uva pasa— era el último día de la fiesta de las Tiendas y ya todos los peregrinos estaban abandonando la ciudad, hacia Judea y Samaria, Perca y Galilea. Jerusalén estaba recobrando su aspecto normal, los legionarios comenzaban a entrar de nuevo en la fortaleza Antonia para despojarse de la coraza y refrescarse con un vaso de vino, la luz oblicua del sol en el ocaso hacía brillar las planchas de oro en los muros del Templo, y las puertas de la prisión del Sanedrín se abrían para dejar que también los facinerosos, una vez reprimida la oportunidad para hacer una de las suyas, volvieran a sus casas.

—Está bien, Afranio —dijo el prefecto, ahora atormentado por un picor terrible —, admiro también tu vena poética. Pero admiro mucho menos, en cambio, tu escasa capacidad de síntesis.

Ya acabamos, prefecto, ya hemos llegado. Estaba diciendo que se abren las puertas de la prisión y salen de la sombra los prisioneros: un prisionero, dos prisioneros… Y basta. Al tercero, había allí esperándole algún seguidor suyo, jóvenes y pacientes discípulos que estaban acuclillados, espera que te espera, pero el tercer prisionero del Sanedrín no sale. Entonces los jóvenes se levantan, se acercan al guardia y preguntan por qué y cuándo, pero el guardián les dice que él no sabe, que no le importa, resopla y se encoge de hombros. Mañana, dice, pero se comprende que es solo para quitárselos de encima. Los jóvenes se van. En realidad, no tiene nada de extraño: el tercer hombre podría estar enfermo, o muerto, o retenido para hacer indagaciones, o incluso en espera de juicio. Nada de extraño, si no fuera porque mientras tanto…

—Porque mientras tanto —completó Pilatos, quitándose las manos de debajo de las axilas y empleándolas para un gesto que hizo acudir a los esclavos con jofainas y bálsamos— el sumo sacerdote José, llamado Caifás, se montó en su carro, tomó el camino de Cesarea y recorrió setecientos estadios, sin hacer una parada que no fuera para el cambio de los caballos, para hablar unos pocos minutos con el prefecto de Judea, luego volvió a montar en el carro y a hacer de nuevo setecientos estadios deteniéndose nada más que para cambiar de caballos y llegar así a Jerusalén a tiempo de liberar, antes de que el último día de la fiesta de las Tiendas terminara, a aquel tercer prisionero que, creo, ya ni siquiera sus discípulos esperaban.

—Ellos no, pero yo sí —dijo Afranio sencillamente—, y así, tras haber visto partir a Jesús el Nazareo hacia su aldea, también yo monté en mi carro y he hecho setecientos estadios deteniéndome solo para cambiar de caballos.

Pilatos sumergió las manos en el agua balsámica, entornando los ojos por el gran alivio.

—¿Qué sabes de él, Afranio? Quiero saberlo todo.

Capítulo VI

Las tres mujeres y Jesús iban sentadas en el carro. María delante, al lado de su hijo, y las dos jóvenes detrás, entre los bártulos amontonados que trataban de asegurar con los brazos en los momentos peores del trayecto. Judas, caminando al lado del vehículo, tiraba del freno para impedir que el descenso le imprimiera una excesiva velocidad. Detrás iba Simón, mientras que Santiago se había quedado en Gamala: se trasladaría con la familia, que estaba creciendo, a la casa de la madre, y dado que todos los hermanos habían aprendido el oficio de carpintero se ocuparía asimismo del taller. Vendería su casa y mandaría el dinero a José, que se encargaría de comprar una casa en Cafarnaún para la madre y las hermanas. Naturalmente, el dinero que se sacara de la venta en la aldea de la montaña no alcanzaría para comprar otra en aquella ciudad convertida en el centro administrativo de Galilea de las Gentes judíos, pero también fenicios, árabes, asirios e incluso griegos, con una gran guarnición romana al mando de un centurión, pero tampoco iban a necesitar tanto espacio, porque estaba ya claro para todos que Jesús se iría y que probablemente Simón y Judas le seguirían.

No sería, sin embargo, en esta ocasión. Llegaron cuando ya oscurecía, y, tras una noche de descanso en casa de José, fue únicamente Jesús quien se cubrió la cabeza con el pañuelo blanco, se echó la capa sobre el hombro izquierdo de la túnica sin mangas y se puso en camino, marcando el paso con el largo cayado de caminante. Tenía el andar acompasado de las personas acostumbradas a recorrer a pie largas distancias, de modo que a un observador inexperto le habría parecido lento, aunque era capaz de recorrer casi veinte estadios por hora durante muchas horas seguidas.

Bordeó así la orilla occidental del lago, a la que llegaban los campos bien cultivados por los campesinos de Galilea, y cuando comenzó a sentir hambre había pasado ya Betsaida y Magdala, y tenía a la vista la gran villa de Tiberíades. Los edificios aún novísimos de la ciudad que Herodes Antipas, siguiendo los pasos de su padre, había fundado pocos años antes y en la que le gustaba residir, brillaban bajo el sol en su cenit. Grupos de albañiles, charlando y riendo, se refugiaban en la sombra de las palmeras o de los edificios en construcción para tomar la comida de mediodía, pero la actividad y el tráfico de los carros colmados de materiales se veía tan solo demorada.

Jesús dejó a un lado los blancos edificios helenísticos y siguió la orilla hasta el puerto, que en esos momentos era solo un discreto muelle, se acercó a un grupo de pescadores y barqueros, y, tras sacar de la alforja un poco de pan y queso, se paró a comer y a charlar con ellos. Hablaron de la vida, que se hacía cada vez más cara, de los tributos de los romanos, que eran cada vez más exorbitantes, del precio cada vez más alto que los saduceos exigían por los corderos y las tórtolas que se vendían en el Templo. Uno de ellos cantó una cancioncilla que le había enseñado un primo suyo residente en Jerusalén, en la que se hacía burla de la mala vida de los poderosos:

¡Ah! ¡La casa de Anás!
¡Ah! ¡Sus denuncias!
¡Ellos son los sumos sacerdotes,
tesoreros son sus hijos,
y administradores sus yernos,
y sus siervos quienes apalean al pueblo!

Rieron todos, un tanto amargamente, luego se levantaron y se desearon paz. Uno de ellos, tras saber que Jesús se dirigía al sur, le ofreció llevarlo un trecho en su barca. Soltaron juntos las amarras y Jesús saltó al bote con cierta torpeza, de modo que se mojó la túnica hasta casi el vientre. Rieron e izaron la vela, y navegaron tranquilamente por las aguas claras y transparentes del lago comentando el estado de los campos a lo largo de las orillas y el tráfico de barcas y de personas, que iba en aumento cada día.

Recogieron la vela cuando apenas si habían pasado el punto en que el lago se cierra y renace el Jordán, y el barquero se quejó del dolor en el hombro que aquel movimiento siempre le producía; entonces Jesús le pidió que se sentara y con la yema de los dedos exploró la parte dolorida hasta encontrar una especie de nudo que formaban los músculos debajo de la piel. Cerró allí las manos, apretando ligeramente, y el hombre se quejó porque sentía un gran calor.

—No te muevas —le dijo Jesús—, será solo un instante —y en seguida se disolvió el nudo y el barquero soltó un grito más de sorpresa que de dolor, para quedarse a continuación inmóvil deleitándose en el masaje y en aquel calor que seguía emanando de las manos del otro.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —preguntó finalmente tras haber dado las gracias a su curandero, y Jesús hizo un gesto que indicaba algún lugar aguas abajo del Jordán.

—Ah, sí, ya, los esenios —dijo el barquero, y el otro asintió.

Amarraron la barca y se desearon la paz, luego Jesús reanudó su peculiar forma de andar rápida y tranquila a la vez, siguiendo la orilla izquierda del río y adentrándose en la meseta ondulada de Perea. Cuando comenzó a hacerse oscuro, y estaba ya a la vista de las fortificaciones de las que Pompeyo Magno había dotado a Pella al reconstruirla sobre las ruinas dejadas por Alejandro Janneo, se alejó de la orilla y se dirigió hacia unos montículos a unos cinco o seis estadios de distancia, en los que su ojo experto había distinguido la abertura de una cueva que podría servirle de abrigo para pasar la noche.

La encontró habitada, como a menudo sucedía, por un grupo de rebeldes, que habían preferido la huida a una condena segura y eran probablemente perseguidos por una recompensa. El que estaba de centinela le permitió acercarse, le preguntó el nombre y lo llevó a la cueva donde una docena de personas estaban preparando una frugal colación. Le hicieron un par de preguntas y le invitaron a compartir la cena, a

la que Jesús contribuyó con todo el queso que le quedaba. El que parecía el jefe comía en silencio, pero a la luz rojiza de la llama miraba con fijeza al recién llegado. Por fin, dijo:

—Se habla mucho de ti, Jesús el Nazareo.

El otro sonrió, porque había reconocido a su interlocutor:

—Y aún más de ti, Jesús Bar-Abba —repuso.

El jefe guerrillero no le dejó cambiar de conversación:

—Menajén, hijo de Judas, dice que te has hecho amigo de los romanos, nuestros enemigos.

Jesús hizo entonces un gesto de reprobación con la cabeza.

—Yo no quiero considerar enemigo ya a nadie, Bar-Abba, eso es todo. Si te parece bien, pasaré la noche en esta cueva y luego nos despediremos deseándonos la paz. En cambio, si crees que esto nos sitúa en bandos contrarios, me iré en busca de otro refugio o dormiré al raso.

En la cueva humosa se había hecho un gran silencio. Los guerrilleros esperaban con inquietud la decisión de su jefe y se asombraban por la tranquilidad de su huésped, sin saber si admirar su seguridad o pensar que era la estupidez la que le impedía comprender en qué peligro se hallaba. También les tenía asombrados la mirada con que los dos hombres del mismo nombre se miraban: no como amigos, pero tampoco como enemigos: casi como cómplices, gente que se comprendía con una sola mirada, de modo que podían también sonreírse. Hasta que finalmente Bar-Abba se levantó, deseando paz y diciendo:

—Por esta noche puedes dormir en esta cueva, Jesús el Nazareo, pero no busques otros encuentros.

También Jesús se levantó, le deseó la paz y dijo:

—Si se presentan, será porque Dios así lo ha querido.

Se tumbó en un rincón, se envolvió en su capa y, en pocos instantes, se durmió.

Fue despertado por un brusco tirón, no violento pero rápido, y alguien se inclinó sobre él.

—Despiértate y escapa —le dijo una voz en la que se advertía mucha urgencia, pero ningún temor—, están llegando los soldados. Puedes venir con nosotros, si te das prisa.

—No tengo nada que temer de los soldados —dijo Jesús poniéndose en pie.

—Lo tendrás —le hizo observar el otro— si te encuentran en nuestro campamento con las cenizas todavía calientes.

Pero no se entretuvo más, y alrededor de Jesús reinaba ahora la oscuridad y el silencio. Se levantó, encontró a tientas el cayado y la alforja y se dirigió hacia la salida guiándose con la mano apoyada en una pared, hasta que la galería dobló y le presentó un triángulo claro que era la abertura de la cueva en el cielo estrellado.

Bar-Abba tenía razón: podía verse de vez en cuando, entre las cortas sombras que la luna proyectaba sobre un desierto no menos oscuro, algún pequeño relámpago que

los astros arrancaban a un arma o al bullón de alguna coraza. Los soldados debían de estar aún a unos tres estadios, de modo que recorrió con cautela el corto y empinado sendero que descendía de la boca de la cueva para no hacer rodar ninguna piedra que le habría delatado, y dio un rodeo tranquilamente a la pequeña montaña para luego doblar de nuevo hacia el Jordán. Como el bandido que le había despertado, también él, hijo de un pueblo acostumbrado a una convivencia casi secular con el invasor, no sentía ningún miedo. Lo único que lamentaba era no haber hecho la noche anterior las preguntas que se había guardado para el momento de la despedida: si conocían a Juan, llamado el Bautista, si sabían dónde se encontraba en aquellos días, y si estaba muy lejos de allí.

Y entonces se dio cuenta del error que había cometido al creer que los soldados que llegaban eran romanos. No se encontraba en la orilla derecha del Jordán, en la Samaria sometida a la jurisdicción del prefecto imperial, sino en la izquierda, donde reinaba Herodes Antipas, de modo que aquellos hombres debían de ser soldados suyos, y aunque la prudencia aconsejase a Bar-Abba y a los suyos alejarse, era poco probable que el tetrarca se tomara la molestia de perseguir a los rebeldes de quienes tenía poco que temer. La presa, pensó Jesús, podía ser en cambio Juan.

Apretó el paso, buscando en la noche de luna las zonas de sombra proyectadas por las nubes. Sus ojos trataban de reconocer los lugares familiares en los que Juan y él habían vivido juntos largo tiempo, pero pronto aminoró el paso, presa de una nueva duda. Los bancos de arena cerca de Betabara, a lo largo de los cuales discurrían los abundantes cursos de agua en los que Juan solía bautizar a sus discípulos, estaban por lo menos a doscientos cincuenta estadios al sur: era improbable que su primo se hubiera ido tan lejos desde su Judea para caer en alguna trampa, cuando lo más prudente habría sido volver a la orilla derecha del Jordán, lejos de Herodes. Pero no era menos cierto que nada podría detener a Juan, si pensaba que los habitantes de una región requerían su presencia, y nadie lo sabía mejor que Jesús.

Entre Juan y él había pocos meses de diferencia. María, muy joven, había sabido apenas que había concebido al partir hacia Hebrón a ver a su pariente, Isabel, mujer del anciano sacerdote Zacarías. Se trataba de un largo viaje, de más de mil estadios, pero Isabel se había quedado encinta por primera vez en edad avanzada y podía necesitar ayuda. Todo había salido bien, y al recién nacido le habían puesto el nombre de Juan, que significa «Yahvé es propicio», luego María había emprendido el viaje de regreso y al cabo de pocas semanas también ella había dado a luz a su primogénito, al que llamaron Jesús, o sea, «Yahvé es la salvación».

Durante muchos años, las dos mujeres no se volvieron a ver: a causa de la distancia, pero sobre todo de los embarazos de María. La ocasión para el reencuentro, y para el primer encuentro de Juan y Jesús, fue triste: la muerte de José, durante la sublevación de los zelotas contra el censo romano, indujo a la viuda a alejarse de la peligrosa Galilea, sometida a hierro y fuego por los soldados de Tiberio César, y a buscar refugio en Judea por algún tiempo.

Los chicos de Gamala encontraron un gran alivio para el dolor del terrible final del padre en la amistad del joven pariente, y Jesús también en seguir los mismos estudios que él, que le parecieron mucho más avanzados que los suyos, hasta el punto de que permitieron a Juan debatir entre las tesis rígidamente conservadoras de Rabí Shammai y las liberales de Rabí Hillel. Ambos jóvenes se sentían decididamente más próximos al segundo, cuya dulzura de carácter admiraban, así como la serena fuerza con que había soportado la pobreza y la energía con que se había opuesto a la hipocresía de ciertos sacerdotes y otra gente piadosa que, a escondidas, atisbaba con el rabillo del ojo para asegurarse de que alguien observaba el fervor de su oración.

Pero sobre todo, en aquella ciudad, una de las más antiguas del mundo —anterior en siete años, aseguraban las Escrituras, incluso a la egipcia Tanis, tradicional puente con Asia—, el adolescente Jesús sentía la fascinación del tiempo, que es el camino que al ser remontado lleva al lado de Dios. Él y Juan paseaban por las callejuelas de los cuatro barrios en los que estaba dividida Hebrón y discutían sobre los anaquitas, los gigantes que siglos antes la habían habitado; recordaban su destrucción por Josué, los siete años que David había pasado en ella antes de trasladarse a Jerusalén, o la muerte de Absalón, que se había rebelado contra su padre, David. Vagaban entre los olivos seculares que asomaban entre las ruinas de los edificios de los gigantes; bajo las murallas construidas por Juan Hircano, fundador de la dinastía de los asmodeos; por las catacumbas en las que se veneraba el sepulcro de un antiguo juez; a lo largo del sendero que llevaba a las tumbas de Rut y del padre de David; en torno al estanque en el que David había arrojado, tras haberles matado, a los dos asesinos del hijo de Saúl; al imponente santuario de piedra que Herodes había hecho construir sobre la cueva de Macpela, porque la Biblia afirma que Abraham había comprado aquel antro para hacer de él la tumba de su familia.

Luego María había decidido que ya podían dejar las colinas semidesérticas de Judea y volver a las de la verde y umbrosa Galilea, a las floridas de la Gaulanitide, a los guijarros de las aguas cristalinas del mar de Galilea, a las alondras y a los halcones, a la pesca copiosa. De nuevo en Gamala, que se iba reconstruyendo, Jesús, ya con quince años, había vuelto a frecuentar las clases del hazzan, el lector de la sinagoga que en las pequeñas ciudades desempeñaba la función de maestro, pero había tomado posesión asimismo de la carpintería que fuera de su padre, porque era costumbre de los pueblos de Israel que también el más culto de los maestros aprendiera un trabajo manual. Había provisto así al mantenimiento de hermanos y hermanas hasta que también ellos, con él, se habían hecho adultos.

Durante largos años, no había visto a Juan ni había sabido nada de él; luego, empezó a extenderse en toda Palestina la fama de un joven asceta judío que vivía en el desierto al norte del Mar Muerto, a uno y otro lado del Jordán, un joven que clamaba a las multitudes que se acercaran a él. Un nazareo que, vestido con burdas pieles de camello, se dejaba los cabellos sin cuidar y se alimentaba de miel y langostas, y ofrecía a todos los judíos, fueran de la clase social que fueran, la

purificación en las aguas del río para estar seguros, en el ya inminente juicio Final, de obtener el perdón divino. Un esenio que enseñaba a sus discípulos una doctrina severa, pero que se volvía incluso violento cuando predicaba contra los ricos sacerdotes saduceos, contra los escribas puntillosos, contra los fariseos hipócritas, pero sobre todo contra el vergonzoso Herodes Antipas, que había repudiado a su primera mujer para casarse con Herodíades, sobrina suya y por añadidura mujer divorciada de su hermanastro Herodes Filipo.

En el silencio del desierto y de la noche, le pareció a Jesús volver a oír la contundencia de aquellos anatemas, y entonces no le cupo ya ninguna duda: Juan el Bautista estaba cerca, y los guardias del tetrarca sabían dónde encontrarlo.

Capítulo VII

Una vez más, Adunco calló la verdad a Tiberio y, en vez de embarcarse hacia Sorrento, en una nave que le llevara directamente a Palestina, navegó aguas arriba de la Península hasta Capua y desde allí tomó la vía Appia hacia Apulia y el puerto de Brindisi. No era para evitarse, al menos en parte, los inconvenientes de los viajes por mar, donde toda posible comodidad era sacrificada a las necesidades de la velocidad, ni por el peligro de desafiar la furia imprevista de Escila y Caribdis, sino por razones personales que no habría aceptado nunca discutir con el emperador. Este le conocía muy bien, y podía aceptarlas solo a condición de ignorarlas.

Junto con el joven marinero que en Capri se había encargado de su equipaje, y que se había mostrado contento de acompañarle a cambio de comida abundante y una buena retribución, el anciano se había montado en un cómodo carro tirado por dos mulas y provisto de un toldo y de jergones, para evitar las paradas en las poco recomendables posadas que se alzaban al lado de las estaciones de posta. En pocos días, habían ya atravesado los Apeninos, pero luego abandonaron el camino real para alcanzar el promontorio del Gargano.

Allí, Adunco había pagado a un pescador para hacerse llevar a la isla de Tremetis, que antiguamente se llamaba Diomedea porque la leyenda afirmaba que estaba enterrado en ella el héroe griego. Pero la tumba que el viejo comisario se dirigía a honrar era muy otra: bajo la lápida más modesta y anónima posible yacía, en efecto, Julia Menor, hija de la hija de Augusto y condenada, como su madre, al exilio perpetuo.

Pero al menos un lujo le había sido concedido a aquella mujer que muriera el año anterior, después de veinte de exilio, y a la que su abuelo, en el testamento, había desterrado incluso de la tumba familiar: reposaba en la falda de una colina y ante su tumba se abría el ancho mar, que para siempre la aliviaría con el aura salobre a la que ahora Adunco exponía el viejo rostro, para que le secara algunas gotas sospechosas.

El hispano se había jurado llevar a cabo aquella visita antes de abandonar Italia y volver a Córdoba, para esperar allí serenamente la muerte consolado por la correspondencia elegante y erudita de su viejo amigo y coterráneo Anneo Séneca y por la elegante e ingeniosa prosa de su propio hijo, Lucio, que estaba en Roma ganándose todos los honores de la fama y que ciertamente no tendría que afrontar los riesgos que él había corrido. La visita era ahora tanto más obligada, dado que a la edad se sumaba la perspectiva del viaje por una tierra de facinerosos en la que Adunco no gozaría ni siquiera de la protección de un cargo oficial, y el regreso estaba todo menos garantizado.

Finalmente llegaron a Brindisi, cabeza de puente de la expansión romana hacia Oriente y puerto natural de embarque hacia Palestina, aunque también en este caso se trataba sobre todo de una cita con viejos fantasmas. Allí, en Brindisi, en el año 734 de la fundación de Roma, Adunco había llegado junto con Virgilio, pues volvían juntos

de Atenas en el séquito de Octavio Augusto, y la muerte imprevista del gran poeta, apenas desembarcados, había transformado en *annus horribilis* el que hasta entonces las crónicas habían calificado de *mirabilis*, porque Augusto había sido proclamado cónsul vitalicio y habían sido publicados los tres libros de los *Amores* de Ovidio. Allí, en Brindisi, en una fría mañana de febrero de 761, Adunco se había despedido también por última vez de su amigo Ovidio —el hombre que al igual que él había amado a Julia Mayor, el hombre que quizás era el padre de Julia Menor—, que, caído en desgracia, partía para un viaje desde la capital del mundo hasta los confines de la nada. El refinado poeta erótico, el galante esteta, iba a cerrar su vida en el destierro de un pequeño presidio militar junto al Mar Negro, donde la gente usaba una lengua bárbara y el clima era inclemente, donde no se bebía el agua cristalina del Aniene sino un líquido de sabor salobre, donde la comida era muy rústica y muy poco refinadas las mujeres.

En aquel día de febrero, para Adunco y quizá para Roma había terminado una época, en la que el amor y la poesía habían podido hacer frente a la razón de Estado. La única opción que le quedaba ahora, para no faltarse al respeto a sí mismo y a sus propios recuerdos, era continuar sirviendo fielmente a los antiguos ideales que tantos pisoteaban.

«He vivido demasiado tiempo», concluyó Adunco, tan abstraído en sus pensamientos que no podía siquiera oír la llamada del joven marinero que, en el pandemónium del puerto, había identificado su nave y le llamaba para embarcar. Su compañía terminaba allí, el muchacho o encontraba quien le contratara o tendría que volver a casa. Un encuentro útil y superficial, pensó Adunco, una vez más.

Había tanta gente a bordo que los marineros se las veían y se las deseaban para llevar a cabo la maniobra de braceo: jóvenes romanos que iban a estudiar a Atenas, mercaderes griegos que volvían a Creta para comerciar en vinos, soldados que iban a reforzar las guarniciones de Acaya y de Judea, y varios judíos —descendientes de aquellos que un siglo antes Pompeyo había llevado forzadamente a Roma junto con el derrotado rey Aristóbulo, tras la conquista de Jerusalén— que habían obtenido, corrompiendo a algún funcionario, el permiso para un viaje a su tierra de origen.

Estos grupos raramente se mezclaban, y el único sentimiento que de vez en cuando unía por breve rato a los tres primeros era reírse de los judíos porque no comían pan y jamón, cosa de la que también Augusto un día se rio. En contrapartida, todos bebían vino en abundancia y sin discriminación, ya fuese italiano, o griego o de Safed.

Adunco observaba y casi siempre callaba, una actitud muy propia de él, reforzada por quince años a la cabeza de la policía de la Urbe, y era capaz de recordar a la perfección, a pesar de los setenta años ya próximos, todo cuanto oía. A la muerte de Augusto, había acudido a Tiberio, su antiguo comandante y ahora emperador, con la intención de pedirle que hiciera volver del destierro a Ovidio y a Julia Menor (para su madre, Julia Mayor, era demasiado tarde: había muerto pocos días después que su

padre, y también en aquel caso Adunco había sido el único testigo, el único amigo presente). Tiberio le había mirado fingiendo asombro y le había dicho: «No te olvidas de nadie, Lucio Valerio, ni siquiera de los amigos, tienes realmente una memoria prodigiosa. Diría casi la memoria de un espía. ¿Qué dirías si te nombrara *praefectus urbi*?».

Adunco hizo un gesto de reprobación con la cabeza:

—No puedes, Claudio Tiberio Nerón: ese cargo requiere el rango de senador, y yo soy apenas un *legatus legionis*, un simple soldado. Pero no obstante mi bajo rango, me atrevo a pedirte que perdones a ambos.

El emperador había ignorado la impertinencia de Adunco, que no le había llamado Tiberio julio César como le correspondía después de la adopción por parte de Augusto, y también él hizo un gesto de negación con la cabeza:

—No puedo, Adunco. Es cierto que ninguna ley lo prohíbe, pero yo creo que Augusto tenía razón. Aquel hombre y aquella mujer, así como su madre antes que ella, armaron un buen escándalo con sus escritos y con su conducta: dejarles volver sería una muestra de debilidad, un mal ejemplo para todos los romanos que confían en el derecho.

E inmediatamente, después de esta rigurosa parrafada, había añadido con gran tranquilidad:

—Por el contrario, infringiré la ley sobre los nombramientos de los magistrados, y tú serás mi *praefectus urbi*.

Ahora Adunco aprovechaba la travesía para adquirir elementos de análisis que le serían útiles en su misión. Aparte de su vaga relación con el desterrado Herodes Filipo y con su antojadiza mujer y sobrina Herodíades, aparte de intervenciones profesionales para sofocar los desórdenes que la turbulenta comunidad judaica causaba de continuo, de modo que a menudo algunos de sus elementos eran expulsados de la capital, el viejo comisario no sabía gran cosa de los judíos con los que se mezclaría. Les observaba para tratar de comprenderles y no se hacía ilusiones de que fuera cosa fácil, en vista de que ni siquiera calculaban el tiempo del mismo modo que el resto del mundo: absolutamente indiferentes a la reforma del calendario que Julio César había introducido en 708 y que hacía coincidir casi perfectamente el año con el curso del sol, ellos lo calculaban con la luna, de suerte que de tanto en tanto tenían que añadir un mes para poner de nuevo las cosas en orden. Pretendían saber no solo cuándo había sido fundada una ciudad o nacido un rey, sino también cuándo Dios había creado el mundo, día y mes incluidos. Y contaban naturalmente desde esa fecha, de modo que el que para los romanos era ahora el año 783 era para ellos el 3789.

También sabía poco del país. Había estado en él una sola vez, veinticinco años atrás, para acompañar a Cayo César a Oriente en la que había de ser la última campaña del desafortunado joven. Recordaba el blanco esplendor de los nuevos edificios de Cesarea y el gentío en las antiguas callejuelas de Jerusalén; recordaba las

sonrisas escépticas de los griegos y los ojos ardientes de una bellísima judía que le había maldecido y le había lanzado una piedra. Quién sabe por qué precisamente a mí, se preguntó Adunco, de todos los seis mil hombres de la legión.

Su prodigiosa memoria conservaba también muchas palabras en arameo, y trató de entablar conversación con el grupo de judíos para aprender otras. Mi edad, se consolaba suspirando, quizá no es la más indicada para aprender una lengua, pero Catón tenía diez años más cuando se puso a estudiar griego.

Este idioma, por suerte, lo había estudiado y amado desde muchacho en Córdoba, lo había perfeccionado estudiando en Atenas con Ovidio y su hermano Lucio, y todavía lo hablaba con fluidez y con perfecto acento ático, de manera que fue un mercader del Pireo, que había asistido a los inútiles esfuerzos de Adunco para relacionarse con los judíos y que hablaba perfectamente el arameo, el que le dio largas y provechosas clases. Pagando, se entiende.

En el Pireo, donde habían desembarcado los jóvenes romanos deseosos de adquirir cultura y sobre todo de divertirse lejos de sus familias, la nave se había llenado de mercaderes griegos rumbo a Cesarea y a Alejandría, de mercaderes fenicios que volvían a Tiro y a Sidón y de mercaderes judíos que iban y venían de una colonia a otra de sus compatriotas en Grecia, Egipto e Hispania, pero también de mercaderes romanos que iban de guarnición en guarnición esperando encontrar una buena acogida a sus mercancías por amor a la patria. Continuamente asaltado por todos aquellos mercaderes, que no abandonaban durante un solo instante el intento de cerrar un negocio y de enredarse mutuamente, Adunco sentía que se ahogaba y pensó que ahora ya eran aquellos los verdaderos ejércitos invasores.

Él, en cualquier caso, estaba totalmente decidido a defender el espacio que, a la partida de Brindisi, el joven marinero de Sorrento había ganado para él: su aire tranquilo y decidido, su físico aún robusto, la daga de excelente acero que llevaba sin ostentación pero tampoco sin esconderla, le garantizaban un cierto respeto. A pesar de ello, se alejaba lo menos posible del jergón que se había traído del carro, y nunca abandonaba la pequeña cesta cilíndrica en la que guardaba, cada uno en su estuche de piel, los rollos de papiro que le había pedido al amanuense de Tiberio.

—Debe de tener un gran valor tu cesta —le dijo una vez el mercader griego después de una clase.

—Solo para mí —contestó Adunco mientras le ponía en la mano la moneda de su retribución—, pero cuidado: no la valoro lo bastante para pagar un rescate a quien consiga robármela, pero sin duda estaría dispuesto a matar a quien lo intentase.

El mensaje corrió por la nave y fue recibido, y al viejo comisario le pareció que el merodeo en torno a su jergón, que se había vuelto demasiado asiduo para no resultar sospechoso, se fuera espaciando paulatinamente. La daga permaneció de todas formas asegurada a su antebrazo izquierdo, apenas retenida por la funda corrediza, apenas cubierta por el faldón de la capa con la que Adunco se protegía del viento de la travesía marítima.

Aquellos rollos eran copias de informes llegados a Roma de todos los procuradores y prefectos del Imperio, que se hacían para Tiberio desde que este residía en Capri. Los originales continuaban llegando al archivo imperial de la Urbe, que era un modo diplomático de no decir que estaban destinados a Sejano, pero muchos de los funcionarios con tareas de gobierno —también Pilatos, desde que tenía indicios de que el prefecto del pretorio, su protector, contaba con enemigos no menos poderosos que él— habían empezado a enviar simultáneamente una copia a Tiberio, en señal de deferencia, y una al archivo romano.

En la isla partenopea, Adunco había pedido que le entregaran, tras un breve examen, informes firmados por los varios prefectos que habían gobernado Judea —Coponio, Marco Ambivio, Annio Rufo, Valerio Grato y actualmente Poncio Pilatos— desde que el tetrarca Arquelao, uno de los hijos entre los que Herodes el Grande había dividido el reino, había sido depuesto. Eso había sucedido en el año 750, y entonces Judea, Samaria e Idumea habían pasado a formar una sola provincia romana bajo un prefecto de rango ecuestre que dependía, para los asuntos más importantes, del gobernador de Siria.

Obviamente, Adunco conocía los hechos más destacados de aquel período, iniciado poco antes de que él naciera y de los que había sido a veces testigo directo. Conocía, por haberlos estudiado, los pormenores de la intervención de los romanos en el año 689, reclamada por los asmodeos para dirimir las luchas fratricidas de aquella dinastía y concluida con la entrada de Pompeyo Magno hasta la celda secreta del Templo de Jerusalén. Sabía que julio César, tras ganar la guerra civil contra Pompeyo, había nombrado al idumeo Antípatro procónsul de Judea y le había autorizado incluso a reconstruir las murallas de Jerusalén que Pompeyo había hecho demoler. Sabía que los dos hijos de Antípatro habían sido nombrados el uno, Fasael, gobernador de la capital y el otro, Herodes, gobernador de Galilea, pero que solo el segundo había conseguido sobrevivir a la invasión de los partos, para volver posteriormente, con la ayuda de Marco Antonio, al mando de la provincia.

En esto, poco a poco, los recuerdos personales de Adunco reemplazaban a las nociones de un buen colegial de provincias cuya familia había estado muy atenta a las vicisitudes de la República. Recordaba la dolorosa emoción —tenía entonces diez años— con que Córdoba había recibido la noticia de la victoria de Octaviano sobre Marco Antonio y la reina egipcia Cleopatra en la batalla naval de Accio. La gente tenía escasa simpatía por la *gens* Julia, porque estaba aún fresco el recuerdo del saqueo con que julio César había castigado a la ciudad hispana por haberse alineado del lado de su adversario Pompeyo, y algún año después también Augusto iría —con violencia, naturalmente— a pacificar la provincia.

Herodes había sido nombrado *rex* socios de Roma por Marco Antonio, a quien había dedicado incluso un gran palacio-fortaleza construido en Jerusalén, pero el astuto soberano idumeo había conseguido hacerse confirmar también por César (al que dedicaría posteriormente incluso un par de ciudades), con una gran autonomía de

la que llegaban a Roma las noticias más espectaculares y contradictorias. Adunco, ya trasladado a la capital del Imperio e integrado en los ambientes más informados y próximos al poder, recordaba que los funcionarios y los oficiales procedentes de Palestina hablaban con admiración de los grandes edificios que Herodes hacía construir, y con sobrecogimiento de aquellos episodios llenos de ferocidad, pues Herodes no había perdonado siquiera a sus hijos Alejandro y Aristóbulo, a quienes hizo estrangular por ser sospechosos de organizar una rebelión. A este respecto, Adunco recordaba cómo Augusto había comentado, con su acostumbrado cinismo, que en casa de Herodes habría preferido ser un cerdo antes que un hijo suyo: se habría sentido más seguro, en vista de que los judíos no probaban la carne de ese animal.

Con la muerte de tanto personaje, Augusto había terminado ratificando el testamento, que dividía el reino entre los tres hijos supervivientes dando a Arquelao Judea, Samaria e Idumea, a Antipas Galilea y Perea, y el territorio al este del Jordán, con las ciudades de la Decápolis, a Filipo. Eso sucedía en el año 749; un decenio más tarde, una delegación de judíos y samaritanos se dirigió a Roma para interponer una causa contra Arquelao y consiguió con ella la destitución del tirano, cuyos territorios pasaron a ser directamente administrados por Roma. Antipas adoptaba el nombre dinástico de Herodes y empezaba a dar muestras de la misma pasión constructora que su padre, pero muy poca de su entereza de carácter.

Mejor que nadie lo estaba haciendo Filipo, quizá porque sus territorios estaban casi enteramente fuera de Palestina, quizá porque sus súbditos eran casi todos unos politeístas tolerantes o porque se mantenía lo más apartado posible de los asuntos y de los problemas de los judíos, el hecho es que consiguió, caso más único que raro, no solo el respeto sino también el amor de los ciudadanos.

Esta era la historia y Adunco la conocía, pero sabía que para comprenderla de verdad le faltaba la crónica, las vicisitudes internas de aquella difícil región que parecía poseer una capacidad de resistencia contra los dominadores romanos más fuerte que cualquier otra provincia del Imperio. La recorría ahora, desenrollando los rollos que iba poco a poco extrayendo de sus fundas y cuyo lenguaje entre cancilleresco y policial le era bien conocido. Decía el primero:

A César Augusto, emperador y pontífice máximo
De Publio Sulpicio Quirinio, gobernador de Siria

Informe 7
Categoría: secreto
Fecha: mes de junio, año 759 de la fundación
Asunto: Judas de Gamala, llamado el Galileo
Opinión: debe ser eliminado

El censo en la nueva provincia de Judea, para registrar a fines fiscales a los ciudadanos, sus rentas y sus bienes, provocó una fuerte reacción popular que en un primer momento fue superada gracias a la intervención del sumo sacerdote Joazat, el cual está a favor nuestro como toda la nobleza sacerdotal reagrupada en el partido de los saduceos.

Esto no fue suficiente, sin embargo, para extinguir los focos de descontento, de modo que se hizo necesario deponer a Joazat para tratar de aplacar a los grupos más radicales.

Lamentablemente, en tan delicado momento, algunos de nuestros recaudadores de tributos iniciaron el cobro, efectuándolo a veces con métodos extremadamente enérgicos y con el apoyo de las tropas. El hecho de que la cuestación fuera confiada a unos agentes llamados publicanos, casi siempre judíos, empeoró ulteriormente las cosas causando serias fricciones internas entre la población.

A pesar de que el censo afectaba solo a Judea, se han producido fuertes reacciones también en otras zonas y especialmente en Galilea. Aquí, un tal Sadoc, de profesión docente y perteneciente al partido de los fariseos, y un escriba llamado Judas de la pequeña ciudad de Gamala, en Gaulanitide (nota: los judíos llaman escribas no a los escribanos y amanuenses, sino a los intérpretes de sus libros sagrados), han fomentado un movimiento de protesta cuyos partidarios son llamados zelotas.

El primero de los dos regresó pronto al anonimato, pero el segundo prosigue en su acción afirmando que no se trata de un problema administrativo, sino más bien religioso. Sostiene que su dios, llamado Yahvé, es el único señor del pueblo de Israel, de modo que quien paga los tributos a un dominador extranjero pierde el privilegio de ser israelita.

El argumento es claramente capcioso, en vista de que la libertad religiosa concedida a todos los pueblos del Imperio es aún más amplia en el caso de los habitantes de esta provincia, en razón de los *privilegia iudaica* que les fueron concedidos, pero el movimiento de los zelotas está cobrando igualmente fuerza y parece encontrar simpatizantes también en la lejana pero importante colonia judía de Alejandría.

Para reprimirlo, parece absolutamente necesaria la eliminación física del llamado Judas.

Y este es solo el primero, pensó Adunco volviendo a meter el rollo en el estuche. En vez de sacar el siguiente, se quedó algunos minutos reflexionando, como le sucedía a menudo, con la mirada fija en las aguas azules del mar Egeo. Siempre, con su infinidad de leyendas, con sus rutas portadoras de cultura, le habían parecido como el seno fecundo de una aventura solar de la que se sentía agradecido partícipe, pero ahora una sensación sombría le embargaba, una sensación de desventura y de dolor amenazantes, que ni siquiera la vista de las gloriosas costas de Creta, anunciadas por

un grito del marinero que oteaba desde la gavia, pudo hacer desvanecer.

Capítulo VIII

Se recortaban ya contra el desierto las largas sombras de los montes a su izquierda, sobre los que se erguía la ciudad de Gerasa, cuando Jesús atravesó el lecho de uno de los arroyos que descendían hacia el Jordán y encontró en la otra orilla numerosas huellas humanas. Siguió el curso de agua, aún escasa porque apenas estaban a comienzos del otoño. Los bancos de arena de las orillas iban haciéndose cada vez más altos, de modo que, cuando llegó a divisar a Juan y al grupo de jóvenes que siempre le seguían, se encontraba respecto a ellos en una posición elevada. Se detuvo, sentándose sobre los talones y apoyado en su cayado, a observar sonriendo las abluciones de algunos de los jóvenes, incapaces de mantener la actitud de concentración casi hierática que su maestro pretendía en el acto de la purificación. El resto del grupo permanecía en la orilla, extremadamente atento a las palabras del hombre que se hallaba sentado en el centro. Iba descalzo, despeinado, recubierto por una burda piel de camello, y hablaba con voz excitada y agitando un brazo: mirando a su primo, Jesús se acordó de la descripción que había hecho de él su hermana y no pudo dejar de sonreír de nuevo.

Se levantó, y su sombra se proyectó sobre el pequeño grupo. Inmediatamente, uno de los jóvenes alzó los ojos, le vio, y olvidando toda discreción corrió hacia él gritando, riendo y levantando con sus pies grandes rizos de arena en la difícil escalada de la ribera.

—¡Es Jesús —gritaba—, es Jesús!

Y tras llegar a su lado, después de un momento de duda entre echarse a sus pies o abrazarlo, optó resueltamente por la segunda opción y fue alegremente correspondido.

Luego bajaron para reunirse con los demás en la orilla, donde todo el grupo se recompuso, y hasta la cara de Juan, siempre surcada de arrugas, se había distendido en una expresión de afecto. Los dos hombres se dieron un apretón de manos, luego todos volvieron a sentarse en la arena.

Preguntaron a Jesús si había comido y él dijo que no con la cabeza:

—He caminado casi toda la noche para encontraros a tiempo. —Y luego, mirando hacia su primo, añadió—: Te andan buscando, Juan, les he visto.

—¿Los hombres de Herodes? —preguntó este.

Jesús asintió, mientras se comía el pan untado con miel silvestre que los discípulos del Bautista le habían traído.

—Era de noche y resultaba difícil distinguirlos —dijo acto seguido—, pero eran bastantes y probablemente se presentarán aquí en breve. He caminado sin detenerme y sin el peso de las armas, pero no puedo haberles sacado mucho.

Los jóvenes se entrometieron en la conversación con una serie de preguntas y de exclamaciones de preocupación, pero bastó con un gesto de la mano de Juan para restablecer el silencio.

—¿Y qué debería hacer, según tú? —preguntó desdeñosamente a Jesús—. ¿Debería escapar ante el tetrarca como si yo fuera el culpable y él un juez? El sacrílego es Antipas, no Juan, y él lo sabe. ¿Por qué manda a los soldados a buscarme, en vez de arrepentirse de su unión incestuosa con Herodíades? ¿Por qué quiere encarcelarme, en vez de sumergirse él en las aguas de la purificación?

Mientras hablaba, el Bautista había ido paulatinamente levantando el tono de voz, y luego él mismo se había puesto en pie y había empezado a dar vueltas, mientras agitaba un brazo con la mano cerrada como si la ira fuera demasiado grande para no permitirle cualquier posible desahogo, aunque fuera el simple movimiento.

—¿Acaso no se lo advertí? —gritaba—. ¿Acaso no le dije que se arrepintiera y que lo hiciera rápido, porque el reino de Dios se acerca? ¿Acaso no le anuncié que un gran castigo caerá sobre él así como sobre todos los impuros, y que el hacha está a punto de abatir el tronco, y que el tronco será pronto entregado a las llamas?

La bella voz estentórea del Bautista parecía colmar la inmensidad del desierto, despertando múltiples ecos que le conferían una resonancia fantástica. Sus jóvenes discípulos y el mismo Jesús, pese a temer que su sonido sirviera de orientación a los soldados, estaban fascinados por ella y eran incapaces de hacer otra cosa que seguir escuchándole, deseando que el mensaje no cesara nunca hasta hacerse realidad.

Pero de improviso, Juan enmudeció, permaneció inmóvil mirando fijamente la escasa agua que le rozaba los pies y proseguía su lenta carrera hacia el Jordán. Entonces su primo se apartó del grupo de jóvenes, se le acercó, y le puso una mano en un hombro.

—Vete a casa, Juan —le dijo—, vuelve a Hebrón. ¿Recuerdas nuestros paseos entre las ruinas de los anaquitas? ¿Recuerdas nuestras discusiones sobre Hillel y Shammai? También en Hebrón hay mucha gente que tiene necesidad de escuchar tu mensaje, de comprender que Hillel tenía razón y Shammai estaba equivocado. Y allí Herodes Antipas no puede hacerte ningún daño.

El Bautista calló unos instantes, como si estuviese meditando sobre las palabras de Jesús, pero en realidad estaba solo mirando el agua que corría hacia el Jordán y se convertía en instrumento de purificación. Habló sin esquivar la mirada:

—La de Herodes es una familia maldita, y para lo único que conoce la Ley es para violarla, y Antipas es el peor de todos. Él sabe que es culpable ante Dios, y por este pecado, del que se le acusa públicamente, me odia y me teme, y odia y teme a la gente que viene a mí para que yo la bautice. Paga a los sacerdotes y a los escribas para que digan que soy un loco, para que me desprecien en público, pero la gente sabe discernir la verdad y se da cuenta de todo, y acude cada vez en mayor número a escucharme a mí, que le acuso.

Calló de nuevo, luego dirigió la mirada a su primo y dijo:

—Tengo a Dios de mi parte, Jesús. ¿Qué debería hacer? ¿Escapar ante Herodes Antipas y sus soldados cuando a mi lado luchan los ejércitos de Dios?

Volvió al lado de los demás y recogió del suelo una pequeña alforja. Alguien

podía pensar que también Juan el Bautista, Juan el asceta, Juan el esenio, poseía propiedades terrenales, y, por pequeñas que estas fuesen, conservaba su posesión, pero Jesús sabía que aquella alforja estaba vacía, y que así, vacía, había estado y estaría siempre: un aviso para quien la llevaba, el recuerdo de que no había ya tiempo ni razón para poseer cosa alguna, por pequeña que fuese. Dio un paso adelante y estrechó a su primo entre sus brazos.

—Ven conmigo, Jesús —le susurró Juan al oído—, uniremos de nuevo nuestros entusiasmos y nuestras esperanzas, como cuando viniste por primera vez y me pediste que te bautizara. Juntos podremos romper el círculo de la incredulidad, podremos abolir las falsas creencias con las que incluso nuestro pueblo humilla a nuestro Dios, el único verdadero, el único que existe. Desenmascararemos a los ricos sacerdotes y a los falsos doctores de la Ley, con sus sacrificios rituales y sus ceremonias. La gente acudirá cada vez en mayor número, y nosotros ofreceremos la purificación y les señalaremos el camino que deben seguir en esta ya breve espera.

Conmovido, Jesús le estrechó con más fuerza contra sí, pero solo por un instante, luego se desprendió del abrazo negando con la cabeza.

—No, Juan —dijo—, sabes que no puedo, que no podemos. Admiro tu fuerza, admiro tu fe, y el tiempo que he pasado contigo (en Hebrón, hace muchos años, y luego esos meses en el desierto) ha sido el más importante de mi vida, pero ahora he de caminar solo. Aunque nada nos divide, hermano mío, algo nos separa. Algo…

Retrocedió un paso, y al hacerlo la mano se le quedó enredada en el cordón de la alforja de Juan. Entonces la cogió y la mostró a su propietario:

—Esta misma alforja —dijo— que habla de renuncias absolutas y de sacrificios absolutos, y tus anatemas en contra de todo el que rechaza las unas y los otros. A mí, Juan, poco me importan los ayunos, y pienso más bien que una buena comida compartida en alegría nos vuelve mejores. No creo que una piel de camello nos acerque al reino de Dios, ni que un aceite oloroso derramado sobre la cabeza nos aleje de Él. Creo que descansar el sábado es algo bueno para el cuerpo y para el espíritu, pero que no hacerlo no entraña ningún perjuicio para el alma. Y no quiero que vengan a pedirme el bautismo solo los publicanos y los herejes, sino también los paganos de Tiro y de Sidón, los cananeos y los samaritanos, y hasta los romanos que pretenden sustituir el dominio de Dios por el suyo. Yo creo, Juan, que el perdón está abierto a todos, incluso a las clases poderosas, y que también Herodes Antipas merece un poco de tu indulgencia.

Los dos hombres se quedaron parados así un largo instante, fijos los ojos de uno en los del otro, luego Juan extendió la mano y tocó la que su primo le alargaba, se volvió y se adentró en el desierto. Inmediatamente, los discípulos le siguieron, todos menos dos, que se quedaron con Jesús: el que había corrido a su encuentro a su llegada y otro que luego se había sentado a su lado. Siguieron con la mirada a los amigos que se alejaban, y luego se volvieron y echaron a andar a la largo de la orilla del arroyo de escasas aguas, hacia el Jordán.

De camino, los dos jóvenes exteriorizaron finalmente toda su alegría por la vuelta de Jesús, a quien habían dado por muerto. Uno de ellos, con el fuerte acento de los galileos, decía:

—Te esperamos durante dos días delante de la cárcel, y luego nos fuimos porque el guardia nos dijo que no te dejarían salir hasta el día siguiente. Cuando volvimos, ya era tarde: nos dijeron que ya no estabas, que te habían liberado, pero no sabían nada más, y nadie te había visto. No sabíamos si buscarte o darte por muerto, estábamos desesperados. ¿No es cierto, Juan?

El otro asintió y metió baza también en la conversación:

—Así es, Andrés. —Y luego, dirigiéndose a Jesús, añadió—: Ni siquiera mi familia, pese a pertenecer a la clase sacerdotal de Jerusalén, logró saber más. Al final decidimos reunirnos con los otros, en la esperanza de que tú te hubieras adelantado aquí en el desierto. Al no encontrarte, temimos que te hubieran matado.

—No fue tan dramático —dijo Jesús sonriendo—, en el fondo los jueces del Sanedrín no son tan estrictos en la administración de la justicia como en la observancia de la Ley. Uno de ellos, creo que Caifás, me hizo algunas preguntas, y luego no pasó nada más. Me metieron en una celda solo, me dieron de comer y de beber con cierta abundancia, y cuando la fiesta de las Tiendas estaba a punto de terminar me dejaron en libertad.

Al salir a colación el nombre de Caifás, a Juan se le escapó un gesto de sorpresa.

—¿Quieres decir —preguntó— que te interrogó el sumo sacerdote en persona?

—Creo que sí, querido mío —respondió Jesús adoptando en broma una actitud altiva.

Pero el otro no reía.

—¿Y qué te preguntó?

Jesús hizo un gesto con la mano.

—Las tonterías de siempre —dijo—, no vale la pena ni hablar de ellas.

Estaban ya fuera del desierto, la arena iba cediendo espacio a la hierba y a los arbustos, y el Jordán estaba ya a la vista. El sol se hallaba en su cenit. Jesús aminoró el paso, se quitó de la cabeza el pañuelo y se secó con él el sudor de la frente.

—Tomémoslo con calma —dijo—, busquemos algo de comer y descansemos en las horas de más calor, y luego reanudaremos la marcha. De todos modos no llegaremos antes de dos días, tenemos casi trescientos estadios que recorrer.

Hasta aquel momento los dos jóvenes no se habían preocupado lo más mínimo en preguntarle a Jesús adónde se dirigían, confiando totalmente en su guía, y, aunque tampoco Andrés se lo preguntó, Juan el Sacerdote hizo no obstante un rápido cálculo y en seguida se detuvo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A un lugar que tú conoces muy bien —dijo Jesús prosiguiendo su camino.

El otro le alcanzó.

—¿Es realmente necesario? —preguntó.

—Nadie nos reprochará el haberles abandonado —dijo Jesús— y, si alguien lo hace, nos aguantaremos. Su visión ha parecido estrecha a los ojos de nuestro espíritu y nos hemos ido, pero estamos en deuda con ellos, Juan. Nos han acogido y nos han enseñado muchas cosas, es mérito suyo el que podamos hacer el bien a los enfermos expulsando de su cuerpo a los demonios de que están poseídos. Y además, tenemos también amigos en Qumrán que nos están esperando.

En uno de los infinitos y estrechos recodos que dibuja el Jordán en el hondo valle que se extiende del mar de Galilea al Mar Muerto, un pescador había construido un pequeño embarcadero para su barca y una casita a escasa distancia de la orilla. En aquel espacio jugaba un niño de pocos años, mientras su madre, que estaba calentando el horno construido al aire libre, lo vigilaba con el rabillo del ojo. Los tres caminantes la saludaron y pidieron permiso para sentarse allí en el suelo, pero la mujer les pidió que la siguieran y les invitó a sentarse en unos bancos y una mesa junto al huerto que había detrás de la casa.

Se sentaron y aceptaron el pan y los dátiles que la mujer les ofreció. Luego se oyó el ruido de la barca al ser amarrada en el embarcadero y pocos instantes después el pescador tomó asiento con ellos.

—Te conozco —dijo a Jesús—, te vi en el desierto con Juan el Bautista. —Y luego, señalando con la mano a la mujer que estaba de pie a su lado, con el niño entre sus faldas, sobre cuyos pequeños hombros apoyaba ligeramente las manos, añadió—: Todos nosotros —dijo con orgullo— hemos sido purificados por él con el agua del Jordán.

Estaban los hombres así hablando cuando el niño se separó de la madre y se acercó a Jesús, lleno de curiosidad por lo largo de aquellos cabellos intonsos desde hacía muchos años. Alargó una manita para tocarlos, pero el padre le gritó que no molestara al huésped y la madre corrió a cogerlo. También Andrés y Juan se habían levantado para evitar que el pequeño molestase a Jesús, pero este les hizo un gesto para que se detuvieran y extendió las manos al niño, que en seguida se fundió en aquel abrazo. Levantado y sentado sobre una rodilla, se aprovechó de la libertad que le era concedida y aferró un mechón de los cabellos tentadores, empezó a tirar de él con una fuerza infantil que no hacía ningún daño.

Jesús reía.

Ved —decía—, es así como hay que tratar de entrar en el reino de Dios, sabiendo lo que se quiere y exigiéndolo con fuerza, con un poco de esta suave violencia.

Descansaron un rato sobre la hierba del huerto, luego se despidieron de sus huéspedes y reanudaron el camino por el sendero que corría a lo largo del río. Aquella tarde y la sucesiva fueron unas familias de campesinos las que les ofrecieron una comida y una yacija de paja en el establo; al amanecer del día siguiente, partieron de nuevo y pronto iniciaron el descenso hacia la gran depresión del Mar Muerto. Cruzaron el Jordán y, después de media jornada, llegaron a la vista de Qumrán, al borde del desierto de Judá.

La pequeña ciudad de los maestros esenios se alzaba sobre una terraza rocosa a cuyos pies discurría el curso de agua que le daba su nombre. Detrás del pueblo, se alzaban pendientes cuyas escarpadas laderas escondían numerosas cuevas, en las que, se decía, casi doscientos años antes se había refugiado un grupo de sacerdotes expulsados del Templo de Jerusalén a raíz del violento enfrentamiento doctrinario entre su jefe Judas el Esenio, a quien ellos llamaban el Maestro de justicia, y el sumo sacerdote Jonás, que para ellos sería luego para siempre el Sacerdote Impío. Ellos eran hijos de la luz y de la verdad, los hombres del partido de Dios; los otros eran los hijos de las tinieblas y de la mentira, miembros del partido de Belial.

En tiempos más seguros, habían abandonado las cuevas y construido la aldea, dedicándose sobre todo, además de al estudio de los textos sagrados, a la agricultura y a la artesanía, y formando una comunidad con reglas particulares que la habían hecho famosa. La dinastía de los Asmodeos les había perseguido, obligándoles de tanto en tanto a volver a los refugios del desierto, pero Herodes el Grande había sido su amigo, porque cuando era aún muchacho uno de ellos, Menajén, le había vaticinado que se convertiría en rey. Por eso, bajo su reinado, Qumrán no había sido nunca ocupada; es más, muchos esenios habían vuelto a vivir a Jerusalén, ocupando todo un barrio en el Monte Sión.

Pero los más observantes se habían quedado en aquella comunidad de apenas trescientas almas que se atenía muy estrictamente a las Escrituras, y practicaba el celibato y la comunidad de bienes. Allí se había formado Juan el Bautista, que la había dejado posteriormente para tener con la gente un estrecho contacto que los esenios rechazaban. También Juan el Sacerdote había ingresado en aquella comunidad y asimismo había estado en ella durante un tiempo Jesús: un año entero de duro aprendizaje, que era, según los maestros, el primer paso para darse cuenta de que se estaba cerca de entrar en la Alianza de Dios. A su llegada, se había sometido al examen del que había de ser su tutor, después fue evaluado por todas las personas que formaban el Consejo, y finalmente le admitieron.

Al acercarse a la puerta que se abría en el recinto amurallado, y a cuya izquierda se alzaban los restos de la antigua torre de defensa que un terremoto había abatido sesenta años antes, Andrés sentía solo una gran curiosidad por aquella gente casi inabordable, de la que tanto había oído hablar sobre todo por sus facultades exorcísticas, el conocimiento de las raíces medicinales y las útiles propiedades de ciertas piedras.

En cambio, a Jesús y a Juan la vista de aquellas casitas les traía a la memoria una serie de recuerdos aún frescos, vivísimos. Recordaban los frecuentes baños rituales cotidianos, porque para los esenios el agua era símbolo de vida y portadora de salvación, y era mencionada de continuo en las reglas de la comunidad que los iniciados debían repetir hasta aprendérselas de memoria. Recordaban las lecciones impartidas por un instructor que enseñaba preceptos de sabiduría y el correcto calendario, basado en el sol y no solo en la luna. Las largas horas de exégesis de las

Escrituras en las que cada uno, para tratar de encontrar su verdadero significado, trataba de salir de su propia realidad humana para compenetrarse con la divina, y con este fin a veces pasaba en oración toda la noche. Recordaban los ejercicios de concentración para que la fuerza vital se acumulase y luego se desprendiese a través de las manos bajo forma de calor terapéutico.

Recordaban, por último, la reunión diaria en torno a la mesa común, y de la que sin embargo, con los otros novicios, habían sido meros espectadores, porque hasta que no completaran un año de aprendizaje no se les concedería participar en aquel ágape ritual. La mesa era preparada con pocos y sencillos alimentos, se servía el vino en cuencos, pero nadie alargaba la mano antes de que el anciano sacerdote hubiera bendecido la mesa; a renglón seguido, la asamblea de la comunidad al completo repetía la bendición, uno por uno, según la jerarquía de dignidad.

Para Jesús y para Juan el Sacerdote aquel momento no había llegado nunca. El primero había decidido dejar Qumrán porque no conseguía compartir ni la aversión que los esenios alimentaban por cuantos consideraban hijos de las tinieblas, ni la obsesión por la purificación ritual que Juan el Bautista había transformado posteriormente en un poderoso reclamo para el común de la gente. El segundo había decidido seguirle porque las palabras que Jesús le decía le parecían mucho más convincentes: más que las de los esenios, más que las del Bautista.

Era la hora del ocaso, y el sol alargaba delante de los tres caminantes la sombra de las casas bajas y de los escasos árboles. Recorrieron los senderos entre los campos y los huertos que los habitantes de la ciudad habían arrebatado al desierto, entraron, atravesaron un patio y pasaron por delante del taller donde se reparaban los útiles de trabajo y donde también Jesús y Juan habían sido empleados, bordearon el canal que llevaba el agua a la cisterna y penetraron en una gran sala rectangular. En el trayecto, habían encontrado a varias personas, todas ellas hombres, que caminaban con aire absorto y parecían ignorarlos, pero algunos cambiaron de dirección y se unieron silenciosamente al terceto. Otros seguían su mismo camino, de modo que fue una pequeña procesión la que entró en la sala donde se había reunido ya mucha gente, y sin embargo reinaba en ella un silencio casi absoluto, como en toda la ciudad: una atmósfera que a Andrés le pareció irreal, realmente más próxima a Dios, pero a Juan se le antojó aún más opresiva de lo que recordaba.

Jesús se acercó a un grupo que estaba sentado a lo largo del lateral del fondo de la sala y lo ocupaba por entero: eran las quince personas que formaban el Consejo de la comunidad. Se intercambiaron sobrios saludos; luego los quince ocuparon las únicas sillas del local.

—Sabes que no puedes volver —dijo el de más edad.

—No quiero volver —dijo Jesús—, pero tampoco quiero abandonaros. Llevo vuestras enseñanzas conmigo, en mi corazón. Pero creo haber aprendido otras y no quiero guardarlas para mí, como hacéis vosotros. Creo que ha llegado el momento de hacer partícipe de ellas a la gente, porque no consigo odiar a los pecadores como

vosotros queríais hacerme jurar. Creo en la amistad y no en la separación, y no creo que sea justo maldecir a los otros judíos, considerándoles a todos enemigos porque no están cerca de vosotros. Tampoco creo que la impureza sea algo exterior que requiere muchas abluciones. Lo que entra en el hombre no puede contaminarle, porque no le entra en el corazón, sino en el vientre, y se expele en la letrina, pero lo que proviene de dentro, de su corazón, eso sí puede contaminarle: los malos pensamientos, la disolución, el latrocinio, el homicidio, el adulterio, la codicia, la mal dad, el fraude, el impudor, la envidia, la difamación, el orgullo, la necedad.

Entonces los quince sacudieron la cabeza, y un ligero murmullo llenó la sala, pero bastó con una indicación del anciano para que se restableciera el silencio.

—¿Era necesario que volvieras para decirnos todo esto? —preguntó el viejo—. ¿Acaso esperas escapar así a nuestro juramento de odio?

Jesús negó con la cabeza, y una expresión de desaliento se apoderó de su rostro, pero acto seguido volvió a mirar con fijeza a aquellos hijos de la luz que ignoraban la piedad, y dijo:

—Un hombre, un pagano, se presentó ante el maestro Shammai: «Me convertiré —le dijo— si eres capaz de enseñarme toda la Torah mientras yo me sostengo en equilibrio sobre un solo pie». Shammai le respondió que era una pretensión absurda y sacrílega y le echó. Entonces el pagano fue a ver al maestro Hillel y le hizo la misma pregunta. «No hagas a tu prójimo —le dijo Hillel— lo que no desees para ti». Y añadió: «Esta es toda la Torah, el resto es solo comentario. Ve y apréndelo».

Los quince permanecieron en silencio, e igualmente todos los demás, y entonces Jesús se volvió y fue abriéndose paso entre la gente. Andrés y Juan le siguieron, pero no solo ellos: dos, tres, cuatro esenios salieron hacia la noche que se había hecho ya en el desierto.

Capítulo IX

En la realización de sus sueños arquitectónicos, pocas veces Herodes el Grande se había equivocado. Había querido transformar una pequeña y antigua ciudad fenicia en el mayor puerto de Samaria y ahora, a unos sesenta años de la plasmación de aquel proyecto, Cesarea era precisamente esto. Un gran muelle, con macizas torres de piedra calcárea que parecían querer rivalizar con el Faro de Alejandría, acogía un tráfico continuo procedente de Italia y de Grecia, de Licia y de Iliria, que luego se distribuía por vía terrestre de Palestina a Siria y a Egipto, o simplemente iba a llenar hasta los topes las gradas del gran hipódromo, con capacidad para veintiún mil espectadores, donde se celebraban carreras de bigas y cuadrigas famosas en todo el Imperio.

En Cesarea, que el tiempo y los azares de la historia habían elevado también a sede de los prefectos imperiales, desembarcaban los pasajeros procedentes de las numerosas colonias judías que se habían formado en todos los grandes centros comerciales de las costas del Mediterráneo. Venían de Alejandría, donde se aseguraba que había más que en la propia Palestina y donde el Pentateuco se leía en griego, traducido por encargo de Tolomeo Filadelfo por setenta doctores hebreos, y de Éfeso, la capital de la provincia de Asia que había cambiado mil veces de amo. Venían de Corinto, donde hablaban latín porque eran una parte importante de la colonia que julio César había fundado sobre las ruinas de la antigua ciudad griega, y venían de Roma, donde al principio ocupaban todo un barrio de más allá del Tíber, pero habían comenzado ya a pasar el río, para concentrarse en torno al gran pórtico que Augusto había dedicado a su hermana Octavia y en los alrededores del teatro que recordaba a su sobrino Marcelo.

Pilatos y Afranio se dirigieron al muelle caminando entre la gente. Los soldados de la escolta, incluido el centurión Marco, se habían quedado en palacio. El prefecto, pese a saber que no era en absoluto querido, estaba convencido de no correr ningún riesgo. Perfectamente disimulados entre el gentío, casi invisibles, los hombres de la policía secreta vigilaban con mayor conocimiento de causa, y los puñales que llevaban en la manga de la túnica eran ciertamente más rápidos y eficaces que las espadas cortas y las lanzas de los legionarios.

Aquella mañana se esperaba la llegada de una nave de Rodas. El comercio de la isla de las rosas iba recuperándose de la crisis debida a la competencia de Delos, a la que los romanos dos siglos antes habían concedido el estatuto de puerto franco. Las estatuas y el vino de Rodas gozaban aún de gran demanda: el mismo Pilatos esperaba algunas reproducciones a escala reducida de grandes esculturas, como la Victoria de Samotracia, obra de Pitocritos, o incluso monumentales, como el Coloso que Cares de Lindos había puesto de guardián en el puerto de la isla. Afranio, en cambio, quería simplemente hacer su trabajo: no perder de vista nada ni a nadie.

Dos de las sillas que un tabernero había puesto al aire libre, las que estaban en

mejor posición para observar el tráfico del lugar, quedaron libres como por ensalmo, y los dos hombres tomaron asiento en ellas. La varilla de hierro de un reloj de sol, en la pared del edificio que albergaba las oficinas del puerto, indicaba que había pasado hacia poco la hora de cuarta: el barco que esperaban aún tardaría en llegar, y los dos hombres pidieron vino y aceitunas. Afranio se las comía con cuidado, mordisqueándolas con dientecitos de ratón, y luego se ponía los huesos en un pliegue de la túnica como si hubiera decidido pasar por la vida sin dejar el más mínimo rastro. Bebía apenas y a sorbos mínimos, contrariamente al prefecto que pronto se sirvió un segundo vaso. Lo vació de un sorbo y dijo:

—Me debes un relato, Afranio.

Este volvió la cara al sol, cerró los ojos y juntó las yemas de los dedos. Permaneció unos instantes en silencio como para poner en orden los recuerdos y luego comenzó su informe.

Jesús, hijo de José, carpinteros ambos. La familia es de Gamala, pero dice ser descendiente del rey David, que era de Belén. La reivindicación es ciertamente infundada, pero para nosotros resulta igualmente peligrosa. Cualquiera que se enorgullezca de esta descendencia puede utilizarla como elemento legitimista para ponerse a la cabeza de una revuelta, y si el orgullo es indebido resulta más sospechoso todavía. José murió hace veintitrés años, crucificado por haber participado en la revuelta de los zelotas de Judas el Galileo. Jesús tenía entonces unos catorce años. La familia se refugió en Hebrón en casa de parientes, uno de los cuales, de la misma edad que Jesús, se ha hecho posteriormente famoso con el nombre de Juan el Bautista.

El prefecto no pudo dejar de sobresaltarse, ligeramente pero lo suficiente para hacerle derramar algunas gotas de vino en las vendas que recubrían sus manos.

—Así que —exclamó— no solo Judas de Gamala, sino también Juan el Bautista. ¡Está loco, ese Caifás!

Afranio, que había abierto los ojos y los tenía muy fijos en Pilatos, estaba evidentemente a punto de atreverse a hacer una pregunta, pero el prefecto meneó la cabeza:

—Aún no, Afranio, aún no. Prosigue tu relato.

—Vuelven a Gamala —dijo Afranio— y Jesús se hace cargo del taller de su padre. Estudia un poco y trabaja mucho, porque debe mantener a una madre, dos hermanas y cuatro hermanos. Por otra parte, todos comienzan pronto a trabajar en algo, de modo que no se puede hablar de grandes estrecheces. Es un muchacho de carácter abierto y jovial, le gusta comer y también beber, aunque con moderación. Va con gusto a las fiestas, hace la corte a alguna chica pero no se casa.

—¿Compañías peligrosas? —preguntó Pilatos.

—¿Bromeas, Hegemón? —exclamó Afranio, disimulando la excesiva familiaridad de la frase con el pomposo título griego que equivalía a prefecto—. Es imposible vivir en Galilea sin amistades peligrosas, a menos que no se tenga ningún

amigo. Es amigo de los hijos de Judas, y sobre todo de Menajén, el más joven. Y un par de sus hermanos, José y Simón, formaron o forman parte de la banda de los zelotas.

El prefecto esbozó una sonrisa llena de preocupación e hizo una señal al tabernero para que trajese más vino. El gentío iba en aumento, porque ahora había asomado en el horizonte una manchita blanca que unos ojos expertos habían reconocido en seguida como una vela griega, aun así, el espacio en torno a Pilatos y Afranio seguía estando milagrosamente libre, protegido por algunas figuras tranquilas que parecían formar parte de la multitud y en cambio la frenaban, la desviaban. El prefecto admiró aquel trabajo tan bien hecho, y dio gracias tácitamente a su predecesor Valerio Grato por haberle dejado aquella inestimable herencia.

—Pasan los años —prosiguió Afranio— y, en realidad, considerando el nivel de politización de esta gente, cabe decir que nuestro amigo se compromete muy poco. Hasta que cierto día, hará un par de años, mi hombre de Gamala me hace llegar la noticia de que Jesús ha abandonado la pequeña ciudad. Pero ¿para ir adónde? Misterio. Por suerte mi hombre infiltrado en el grupo de discípulos del Bautista me señala su llegada a Betabara, donde ha tenido una larga conversación con su primo. Aunque inmediatamente después desaparece de nuevo.

—Por suerte… —dijo Pilatos.

Afranio sonrió:

—Mi hombre, que está haciendo el noviciado con los maestros esenios, me indica la llegada de Jesús a Qumrán, donde pasa el examen y es acogido en la comunidad.

Ahora la mancha blanca era claramente una gran vela trapezoidal. Los estibadores comenzaron a prepararse, enrollándose un trapo en la cabeza y comprobando las correas con las que iban a tener que sostener su carga. El oficial de la aduana salió del edificio y alzó la cabeza para echar una ojeada al reloj de sol. El comandante del puerto lanzó las últimas maldiciones para que las barquichuelas que se demoraban en el muelle se decidieran a dejar libre el espacio destinado a la nave mercante, y el oficial encargado de la seguridad, suspirando ante la idea del calor, se cubrió la cabeza con el casco de cuero que llevaba bajo el brazo y se aseguró el barboquejo, echando al propio tiempo una mirada de control a sus diez hombres situados en puntos estratégicos: ya en más de una ocasión la llegada de una nave había servido de excusa para desencadenar una trifulca, con el fin de clavar un puñal en la espalda de algún legionario.

—En muchos aspectos —continuó el griego—, se luce. En el estudio de las plantas medicinales, por ejemplo, pero sobre todo en las técnicas exorcísticas. Mi hombre me asegura que incluso los grandes maestros están maravillados por su capacidad de inducir a la gente a seguir sus consejos a fin de encontrar la paz de espíritu. En ciertos casos, por el contrario, provoca una gran crisis de gritos y gestos descompuestos y luego un sueño reparador, del que los lisiados se despiertan sumidos en una gran calma.

Ya —dijo Pilatos despectivamente—, eso que llaman expulsar los demonios.

—Yo en tu lugar no le infravaloraría, Hegemón —dijo Afranio—, pues todos nosotros, quien más, quien menos, tenemos dentro algún demonio que no conseguimos expulsar porque no conocemos su nombre. Si alguno puede liberarnos de él, ¿por qué rechazar su ayuda?

El otro se encogió de hombros.

—Hablas como mi médico —dijo—, se ve que sois griegos los dos.

Pero entretanto una pesada sombra había descendido a su corazón, la de siempre, que nunca conseguía ahuyentar más que por unas pocas horas: la visión de Claudia caminando muda y blanca como un lémur, poseída por un demonio al que Pilatos se negaba a dar nombre.

En aquel momento un hombre se destacó, gritando, de un nutrido grupo que hasta ese momento se había mantenido compacto y silencioso en espera evidentemente de la nave, y echó a correr en una dirección que podía ser la del muelle, pero también, con una ligera desviación en el momento justo, la del prefecto de Judea. Pilatos era un hombre de guerra de gran experiencia, e inmediatamente advirtió la posibilidad del peligro, pero mientras estaba aún pensando cómo reaccionar, un hombre de Afranio se había ya levantado como por casualidad de una de las sillas de la taberna y había dado dos pasos adelante: si el exaltado quería atacar al prefecto, el puñal que le pararía estaba preparado.

Pero aquel continuó su clamorosa marcha sin desviarse, seguido por su grupo que también había empezado a lanzar gritos y anatemas en arameo.

—¿Qué gritan? —preguntó Pilatos.

—Protestan por la carga de la nave que llega —tradujo el pequeño espía—; son vinateros de Safed y dicen que mis compatriotas de Rodas les hacen una competencia desleal, piden que se suba el arancel al vino griego.

Pilatos se quedó observando al grupo que voceaba, que ahora ya era asunto de los legionarios. Estos sacaron la espada corta de la vaina y, en vista de que los manifestantes no obedecían a la orden de dispersarse dada por el oficial, comenzaron a asestar grandes golpes con la lama de la espada sobre los hombros y también en las cabezas. Alguno cayó al suelo por los trastazos, hubo salpicaduras de sangre tras algunos golpes dados un poco con el filo, y el vocerío llegó al cielo porque muchos de los presentes, protegidos por la multitud anónima, unían sus maldiciones contra el imperio a las de los vapuleados.

Afranio echó una moneda sobre la mesa y se levantó, invitando al prefecto, con un gesto de la mano, a hacer otro tanto.

Vamos, Hegemón —dijo—, tu presencia aquí no hace sino calentar aún más los ánimos.

Pilatos echó una ojeada a la vela blanca, que iba aflojándose para frenar la carrera de la nave a la vista del puerto, luego se encogió de hombros. En realidad no tenía ninguna prisa por ver sus estatuas, e incluso estaba empezando a arrepentirse de su

adquisición. Ya había tenido bastantes problemas por ignorar la aversión de los judíos a las imágenes no solo del emperador, sino de cualquier figura humana, y no se había preocupado de ello porque se sentía fuerte con la protección de Sejano, pero comprendía que en Roma las cosas podían cambiar de un momento a otro y que había llegado el momento de la prudencia. Por eso había empezado a enviar directamente a Tiberio una copia de sus informes, y también por ese motivo había aceptado poner a prueba aquellas locas ideas de Caifás.

—¿Por dónde íbamos, Afranio? —preguntó.

Seguidos discretamente por algunos policías, retomaron el camino que, saliendo de la población, llevaba al teatro construido junto a la playa y luego al palacio del prefecto, y el pequeño griego reanudó el relato.

—Estábamos en Qumrán —dijo—, donde nuestro hombre se queda un año pero luego, justo la víspera de la prueba de admisión al segundo año, se va y se lleva con él a otro alumno, un tal Juan, llamado el Sacerdote, porque forma parte de una rica familia de saduceos de Jerusalén. Vuelven al desierto y Juan —el otro, el primo— los bautiza a ambos. Los dos recién llegados se unen al grupo y comparten pieles apestosas y langostas fritas, pero pronto salta a la vista que Jesús está robando protagonismo a Juan: aumenta la gente que quiere ser bautizada en las aguas del Jordán por él en vez de por el Bautista, y algún discípulo cambia de bando. A pesar de ello, siguen manteniendo excelentes relaciones, y gritan juntos «¡Arrepentíos!» y «El reino de Dios se acerca». Pero Jesús deja para Juan las invectivas contra nuestro pobre amigo Antipas, acusado de haberse enamorado perdidamente de nuestra bella amiga Herodíades.

Estaban bordeando las gradas de piedra caliza blanca del teatro, que descansaban con elegancia sobre el declive de la playa para terminar, a escasa distancia del agua, en la orquesta y en la escena. Esta estaba cerrada por las quintas y por la pared del fondo, más allá de la cual, desde su elevada posición, Pilatos y Afranio podían ver el mar y, volviéndose un poco hacia la derecha, el puerto donde había ya anclado el bajel griego. Los dos hombres se detuvieron a mirar y de improviso una figura delgada y vestida de blanco salió de detrás de la pared, seguida a pocos pasos, en un violento contraste, por las figuras imponentes y oscuras de dos legionarios.

El prefecto la siguió con los ojos, mientras un pensamiento le rondaba por la cabeza: si alguien puede liberarnos, ¿por qué rechazar su ayuda? Pero entonces las manos, que aquel día le habían dejado más tranquilo que de costumbre, empezaron de nuevo a escocerle obligándole a repetir ese gesto con que se las llevaba a las axilas, para combatir el picor con la presión. Les odio, pensó con cansado furor, les odio a todos. Sejano tiene razón. Si fuese aún poderoso como hace algunos años, cuando me mandó aquí, no lo dudaría un instante, pero ahora…

Reanudó el camino apretando el paso, para hallar reposo lo antes posible en las abluciones balsámicas, y el pequeño griego se colocó a su lado manteniendo el paso no sin cierta dificultad.

—Continúa, Afranio —ordenó.

—En ese momento —dijo el otro—, Jesús se retira al desierto. Nada de extraño, es lo que hacen todos los judíos que se sienten destinados a grandes cosas. Es en el desierto donde viven los demonios, por lo que es allí donde hay que poner a prueba la capacidad de resistir a sus reclamos. El desierto significa soledad, el desierto significa austeridad, el desierto significa grandeza. En el desierto, hará ahora la friolera de un millar de años, estaba el profeta Elías, que ensalzaba o censuraba al rey de Israel y cuyo retorno esperan en el mismo carro de fuego con que ascendió a los Cielos, para liberar al pueblo de los fastidios que vosotros los romanos les causáis.

—Así pues —dijo Pilatos—, ¿este Jesús se cree destinado a grandes cosas?

Afranio se encogió de hombros.

—Como sabes, los judíos que se creen destinados a grandes cosas abundan, tanto que este desierto suyo, a pesar de ser uno de los lugares más inhóspitos que yo haya visto nunca, pulula de gente. Y efectivamente…

—Uno de tus hombres —le interrumpió Pilatos— ha podido controlar los movimientos de Jesús también en la soledad del desierto.

—Lo hacemos siempre —admitió Afranio—, para evitar que otro Judas de Gamala nos coja desprevenidos, pero en realidad no hay mucho que controlar porque hacen todos lo mismo: ayunan, oran, permanecen inmóviles durante horas y horas mientras las bestias salvajes merodean a su alrededor, y de vez en cuando se entregan a crisis de furor en las que maldicen a todos los demonios por los que se sienten acosados. Tienen todo un grupo de ellos: desde el príncipe de las fuerzas del mal, al que a veces llaman Belial y a veces Satán, al macho cabrío Azazel y al vampiro Aluqa, hasta la hermosa Lilit, que de noche seduce a los hombres y al rayar el alba se desvanece.

Habían llegado a la escalinata que desde la terraza del palacio descendía a la playa, los centinelas hicieron la señal de saludo, los fidelísimos legionarios de Pilatos reaparecieron como por ensalmo para retomar su papel de escolta y los hombres de Afranio se esfumaron. El prefecto pudo finalmente sumergir las manos, con inmenso alivio, en el baño balsámico, y quedándose en aquella postura muy poco digna dijo al jefe de los servicios secretos:

—Espero que no quede mucho, Afranio.

El otro negó con la cabeza.

—Unas pocas palabras apenas. Permaneció cuarenta días en el desierto, luego, con un par de discípulos que se reunieron con él, llegó a Jerusalén cuando comenzaba la fiesta de las Tiendas. De ahí en adelante sabes tú más que yo, pero estoy convencido de que querrás llenar mi laguna.

Aún no, Afranio, aún no. Me falta un pequeño retrato de este personaje nuestro, me basta con unas pocas palabras.

—Un tipo corriente —dijo Afranio—. Estatura medio alta, tez morena clara, largos cabellos negros, bigote y barba. Conoce el hebreo, pero habla el dialecto

siríaco mezclado con algunas palabras hebreas que usan casi todos; bastante bien de griego, casi nada de latín. Estudios escasos, todos del tipo de estudios que hace esta gente: desentrañan sus libros sagrados y solo los libros sagrados, como si contuvieran toda la sabiduría del mundo, y si les hablas de lógica aristotélica piensan que es una blasfemia.

—Por lo que parece, sin embargo —se decidió a decir Pilatos—, él tiene algo más, y este algo podría resultarnos muy útil.

Afranio, que se había puesto en la boca un dátil, deglutió deprisa.

—Esto es lo que quería saber —dijo—. ¿Qué te dijo Caifás?

—Me dijo muy poco, Afranio, y quizás hice mal escuchándole y prometiéndole que nos fiaríamos de ese Jesús. Pero, como sabes, el momento es difícil, y no podemos correr el riesgo de una nueva revuelta.

Sacó las manos de la jofaina y las extendió al esclavo, para que se las envolviera en nuevos vendajes de lino, y al hacerlo dio la espalda a Afranio.

—Caifás me dijo —prosiguió— que a este nuevo reyezuelo del desierto, a este enésimo ungido de su Dios, no debemos detenerlo ni castigarlo, sino más bien ayudarle, y protegerle. Dice que la situación es muy tensa, que los judíos esperan a un Mesías que extermine a los romanos, que hay muchos aspirantes al papel de Mesías y todos hablan de guerra, y que Jesús el Nazareo habla de paz.

Pasaron algunos minutos, el esclavo vendaba las manos de Pilatos, Afranio mordisqueaba unos dátiles, nadie hablaba. Finalmente, el prefecto de Judea se volvió hacia su agente.

—¿Qué piensas de ello, Afranio?

El pequeño griego se sacó de la boca un hueso de dátil y se encogió de hombros:

—Si no funciona, siempre podemos matarlo.

Capítulo X

Se despidieron en el cruce de caminos. Juan el Sacerdote y uno de los jóvenes esenios tomaron el de la izquierda hacia Jerusalén, donde se reunirían con sus familias y esperarían el regreso de Jesús, el cual había prometido que llegaría para la fiesta de la Dedicación del Templo, en invierno. En la espera, Juan comenzaría a exponer sus ideas en la capital, no solo a la gente de la calle, sino también a sus parientes y a los amigos de sus parientes, los saduceos y fariseos que tenían en su mano las riendas del poder.

—Parecen un grupo compacto e inabordable —dijo a Jesús—, pero en realidad no es así, entre ellos hay muchas personas dispuestas a escuchar, incluso en el mismo Sanedrín. Puedo asegurarte, por ejemplo, que uno de los jueces, el viejo Gamaliel, me escuchará de buen grado y estará contento de hablar contigo. Es un fariseo de la escuela de Hillel, de modo que tenéis muchas ideas en común. Luego hay otro juez, Nicodemo, hijo de Gorión, que es uno de los más ricos patricios de Jerusalén, pero también uno de los más abiertos al diálogo, y lo mismo puede decirse de José de Arimatea.

Jesús, con Andrés y los otros esenios que se habían unido a ellos, prosiguió en cambio hacia Jericó: la ciudad a la sombra del Monte Nebo, desde cuya cima Dios había mostrado a Moisés la tierra destinada a su descendencia, pero no a él. Llegaron al cabo de tres horas, atravesando las grandes plantaciones de bálsamo que habían sido de Herodes el Grande. Dieron un rodeo a las ruinas de las murallas ciclópeas que las trompetas de Josué habían abatido mil años atrás —un pestañeo, respecto a la edad de la ciudad más antigua del mundo—, pasaron los huertos de especias por las que también el oasis de Jericó era famoso, y se dirigieron hacia la sinagoga, porque era sábado.

Era un edificio casi nuevo, erigido en buena parte con las piedras de la gran Casa de la Asamblea destruida por el mismo terremoto que había abatido la torre de Qumrán. Los ancianos de Jericó, cuando se dirigían a rezar a la nueva sinagoga, solían detenerse a contemplar con admiración y amargura los restos de la antigua. Les parecía volver a ver en ellas el imponente complejo que la reina Alejandra Salomé había hecho construir en el interior de su palacio de invierno, aunque ahora quedaban ya en pie tan solo los fustes de las cuatro hileras de columnas que habían rodeado el atrio de la sala principal: un cuadrado que por sí solo medía quince pasos de lado.

Los cinco hombres franquearon el pórtico, decorado con motivos florales, y entraron en la sinagoga. Se trataba de una estancia rectangular no demasiado grande, de modo que estaba atestada y todos los asientos ocupados. Un hombre, que llevaba en la mano uno de los rollos sagrados custodiados en la pequeña arca de madera situada en el centro del local, leía y comentaba. La gente a su alrededor comenzó a hacer objeciones y preguntas, lo cual originó un intenso debate.

Cuando el tema pareció agotado, Jesús avanzó, ocupó la silla destinada al lector y

alargó la mano al hazzan para recibir uno de los rollos. Leyó y comenzó a comentar. Cuando terminó, durante algunos larguísimos minutos no hubo ni preguntas ni objeciones, sino solo el silencio. Era costumbre que el lector, al comentar los textos sagrados, expresase sus ideas personales sin traba alguna, pero esta vez la comunidad había sido golpeada por algo nuevo, inesperado, cuya diferencia no sabía analizar.

Comenzaron a alzarse murmullos, porque algunos de los presentes se dirigieron a quienes tenían a su lado para pedir la corroboración de sus propias opiniones. ¿Acaso el esperado Mesías no deberá ser también un hombre de guerra? ¿Acaso no deberá ser, como el rey David, el que liberará al país del pagano invasor? ¿Acaso no es el mismo Yahvé quien le pide que empuñe la espada? Sí, sí, sí, esas eran las respuestas, y entonces los habitantes de Jericó se volvieron hacia aquel desconocido que hablaba con el fuerte acento de los ignorantes galileos y empezaron a burlarse un poco y un poco a insultarle. Andrés y los otros se apretaron en torno a Jesús, temerosos de que alguno quisiera golpearle, pero en realidad la gente no demostraba animosidad. Salieron de la sinagoga perseguidos por las carcajadas.

Pero también Jesús reía, en absoluto ofendido por aquella acogida.

—Es solo la costumbre —explicaba a sus jóvenes amigos—, esta gente está habituada a la forma de razonar de los fariseos, que prefieren anteponer la tradición a la Ley misma y así, a fuerza de interpretación, llegan a desvirtuar en su favor incluso los mandamientos. Venga, vamos, que tenemos muchas cosas que hacer.

Pero un grito irónico los detuvo:

—¡Ah, mira tú al gran comentarista de la Torah, el Ungido del Señor que tiene mucho que hacer incluso en sábado!

Un grupito les había seguido fuera de la sinagoga, y uno de sus integrantes había lanzado, riendo, el reproche. Jesús, riendo a su vez, se volvió hacia el interlocutor y le preguntó:

—¿Crees que cometo un gran pecado haciendo algo en sábado?

—Claro que sí —respondió el otro—. ¿Es que no eres consciente, sabiondo, de que está prohibido por la Ley? ¿No sabes que un juez severo podría también condenarte a muerte?

—Y sin embargo —respondió Jesús—, en la Ley se dice que los sacerdotes que violan el sábado en el Templo están sin culpa. ¿Cómo te lo explicas?

El hombre y sus amigos no sabían qué decir, y rieron socarronamente tratando de eludir la pregunta, mientras que otra gente, que iba abandonando la Casa de la Asamblea, se detenía a escuchar el nuevo debate.

—Quiero ayudarte —prosiguió Jesús—, y te diré que los sacerdotes no pecan porque hacen lo que deben hacer. El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado.

Diciendo esto hizo un gesto dirigido a uno del grupo, que llevaba en cabestrillo un brazo rígido e inutilizado por una desgracia que le había ocurrido. El hombre se acercó, titubeante, mientras Andrés y los jóvenes esenios se apartaban para que

pudiera llegar al lado de Jesús. Este alargó una mano hacia la articulación enferma e instintivamente el hombre retrocedió un paso, pero Jesús avanzó de manera tranquila y le tomó el brazo rígido con la mano derecha, y con la izquierda le quitó el cabestrillo. Con los ojos cerrados, profundamente concentrado, hizo correr los dedos hacia delante y atrás hasta que le pareció que notaba dónde estaba el mal: posó sobre aquel punto ambas manos y de ellas comenzó a emanar un calor que fue creciendo y parecía sentar bien al herido. Al cabo de algunos minutos, la rigidez se había disuelto, y el hombre, asombrado y contento, podía mover la articulación sin ningún problema.

Entonces Jesús se volvió de nuevo hacia aquel que se había burlado de él y le había criticado.

—Aquí tienes —dijo—, veamos si ahora has comprendido. Hoy es sábado, día, dices tú, en el que la Ley exige el descanso absoluto, pero este hombre estaba mal y yo le he curado. Te pregunto: ¿es lícito en sábado hacer el bien?

—¿Y si te dijera que no es lícito? —dijo el otro tratando de hacerse el bravucón.

—Entonces yo podría decirte que, si no le hubiese curado, habría obrado mal con él, de modo que en cualquier caso habría hecho algo en sábado, pero un mal en vez de un bien. Un mal insignificante, dirás tú, no era más que un brazo y habría podido esperar hasta mañana. Yo no creo que sea justo, pero te lo concedo. Supongamos, sin embargo, que este hombre estuviera en un estado más grave, que estuviera en juego no la curación de un brazo, sino su vida. Te pregunto, entonces: ¿es lícito salvar la vida de un hombre en sábado o hay que dejarle morir?

El hombre balbuceó en respuesta unas palabras indescifrables al tiempo que se volvía para cortar las guasas de sus compañeros, los cuales, viéndole en una situación desairada, habían comenzado a tomarle el pelo. Jesús intervino de nuevo:

—Te veo algo confuso —dijo—, y no te falta razón: salvar una vida y dar muerte son palabras mayores, por lo que tratemos de no exagerar y hablemos de cosas más corrientes. ¿Tienes animales, tú? ¿Un buey, un asno?

El otro asintió con un gesto, y Jesús continuó:

—¿Y qué harás hoy, sábado? ¿Los soltarás del pesebre y los llevarás a beber o los dejarás que padezcan sed, se debiliten y pierdan valor?

Entonces, todos los compañeros del pobre desgraciado estallaron en una gran carcajada, y empezaron a lanzarle pullas:

—¡Figuraos —gritaban— si Cares, avaro como es, va a dejar que sus animales pierdan valor! ¡Más bien trabaja todos los sábados del año y se gana unos buenos azotes de los sacerdotes!

Le daban grandes palmadas en la espalda, de modo que era incapaz de defenderse de las palabras burlonas y de los puyazos.

El humor de la gente había cambiado también en relación con Jesús. Todos le sonreían y eran muchos los que le elogiaban, afirmando que, a fin de cuentas, en su manera de interpretar la Escritura había de veras algo bueno. Algunos jóvenes se le acercaron a hacerle preguntas, otros se mezclaron con el grupo formado por Andrés y

por los esenios, y mientras tanto el hombre que había sido curado daba vueltas por allí mostrando que su brazo, sábado o no sábado, se movía fácilmente y sin que le doliera.

Pero justo en aquel momento otro grupo de hombres llegó a la carrera a la sinagoga. Estaban exhaustos, desgreñados, y por las burdas pieles que les cubrían, ceñidas a la cintura por medio de un cinturón de cuero, habría sido fácil incluso para alguien que no les hubiera visto nunca reconocer en ellos a unos discípulos de Juan el Bautista. Jesús y Andrés avanzaron hacia ellos, les abrazaron, y recibieron la noticia que ya habían intuido.

—Tenías tú razón —dijo uno de ellos—, los hombres de Herodes Antipas nos seguían la pista. Cuando nos separamos, seguimos caminando hacia el sur. Juan quería llegar a Enón porque sabía que el agua allí era ya abundante y que mucha gente le esperaba para ser bautizada, pero a la mañana siguiente los soldados nos alcanzaron y le prendieron. Le buscaban solo a él y, pese a que gritamos que queríamos compartir su misma suerte, no nos hicieron ningún caso. Pero el mismo Juan nos dijo que nos fuéramos, que divulgáramos la noticia de su captura y sobre todo que te avisáramos a ti. «Vosotros», nos dijo, «podréis ayudarme solo si estáis libres, y Jesús el Nazareo, aunque nuestras ideas no sean totalmente coincidentes, podrá continuar mi labor. Él es más fuerte que yo, y no os bautizará con agua sino con el fuego del cielo».

La gente murmuraba a su alrededor. Juan era ya conocido en toda Palestina, y solo aquellos que pertenecían a las clases altas no le querían: los ricos porque les invitaba a despojarse de sus riquezas, los sacerdotes y los doctores de la Ley porque temían que sus continuas referencias a los profetas y sus anuncios mesiánicos causasen turbulencias. Ni siquiera ellos, sin embargo, conociendo su popularidad, osaban hablar contra él.

—Pero ¿qué ha hecho? —gritaba la gente—. ¿De qué se le acusa?

—De instigación —respondieron los discípulos del Bautista—. El comandante de los soldados dijo que Juan azuza los ánimos para la revuelta contra el tetrarca.

—¡Mentira! ¡Mentira!

Gritaban todos, incluso los hombres y las mujeres que también habían salido de la sinagoga y se habían unido a la multitud.

—¡Es por Herodíades! —gritó uno de ellos.

—¡Es cierto, es cierto! —dijeron todos—. Es porque Juan ha condenado su unión incestuosa. ¡He aquí por qué le han prendido!

Una vez más la antigua ciudad de Jericó se había llenado de gritos y de furor, pero esta vez los que se sentían sostenidos por el apoyo divino eran sus habitantes. Esta vez el enemigo de Dios estaba en el exterior, y asediaba a Jericó y a toda Judea con la fuerza del sacrilegio y de la prepotencia. Muchos hubieran querido armarse, perseguir a los soldados y liberar a Juan el Nazareo, que ciertamente era el profeta Elías, que finalmente había vuelto para anunciar al Mesías, y que quizás era el Mesías

mismo.

—¿Dónde está? —gritaban—. ¿Adónde le han llevado?

—A Maqueronte —dijeron sus discípulos tristemente, y en la plaza de la sinagoga se hizo un gran silencio.

La fortaleza de Maqueronte, que defendía las fronteras meridionales de Perea de los nabateos, era uno de los baluartes del sistema defensivo del país. El lugar mismo en el que se encontraba —sobre una terraza de casi cuatro estadios de alto, por cuyos lados discurrían profundos cursos de agua— la hacía casi inexpugnable, y aunque casi un siglo antes el cónsul Aulo Gabinio había podido rendirla, las murallas de que la había dotado Herodes el Grande, al reconstruirla, eran de muy distinta mole. En efecto, protegían el edificio, que se encontraba en la parte más alta de la meseta, cuatro inmensas torres, y más abajo se hallaba el centro habitado, protegido asimismo por una muralla torreada. No obstante, no se trataba solo de una tosca fortaleza, sino también de un lujoso palacio embellecido con columnas jónicas y dóricas, con mosaicos y frescos, y provisto de espléndidas termas. En él, Herodes Antipas gustaba pasar largos períodos con su corte.

Insegura sobre qué hacer, la gente se dirigía a Jesús como si de repente hubiera reconocido en él a un guía. Pero el Nazareo la miraba sin responder a sus preguntas. Finalmente, se dirigió a los discípulos de Juan, y dijo:

—Ahora que habéis dado la noticia, debéis volver junto a mi primo porque tendrá necesidad de vosotros y porque así podrá hacernos llegar otras noticias.

Aquellos se disponían ya a partir, excepto algunos que habían decidido quedarse con Jesús, pero un grito surgió de entre la multitud:

—Pero ¿cómo?, ¿dejamos que Herodes encarcele a un inocente y no hacemos nada por liberarle?

Jesús miró directamente a los ojos al hombre que había hablado.

—Tú —dijo—, ¿crees que amas a Juan más que yo?

El otro se encogió de hombros.

—No he dicho tal cosa —respondió—, pero no me parece justo quedarnos de brazos cruzados.

—Nosotros —replicó Jesús— seguiremos estando como Juan hubiera querido que nos quedásemos: activos en la aplicación de la Ley, activos en el bien, activos en llevar la palabra también a quien no quiere escuchar. Esta es la única batalla que debemos librar, y esta misma batalla librará Juan, en persona, en Maqueronte, permaneciendo activo incluso en prisión y tratando de llegar al corazón y a la mente de Herodes y Herodíades.

Los hombres callaban, no convencidos del todo, pero las mujeres, que habían temido verles partir para una empresa desesperada sin retorno, les decían que el Galileo tenía razón. Es verdad que empleaba un tono conciliador muy distinto al de Juan el Bautista, quien solía en cambio llamar raza de víboras a todo el que no aceptaba su forma de pensar, y esta tolerancia parecía, de entrada, un tanto extraña,

ineficaz. Pero aquel día había demostrado al menos por dos veces que era un hombre prudente, capaz de desempeñar no menos bien la tarea que hasta entonces había desempeñado su primo.

—Vamos, vamos, vuelve a casa —dijo la mujer a Cares—, ¿es que ya no te acuerdas de que tienes que llevar a los animales al abrevadero?

De modo que, pese a lo triste de la situación, consiguió arrancar una sonrisa a todos.

La multitud se disolvió. Las familias se encaminaron hacia sus casas, recogiendo los mantones de oración y comentando todo lo sucedido aquella mañana. Y también Jesús y los suyos retomaron el camino. Se trataba ya de un grupo numeroso, porque también algunos jóvenes de Jericó habían decidido unirse a ellos, y ahora, de camino, hacían preguntas a los mayores en edad para que les contasen cosas del Nazareo, y de lo que había hecho hasta entonces, y qué planes tenía. Cierto que era pariente de Juan el Bautista, pero al parecer no estaban muy de acuerdo en todo. ¿Qué pensaba Jesús de los saduceos? ¿Y de los fariseos? ¿Era amigo de los zelotas? ¿Era favorable o contrario a una revuelta contra los romanos?

En cabeza del grupo, apoyándose rítmicamente en el largo cayado, Jesús continuaba con su paso ligero, pero cabizbajo, pensativo y triste. Tenía pocas esperanzas de volver a ver a Juan vivo, porque el gran entusiasmo que este había despertado entre la gente corriente le hacía peligroso a los ojos de las autoridades, y le volvía, con el corazón encogido, el recuerdo de aquel adolescente de Hebrón que ya había hecho el voto de nazareo y que veía, en los duros horizontes del desierto de Judea, una promesa de pureza y de santidad.

Apartó de su mente aquellos pensamientos. Ahora Juan estaba encerrado en Maqueronte, y él, Jesús, debía asumir las tareas de ambos. Se volvió hacia Andrés, que caminaba a su lado, y le dijo:

—Pensábamos en enseñar solo en las sinagogas, Andrés, pero nos equivocábamos. Seguiremos el ejemplo de Juan, y hablaremos a la gente cada día y en cada lugar. En las Casas de la Asamblea, por supuesto, pero también al aire libre: a lo largo del Jordán, por las calles, en las plazas, y no solo a los hombres, sino también a las mujeres y a los niños; no solo a quien vive de acuerdo a la Ley, sino también a los publicanos, que de hecho la han repudiado, y también a quien no la ha aceptado o conocido nunca.

Se detuvo, y una luz de entusiasmo le brillaba en los ojos mientras hablaba a todo el grupo que, en aquel breve alto, se había unido en torno a él.

—Hemos de ser más —dijo—, muchos más. Hemos de ser decenas, cientos, e ir por todas las ciudades y todo el país. Comenzaremos por nuestra tierra, por Galilea, por aquellos que ya nos conocen y que por ello nos escuchan, pero pronto será así en todas partes: en Samaria, en Perea, en toda Judea y en la misma Jerusalén.

Le habían escuchado lanzando gritos de entusiasmo, pero al oír aquel nombre, Jerusalén, se hizo un gran silencio. Todos los jóvenes miraban al hombre que casi les

doblaba en años, pero parecía que las características de la edad se hubieran invertido: ellos eran los inseguros y él el entusiasta, ellos los prudentes y él el temerario, ellos los ignavos y él el idealista.

Jesús hizo un gesto en el que se mezclaban el dolor y una punta de rabia, y retomó la marcha a lo largo del camino polvoriento que llevaba a la lejana Galilea, con solo Andrés al lado. Muy pronto, sin embargo, los otros jóvenes le persiguieron rogándole que les perdonara, asegurando que irían con él adonde fuese.

—Debes comprenderles —le dijo Andrés—. Es en Jerusalén donde están los más poderosos, que ciertamente serán nuestros más poderosos enemigos. Conquistar Jerusalén es más difícil y más peligroso que tomar Maqueronte, es lógico que tengan miedo.

Sin detenerse, sin mirarlo siquiera, Jesús dijo:

—¿Y tú crees, Andrés, que yo no tengo miedo?

Capítulo XI

Otro rollo de papiro acabó en el mar, confiando su contenido a la buena memoria de Adunco. El viejo había pasado los largos días de navegación en la lectura de aquellos informes y sobre todo en las clases de arameo, gracias a las cuales había conseguido romper el círculo de desconfianza de los pasajeros judíos e intercambiar algunas palabras con ellos. Ahora sabía algo más del país en el que estaba a punto de desembarcar, pero al mismo tiempo las dificultades que le aguardaban le parecían mayores ahora que cuando se había visto forzado a aceptar el encargo de Tiberio. Miró el rollo que se mecía suavemente sobre la espuma de las olas, perdiéndose de vista: pensó que aquella última aventura, con sus desafíos, era como una pausa de juventud en el otoño de su vida, aunque en realidad estaba demasiado cansado para ser joven, y prefería el otoño.

En aquellos días, había leído en los informes que todos los prefectos de Judea, uno tras otro, habían tenido que lamentar disturbios y revueltas, y también que todos, uno tras otro, habían experimentado como único posible remedio el uso indiscriminado de la violencia y de las condenas a la crucifixión. En los veintitrés años que Judea había estado bajo el gobierno directo de los romanos habían sido cientos, miles, los judíos clavados en un madero de olivo por orden de los prefectos, y al viejo comisario le parecía que estaba a punto de desembarcar en un país cubierto por un inmenso bosque de cruces, todas cargadas con su trágico fardo humano.

En sus setenta años de vida, que el azar había desviado del oficio de las letras al de las armas, Adunco había asistido a todo tipo de atrocidades. A él, joven oficial encargado del informe a julio César Augusto, le había correspondido contar los miles de cadáveres sembrados en la selva de Teutoburgo por la emboscada del desertor Arminio. Recordaba el cuerpo de Quintilio Varo, con los ojos fijos para siempre en una mirada incrédula, los brazos extendidos en un gesto de entrega al destino, y ahora se preguntaba si no había sido aquella la némesis por los dos mil judíos, culpables únicamente de haber defendido su Templo profanado, y a quienes pocos años antes el mismo Varo, a la sazón gobernador de Siria, había hecho crucificar en los alrededores de Jerusalén.

Él, el *legatus legionis* Lucio Valerio Adunco, había participado en cruentas batallas en Germania y en Asia; había visto a mujeres y niños masacrados delante de sus casas arrasadas, saqueadas y entregadas a las llamas; había asistido a torturas indecibles infligidas a los prisioneros para que revelasen los planes de sus mandos; había dado la orden para la ejecución de los desertores o también, simplemente, de la gente que el ejército romano —por falta de medios, o de tiempo, o quizá solo de ganas— no podía llevar consigo. Él, finalmente, como *praefectus urbi*, había tenido que asegurar el orden en Roma, y los medios que brindaba la ley para castigar a los ladrones y a los asesinos que actuaban en la capital del Imperio no eran muy distintos de los que estaban en vigor en el ejército. Pero nada, nunca, le había parecido tan

terrible como la crucifixión: aquella pena de muerte —*summum supplicium*— que los romanos reservaban a los bárbaros, es decir, a todo aquel que no hablase como ellos, y que Cicerón había definido la más cruel y espantosa de las condenas.

El mercader griego que enseñaba arameo a Adunco, y que pasaba en Palestina la mayor parte de su tiempo, entre las muchas charlas con las que compartía sus lecciones había incluido también una detallada descripción de aquel horror. Algunos de los condenados, contaba jovialmente, eran colgados de la cruz con los pies clavados uno sobre otro, o uno a cada lado del palo, mientras que los brazos a veces eran clavados y a veces solo atados al larguero.

—Cuando oscurece —continuaba—, los soldados rompen las piernas al que sigue aún vivo. ¿Crees que es para poner fin a los sufrimientos? Pues no: es solo para que no puedan escapar aprovechando la noche. Es increíble la resistencia de que son capaces algunos de estos judíos. Se dice que, entre ellos, los pertenecientes a una secta que llaman de los zelotas afrontan el dolor y la muerte con desprecio o incluso sonriendo. Yo no los he visto nunca, pero no me cuesta creerlo: ¡son unos locos!

La nave surcaba las aguas calmas del Mediterráneo, empujada por el ondear de sus velas latinas. Había pasado ya más de un mes desde que dejaran Brindisi, y a bordo, en las varias etapas, había ido subiendo todo tipo de pasajeros, que habían brindado al viejo comisario, aparte de compañía, ocasión para aprender cada día cosas nuevas, según la enseñanza de Solón.

Debía admitir que se había divertido. Con los marineros no solo había aprendido el nombre de los vientos —para eso bastaban los poetas, en cuyos versos sonaban vocablos como Austro o Céfiro—, sino cuál era su influencia sobre las olas o las velas. Había tomado vino de Resina con los mercaderes griegos, que se lo cobraban como si fuese Falerno añejo; había jugado a los dados, perdiendo como un novato, con los reclutas que iban a reunirse con la guarnición de Acaya y de Judea; y había comprado a un precio exorbitante la pacotilla de un deshonesto orfebre fenicio, que le serviría para presentarse como mercader también él una vez en Palestina. Pero con un hondero balear, que había pretendido tomar el pelo a aquel viejo que frecuentaba a los judíos enemigos del jamón, Adunco había exhibido su habilidad en una competición de lanzamiento de cuchillo, después de la cual el mercenario había desaparecido.

Adunco comparó su viaje con el de los cursores que habían llevado a Tiberio la última relación de Pila tos: de Cesarea a Alejandría parando solo para cambiar de caballo en las postas, y luego, cuando estaban demasiado exhaustos para continuar, entregándola a otro correo, y así hasta aquel que subía a la nave militar del servicio oficial de Alejandría al puerto de Ostia con parada oficiosa en Capri. Siempre corriendo, siempre evitando cualquier encuentro, callando también con los colegas: veloces, secretos, habitantes de un mundo distinto del mundo en el que la gente tenía una familia, bebía en una taberna, charlaba en una plaza, rezaba en un templo. Los correos del poder, pensó Adunco, furtivas imágenes del poder mismo.

También a él le parecía haber vivido así, durante muchísimos años, y ahora aspiraba con delicia la brisa marina llena de los chillidos de las gaviotas, pero también de las charlas de sus compañeros de viaje, de sus carcajadas, de algún altercado que tenía principio y fin en una gran francachela. Su viaje en aquel microcosmos había sido mucho más largo que el del correo de Pilatos, al menos tres o cuatro veces, y ciertamente, para un hombre de su edad, todo menos descansado. Pero ahora que llegaba a su término, ahora que se divisaba en el horizonte una bruma que quizás era ya Palestina, Adunco hubiera querido que continuase, que continuase para siempre, en vez de tener que regresar, correo rápido y secreto, al mundo más vasto en que cada palabra podía ser un peligro, cada risotada un engaño, y cada altercado la oportunidad brindada a un enemigo mortal.

Meneó la cabeza, para ahuyentar de sí aquellos pensamientos en los que reconocía la señal del cansancio y de la debilidad, y sacó de la cesta el último rollo. Lo extrajo del estuche y le pareció insólitamente grueso, lo desenvolvió y leyó.

A Tiberio Julio César, emperador
De Poncio Pilatos, prefecto de Judea
Informe 744
Categoría: Secreto
Fecha: mes de septiembre, año 782 de la fundación
Asunto: Jesús de Gamala, llamado el Nazareo
Opinión: debe ser apoyado y protegido

La situación en la prefectura de Judea se mantiene muy tensa, tanto en el orden público como en los fermentos políticos. En el primer caso es de reseñar la presencia de bandas de malhechores de tal entidad que son capaces, a veces, de enzarzase en verdaderas batallas con las fuerzas regulares del Imperio. Hay territorios, como la Traconitide, donde el bandidaje, a pesar de la depuración llevada a cabo en tiempos de Herodes el Grande, representa aún la ocupación principal de la población. Parte de las fuerzas de guarnición debe comprometerse en las funciones de escolta cada vez que un funcionario o un personaje de rango elevado atraviesa la región por la margen oriental del Jordán.

Muy a menudo, sin embargo, estos fenómenos de bandidaje son solo la fachada para los grupos de insurgentes cuyo fin no es la rapiña, sino la revuelta. Los ejemplos son numerosos, pero citaré solo el principal: la banda de los zelotas de Menajén de Gamala. Es este el hijo de Judas llamado el Galileo, el hombre que en los tumultos que siguieron a la muerte de Herodes consiguió apoderarse del arsenal real de Sepphoris y que diez años después encabezó la sublevación contra el censo, acabando ajusticiado. A su vez, Judas era hijo de Ezequías, un bandido que fue asimismo ajusticiado con su banda al comienzo del reinado de Herodes, pero que los judíos consideran un mártir. Es fácil ver que se forman dinastías propiamente dichas, cuyos

miembros sostienen que son enviados por el Dios de Israel a luchar contra los romanos.

Recientemente, los episodios de bandidaje político y las revueltas han aumentado, causando preocupación tanto en el mencionado prefecto de Judea como en la clase patricia del país, representada por el partido de los saduceos. Estos son, efectivamente, favorables a la paz y a la estabilidad, que favorece sus negocios. La familia más representativa es la de Anás, hijo de Set, que fue nombrado sumo sacerdote del Templo de Jerusalén por el procurador Publio Sulpicio Quirinio y conservó el cargo hasta el año 768, cuando el prefecto Annio Rufo puso en su puesto a su hijo, Eleazar. Al año siguiente, Valerio Grato lo sustituyó por José, llamado Caifás, todavía en el cargo. Él es yerno de Anás y devoto del suegro, que en realidad continúa representando la máxima autoridad tanto en la familia como en la clase sacerdotal.

Es obvio que esta familia se halla ligada al Imperio, en vista de que el sumo sacerdote es nombrado por el prefecto. Por tanto, las advertencias que a veces Caifás hace al que esto escribe en materia de situación social y política deben considerarse fiables, como se ha demostrado en varias ocasiones en el ámbito de la administración normal de la provincia. El último de estos consejos, sin embargo, ha parecido demasiado extraordinario para no hacer mención de él a las más altas autoridades.

El sumo sacerdote, tras haber hablado largo y tendido con uno de los muchos fanáticos que dirigían a la población acalorados discursos místicos, ha deducido de ello que, más que ser peligroso, aquel hombre podría resultar útil a la causa del Imperio. Se llama Jesús, llamado el Nazareo, y es originario de Gamala, igual que Judas. Ciertamente, ha tenido contactos con los zelotas y con otras sectas que predican la guerra de liberación, pero Caifás sostiene que su doctrina es muy distinta. Contrariamente a los judíos, que se consideran el pueblo elegido por su Dios para llegar a dominar el mundo, él considera —sostiene Caifás— que toda la gente es igual, de modo que no tiene una posición preconcebida contra los gentiles en general (los judíos llaman así a cuantos no creen en su Dios, llamado Yahvé) y a los romanos en particular. Considera además que la justicia no debe necesariamente hacerse realidad en el curso de la vida terrena, sino que puede ser remitida a la vida que habría después de la muerte, y muchas otras cosas que, de ser aceptadas por la población, contribuirían sin duda a distender de modo determinante la tensión entre judíos y romanos.

He aquí por qué el susodicho Jesús, más que arrestado y condenado, debería, según Caifás, ser apoyado y protegido. Pero sin que el propio afectado llegue a ser consciente de ello, porque de lo contrario podría cambiar totalmente de actitud, y para evitar que sea descubierto y muerto por los mismos judíos.

No cabe esconder, sin embargo, el riesgo que esta operación entraña. Si Caifás y Anás no estuvieran en lo cierto podría acarrear consecuencias contrarias a lo previsto y desencadenar la revuelta que se quiere evitar. Esta exposición no tiene por tanto

solo la intención de informar, sino también la de pedir la conformidad y el consejo de las máximas autoridades.

Ave atque vale.

PONCIO PILATOS, *praefectus Iudeae*.

Adunco había leído ya al menos una decena de veces aquel informe, para convencerse de haber comprendido todos los matices e implicaciones, y se decidió a hacerle seguir el destino de los demás. El rollo fue a rebotar en la cresta de las olas, mientras el mercader griego aparecía, como por ensalmo, para conseguir el estuche de piel y también la cesta ya vacía como regalos. Esta vez, sin embargo, no se detuvo a intercambiar ninguna charla en arameo con Adunco, que era su manera de pagarle aquel precioso material: debía correr a preparar sus cosas para el desembarco, porque ya las grandes torres del puerto de Cesarea aparecían claras a la vista.

Los marineros habían comenzado a amainar alguna vela, y con la tensión del viento iba disminuyendo también el terrible crujido de la tablazón que había herido durante todo el viaje los oídos de los pasajeros. También el viejo comisario hizo sus rápidos preparativos para el desembarco; se puso en bandolera la alforja, a cuyo contenido —alguna pertenencia personal, y algunas sustancias cuya utilidad había podido apreciar en el curso de los años— añadió las joyas falsas con las que se fingiría vendedor, y regaló el jergón al marinero que había vigilado su rincón. Comprobó una vez más que el cinturón de gruesa tela en el que había cosido el dinero estuviera bien asegurado, hizo otro tanto con la funda del puñal y estuvo listo.

Volvió a asomarse a la amurada, como todos los demás viajeros, para asistir a la maniobra siempre fascinante del atraque de un gran velero. Admiró la precisión con la que fueron recogidas las velas, de modo que la nave llegase a puerto con el último impulso que le restaba y fuera perfectamente equilibrada por el ancla, luego se puso disciplinadamente en fila para acceder a la pasarela de desembarco.

Los primeros en descender, naturalmente, fueron los soldados. Había venido a buscarles un cabo, que hizo un llamamiento rápido, los puso en fila y se los llevó con unas pocas órdenes secas haciendo resonar también un poco de latín en aquella babel de griego y arameo, siríaco y fenicio.

Adunco aprovechó la espera y la posición elevada para estudiar la bulliciosa agitación, solo aparentemente desordenada, que invadía el muelle y el ambiente circundante. Aprobó en su fuero interno la rapidez con que el personal del puerto contribuía al control de la carga y de los viajeros, y la disposición estratégica de los legionarios del servicio de vigilancia. Luego, a través de pequeños detalles, distinguió entre el gentío a algunos individuos que a cualquiera le hubieran parecido iguales a todos los demás, pero no a su ojo de policía. Vio que uno de ellos, que se mantenía apartado y cuyo rostro atezado contrastaba con los cabellos rubios, hacía de vez en cuando una señal tras la cual, infaliblemente, el centurión dejaba su posición para dirigirse hacia este o aquel pasajero.

En aquel momento la cola avanzó otro trecho y el descenso por la estrecha pasarela exigió a Adunco toda su atención, pero estaba convencido de haber captado, antes de bajar la mirada para controlar el paso, una señal que se refería a él; y efectivamente, en el momento mismo en que por fin ponía el pie en tierra de Judea, la mano del centurión se le posó rudamente en un hombro.

—Amigo —le dijo el soldado—, tú no tienes pinta de judío. Dime quién eres, de dónde vienes y qué has venido a hacer a este lugar olvidado por los dioses.

—Me llamo Valerio y soy español —respondió Adunco con calma—, vengo de Córdoba, y me he embarcado en esta nave en Brindisi.

Abrió la boca de la alforja, para mostrar el contenido, y prosiguió:

—Me dedico al comercio de collares, pero solo para recuperarme un poco de los gastos del viaje. He venido a rezar en la tumba de mi hijo, que era soldado como tú y murió aquí en Palestina.

—¿De veras? —preguntó el otro con aire irónico—. ¿Y cómo se llamaba tu hijo? ¿A qué legión pertenecía? ¿Quién era su comandante? ¿Y dónde murió?

—¿Le importa que me siente? —preguntó Adunco, y sorprendiendo al centurión se sentó en el borde del muelle sin esperar el permiso para hacerlo—. Los años pasan —continuó mientras el otro resoplaba impaciente— y el viaje ha sido largo y fatigoso. Así pues, veamos: mi hijo se llamaba Valerio, naturalmente: Gaio Valerio. La legión era la duodécima, llamada Fulminante, y el comandante era Aulo Sabino. Murió en Galilea —mi hijo, quiero decir— durante la revuelta de los judíos. Un compañero suyo me dijo que fue enterrado al pie de un monte llamado Tábor.

El soldado pareció desconcertado, y volvió un instante la cabeza. Adunco siguió con la mirada el movimiento y vio que el hombre del pelo rubio hacía una señal al centurión, el cual volvió en seguida a su interrogatorio.

—No sé si creerte, anciano —dijo rudamente—, ese puñal que llevas colgado al brazo de manera tan profesional no cuadra mucho con tu aire sumiso. Ganas me dan de arrestarte y hacerte hablar un poco más.

Adunco se acarició con los dedos la punta de la nariz aguileña tan peculiarmente ibérica a la que debía el sobrenombre, un gesto que quienes dependían del *praefectus urbi* hubieran reconocido como una señal peligrosa, pero en el movimiento que hizo para levantarse no había prisa, y su voz, cuando habló, era absolutamente calma.

—No tienes en cuenta dos cosas, hijo —dijo al centurión mirándole directamente a los ojos—. La primera es que también yo he sido soldado, y esto explica el puñal. La segunda es que no puedes arrestarme a tu gusto, sin un motivo fundado, porque te lo impide la razón misma de tu presencia en este lugar, la base misma en la que se sustenta el Imperio, es decir el derecho romano. No lo olvides, hijo: *civis romanus sum*.

Capítulo XII

Las paradas eran numerosas: para charlar con los otros caminantes, para saludar a una mujer que lavaba sus platos de estaño en una charca del Jordán, para aceptar la hospitalidad de los pescadores y de los campesinos. A lo largo del camino y en las paradas nocturnas, además, el grupo se enfrascaba en largas discusiones apasionadas que entonces, debido a la juventud de casi todos sus integrantes, terminaban en encendidas trifulcas, pero casi siempre, por igual razón, en grandes carcajadas. En los primeros casos, Jesús estaba llamado a dirimir la cuestión, en los segundos se reía con los demás, y el sonido de aquella alegría, el eco de aquellas discusiones que terminaba por implicar a los ocasionales espectadores, hacían que a menudo el grupo engrosara sus filas tras breve estancia en una localidad.

Ahora ya eran una treintena los discípulos de Jesús el Nazareo, y quién sabe quiénes y dónde le habían también regalado una mula. Él la cabalgaba orgullosamente, pero a menudo y de buen grado la cedía si un comentario burlón salía del grupo para tratarle de haragán. Y así, lentamente, proseguía el viaje hacia Galilea en el verde paisaje del valle del Jordán, interrumpido ya por sencillas casas de piedra, ya por los fastuosos monumentos helenizantes con los que Herodes el Grande y sus hijos habían mostrado su distancia del pueblo de Israel.

Llegaron a la vista de la colina de Sartaba, en cuya cima el rey Alejandro había construido un templo que Herodes había luego transformado en una prisión para encerrar en ella y ejecutar a su mujer Mariamne: la mujer por la que había cometido locuras y sacrilegios, llegando a nombrar al padre de ella sumo sacerdote para darle alguna apariencia de nobleza. Aquel triste edificio y aquella triste historia llevaron el pensamiento de Jesús a otra fortaleza y a otro prisionero, y dado que Herodes Antipas, sin haber heredado de su padre la terrible grandeza que todos le reconocían, era desconfiado y cruel como él, había pocas dudas de que la historia de Juan el Bautista, como la de Mariamne, no acabaría con la prisión.

Andrés trataba de consolarlo, pero sabía que los temores de Jesús eran fundados. Y además, ¿qué razón tendría aquella estirpe solo medio judía para ser generosa con quien le lanzaba acusaciones que la deslegitimaban aún más a los ojos de la población?

—Queda todavía una esperanza —decía Andrés—, es decir, que Juan encuentre el camino del corazón de Antipas.

Desconsolado, Jesús meneaba la cabeza:

—Ese camino, Andrés, está ocupado enteramente por Herodíades.

—Quizá —insistía el otro— el temor a que la muerte del Bautista desencadene una revuelta…

Pero tampoco esta esperanza parecía verosímil para Jesús.

—No, Andrés: por más peligroso que sea de muerto, Juan lo es aún más de vivo. Solo doblegándose, y comprometiéndose a no atacar más a Antipas, salvaría su vida,

pero conozco bien a mi primo: no se doblegará jamás.

En aquel punto no le quedaba a Andrés sino callar, porque sabía que en una situación análoga ni siquiera Jesús, aunque pareciera más maleable que Juan, renegaría nunca.

Prosiguieron el camino. Ante el asombro general, un día Jesús dirigió resueltamente su montura hacia el valle que se adentraba a la izquierda del Jordán, en el llano ondulado de Samaria.

—¿Qué vamos a hacer en esa tierra de paganos? —le preguntaban algunos discípulos, en tanto que otros, indignados, decían:

—¡No tendrás intención de ir a Sebaste, una ciudad que lleva el nombre del emperador romano y donde hay incluso un templo dedicado a él!

Pero Jesús replicó con firmeza:

—En su templo del Monte Garizín, antes de convertirse a los falsos dioses de los griegos, los samaritanos adoraban a Yahvé precisamente como hacemos nosotros en el templo de Jerusalén. Y casi todos ellos leen aún, como nosotros, el Pentateuco. Y también ellos esperan, igual que nosotros los judíos, a un Mesías.

—¡Pero su liturgia no es como la nuestra —respondieron aquellos—, celebran la Pascua de manera muy distinta!

—Tenéis razón… —dijo entonces Jesús después de haber fingido una profunda reflexión—, lo que cuenta son los detalles. Y además, en su dialecto hay algunas palabras distintas de las nuestras, y a menudo tienen el pelo rubio y los ojos celestes mientras que nosotros somos morenos de cabello y tenemos los ojos oscuros. Es cierto: ¡debemos ser enemigos suyos y negarles el derecho a entrar en el reino de los Cielos!

Heridos por la ironía, aquellos jóvenes habituados a las mil rivalidades de su tierra y de su historia experimentaron de improviso una sensación de vergüenza que les indujo a reflexionar, y luego los llevó a imitar la facilidad con la que Jesús atravesaba el país, se paraba a hablar con los habitantes, les invitaba a escuchar sus opiniones y se ofrecía, cuando sabía de la presencia de algún enfermo, a curarle con la imposición de manos o con las hierbas que llevaba en la alforja.

Sorprendidos por aquella actitud, tan fuertemente en contraste con el tradicional despego que los judíos mantenían respecto a ellos, muchos samaritanos se detenían a escuchar, ofrecían agua y comida a aquel extraordinario grupo de caminantes, e incluso algún joven decidió engrosarlo superando a su vez las diferencias litúrgicas y somáticas.

Lo mismo sucedía en todas partes, entre los samaritanos y entre los cananeos, y tanto era así que ahora, cuando llegaban a un centro habitado, encontraban a la gente esperándoles: querían escuchar las palabras de Jesús, y le pedían que empleara sus milagrosas dotes de curandero y sus infusiones para calmar los espasmos de algún epiléptico o aliviar los dolores de vientre de algún crápula.

Así llegaron a Siquén, llamado el cuadrivio de Palestina porque allí se cruzaban

los caminos que llevaban al mar y al Jordán, a Galilea y a Jerusalén, y luego se dirigieron a Sebaste, aunque no entraron en ella. A la vista de la ciudad que desde lo alto de la colina dominaba toda la región, y a la que Herodes había puesto el nombre de Augusto traducido al griego, la mula de Jesús decidió que no tenía ganas de trepar por ella y, con la tácita aprobación de su jinete y el risueño entusiasmo de todos los demás, tiró recto hacia Dotán, donde muchos siglos antes los hermanos habían encerrado a José en una cisterna para luego venderle a la caravana que había de llevarle a Egipto. Llegaron a continuación a Jenin, en el corazón de un verde oasis de palmeras e higueras. Seguidamente, le tocó el turno a Megido, poderosa fortaleza en el camino que mil ejércitos habían recorrido desde Egipto hasta Mesopotamia, testigo de mil batallas, y donde aún se veían los restos de las inmensas caballerizas que el rey Salomón había hecho construir.

Así, durante el día caminaban a través de la historia de su país, y en las paradas nocturnas —la estación avanzaba y la temperatura se iba haciendo más fresca, pero bastaba algún fuego para calentarla— Jesús enseñaba a todos aquellos jóvenes los métodos curativos que había aprendido de los esenios y les explicaba el mensaje del libro de Daniel. En aquellas palabras cada uno podía ver cómo muchas batallas y muchos imperios no eran otra cosa que piedras miliares a lo largo del camino que llevaba al glorioso destino del pueblo de Israel; al reino de Dios, al reino de los Cielos, al reino de la paz que duraría para siempre.

Finalmente, descendieron al valle que apuntaba hacia Galilea, y se dirigieron hacia el lago. Todos estaban ansiosos por llegar, porque Andrés había dicho que allí se organizarían para difundir del modo más eficaz su mensaje, de manera que querían tomar por el camino más corto bordeando por el lado sur el Monte Tábor. Pero esta vez la mula de Jesús, siguiendo una orden precisa de su jinete, tomó decididamente el camino más largo, el que pasaba por Sepphoris.

El sol estaba en su cenit, y la ciudad, allá en el horizonte, parecía hecha de luz. Brillaba como una aparición, como un espejismo, o quizá como un símbolo, y Jesús, contemplando sus recuerdos, no habría sabido decir si del bien o del mal, porque en ella los hijos de los doce hijos de Jacob parecían convivir pacíficamente con los descendientes de Rómulo y Remo, pero así también debía convivir el Dios de Jacob con los ídolos griegos y romanos.

Todo el grupo permaneció en silencio contemplando aquel espectáculo, sin saber muy bien por qué; entonces, en vez de proseguir, Jesús quiso que se hiciera un alto y dijo:

—Hay algo que se me escapa, y por lo tanto necesito vuestra ayuda.

Se sentaron todos en círculo, con él en medio. Sepphoris, contó Jesús, había sido destruida treinta y tres años antes por las tropas romanas de Varo después de que Judas el Galileo, a la cabeza de la revuelta, hubiera conseguido apoderarse de los arsenales de la ciudad. La revuelta luego fracasó y cientos de judíos fueron crucificados, pero Judas consiguió salvarse y esconderse en el desierto con su banda

de zelotas.

—Pasaron algunos años —dijo Jesús— y Herodes Antipas decidió reconstruir Sepphoris de modo espléndido, para hacer de ella su capital. Esto significaba mucho trabajo para mucha gente: precisamente lo que entonces, después de las destrucciones y miseria dejadas en Galilea por las revueltas y por las represiones, hacía falta. Mi padre era carpintero y yo le ayudaba en el taller, pero íbamos tirando a duras penas. Recuerdo que él y mi madre hablaron largo y tendido, porque la idea de la separación les entristecía, pero al final convinieron en que era necesario: mi padre se iría a buscar trabajo a Sepphoris y yo con él, para ser su ayudante, pero también para volver a Gamala de vez en cuando y traer el dinero ganado a la familia.

Jesús continuó describiendo el bullicioso trajín de los grandes trabajos en la nueva ciudad que nacía de las ruinas de la antigua. Los obreros judíos daban vida a la arquitectura helénica que Palestina había heredado de los sucesores de Alejandro Magno, y que tanto gustaba a Herodes y a sus hijos, pero junto a los palacios oficiales y a los teatros, junto a las tiendas y a los bancos de los paganos, se construían también los baños purificadores de los verdaderos creyentes. Sepphoris era para todos.

—La gente trabajaba codo con codo —continuó Jesús— y nada acerca más que el trabajo común. En las canteras se oían muchas lenguas, pero casi todos los arquitectos hablaban griego y para trabajar bien era necesario comprenderles. Allí, junto a mi padre, aprendí los secretos del oficio, y aunque mis tareas fuesen limitadas, así como mis necesidades de comunicación, aprendía también un poco de griego.

Hubo un difuso murmullo, en algunos casos de evidente desaprobación. Jesús sonrió y dijo:

—Lo sé, lo sé: maldito sea quien cría cerdos y quien enseña a su hijo la ciencia griega. Pero mi padre no me la enseñó: la aprendí yo por mi cuenta, escuchando, de modo que ni siquiera desobedecí el precepto que prohíbe estudiar el griego, ya sea de día o de noche, porque escrito está que día y noche hay que estudiar la Ley. Pero lo conozco, y me siento dichoso.

Había hablado a sus discípulos dando la espalda a Sepphoris, pero ahora se levantó y se dirigió de nuevo hacia aquella visión brillante y ambigua. Se quedó en silencio unos instantes, y luego, mientras seguía mirando la ciudad, prosiguió:

—Me siento dichoso, y me alegra haber conocido a todas esas personas tan distintas de la gente entre la que crecí: los funcionarios romanos y los grandes terratenientes judíos, los mercaderes griegos y los banqueros fenicios.

Volvió a mirar al grupo, sonriendo:

—Porque pienso que todo lo que me permite acercarme a una persona, quienquiera que sea, cualquiera que sea su lengua o sus creencias, me brinda la oportunidad para hablarle del reino de los Cielos que está próximo, y de la manera de entrar en él, y esto me hace dichoso.

—Pero, entonces —preguntó uno de los jóvenes—, ¿cuál era tu duda? ¿En qué

podemos ayudarte?

Se le acercaron, y estrecharon en torno a él ese círculo que parecía querer protegerle de la ciudad. Jesús aflojó la cuerdecilla y se quitó de la cabeza el pañuelo, que usó para limpiarse la frente del polvo y del sudor.

—Judas el Galileo era amigo de mi padre —dijo— y por su culpa Sepphoris fue destruida. Mi padre ayudó a reconstruirla, pero luego Judas volvió y mi padre fue con él y juntos fueron crucificados. Yo me pregunto: ¿quién se equivocó? ¿Cuándo? ¿En qué?

Un grito general se alzó del grupo:

—¡Se equivocan los tiranos, Jesús, los paganos! ¡Judas y tu padre fueron héroes, mártires!

Jesús les miró, pensativo, luego hizo un gesto de duda.

—Así es ciertamente —dijo— y sin embargo…

Se volvió de nuevo, y los jóvenes que formando el círculo se habían puesto entre él y la ciudad se apartaron instintivamente, para dejarle libre aquella visión de resplandeciente belleza que también él había contribuido a construir. Oían que repetía:

Y sin embargo…

Luego se dirigieron a Canaán y finalmente por la gran vía Maris que corría a lo largo del lago y más arriba hasta Damasco y Mesopotamia, pasando por los pequeños centros donde ahora, para Jesús y Andrés, las caras resultaban conocidas y el acento familiar: en Magdala, en Betsaida, y finalmente en casa, en Cafarnaún. Atravesaron las callejuelas en ajedrezado, que cortaban bloques de casas de basalto negro con las techumbres de caña y barro alineadas en torno a pequeños patios interiores. Las más ricas exhibían pórticos sostenidos por una simple columnata, y las otras —la mayor parte— exhibían la abundancia de flores que en el clima suave de Galilea no temen al otoño avanzado.

De aquellas casas la gente salía para asistir, primero con asombro y luego con alegría, a la llegada de un grupo cansado y más bien deslucido pero risueño, compuesto por muchos jóvenes que seguían a algunos hombres más maduros y a una mula sin jinete. Jesús la sostenía por el ramal, pero la dejó a Andrés para abrazar a José, Simón y Judas, que habían corrido a su encuentro, luego besó a las hermanas en ambas mejillas, y a la mujer y los hijos de José, luego se acercó a María, que le esperaba en el umbral, ante la que se inclinó para dejarse besar en la frente.

Había en torno una gran confusión y todos hacían fiestas a aquellos desconocidos que llegaban con Jesús, porque antes de ellos habían llegado, traídas por viajeros más rápidos, las noticias de su marcha, de la buena acogida que habían recibido en todas partes, del agradecimiento de la gente —los judíos pero también los paganos— por los buenos cuidados que algunos enfermos habían recibido. Cada familia quería uno de aquellos caminantes como huésped, a cambio de un largo relato que se verían obligados a repetir una y otra vez, y aquellos, riendo, se dejaban estrechar y abrazar,

aunque no podían creer que tantas fiestas estuvieran realmente reservadas a ellos.

—¿Yo he hecho estas cosas? —preguntaba cada uno de ellos, y comenzaba a reordenar los recuerdos para alegrar la cena.

Llegó también un hombre de unos cuarenta años, que buscaba con la mirada entre toda aquella gente, y Andrés, cuando lo vio, salió de entre la multitud y corrió a su encuentro gritando:

—¡Simón! ¡Hermano!

Se fundieron en un gran abrazo, el más joven riendo porque el otro casi le ahogaba, y cuando consiguió liberarse le puso las manos sobre los hombros y con los ojos brillantes de alegría exclamó:

—¡Hemos encontrado al hombre que nos guiará, al Ungido del Señor, a nuestro Mesías!

Luego, en seguida, le condujo a Jesús, y aquel, después de haberlo mirado fijamente, le dijo:

—Tú eres Simón, hijo de Jonás. Pero yo te llamaré Pedro.

Al día siguiente, cuando los caminantes habían descansado y los hospitalarios huéspedes habían depurado en el sueño el entusiasmo por aquellas llegadas, Jesús quiso explicarle a Simón su decisión.

—Sé que te llamaban Bariona —dijo—, que es el nombre que dan a los zelotas porque significa «pájaro de bosque», pero yo no quiero formar parte de una banda de fugitivos, sino más bien de un ejército en marcha, y tú serás el primero de los oficiales. Como puedes comprender, una estructura semejante tenía necesidad, como base, de un nombre mucho más sólido.

Estaban en la orilla del lago, Jesús estaba sentado en el suelo a la sombra de un árbol y Pedro, que había vuelto hacía poco de pescar, inspeccionaba las redes junto con Andrés. Continuó su tarea, silencioso, haciendo pasar las redes entre sus dedos hasta que estuvieron todas en un solo montón, y entonces dijo:

—Pero ¿seré yo capaz de una tarea semejante?

Jesús se levantó. Se acercó a los dos hombres y los estrechó en un fuerte abrazo.

—Venid en pos de mí —dijo— y yo os haré pescadores de hombres.

Otras personas, desde una barca que estaba atracando, habían asistido a la escena, y una vez hubieron desembarcado se acercaron. Eran dos jóvenes, que Pedro y Andrés saludaron con los nombres de Santiago y Juan, acompañados por un hombre de más edad cuyos rasgos le señalaban de manera inconfundible como su padre, al que llamaban Zebedeo. La noche anterior, su familia había dado hospedaje a algunos discípulos de Jesús, y los dos jóvenes —pero también su madre, Salomé— se habían entusiasmado con sus relatos: cómo la gente les escuchaba y los honraba, los métodos de curación en que iban haciéndose expertos, y su firme voluntad de crecer en número y seguir un día a Jesús hasta Jerusalén para convencer también a los más escépticos —los saduceos, que no creían en la resurrección del cuerpo; los fariseos, que limitaban a la apariencia el respeto a la Ley; los mercaderes del Templo, que

especulaban sobre la fe de la gente— de que el reino de los Cielos estaba próximo, y que solo los puros de corazón gozarían de la paz.

Cuando supieron que también Simón, como Andrés, iba a dejar el oficio de pescador para seguir a Jesús, los dos jóvenes decidieron inmediatamente hacer otro tanto; y lo hicieron con una alegría tan ruidosa que Jesús, riendo, declaró que también ellos merecían un nombre de guerra y los llamó Boanerges, «los hijos del trueno».

Pasearon por la orilla del mar de Galilea, charlando tranquilamente. Jesús exponía sus proyectos, pedía consejo, preguntaba por algunos conocidos que pudieran estar interesados en correr aquella aventura.

—Porque no debemos olvidar —decía— que, aunque pacífica, puede ser también peligrosa, lo sucedido con Juan debe servirnos de ejemplo.

Al día siguiente, Jesús se dirigió, por consejo de Pedro y de Andrés, que eran del lugar, a la vecina Betsaida, con la intención de encontrarse con un tal Felipe que ellos le habían mencionado. Lo encontró con una gran aguja de madera en la mano, ocupado en enseñar a sus dos hijos cómo se reparaban las redes, le dijo quién era y quiénes eran sus amigos comunes, le explicó su proyecto, y por toda respuesta Felipe se levantó, fue a la puerta de la casa de al lado y se dirigió al hombre que estaba sentado ante ella:

—Hemos encontrado a la persona que buscábamos, Natanael. Es el hijo de José de Gamala, él que murió con Judas el Galileo.

—¿Y cómo se llama? —preguntó el otro.

Jesús, llamado el Nazareo.

Natanael se encogió de hombros.

—¿Acaso de un nazareo puede salir algo bueno? —preguntó con escepticismo.

Pero Felipe insistió:

—Ven y decídelo tú mismo —dijo.

Se encaminaron hacia donde estaba Jesús, que los esperaba. Dio un apretón de manos a Natanael y le dijo:

—He aquí a un israelita genuino, de buena ley.

—Y tú —le dijo aquel mirándole con suspicacia—, ¿cómo lo sabes?

Jesús se encogió de hombros.

—Te vi al pasar, antes de que Felipe te llamara.

El hombre le miró largamente, miró a Felipe, miró de nuevo a Jesús, luego volvió a casa y salió de ella al cabo de unos pocos minutos con una alforja colgada al hombro.

—Vamos —se limitó a decir.

La mujer de Felipe había salido al umbral y el marido le explicó qué estaba sucediendo. Le presentó a Jesús, y luego la besó, abrazó a los niños y entró en la casa para preparar una alforja como la de Natanael.

Llegaron a Cafarnaún hacia el atardecer, y fueron a casa de Pedro para contarle lo sucedido aquel día. Lo encontraron, junto con la mujer, a la cabecera de la madre de

ella, que había sido atacada de fiebre alta.

—Te esperábamos —dijo Pedro—, se encuentra en este estado desde esta mañana, y ni Andrés ni los otros han conseguido que se le pasara la fiebre.

Jesús tocó la ardiente frente de la mujer y acarició el cabello blanco empapado en sudor. Sacó de su bolsa algunos paquetes, eligió uno y tomó un pellizco de hojas secas que alargó a la mujer de Pedro.

—Haz hervir agua —dijo—, y luego mete en ella estas hierbas.

Cuando la infusión estuvo lista, se la hicieron beber a la anciana, que no tardó en sentir un gran alivio. Uno de los hijos de Pedro se lanzó a la calle anunciando a gritos lo sucedido, y la gente, que delante de la impotencia de Andrés y de los otros había empezado a expresar dudas, se agolpó en la puerta de la casa manifestando su confianza en Jesús y en sus discípulos y pidiendo nuevos milagros. En vano Jesús lo eludía, negando que en lo que hacía hubiera nada de milagroso. Ellos continuaban tirándole de la túnica, le rogaban que fuese a curar a un hermano o a una tía, que enderezase una pierna o resucitase a un muerto.

Se refugió en casa de su hermano José, donde aún vivía toda la familia, y a la mañana siguiente se levantó antes del alba y se fue hacia la montaña para orar en un lugar apartado. Pero no era fácil estar solo, en un lugar tan pequeño y donde todos conocían cada tramo de la playa o cada escondrijo de los montes. Pronto Pedro y los otros, que habían ido a buscarle a casa, descubrieron su refugio.

Vamos, ven —le dijeron—, todos te buscan.

Cansado de aquel acoso, Jesús meneó la cabeza.

—Vamos a otra parte —dijo—, a los pueblos vecinos, porque yo he de predicar también allí y ayudar a cualquier enfermo a curarse.

Tomaron el camino que iba a Corozaín, y al salir de Cafarnaún pasaron por delante del puesto de tributos. Detrás de él estaba sentado Leví, hijo de Alfeo, que sabía leer, escribir y hablar griego y latín, y había decidido, cuando un adjudicatario romano de los tributos se lo había ofrecido, aceptar el encargo de recaudador de impuestos. Al hacerse publicano había adoptado el nombre de Mateo, lo cual, sin embargo, como era de esperar, no había bastado para camuflarle a los ojos de los conocidos, de modo que pasaba la mayor parte del tiempo discutiendo con aquellos que no querían pagar, o echando a los niños que le tomaban el pelo, o bajando la cabeza delante de los adultos que le llamaban carne de cerdo y renegado.

Aquella mañana, sin embargo, delante del pequeño puesto de Leví Mateo había solo una persona: un desconocido que ciertamente no era un judío, porque el color atezado de su piel se veía desmentido por los cabellos rubios, y que tenía con el adjudicatario una conversación en voz baja. Se fue tranquilamente cuando Jesús y sus amigos estaban a punto de llegar, atajando por un callejón que pronto le ocultó, y Mateo se quedó pensativo mirando el libro de cuentas que tenía sobre el mostrador.

Estaba tan absorto que respondió mecánicamente al saludo amable que Jesús le dirigió al pasar, y luego tuvo un verdadero sobresalto al darse cuenta de que lo habían

saludado. No sucedía a menudo, a un publicano, que le dirigiera la palabra amablemente un judío, porque su profesión le excluía automáticamente de la comunidad: efectivamente, era considerada un crimen al igual que el bandidaje y, peor aún, el símbolo del sometimiento del pueblo de Israel al emperador pagano.

Naturalmente, también los compañeros de Jesús —menos Andrés, que labrado en las anteriores experiencias miraba divertido la reacción de sus compañeros— se quedaron asombrados del saludo dirigido a un publicano, y con tanto más motivo cuando este, abandonando su mostrador, corrió detrás del grupo y se arrodilló delante de Jesús cerrándole el paso. Trataba de aferrar el faldón de la túnica para besarlo, pero Jesús se apartó riendo para impedírselo, y luego dio un paso hacia delante para tenderle las manos y ayudarle a levantarse.

—Puedes demostrarme tu afecto de un modo mejor —le dijo sonriendo—, por ejemplo, invitándome a cenar esta noche. Y recuerda que me gusta la buena comida, el buen vino y la buena compañía.

Retomaron el camino, y en Corozaín, donde tuvieron un recibimiento festivo, encontraron a los cuatro que buscaban: Santiago, hijo de Cleofás, Tadeo, Tomás, llamado también Dídimo, y, por último, Simón, llamado el Zelota, que Jesús conocía bien porque había sido discípulo de Judas de Gamala. Todos aceptaron en seguida unirse al grupo, y sus conciudadanos les felicitaron por haber sido elegidos, pero entre tanto Jesús seguía mirando alrededor como si buscase también a alguien.

—¿A quién buscas, señor? —le preguntaron.

—No lo sé —hubo de admitir Jesús sacudiendo la cabeza—. Sé que falta uno al llamamiento, porque mis mensajeros en el mundo deben ser doce, como las tribus de Israel, pero no sé dónde buscarle. No importa, ahora volvamos: recordad que estamos invitados a cenar.

Así volvieron a Cafarnaún, y todos se sentaron a la mesa con publicanos y otra gente de mala fama porque Mateo había invitado a las únicas personas que, por su situación, le era dado frecuentar. Durante la tarde había llovido, uno de esos chaparrones que son la bendición de Galilea, pero pronto había vuelto la noche a tornarse seca y tibia, de modo que el banquete había sido preparado en un patio que daba a la calle. La conversación, comenzada de manera forzada por la incomodidad de muchos, se hizo general y alegre, y el sonido de las voces y de las risotadas se difundía por las callejuelas. Entonces algunos escribas del partido de los fariseos se acercaron y preguntaron a los discípulos de Jesús que también se habían reunido a comer en el patio:

—¿Por qué come y bebe con publicanos y pecadores?

Jesús, que lo había oído, se levantó de la mesa y se reunió con el grupo para responder personalmente:

—No son los sanos los que tienen necesidad del médico —dijo—, sino los enfermos: ¡no he venido yo a llamar a los justos, sino a los pecadores!

Y estaba a punto de entablar con ellos una conversación, como era su costumbre,

cuando vinieron a decirle que había llegado un caminante y que preguntaba por él, enviado por un amigo común. Jesús entró en casa y fue a la puerta, donde le esperaba un hombre con las ropas sucias tras un largo viaje. Estaba tan cansado que se apoyaba en su largo cayado y tenía la cabeza doblada como si durmiera, pero cuando tuvo a Jesús delante alzó unos ojos como brasas y le miró fijamente.

Ante aquella mirada, Jesús sintió una profunda inquietud, una sensación de alarma como ante un peligro, pero cobró ánimos y preguntó:

—Me dicen que te manda un amigo, ¿te importaría decirme su nombre?

El otro respondió sin que los párpados velasen una sola vez aquella mirada ardiente:

—Menajén, hijo de Judas, el jefe de los zelotas.

Jesús asintió.

—¿Y el tuyo? —preguntó—. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Judas —respondió aquel—. Judas de Cariot.

Capítulo XIII

Allí fuera, pensaba Pilatos, había odiosas hormigas —cientos, miles de odiosas hormigas— que habría podido aplastar a su antojo, pero he aquí que las consideraciones políticas, en aquella miserable provincia, casi anulaban el poder del prefecto e incluso le obligaban a proporcionar protección a uno de aquellos fanáticos monoteístas. Allí fuera, pensaba Pilatos, estaban las bellas matronas romanas aburridas de la vida de provincias, las refinadas hetairas griegas, las espléndidas esclavas sirias, incluso alguna prostituta judía, pero he aquí que su verdadero deseo nacía solo a la vista de Claudia, y que ella —o el fantasma de ella, la mera apariencia de ella—, al acercarse él, salía de su estado letárgico para llorar y gritar, rodar por tierra y mesarse los cabellos.

El prefecto de Judea contemplaba el mar para escapar de la imagen de su mujer dormida en la cama, para no ver las casas en las que vivían las odiosas hormigas judías. Sentía cómo una terrible sensación de impotencia crecía en su interior, haciéndole desear sangre y violencia. Feliz su padre que había servido de soldado toda la vida, que se había vuelto famoso por los estragos en las campañas contra los cántabros, que por todo reconocimiento había sido distinguido con el *pilum*, la jabalina, y se había limitado a añadir al nombre de Marco y al apellido Poncio el sobrenombre de Pilatos, sin desear una brillante carrera en provincias que culminase con un cargo de gran responsabilidad en la corte imperial. En cambio, él, persiguiendo aquellos sueños, había terminado gobernando una miserable prefectura habitada por unos fanáticos incultos, cada vez más lejos de Roma, inevitablemente enamorado de una mujer que le odiaba y que quizás él mismo había hecho enloquecer.

Pasó entre los legionarios de guardia detrás de los que destacaba la figura del centurión Marco con su cara deforme, bajó a la playa y caminó por la arena hasta entrar en el agua. Desobedeciendo al médico sumergió sus torturadas manos en el agua salada, y se quedó mirando las vendas que se disolvían y flotaban, dejando al descubierto aquellas dos articulaciones cada vez más llagadas, cada vez más doloridas, cada vez más inútiles. Pero cuando las sacó del agua, y el aire y el sol empezaron a secarlas, la sal comenzó a escocerle terriblemente, obligándole a entrar de nuevo a toda prisa para lavarse con agua de manantial.

Rabioso, sufriendo, Pilatos recorría las salas del palacio como un león enjaulado; un palacio que aparecía casi desierto, porque los esclavos y las siervas corrían a esconderse para evitar cruzarse en su camino y los únicos habitantes visibles de aquella pesadilla de mármol eran los centinelas, inmóviles y silenciosos, y el fantasma de Claudia, inmóvil y silencioso. ¿Dónde encontrar a alguien? ¿Dónde estaba aquel maldito médico que se jactaba de descender de Hipócrates y no conseguía curarle las manos? ¿Dónde estaba Afranio, que solo le ponía al corriente de conspiraciones y conjuras?

En respuesta a sus gritos apareció una mujer con la jofaina de plata de las abluciones, y un esclavo trató de detener el temblor de sus manos para vendar las de él. Luego se dio cuenta de que también Afranio estaba presente, como si se hubiera materializado de la nada, y poco a poco el globo ardiente de odio y desesperación que sacudía su pecho perdió calor y dimensión, y todo volvió a su lugar: el caballero Poncio Pilatos, prefecto de Judea, discutía de asuntos de Estado con el jefe de su policía secreta.

—No te traigo buenas noticias, Hegemón —dijo el pequeño griego—, ha ocurrido algo que contrasta con nuestros planes y que puede hacer que acaben en nada. Antipas ha ajusticiado a Juan el Bautista.

El prefecto se levantó y empezó a caminar por la gran habitación que le hacía de gabinete. Al desvanecerse, el arrebato de rabia le había dejado incapaz de una nueva reacción violenta, y en cualquier caso no estaría justificada. Antipas no había hecho otra cosa que seguir sus directrices de cortar de raíz todo foco de rebelión. Nadie había advertido al rey idumeo de que la estrategia había cambiado y que ahora se apostaba por una visión de largo alcance y pacífica.

Se puso las manos debajo de las axilas y apretó fuerte, luego se volvió hacia Afranio y le dijo:

—Cuenta.

—Nada de especial —respondió el espía encogiéndose de hombros—, Juan no hacía otra cosa que azuzar a la gente, contra nosotros y contra Antipas, y este pensó que era mejor eliminarlo. Sus soldados apresaron al Bautista en el desierto y lo condujeron a la fortaleza de Maqueronte. Estaba allí también Antipas: habló con ese loco esenio y trató de convencerlo de que dejara de hablar contra él y su mujer. Creo que lo intentó en serio, porque me consta que sentía por ese hombre una cierta simpatía, solo los dioses saben por qué, pero no hubo nada que hacer. Entonces él salió de la celda y entraron los guardias, estrangularon a Juan y a continuación le cortaron la cabeza para mostrarla a la gente, como advertencia.

Pilatos hizo esfuerzos para olvidar el picor que le atormentaba a fin de evaluar la situación. Al final, se encogió de hombros, como para quitar importancia a la cosa, y dijo:

—Bah, quizás es para bien. Le olvidarán pronto para correr detrás de algún otro fanático y a lo mejor de nuestro hombre, que les hablará un lenguaje más acorde con nuestros intereses. En cualquier caso, la gente sabe que los insurgentes son ajusticiados.

—Y este precisamente —dijo Afranio suspirando— es el peor problema: lo que piensa la gente. Cuando corrió la noticia de la ejecución, los zelotas comprendieron que se volvería más a su favor si difundían una versión de los hechos más odiosa.

Pilatos le miró sin comprender.

—¿Qué quieres decir con eso? Una ejecución es una ejecución, ¿qué otra cosa puede ser?

—De hecho —explicó Afranio—, la diferencia no radica en la ejecución, sino en la causa. Un judío ajusticiado porque incitaba a la rebelión contra los romanos es una de las muchas víctimas, pero un profeta eliminado porque denuncia el adulterio del rey judío es un mártir, y su sangre será la simiente poderosa de la que germinarán otros soldados de la fe.

Ahora Pilatos había comprendido, le faltaban solo los detalles. Se sentó, suspirando de cansancio.

—Cuéntame, Afranio —dijo.

—Mi hombre infiltrado entre los discípulos del Bautista me ha dicho que se reunieron trastornados ante las puertas de la fortaleza, y no sabían qué decir o qué hacer, pero que llegaron algunos zelotas y comenzaron a gritar que ellos sabían cómo habían sucedido las cosas, porque uno de ellos era un siervo de Antipas y había asistido a toda la escena. Mi hombre dijo que la gente acudía de todas partes, de modo que al final había una verdadera multitud, y el que decía ser un siervo de Antipas se subió sobre una piedra y comenzó a contar su historia.

El prefecto resopló de impaciencia:

—Adelante Afranio, cuéntamela también a mí.

Afranio la contó. El zelota había dicho que Juan decía a Herodes: «No te está permitido poseer a la mujer de tu hermano». Herodíades se la tenía jurada a él y quería hacerlo matar, pero no obstante no podía porque Herodes respetaba a Juan, sabedor de que era un hombre justo y santo; es más, lo defendía: hablaba con él, y aunque sus palabras le llenaban de consternación, le escuchaba de buen grado.

—Todo un acierto, me parece —hubo de admitir el prefecto.

Afranio asintió y continuó el relato del zelota: el día propicio había llegado cuando Herodes, para su cumpleaños, había ofrecido un banquete a los nobles y a los principales funcionarios de Galilea, y la hija de la misma Herodíades, la jovencísima Salomé, se presentó para exhibirse en la danza, y gustó mucho a los convidados y muchísimo al mismo Herodes. Entonces este dijo a la muchacha: «Pídeme lo que quieras y yo te lo daré». Ella le preguntó si de verdad podía pedirle cualquier cosa, y él se lo confirmó: «Todo lo que me pidas te lo daré, aunque fuese la mitad de mi reino».

El prefecto había casi olvidado el fastidio que le producían sus manos. Escuchaba la historia y ya sabía cómo se desarrollaría, pero no podía dejar de sentir admiración por los zelotas que la habían elaborado. «Esta», pensaba, «nos hará daño. Esta nos hará mucho daño».

Afranio continuó. Salomé salió de la sala y fue a preguntarle a su madre: «¿Qué debo pedir?». Y aquella le respondió: «La cabeza del Bautista». La muchacha volvió en seguida ante el rey y le hizo su petición diciendo: «Quiero que me des inmediatamente, en una bandeja, la cabeza de Juan». El rey se puso triste; sin embargo, atado como estaba a su juramento y al no poder faltar a su palabra delante de los convidados, decidió no contrariarla con una negativa. Mandó al punto a un

esbirro con órdenes de traer la cabeza de Juan. Aquel se dirigió a la prisión, decapitó a Juan y luego trajo la cabeza en una bandeja y se la dio a la muchacha, que a su vez se la entregó a su madre.

Pilatos guardó silencio, rumiando para sí aquella historia truculenta.

—Realmente una buena ocurrencia —murmuraba de vez en cuando. Trataba de evaluar las posibles consecuencias, tanto sobre la situación de la provincia como sobre el plan que él y Caifás acababan de poner en marcha, pero no conseguía decidir si poner en alerta a las varias guarniciones o dejar simplemente que las cosas siguieran su curso.

La voz de Afranio vino a sacudirle de sus meditaciones.

—Todavía no he terminado —dijo el griego—, falta un detalle.

—¿Cuál es?

—Los discípulos de Juan fueron a recoger el cuerpo y le dieron sepultura, luego uno de ellos partió para ir a dar la noticia a Jesús.

—Apuesto a que ese era de los tuyos —dijo Pilatos sonriendo, pero el otro sacudió la cabeza:

—No, no era uno de los míos. Un tal Judas de Cariot, un zelota, y por si fuera poco uno de los más fanáticos. Nuestro hombre está en peligro, Pilatos.

En un instante, el prefecto fue presa de nuevo de una rabia que le ofuscaba la vista, mientras sus manos quemaban como tizones. Se levantó de golpe, derribando la jofaina de las abluciones que el esclavo le había dejado al lado y gritando como un loco:

—¡El médico! ¿Dónde está ese demonio de médico? Quiero que venga inmediatamente.

Mas parecía, pensó Pilatos, que aquellos condenados helenos, siempre tan seguros de sí mismos desde las alturas de su cultura, tuvieran el don de aparecer a su simple evocación. De hecho, la cabeza del médico estaba asomando en aquel instante del borde de la escalinata, luego apareció el grueso tronco, luego todo el cuerpo y ya el hombre inclinaba la cabeza delante del prefecto.

—¿Dónde te habías metido, fisiólogo de mala muerte? —le gritó Pilatos.

—Debía esperar —respondió él sin turbarse— la llegada de un mercader sirio al que había pedido algo para ti.

—¿Una cura? —preguntó el prefecto ansiosamente.

El otro se encogió de hombros.

—Un paliativo —dijo—, ya te he dicho que no existe un fármaco para tu enfermedad.

—Ahórrame tus desatinos filosóficos, médico. ¿Ha llegado, al menos, tu mercader?

—Ha llegado, y con tu paliativo. Aquí está.

El griego extrajo de una faltriquera un objeto cuadrado envuelto en un pedazo de lino. Lo apoyó sobre la mesa y lo desenvolvió con delicadeza, como si tuviera que

aparecer una joya frágil y preciosa, pero apareció solo un bloque de una sustancia que tenía el color y el aspecto de la tierra del desierto.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Pilatos.

—Se llama pan de Alepo —respondió el otro—, pero en realidad viene de Mesopotamia. Está hecho de plantas maceradas con aceite de oliva y aceite de laurel, se cuece largo rato en una caldera y luego se pone a secar al sol durante nueve meses, el tiempo que se precisa para que nazca un niño.

—¿Y para qué puede servir esta especie de terrón?

—Las matronas romanas se sentirían felices de tener esta especie de terrón, por los benéficos efectos que puede tener sobre su belleza.

Ni siquiera había terminado el médico la frase cuando ya se mordía los labios, viendo la sombra profunda que había descendido sobre el rostro de Pilatos. Lo que las salidas de tono del Hegemón no habían conseguido nunca, lo consiguió aquella sombra: el médico, cuya ciencia había sido aún menos eficaz para el enajenamiento de Claudia que para las manos de su marido, calló lleno de incomodidad e incapaz de encontrar una vía de salida.

Fue Afranio el que se la ofreció:

—Limpia y perfuma —dijo—, las mujeres de Babilonia lo usan desde hace ya muchos siglos.

Pilatos se sacudió.

—¿Qué debería hacer? —preguntó.

El médico hizo una señal a un esclavo, que había entrado para secar el suelo y volver a llenar de agua la jofaina. Luego cogió las manos de Pilatos y las liberó de las vendas, las sumergió en el agua y pasó suavemente por la piel el pequeño cubo color terroso, que resbaló por ellas con facilidad dejando una ligera capa espumosa, mientras que un olor sutil a laurel se difundía por el aire. A la señal del médico, el prefecto sumergió las manos en el agua para enjuagarlas, luego las ofreció al esclavo para que se las vendase nuevamente con el lino.

—¿Y si tampoco esto funcionase? —le preguntó Pilatos.

—Entonces —dijo el médico encogiéndose de hombros— iríamos a buscar los bálsamos que utilizan los sacerdotes egipcios para conservar la piel de los faraones muertos, haríamos que nos trajeran la grasa de caballo con que se ungen los escitas, o pediríamos a ese fanático judío del que todos hablan que haga por ti uno de sus milagros.

Voluble como siempre, recogió sus cosas y, tras haber hecho al Hegemón una profunda pero poco respetuosa reverencia, se fue canturreando la última canción llegada de Atenas, en la que se hacía burla de un viejo señor romano muy poderoso y muy impotente.

—De modo que —dijo Pilatos al cabo de unos instantes— todos hablan de ello.

Afranio asintió.

—Las cosas marchan como había dicho Caifás —dijo—. Nuestro hombre tiene

éxito, sus ideas pueden molestar a algún saduceo o a algún fariseo, pero entre la gente corriente encuentran una espléndida acogida. Muchos judíos, por rebeldes que sean, tienen ganas de paz, y si alguien les aconseja que no se tomen demasiado a mal el dominio de los paganos, porque igual mente se hará justicia en el reino de los Cielos, parecen encontrar un alivio en ello.

—Pero no sucede lo mismo con los zelotas, obviamente.

—Obviamente. Y este es el motivo por el que Menajén ha puesto a este Judas de Cariot tras los pasos de Jesús.

—Estoy muy desilusionado, Afranio: los zelotas ya han tenido éxito en eso y tú todavía no.

El pequeño griego sonrió.

—No he dicho tal cosa. Quizá tengamos ya a alguno, y con mucho talento. Pero es un hombre de letras, o mejor de números, y no de acción. Si los zelotas decidieran eliminar a Jesús con una acción directa, dudo mucho que el nuestro estuviera en condiciones de defenderle. Pero dime una cosa, Hegemón, ¿qué han respondido a tu informe?

Pilatos hizo con la cabeza un gesto que admitía la novedad. El correo de Roma había llegado varias veces, pero solo el último, dos días antes, había finalmente traído la respuesta a su solicitud de un parecer: signo evidente de que Sejano, siempre atento a todo lo que sucedía en cualquier rincón del Imperio —del bandidaje ibérico al comercio con la India—, debía estar ocupado hasta las cejas en sus intrigas de palacio. El prefecto hizo una señal a uno de los centinelas, que salió y volvió en pocos instantes con el secretario del prefecto pisándole los talones.

—El correo —dijo Pilatos, y el hombre cogió de una bolsa de piel un estuche que alargó al prefecto. Luego se sentó en un taburete con una tablilla encerada sobre las rodillas y un estilo en la mano para tomar apuntes, pero el otro le despidió con un simple gesto de la mano y pasó el estuche a Afranio, que extrajo el rollo de papiro y comenzó a leer.

De Lucio Elio Sejano, prefecto al pretorio
A Poncio Pilatos, prefecto de Judea

Informe 2070
Categoría: normal
Fecha: mes de octubre, año 782 de la fundación
Asunto: Jesús de Gamala, llamado el Nazareo
Juicio: actuar según las circunstancias

No había nada más. Afranio alzó los ojos hacia Pilatos y este asintió.

—No hay nada más —dijo.

—¿Y esto qué significa? —preguntó el griego.

—Que no hay tiempo que perder en minucias porque está comprometido en la mayor empresa de su vida, pero que precisamente por eso ninguna minucia puede transformarse en un problema, o el responsable lo pagará caro.

—¿Quiere suceder a Tiberio?

El prefecto asintió.

—Creo que sí —dijo— y no excluyo que lo consiga. Es algo prácticamente seguro que el próximo año Tiberio le tomará como colegatario en el imperium militar supremo, y probablemente también en el consulado. Pero esto desencadenará la reacción de cuantos le son hostiles, que son muchos e importantes, empezando por Antonia, la cuñada de Tiberio. En resumen, Sejano es poderoso y quizá sea poderosísimo, pero no puede permitirse el más mínimo paso en falso o la *lex maiestatis*, que el emperador maneja con tanta desenvoltura igualmente desde su exilio voluntario de Capri, podría decapitar los sueños del prefecto del pretorio.

—Imagino que tú no has usado el verbo *decapitar* al azar —dijo Afranio con una triste sonrisa.

El pequeño griego era demasiado inteligente para no advertir la gran diferencia que existía entre las disputas de provincia, en las que tan bien sabía moverse, y aquellas historias inmensas que de vez en cuando su trabajo le permitía vislumbrar. Pensó que si Pilatos volvía a Roma en una posición importante gracias también a él, podría seguirle y tomar parte en aquellas grandes intrigas. Pero para que ello ocurriese era necesario que Sejano hiciera realidad sus planes. Y por eso era necesario que ninguna minucia provinciana se transformara en un problema.

—Pierde cuidado, Hegemón —dijo—, nuestro agente gozará de la protección debida, y Palestina no causará problemas ni al prefecto del pretorio ni al de Judea. Te lo repito: la idea de Caifás funciona, y conseguiré que nadie ponga trabas.

En aquel momento, blanca y silenciosa como siempre, Claudia atravesó la habitación seguida por una esclava y cuando pasó entre los dos centinelas que vigilaban la salida a la terraza, uno abandonó su lugar para unirse a la pequeña procesión. La consigna era hacerse transparente, como ella, sin perderla de vista, protegerla siempre, incluso de sí misma.

Pilatos tomó el estuche que Afranio le tendía y con él se puso a tamborilear el canto de la mesa, pensativo.

—Así lo espero —dijo finalmente—, así lo espero. Si estallara otra revuelta, me vería obligado a emplear de nuevo la fuerza, y entonces…

Afranio se guardó bien de preguntar qué venía detrás de aquel «entonces». Esperó tranquilamente a que el prefecto hubiera terminado de marcar con el estuche el ritmo de sus pensamientos, aguardando a que le animase a seguir:

—La idea funciona, dices. Dame los detalles.

El griego comenzó a contar, con la acostumbrada volubilidad aparente:

—Nuestro hombre es muy activo, se mueve por toda Galilea, pero llega también a Cesarea de Filipo y a Fenicia. El sábado va a hablar en las sinagogas, pero cualquier

día y cualquier lugar es bueno para lanzar su mensaje pacífico, incluso desde una barca. Es muy apreciado como curandero, y tú sabes con qué facilidad los curados se transforman en beneficiarios de un milagro.

—Los curados y también los no curados —dijo Pilatos sonriendo—, en Roma hubo quien juró haber visto a Augusto subir al cielo.

—Por otra parte —continuó Afranio—, para esta gente no hay nada de extraño en un milagro. Dado que ignoran los principios de la medicina de Hipócrates, y consideran las enfermedades como un castigo divino, para curar deben simplemente obtener el perdón de su Dios, que puede delegar esta tarea en quien le plazca. Los judíos han escrito estupendas poesías eróticas donde los amores son más deliciosos que el vino y el nombre del amado es como un perfume, poesías que no tienen nada que envidiar a las de nuestra Safo, pero no han oído hablar nunca de tu Lucrecio y de las leyes de la naturaleza.

Pilatos hizo un gesto de impaciencia.

—No vuelvas a comenzar con la filosofía, Afranio, atente a los hechos.

El griego cerró los ojos, juntó las yemas de los dedos y se quedó algunos instantes en silencio, luego continuó:

—Comencemos por los milagros. Ha devuelto la vista a varios ciegos, uno en Betsaida y dos en Jericó, y en Cafarnaún ha curado a un par de paralíticos, entre ellos al siervo de tu centurión. Ha devuelto a la vida a un par de muertos, ha atravesado el mar de Galilea caminando sobre las aguas y un día multiplicó unos pedazos de pan y unos peces para dar de comer a varios miles de personas que habían ido a escucharle. Luego los endemoniados, los ha exorcizado a montones: una muchacha en Tiro, un hombre en Cafarnaún, otro en Magdala, Betsaida, Corozaín y Dalmanuta. Y a otros muchos también en la Decápolis, pero en Gerasa se vio mezclado en un infortunio: expulsó a los demonios de dos desgraciados y aquellos, hay quien dice los demonios y quien los desgraciados, pusieron en fuga a una piara de cerdos, que se precipitaron al mar y murieron todos. Obviamente, los buenos gerasenos le rogaron que se marchara.

—Impresionante —dijo Pilatos con indiferencia.

—En efecto —hubo de admitir el otro, y continuó—: En el terreno de la doctrina, las cosas van incluso mejor. Cuenta historias en las que obreros que han trabajado más que otros reciben el mismo salario y no deben quejarse, y esto gusta mucho a nuestros amigos saduceos. Recomienda a los siervos que hagan todo lo que puedan por sus amos, porque lo que cuenta es la libertad del alma y no la del cuerpo, y esto nos gusta mucho a nosotros. Asegura que un día nuestros cuerpos volverán a la vida y entonces Dios juzgará a todos y para siempre, y esto gusta mucho a todos los demás. Diría que no siempre las historias de Jesús son muy claras, pero evidentemente su fascinación personal suple esa oscuridad con creces, porque el número de los discípulos va de continuo en aumento y pertenecen a todas las clases sociales. Es más, a todos los sexos: también las mujeres han sido conquistadas por lo que llaman

«la buena nueva», y le siguen en gran número.

Esta vez el prefecto estaba impresionado de verdad:

—¡Pero cómo! ¡Si están separadas de los hombres hasta en la sinagoga!

—Es cierto —dijo Afranio—, pero en Galilea las costumbres son menos rígidas que en Jerusalén, o menos hipócritas, como puedes ver. El hecho es que en el grupo, que ahora ya supera el centenar de personas, hay varias mujeres, y algunas de ellas forman parte del círculo más próximo a Jesús. Está su madre María, otra María que es hermana de su madre, la madre de dos de los doce que Jesús llama sus enviados, que se llama Salomé; una tal Susana, y una tal María de Magdala, a la que liberó, según se dice, de unos siete demonios. Y te diré más, Hegemón, no solo hay mujeres del pueblo: Juana, por ejemplo, es la mujer de Cusa, un funcionario de Herodes, y algunas de ellas son ricas y financian al grupo, que por más ascético que sea tiene que comer.

Afranio dejó de hablar, pero el prefecto se había distraído y durante algunos minutos los dos permanecieron en silencio, hasta que un soplo de viento salino entró en la estancia arrastrando hasta allí el hálito poderoso del cielo y del mar.

—Todo depende de Dios —dijo entonces el prefecto, caviloso—. Pero más o menos es también así para nosotros, ¿no es cierto? Y, entonces, ¿cuál es la diferencia entre su Dios y los nuestros?

—La diferencia, Hegemón —dijo Afranio—, es que ellos creen en él.

Capítulo XIV

El hombre era alto y el asno pequeño, pero cumplió a las mil maravillas su función y, en seis días, transportó a Adunco, sin mostrarse remiso, por los cuatrocientos estadios que separaban Cesarea de la orilla septentrional del mar de Galilea.

En realidad, el ritmo habría podido ser más rápido, pero el viejo policía, antes de llegar a su meta, quería observar y saber lo más posible de aquella tierra y de aquella gente, y además su edad no era la más indicada para molerse los huesos a lomos de un asno. Tampoco el clima le ayudaba: hacía más calor del que hubiera esperado en aquella estación, aunque de vez en cuando caía la lluvia y las noches eran frescas. Además, el primer trecho del viaje había sido agradable, entre colinas verdes cubiertas de vides y de olivos, y solo interrumpidas por las breves alturas que dejaban ver Megido a la derecha y el Monte Carmelo a la izquierda; pero luego, una vez atravesado el valle de Jezrael, los relieves se habían vuelto más elevados y Adunco, inexperto y a veces mal aconsejado, había terminado más de una vez en la cima de algún montículo pelado que habría podido evitar.

Por suerte, en aquel que estaba atravesando ahora encontró, precisamente en la cima, una pequeña taberna rodeada por chumberas y refrescada por una parra que el propietario había arrancado a las piedras, y se dejó caer con alivio contra el respaldo de un banco.

Adunco tomó un sorbo de vino, vertido de una ingeniosa ánfora redondeada que estudió con curiosidad: en la parte alta, en vez de la boca, tenía un asa, a cuyos lados dos pequeños cuellos permitían meter o sacar el líquido, pero también el aire, cuya circulación mantenía fresco el contenido. De improviso se dio cuenta de que objetos semejantes formaban parte de sus recuerdos de infancia, en las tórridas tardes estivales de Córdoba: agua fresca que descendía del recipiente de terracota porosa, en un chorro que él bebía al vuelo o que le llovía sobre el rostro entre las risas de sus compañeros. Le pareció que aquella —la casa de la infancia— era la única casa posible, y suspirando se preguntó qué demonios estaba haciendo en Palestina.

El tabernero era un hombre taciturno, que inmediatamente después de haber servido al cliente volvió a sentarse en el suelo, con la espalda contra el tronco de la parra y con la mirada fija en la cima plana del Monte Tábor; a pesar de todo, respondió amablemente a las preguntas de Adunco: sí, el mar de Galilea estaba bastante cerca, un centenar de estadios y con solo unas pocas colinas en medio; no, no saldría al norte sino al sur del lago, un poco por debajo de Tiberíades; sí, podría evitar la ciudad y tomar la vía Maris un poco más arriba, apenas debajo de Magdala. Y finalmente: ¿Jesús el Nazareo? Había oído hablar de él a algún caminante, pero él vivía aislado en lo alto de su cumbre y poco sabía de los acontecimientos del país. Y se encogió de hombros preguntándose, evidentemente, qué podía querer un gentil de un nazareo.

En cuanto hubo recuperado el aliento, Adunco se volvió a poner de viaje con las

largas piernas colgando a ambos lados del pollino. Estaba bien equipado: en el mercado del puerto de Cesarea había cambiado su capa de lana demasiado elegante por una de lana burda para protegerse del calor del día y del fresco de la noche, con una cuerdecilla se había asegurado un pañuelo alrededor de la cabeza y había comprado un largo cayado de caminante. Para no llamar la atención, había cambiado su alforja de piel por una de tela, en la que había metido también unas pocas provisiones, y después de haber recabado información, poniendo a prueba con éxito su arameo, había salido de Cesarea lo más pronto posible.

El anciano policía esperaba haber desviado las sospechas del centurión, pero no las tenía todas consigo por lo que se refería al jovenzuelo del pelo rubio que era sin lugar a dudas un espía. Sabía que corría muchos riesgos porque el carácter secreto de su misión le ponía a merced de Poncio Pilatos: en efecto, si este descubría que había allí un espía de Tiberio controlándole no dudaría un instante en darle muerte aprovechando el anonimato en el que Adunco estaba obligado a moverse. Pero cómo, habría dicho el prefecto, ¿realmente se trataba del ex *praefectus urbi*? ¿El viejo Adunco? ¿Y qué demonios hacía allí en Judea, sin decir nada a nadie? Claro que había resultado sospechoso a la policía, peor para él si no se había dado a conocer.

Naturalmente, Adunco y Pilatos se habían cruzado en más de una ocasión en Roma, y no habían simpatizado. El primero respondía solo a las leyes que regulaban su oficio, el segundo era un protegido de aquel intrigante de Sejano y especialmente dispuesto, con la certeza de la impunidad, a infringir cualquier norma. Pocos meses después de su llegada a Judea como prefecto, había llegado a Roma una protesta de sus administrados que Sejano había enterrado en el maremágnum de la correspondencia con las provincias, pero cuya copia había terminado igualmente en el archivo de Tiberio, y Adunco la recordaba perfectamente: «Corrupción, atropello, latrocinio, maltratos, ultrajes, ejecuciones sumarias sistemáticas sin sentencia de condena, e infinitas, insoportables atrocidades».

En la nave, al final del viaje hacia Cesarea, Adunco había conseguido intercambiar alguna palabra con el grupo de los judíos, pero aquellos eran obviamente demasiado prudentes para contarle a un romano desconocido qué pensaban del prefecto que gobernaba su tierra. Pero el mercader griego que le había dado lecciones de arameo parecía no temer nada tanto como el silencio, y con su habitual y cínica volubilidad le había explicado:

—Los saduceos se alinean siempre con el poder, a cuya sombra hacen prosperar sus negocios, pero no es así para todos. ¿Sabes cómo llaman los doctores de la Ley judaica a tu compatriota?

Adunco no lo sabía.

—¡Le llaman Amón! —había exclamado el otro entre risas, y luego, advirtiendo que Adunco no captaba la referencia, añadió—: Pues sí, como el antiguo rey judío que adoraba a los ídolos. Y quiero hacerte notar, romano, que el rey Amón murió víctima de una conjura.

Al recordar aquel relato, el viejo se encogió de hombros en un gesto de indiferencia: le importaba muy poco qué fin esperaba a Pilatos, y en cambio le habría molestado mucho si aquel fin Pilatos se lo hubiera destinado a él. Y dio suavemente un taconazo al asno para que comenzase a trepar por las colinas que el tabernero le había anunciado como las últimas antes del mar de Galilea.

Por una vez, le habían informado bien. Al cabo de un par de horas de camino, llegado a lo alto de una colina yerma, vio delante de sí el fértil valle que descendía hacia el lago. Incluso de tan lejos se veía que las aguas eran cristalinas, y cuando finalmente llegó a ellas, y se hubo apeado de su montura, distendió con verdadero placer los huesos doloridos en la orilla de guijarros y conchas. Las pequeñas olas subían a lamerle los pies, que se había descalzado, y el cielo de la tarde brillaba sobre él en un azul intenso apenas protegido por el abanico de las palmeras, pero si volvía la cabeza a derecha o izquierda los ojos se llenaban del verde de la hierba y de los colores de mantos de flores. Algo, quizás el cansancio, le produjo un placentero estremecimiento. Paz, se descubrió pensando el viejo soldado. Quizá, pensó, aquel hombre tiene de veras razón.

Pero estaba el deber, naturalmente, que es la más exigente de las costumbres. Adunco se levantó, volvió a calzarse las sandalias y, para descansar su castigada espalda, se puso a caminar, llevando al asno al lado suyo. Antes de la caída de la noche, esperaba poder conseguir más información sobre el actual paradero del Nazareo, luego se pararía a dormir en alguna posada y a la mañana siguiente vendería el asno de carga, porque no tenía sentido unirse tan llamativamente montado a una multitud que se desplazaba a pie.

Volvió a ganar el camino, y se encontró detrás de un grupo de una decena de hombres y delante de una pareja en torno a la cual correteaban tres niños, mientras que más adelante y más atrás se veía un número de personas que juzgó insólito. Vio en lontananza los edificios blancos de Tiberíades y tuvo un pensamiento malévolo para el hombre de quien la ciudad tomaba el nombre. Y repitió la pulla cuando se dio cuenta de que encontrar un alojamiento en la gran ciudad sería menos fácil de lo previsto, porque, le explicó un posadero judío que hablaba griego con facilidad, muchísima gente estaba llegando del sur.

—Vienen de Jezrael, de Sepphoris, de Canaán —dijo el hombre con entusiasmo mercantil—, de Escitópolis, y hasta de Siquén. Te diré más: estoy convencido de haber visto entre la gente también a samaritanos, judíos e incluso a idumeos. Creyentes y paganos todos juntos, ¿te das cuenta? Tanta gente no se había movido nunca ni por Juan el Bautista, tanta gente… El posadero se interrumpió aquí, impresionado por algo que él mismo había dicho. Ya, ya —dijo luego caviloso—, ni siquiera por el Bautista.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Adunco.

Pero el hombre había perdido de improviso todo entusiasmo, y miró con sospecha a aquel extranjero que se había presentado como hispano pero que seguía siendo un

ciudadano del Imperio, un romano, en suma, ¿qué podía estar haciendo por allí?

—Lo siento —dijo—, no tengo una sola cama libre.

Pero Adunco había ya ido a todos los albergues, y no tenía ninguna intención de pasar la noche al raso calentado por un asno, de modo que detuvo al posadero, que ya se retiraba, con una mano que aquel encontró extraordinariamente fuerte para un hombre tan anciano, y le dijo:

—Déjame la tuya.

—¿Estás loco? —dijo el otro tratando de sacudirse del hombro aquella especie de garra.

—Pues no —dijo Adunco—, todo consiste, como siempre, en llegar a un precio justo. ¿Cuánto vale tu cama, por una noche?

El otro le miró, y comprendió que no tenía que vérselas con un loco y que con un pequeño sacrificio podría cerrar un buen negocio.

—Quiero tu asno —dijo—, tu asno por mi cama.

—Me parece equitativo —dijo Adunco alargándole el ramal.

Entonces el otro pensó que podría obtener mucho más, y dijo:

Y dos siclos.

—El asunto está cerrado ya con el asno —dijo Adunco—, déjame ver dónde está tu habitación.

El posadero meneó la cabeza:

—No, no, no: te he dicho el asno y dos siclos, o nada.

—O esto o nada, amigo —dijo el viejo policía sonriendo—. Elige tú mismo.

Y diciendo esto alargó la mano izquierda para apoyarla amigablemente sobre el hombro del otro, pero procurando descubrir el brazo para mostrar el puñal que tenía sujeto a él.

El posadero aceptó la derrota de mejor grado de lo que Adunco se hubiera esperado: se encogió de hombros, riendo, y llamó a un mozo para confiarle el pago de su cama.

—Ven —dijo acto seguido, y acompañó a su cliente a un cuartito minúsculo ocupado casi enteramente por un camastro cubierto por una manta de aspecto poco invitador.

Adunco la quitó y se sentó sobre aquella mísera yacija.

—¿Por qué no te tratas mejor? —preguntó—. Casi habría sido más cómodo dormir en la calle, junto al calor de mi asno.

Pero no era así. Ciertamente mucha gente pasaría la noche al raso, y él habría podido encontrar compañía y quizás hacer que le contaran cosas interesantes, pero lo que afuera habría sido una esperanza, en la taberna era una certeza: a cambio de los dos siclos que no había obtenido por la cama, el tabernero vencería ciertamente su reticencia, y Adunco quería oír el final de aquella frase: «Ni siquiera por el Bautista…».

El albergue tenía una pequeña sala con alguna que otra mesa, otras mesas estaban

en el recinto trasero, y todas estaban atestadas. Los clientes eran sobre todo hombres, pero un par de ellos tenían consigo a sus mujeres e hijos. Dormirían todos en el par de habitaciones de que disponía la posada, en cada una de las cuales normalmente había hacinadas cuatro o cinco camas a las que, aquella noche, se añadirían varios catres. Algún que otro huésped se había quejado del precio excesivo de un alojamiento tan poco cómodo, aunque todos eran conscientes de que en realidad seguía siendo el más barato de toda Tiberíades, y se preparaban a gastarse en la cena lo que ahorraban en la cama. Una hija del dueño, ya casada, había venido con su hijo a echar una mano, y junto con el mozo traían a las mesas pan y queso, higos secos y vino, mientras se esperaba que en el hogar al aire libre se terminase de asar una parrillada de espléndidos pescados.

El dominio que Adunco tenía del arameo era todo menos completo, pero las lecciones y las charlas del mercader griego habían hecho un buen trabajo poniéndole en condiciones de comprender al menos el sentido de casi todas las frases.

—Será en Magdala —aseguraba uno— porque allí se han reunido las mujeres que viajan con él.

—Pero qué gran tontería —intervenía otro—, se sabe que la cita es en las Siete Fuentes.

Un tercero gritaba:

—Será en Safed, será en Safed, y adivinad por qué —y riendo indicaba el cuenco lleno de vino de aquella ciudad.

Un cuarto explicaba en cambio que había que dirigirse, sin duda alguna, a Baram:

—Allí, en la sinagoga, leerá y comentará el libro de Daniel.

Pero todos, de forma unánime, dieron grandes gritos y se burlaron de un pobrecillo que había aventurado el nombre de Gamala:

—Pues sí, pues sí —decía—, es allí donde nació, ¿no es así?

—Así es, animal —le respondió un hombretón barbudo que hacía reír a todos—, pero no lo es menos que sus vecinos son los únicos que no han querido escucharle. Dime, ¿has visto tú por ahí a alguno de Gamala, por casualidad?

El otro trataba inútilmente de explicar que sin duda no: ¿qué iban a hacer allí los de Gamala, si precisamente en su casa iba a tener lugar la reunión? Pero fue una pérdida de tiempo, y el pobre terminó por apartarse con una expresión enfurruñada. Adunco se le acercó, decidido a poner a prueba su arameo.

—¿Es de Jesús de Gamala de quien hablabais? —le preguntó.

—¿Y de quién si no? —le respondió aquel de malos modos, pero acto seguido cambió de tono y dijo amablemente—: De él, ciertamente, del Mesías.

—Yo —dijo Adunco— soy hispano, he venido hasta aquí para rezar en la tumba de un hijo mío muerto hace ya muchos años, pero desde que he llegado no he hecho otra cosa que oír hablar de este Jesús. Todos dicen maravillas de él, como que cura a los enfermos y expulsa a los demonios. ¿Es cierto?

—¿Que si es cierto? —preguntó el otro con aire de suficiencia—. Hace mucho

más, hispano. Expulsa a los demonios, cura a los enfermos y resucita a los muertos.

—Y mandará al pueblo contra los romanos —intervino gritando el hombretón barbudo, que había pescado la conversación— y devolverá su reino al Dios de Israel.

Inútilmente el posadero trató de hacer señas invitando al silencio delante de aquel gentil: ahora todos gritaban, contra los romanos algunos y contra estos los otros, acusándoles de no haber comprendido nada, porque Jesús no predicaba la guerra sino la paz, y el reino cuyo advenimiento preparaba no era de este mundo, y delante de Yahvé, con tal de que se convirtieran a la verdadera fe, todos eran iguales: también los gentiles, también los hispanos, incluso los propios romanos. ¿Acaso entre los discípulos más fieles de Jesús no figuraba también el centurión que mandaba la guarnición romana de Cafarnaún, donde había hecho construir incluso una sinagoga?

Poco a poco, en tanto las estrellas iban tachonando el cielo, los gritos cesaron, y la gente —primero las pocas mujeres, llevándose a los niños dormidos en brazos, luego los hombres— se fue a dormir, unos en las yacijas y otros en el suelo en aquel mismo recinto, junto al hogar donde los tizones iban apagándose. Adunco se demoró tomándose el cuenco de vino que había sorbido parsimoniosamente, mientras también la hija del posadero se iba a casa llevando de la mano al hijo medio dormido, y el mozo, tras limpiar las mesas y barrer los restos, se unía a los durmientes al amor del fuego.

No quedaba más que el propietario, que se estiraba y bostezaba mientras se preparaba una yacija con la manta que había cogido de la cama que había cedido a Adunco. Pero entonces el viejo policía se le acercó, ostentando también una gran somnolencia, y le deseó buenas noches, aunque luego, en vez de irse, le preguntó:

—A propósito, ¿qué querías decir con eso de toda la gente que no se había movido ni siquiera por Juan el Bautista?

El posadero estaba ahora ya demasiado cansado para seguir guardando cautela.

—Quería decir —respondió bostezando— que detrás del Bautista iba menos gente, y aun así acabó muerto.

Se volvió de costado, y ya dormía.

La cama era infame, pero Adunco, envuelto en su capa, durmió a gusto, y más habría dormido de no haber sido despertado, al amanecer, por las voces de la gente que se ponía ya en camino. Se levantó, y dado que la posada estaba a pocos pasos del lago, se sumergió en las aguas límpidas para nadar un poco. Así refrescado se vistió y se puso en camino, mordisqueando un poco de pan y queso, y apoyándose en su cayado.

A lo largo del camino iban ya decenas de personas, y con el paso de las horas su número fue en aumento. Mientras adelantaba o le adelantaban, Adunco preguntaba a este o al otro, pero parecía que ninguno supiera nada concreto acerca de la meta de aquel andar. Aun así, todos estaban alegres y, de vez en cuando, el aire se llenaba de cantos que una voz lanzaba y cien continuaban.

—Son salmos de nuestro rey David —le explicó una joven a la que Adunco se

había dirigido, y en seguida volvió a unirse al coro.

Él esperó que el canto terminase y de nuevo le volvió a dirigir la palabra:

—Mucho me temo que no comprendo la lengua en la que cantáis. Supongo que es hebreo. ¿No podrías decirme el significado de las palabras?

—Es un salmo —explicó amablemente la muchacha— en el que se exalta la bondad con la que Dios puso al hombre por encima de todas sus creaciones. Dice: «¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, y el hijo del hombre para que de él te cuides? Y lo has hecho poco menor que Dios, le has coronado de gloria y de honor. Le diste el señorío sobre las obras de tus manos, todo lo has puesto bajo sus pies. Las ovejas, los bueyes, todo juntamente, y todas las bestias del campo. Y las aves del cielo, los peces del mar, todo cuanto corre por los senderos del mar. Yahvé, Señor nuestro, ¡cuán magnífico es tu nombre en toda la tierra!».

Sin alzar siquiera la voz, la joven mujer había traducido el salmo casi cantándolo, con una sencillez llena de sentimiento, y cuando hubo terminado añadió una sonrisa que tuvo sobre Adunco el efecto que los versos habían tenido sobre ella. Le dio las gracias y ella corrió a reunirse con su grupo, mientras el viejo policía se permitía una pausa sentado sobre una roca al borde del camino.

Estaba allí desde hacía poco, observando a los caminantes —judíos en su mayoría, obviamente, pero entre ellos había asimismo sirios, árabes, y hasta algún griego—, cuando aquella serpiente multicolor hecha de gente se vio recorrida por un inmenso estremecimiento que era traducido al punto en un grito:

—¡No está muy lejos, apenas pasado Magdala, antes de Corozaín!

Mucho más rápida que cualquier caminante, la noticia había sido lanzada por el primero que se había encontrado a Jesús, y en pocos minutos había recorrido una distancia que requería varias horas de camino.

Adunco se levantó y volvió a entrar en la corriente, que ahora, estimulada por aquel anuncio, había acelerado su andadura. Pronto, sin embargo, encontró el ritmo sereno de un paseo, y el viejo policía pidió información a un hombre que caminaba dando la mano a su mujer y llevando a su hijo pequeño a cuestas.

—Son cerca de sesenta estadios, quizás un poco menos —le dijo aquel—, tres horas a buen paso —y a pesar del peso que llevaba se distanció del viejo.

No había prisa, pensó Adunco, no había ninguna prisa. «En el fondo estas son aún unas vacaciones, las últimas horas de unas vacaciones, luego todo volverá a comenzar y, aunque ni siquiera sé de qué se trata, no habrá ya tiempo para paseos».

Instintivamente disminuyó el paso para prolongar aquel tiempo suspendido entre su pasado y su última misión, y se puso a observar las palmeras y los olivos, el lago más allá de los árboles, las casas de los pescadores a su derecha y las de los labradores a su izquierda, y sobre todo a la gente, toda aquella gente que parecía tan segura de su meta.

«Falta algo», pensó el viejo policía, «faltan los soldados. Con tanta gente, que en el lugar de encuentro será una verdadera multitud, debería haber un servicio de

vigilancia. En Tiberíades hay una gran guarnición, y el edificio que veo delante, a la entrada de aquella aldea que debe de ser Magdala, es ciertamente un cuartel, y sin embargo no he visto por ahí a un solo legionario. Es evidente que se ha dado la orden de no intervenir, mejor dicho, de no mostrarse siquiera. El plan de Pilatos, evidentemente».

Las previsiones del hombre con el niño a cuestas eran acertadas, probablemente hubieran sido solo tres horas de camino, si el hecho de que se congregara allí tal multitud no demorara inevitablemente el paso. Era ya la hora de quinta, y el sol de mediados de otoño pegaba de lo lindo, aunque nadie parecía hacerle caso, cuando Adunco vio que la gente abandonaba la calle y se dirigía a la izquierda, hacia pequeñas colinas a cuyo pie había detenidas cientos de personas, quizá miles, procedentes también de la dirección opuesta. Estaban inmersas en la atmósfera de cantos y risas que ya había conocido como habitual en aquella extraña circunstancia, y constituían un espectáculo impresionante en el que sus ojos expertos comenzaron en seguida a buscar las señales de posible peligro.

Hubo un repentino y unánime agitarse de brazos y un inmenso grito coral, y vio que en la colina que tenía delante, desnuda de vegetación excepto por algunas palmeras, estaban subiendo con calma tres o cuatro mujeres y una docena de hombres. Mientras pasaban, la gente gritaba palabras que Adunco no conseguía distinguir. Muchas manos se tendían para tocarles, buscaban sobre todo a un hombre de unos cuarenta años que se defendía sonriendo, y todos gritaban un nombre que Adunco dijo para sí aun antes de comprenderlo:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

También sus compañeros, que trataban de protegerlo, gritaban a más no poder para invitar a todos a la calma, para que le dejaran pasar y no trataran de cogerle los faldones de la túnica. Finalmente, el grupito consiguió abrirse paso y alcanzar la cima de la colina, donde permaneció solo un breve espacio vacío entre ellos y las primeras filas de la multitud. Se sentaron en el suelo, todos menos Jesús, que permaneció de pie, siempre sonriendo, e intercambiando evidentemente unas palabras con los más próximos a él. De vez en cuando, algún niño salía corriendo de entre la multitud y se abrazaba a sus piernas, luego escapaba dando gritos de alegría.

Poco a poco, también la gente comenzó a sentarse por el suelo, apoyándose en él con las manos para vencer la inclinación, y Adunco, habituado a evaluar a simple vista las concentraciones de gente en la capital del Imperio, estableció que había verdaderamente unos cuatro mil, o quizá cinco mil. Cubrían enteramente la colina, laderas abajo y también al fondo, túnicas sin mangas y ligeras capas, grandes manchas blancas de los pañuelos que protegían del sol las cabezas de los hombres, grandes manchas de color de los pañuelos de las mujeres, algún punto negro de cabezas descubiertas, la inquieta movilidad de cabezas infantiles, el progresivo aquietarse de todos en espera de algo. Jesús miraba y sonreía.

Entonces Adunco percibió el peligro. Con la mano derecha se aseguró de que el

puñal estuviera en la funda y dispuesto a deslizarse, mientras volvía lentamente la cabeza en busca de lo que había hecho reaccionar a su instinto. Vio a un joven que por las facciones y el color atezado habría podido pasar por hebreo de no haber sido delatado por el pelo rubio, y se percató de haber sido visto, pero presintió que el peligro no venía de allí. Siguió la mirada del otro y llegó a un hombre de baja estatura, de rasgos griegos, que también le miraba, y cada uno de los dos supo que aquel era su adversario, pero justo en aquel momento la atención de ambos se vio distraída por la hermosa voz estentórea del hombre que destacaba en lo alto de la colina, quien, tras un silencio ya absoluto, había comenzado a hablar.

—¡Bienaventurados los pobres, porque de ellos será el reino de los Cielos!

Capítulo XV

—¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados!

Desde lo alto de la colina Jesús continuaba lanzando sus exhortaciones, y a cada una de ellas la muchedumbre levantaba los brazos al cielo y daba un gran grito. El espectáculo de aquel hombre, con los cabellos lisos y largos hasta los hombros y con las grandes manos de trabajador extendidas hacia los presentes, tenía algo de hipnótico que sedujo también a Adunco, haciéndole olvidar por un instante el peligro. Pero solo por un instante: echó una rápida ojeada hacia el lugar en el que había visto a aquel hombre canijo, que evidentemente hacía su mismo oficio pero para otro amo, pero no lo encontró y entonces se desplazó inmediatamente unos pasos para apoyar la espalda contra un árbol, con la mano en el mango del puñal.

—¡Bienaventurados los que ahora lloran, porque reirán! —llegó la voz de Jesús.

Habrá que ver cuándo, se dijo Adunco, y una voz irónica a su lado le repitió, como un eco, el pensamiento en su mismo latín:

—Habrá que ver cuándo.

La sensación de peligro se disolvió, pero la mano permaneció en el puñal.

—¿Pilatos? —preguntó el viejo comisario.

—¿Tiberio? —dijo el otro por toda respuesta, y ni tan siquiera se tomaron la molestia de confirmarlo.

—¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra!

La voz estentórea de Jesús sacudía de nuevo a la muchedumbre, que respondía con gritos de euforia. Apenas se sentaban, llegaba una nueva exhortación desde la cima de la colina:

—¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia! ¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios! ¡Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios!

—Llámales como quieras —dijo la misma voz—, con tal de que hagan estar tranquila a esta gente. ¿Puedo saber tu nombre?

—Lucio Valerio.

El pequeño griego miró la nariz de su interlocutor y no pudo contener una exclamación:

—¿No serás Adunco, el jefe de la policía de Roma?

—Retirado —respondió el otro—, pero lamentablemente, como puedes ver, todavía de servicio.

—Yo —dijo el griego— me llamo Afranio, pero no hay razón para que me conozcas: aquí estamos en provincias, condenados al anonimato.

Ante el sonido un tanto quejumbroso de aquella voz, que lamentaba la inmerecida oscuridad de su destino, Adunco se decidió a quitar la mano del puñal: su adversario, al menos por ahora, no sería peligroso, quizás incluso podrían trabajar juntos.

Los hosannas de la muchedumbre se aplacaron, y en seguida la voz de Jesús llenó el precario silencio:

—¡Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los Cielos! ¡Bienaventurados seréis cuando os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa! ¡Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa!

—¿Tienes algo que ver en esto? —preguntó Adunco.

—Para nada —respondió el hombre de Pilatos—, es todo de su cosecha. ¿Qué piensas tú?

El otro se encogió de hombros.

—Casi no puedo creérmelo.

—¡Pero, ay de vosotros, los ricos!

Tras esta nueva exhortación de Jesús, surgió de entre la multitud un tremendo rugido, y el viejo policía hizo una mueca.

—Era demasiado bonito para ser cierto —dijo.

—Espera —aconsejó Afranio sonriendo—, que no ha terminado.

—¡Ay de vosotros —prosiguió Jesús cuando el grito se apagó—, porque habéis recibido vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros los que ahora estáis saciados, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!

—Si no he comprendido mal la situación —dijo Adunco—, imagino que esto va dirigido a los saduceos.

Así es. Y, sin embargo, como todos los ricos, prefieren pasárselo bien en este mundo a preocuparse del otro.

Ahora la gente estaba toda de pie y gritaba con el rostro congestionado, los hombres con las manos cerradas en un puño, las mujeres con las palmas abiertas. Los niños chillaban con sus vocecitas agudas o estaban pasmados, con los ojos como platos, y algunos de los más pequeños lloraban espantados abrazados a las piernas de sus padres. También el grupo en lo alto de la colina estaba de pie detrás de Jesús, y Adunco pudo contar con exactitud a doce hombres y cuatro mujeres.

—¿Sabemos quiénes son? —preguntó, y al oído del otro aquel plural sonó lisonjero: eran colegas, trabajaban juntos.

—Todos —dijo con satisfecha sencillez—, los conocemos a todos.

El hombre anciano se volvió para mirarle:

—¿Y alguno de ellos es vuestro…?

Afranio asintió, con una sonrisa orgullosa, y se disponía a decir un nombre cuando el estruendo de la multitud se redujo a una gran respiración y se alzó de nuevo la voz de Jesús.

—Habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: no os resistáis al malvado, y si alguno abofetea vuestra mejilla derecha, ofrecedle también la otra; y al que quiera litigar con vosotros para quitaros la túnica, dejadle también el manto, y si alguno os obligara a acompañarle una milla, id con él durante dos.

Se alzó un murmullo incierto, porque aquella norma —por la que cualquier romano podía pedirle a cualquier judío que le llevara el equipaje a lo largo de una milla— era una de las más humillantes del estatuto de ocupación, pero la voz del predicador alzó de nuevo su tono y se impuso:

—Habéis oído que fue dicho: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los Cielos, que hace salir el sol sobre los malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos.

Finalmente, al cabo de un rato del que también Adunco había perdido toda noción, la gente comenzó a dispersarse. Los dos espías se quedaron viendo desfilar a aquellos miles de personas, en cuyos rostros se dibujaba todavía una sonrisa en la que era perfectamente visible un sentimiento de paz y de felicidad; luego, sin necesidad de consultarse, echaron a andar para alcanzar al grupo que permanecía en el séquito de Jesús. Aquel incluía a otros gentiles, de modo que no llamarían la atención.

Se dirigieron todos hacia Cafarnaún, de nuevo entre la gente que volvía hacia el norte o hacia las aldeas de la costa opuesta del mar de Galilea. Adunco y Afranio se quedaron voluntariamente rezagados, pero también allí podían oír los comentarios entusiastas de los discípulos de Jesús en aquella jornada memorable. A veces ellos mismos se veían envueltos en la conversación, y el hispano pudo admirar el perfecto dominio que su nuevo compañero tenía del arameo, con el que vino varias veces en su ayuda. Pero comenzó a hacerse de noche, y el cansancio a dejarse sentir, y poco a poco las voces de los caminantes se debilitaron y se apagaron: cada uno meditaba sobre lo que había oído, sacaba conclusiones, se hacía propósitos.

Los dos policías aprovecharon la situación para estrechar lazos y analizar los hechos. Adunco dio las gracias a Afranio por la deferencia que este le demostraba, pero no dudó en decirle:

—Es verdad, he desempeñado en Roma una posición importante, y tengo una experiencia, por desgracia, bastante larga, pero aquí en Judea el experto eres tú. Tu ayuda me sería inestimable, y creo que nuestro trabajo en común beneficiaría tanto a Tiberio como a Pilatos.

El pequeño griego se detuvo un momento y luego dijo:

—Mucho me temo que haya problemas.

—¿Sejano?

—Él precisamente.

Adunco se encogió de hombros.

—No en este caso. Pilatos no se lo dirá.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello? —preguntó Afranio asombrado—. ¿Tan bien conoces al prefecto?

—De una u otra manera —explicó Adunco—, Tiberio recibe en Capri una copia de todos los informes que llegan a Roma. Si Pilatos revelase a Sejano mi presencia, que oficialmente es secreta, Tiberio pensaría que el prefecto de Judea ha querido

actuar contra el emperador.

—Pero Pilatos bien podría escribir directamente a Tiberio.

—Y entonces el emperador pensaría que lo había hecho para que la noticia llegase a Sejano, pues también él recibe una copia de todo.

—Y si Sejano llegase a… —comenzó diciendo el pequeño griego, pero dejó la frase en suspenso.

—Entonces —dijo Adunco captando el resto sin dificultad—, el prefecto de Judea caería en desgracia ante el nuevo emperador, por no haberle informado. Con toda justicia, me atrevería a añadir, en vista de que le debe tanto. Pero no sucederá, Afranio: el prefecto del pretorio no conseguirá convertirse en emperador.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello?

De nuevo Adunco se encogió de hombros, en el gesto de indiferencia que era habitual en él.

—Ni siquiera ha conseguido matarme a mí —dijo—, a pesar de que lo intentó varias veces.

En Cafarnaún el grupo se había reducido ya a los discípulos de Jesús, que normalmente dormían al raso porque su número había aumentado tanto que en las casas de la aldea no había sitio para hospedarles a todos. Afranio tocó el codo de Adunco para conducirle hacia un patio que, le dijo, pertenecía a Leví Mateo:

—Es uno de los doce —explicó— que Jesús ha elegido como sus enviados. Apóstoles, diríamos nosotros los griegos.

También en aquel patio se estaban acomodando para la noche algunos discípulos, y Adunco no se asombró cuando uno de ellos, de piel oscura pero de pelo rubio, se acercó a ellos e intercambió con Afranio alguna palabra que él no comprendió. Sin embargo, en cuanto se alejó, el griego explicó al hispano:

—Hablábamos hebreo, por prudencia. Por extraño que pueda parecer, es una lengua que ahora ya muy pocos judíos hablan.

—¿Tienes a otros hombres por aquí?

—A algunos otros —admitió Afranio—, pero aumentaré su número. Deben observar todo cuanto sucede, hacer de mediadores con nuestro apóstol, y estar atentos para que a los zelotas no se les ocurra cortar este mensaje de paz con una buena puñalada.

—Son nuestros más acérrimos adversarios, ¿no es así?

—No solo nuestros, sino también de cualquier judío que no piense como ellos. Vistos sus anteriores fracasos en la rebelión abierta, los zelotas han desarrollado un método de lucha que consiste en dar muerte a sus enemigos de uno en uno. Esperan a que se presente la oportunidad de acercarle a un lugar poblado de gente, le clavan un cuchillo en el estómago y desaparecen antes incluso de que la gente de alrededor se haya dado cuenta de lo sucedido. Por eso los llaman sicarios, a partir del nombre latino del puñal. Y uno de los doce apóstoles, un tal Judas que es oriundo de Cariot, una aldea al sur de Hebrón, es un zelota.

Los dos hombres se alejaron de la casa de Leví Mateo y se adentraron por los callejones. Llegaron ante un grupo de casas, reagrupadas como de costumbre en torno a un patio trasero, del que llegaban los sonidos de una alegre conversación a muchas voces, masculinas y femeninas.

Aquella —dijo Afranio señalando con el dedo— es la casa de José, uno de los hermanos de Jesús. Ahora vive en ella toda la familia, aunque en realidad la mayor parte del tiempo Jesús y otros dos hermanos suyos, Santiago y Simón, andan por Galilea difundiendo la buena nueva, y a veces va con ellos también su madre.

—¿Por qué ha aceptado Jesús tener cerca de sí a ese Judas de Cariot?

—No habría podido actuar de otro modo. Judas es un hombre de Menajén, el jefe de los zelotas, y rechazar su presencia, que obviamente supone su control, significaría una puñalada directa. Mejor aceptarlo, y quién sabe, a lo mejor convertirle a esta nueva causa. Por otra parte, no hay que olvidar que aquí todos tienen o han tenido que ver con los zelotas, no hay familia que no cuente con uno de ellos, empezando por la de Jesús. Sabrás que su padre y Judas de Gamala…

—Lo sé —le interrumpió Afranio— y me parece que no será tan fácil proteger a nuestro hombre de estos energúmenos. Pero si le matasen sería una verdadera lástima.

Afranio se detuvo, obligando al otro a hacer otro tanto, y le miró de frente:

—¿También tú piensas que la idea de Caifás es buena, que puede funcionar?

—¿Buena? Me parece fantástica. Dime tú qué otra cosa mejor puede desear, un gobernante, si no un hombre con gran ascendiente que recomienda al pueblo que esté tranquilo y tenga paciencia, porque los abusos sufridos le serán resarcidos en el más allá; o pagar tranquilamente los tributos, por exorbitantes que estos sean, porque en el Hades, o como se llame en hebreo, la pobreza se transformará en riqueza. Necesitaríamos un par así en Roma, y otros que mandar a Hispania, a la Galia o a Germania.

Habituado a no hacer ruido, Afranio emitió una risita ligera que se perdió en la noche.

Pero Adunco no había terminado.

—Que luego funcione —dijo—, está por ver. Mucho me temo que existan otros intereses, aparte de los de los zelotas, que se opongan a esta operación. Pero nosotros, Afranio, haremos lo posible para que tenga éxito. ¿Dónde vamos a dormir?

—Al raso también nosotros, y con riesgo de que llueva —dijo el pequeño griego mirando el cielo estriado de nubes—, a menos que…

Y apuntó un dedo hacia un recinto en el que, bajo la parte cubierta por una techumbre, dormían un par de vacas. Quitaron a los animales un poco de paja, luego extendieron encima de aquella yacija improvisada sus capas, y se envolvieron en ellas. Poco después, comenzó a caer una lluvia que golpeteaba con suavidad sobre el tejado de madera sin molestar ni a vacas ni a hombres. Duró poco, y cuando cesó los dos policías estaban aún despiertos.

—¿Qué hará ahora? —preguntó Adunco.

—Tendrá que ir a Jerusalén —respondió el pequeño griego—, al encuentro del peligro. Aquí en Galilea, entre los suyos, está relativamente seguro, pero la predicación de su buena nueva, evangelio, diríamos los griegos, no puede limitarse a esta parte de Palestina, y sobre todo no puede excluir la capital y su Templo. Para los judíos se trata del centro de toda su vida espiritual, que además constituye un todo con su historia y su política, y un salmo suyo afirma: «Vale más de mil, un día pasado en tus atrios, y prefiero estar en la entrada de la casa de mi Dios, que vivir en las tiendas del impío».

—¿No podríamos tratar de retenerle, al menos por un tiempo?

—Por un tiempo, sin duda, pero luego tendrá que partir. Tienes que comprender que no puede faltar a una cita semejante, pues acabaría perdiendo la confianza de todos cuantos hoy le ensalzan y así también nuestro plan fracasaría. Pero en Jerusalén le esperan doctores de la Ley mucho más versados que los que ha encontrado hasta ahora, y muchos saduceos más miopes que Caifás que no querrán oír nada contra sus privilegios, y muchos fariseos que juzgarán poco ortodoxa su doctrina, sin hablar de los zelotas, que pueden aprovechar el anonimato de la multitud que siempre llena el Templo para clavarle sus puñales. En resumen, llegarán entonces los momentos más difíciles; para él y para nosotros.

—Recuerdo —dijo Adunco— que cuando pasé por Jerusalén, hace casi treinta años, la construcción del Templo se había iniciado ya unos veinte años atrás, pero estaba muy lejos de su conclusión, y sin embargo ya entonces se trataba de un edificio imponente, y me han contado que ahora es una obra enorme, magnífica.

—Aún no está terminada —dijo Afranio—, pero es cierto que es magnífica, como todo lo que construyó Herodes el Grande. Por otra parte —continuó el pequeño griego con un orgullo mitigado por la autoironía—, no hay que olvidar que ese vulgar granuja tenía unos refinados gustos helénicos.

Y luego, tras ponerse de nuevo serio, añadió:

—Pero te lo repito, Adunco, no se trata solo de un templo, por más magnífico que este sea: para los judíos es también lo que para los romanos son el foro y el tribunal, o una escuela para nosotros los griegos. Allí discuten sus causas y debaten sus sofismas religiosos, y es también el símbolo de lo que queda de su libertad, porque Roma, en su magnanimidad en materia de creencias, ha concedido que solo los hebreos puedan entrar en él.

—¿Quieres decir que tú y yo no podremos, ni en caso de necesidad?

Afranio negó con la cabeza.

—Podremos llegar hasta un cierto punto —respondió—, pero no más allá, y no puede jugarse con el equívoco porque en ese punto hay un bloque de mármol con una inscripción en griego y en latín que prohíbe el paso a los gentiles. El cuerpo de guardia está compuesto por soldados judíos, cuyo capitán ordena la apertura y el cierre de las puertas y puede impedir la entrada a cualquiera, incluso a un judío con

los zapatos sucios o considerado impuro.

En la oscuridad, se oyó el suspiro de Adunco.

—Me iré de aquí sin haber comprendido nada —dijo. Y acto seguido añadió—: Si es que consigo partir.

Afranio rio.

—Para conseguirlo —dijo—, te recuerdo que no debes entrar en el Templo de Jerusalén. Las transgresiones son castigadas con la pena de muerte, y el hecho de ser *civis romanus* no te serviría para evitar el castigo.

Capítulo XVI

Llegaba ya el pleno invierno, cuando en las orillas del mar de Galilea los días son aún casi siempre soleados, pero empiezan a hacerse más frescos. Hacía poco que el alba había aclarado el cielo cuando Jesús salió de casa de su hermano José y se dirigió hacia la de Andrés y Simón Pedro. El afecto que sentía por el primero, desde los tiempos de su común experiencia con los esenios, estaba vivo como siempre, pero en el mayor de los dos hermanos, de más edad que él en algunos años, había encontrado el apoyo de una mayor experiencia que siempre, había tenido ocasión ya de comprobarlo, resulta útil cuando se trata de poner un freno al entusiasmo de tantos jóvenes.

Era una pequeña distancia, pero no había cubierto la mitad cuando Judas se le acercó. Jesús le miró con una sonrisa.

—Me eres más fiel que mi sombra —dijo.

El hombre de Cariot asintió, sonriendo también él.

—Sin embargo, al contrario de lo que ocurre con tu sombra —dijo—, no conseguirás perderme ni siquiera en la noche más oscura.

Los dos hombres avanzaron juntos, y se fueron hasta el lago porque la mujer de Pedro les había dicho que los dos hermanos habían ido ya a preparar las barcas para la pesca. Encontraron a un grupo formado también por Felipe, Tomás, Simón el Zelota y otros discípulos, unos en las barcas, otros aún en la orilla y los demás con las piernas dentro del agua, pero todos abandonaron las redes cuando vieron llegar a Jesús y fueron a su encuentro.

Había corrido la voz de la reunión, y pronto comenzaron a llegar los otros generales y soldados de aquel pequeño ejército. Al cabo de pocos minutos, un centenar de personas se había reunido en torno a Jesús. Con Leví Mateo en primera fila dispuesto como siempre a tomar nota en la tablilla encerada.

—Creo que ha llegado la hora de separarnos.

A estas palabras de Jesús siguió un momento de profundo silencio, y enseguida un coro de gritos de protesta. Pero el Nazareo, riendo, hizo un gesto con la mano.

—Tranquilos —dijo—, solo quería decir que ha llegado el momento de que os pongáis a prueba. En estos meses, con la ayuda de Andrés, os he enseñado cuanto aprendí de los maestros esenios en el arte de curar y de expulsar a los demonios, y día a día, mientras le hablaba a la gente, habéis podido escuchar mis ideas. Ahora ha llegado la hora de poner en práctica todas estas enseñanzas, de probar que cada uno de vosotros puede hacer lo que me ha visto hacer a mí en el tiempo que hemos pasado juntos.

Algunos de ellos mostraron su inquietud por la nueva experiencia, pero la mayor parte acogió la propuesta con entusiasmo. De la pequeña multitud partían gritos de alegría y preguntas de aclaración que demandaban nuevas instrucciones:

—¿Adónde iremos? ¿Cada uno irá por su cuenta? ¿O en pequeños grupos?

—Iréis de dos en dos —dijo Jesús—, y os dirigiréis a todas las ciudades de Galilea, de Samaria y de Perea. Curaréis a los enfermos, purificaréis a los leprosos y expulsaréis los demonios de los poseídos, pero no pediréis una compensación por ello y tampoco llevaréis dinero con vosotros, ni pan, ni una túnica de muda, sino solo un cayado para apoyaros en el camino y un par de buenas sandalias. En todas partes donde entréis, decid en el umbral: «¡La paz sea en esta casa!». Pero si alguna ciudad no quiere recibiros, sacudid su polvo de vuestro calzado, y advertid a los habitantes de que el reino de Dios se acerca y que en ese día su ciudad podría ser tratada con mayor rigor que Sodoma. Esto deberéis predicar durante todo el viaje: que el reino de Dios se acerca, que hagan penitencia para tener derecho a entrar en él.

Con gran alegría, llenos de fervor, los discípulos ya comenzaban a formar parejas y a establecer sus itinerarios, pero la hermosa voz de Jesús los detuvo:

—¡Esperad —gritó—, escuchadme de nuevo!

Y cuando el grupo hubo recobrado la tranquilidad, les advirtió:

—Vuestro entusiasmo me hace feliz, pero no quiero que partáis a la ligera y sin pensar, desconocedores de los peligros a cuyo encuentro os dirigís. No creáis que todo ha sido ya hecho, que todos han sido ya conquistados por nuestras ideas. En realidad, os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas, de modo que no puedan acusaros de perseguir fines distintos a los que declaráis. Y recordad: vuestros adversarios más difíciles no serán los paganos, que no creen, o los samaritanos, que creen a medias, sino los propios judíos, aquellos que han olvidado el verdadero espíritu de la Ley, las ovejas descarriadas de la casa de Israel.

Con mayor calma, con ponderación, comenzaron a contar cuántos eran y a dividirse. Jesús retuvo consigo a una docena de discípulos, que no consideraba aún lo bastante expertos en el arte de curar, y envió a setenta y dos a predicar. Pero quedaron con él también dos apóstoles.

—No parece que tu sombra esté dispuesta a abandonarte —dijo Judas señalando con un dedo el perfil que el sol proyectaba a la espalda de Jesús—, de modo que no puedo ciertamente hacerlo yo.

Y Leví Mateo, mostrando su tablilla, farfulló algo sobre la necesidad de no perderse una sola palabra del Nazareo. Pero animó a uno de los discípulos que dormían en el patio de su casa, y Jesús lo aprobó, a intentar la difícil empresa de llegar hasta Cesarea marítima: allí donde los judíos, por la proximidad de los dominadores romanos, estaban más expuestos a la tentación de desviarse del recto camino.

Volvieron a mediados de mes de Kislev, cuando ya el cielo de Galilea descargaba casi cada noche un chaparrón. Con sus óleos balsámicos y sus infusiones habían curado a muchos enfermos, con sus manos habían serenado los espasmos de muchos epilépticos, y sobre todo, con sus exorcismos habían liberado a decenas de poseídos expulsando de sus cuerpos legiones de demonios.

En los días de su regreso, Cafarnaún resonó de relatos maravillosos, en los que los éxitos obtenidos iban acompañados de la incredulidad de los propios autores ante una cosecha casi milagrosa. Jesús escuchaba sonriendo, y Leví Mateo, sonriendo, tomaba notas, pero su estilo se detuvo a media altura cuando Judas de Cariot, también con una sonrisa en los labios, dijo:

—¿Y a qué esperamos, ahora, para ir a Jerusalén?

Un murmullo recorrió el aire, se hizo poderoso y estalló en un grito:

—¡A Jerusalén! ¡A Jerusalén! —gritaban los jóvenes discípulos, inflamados por la certeza de añadir penitencias a las penitencias, gloria a la gloria, pero también gritaban muchos de los apóstoles, y gritaban los hermanos de Jesús.

Precisamente este último parecía, sin embargo, menos entusiasta que los demás, y miraba pensativo a aquel ejército ansioso de combatir. A su lado, no menos pensativos o evidentemente preocupados, estaban Pedro y Leví Mateo.

Se encontraban, como siempre cuando se reunían en las orillas del lago, en una vasta explanada donde la sombra de las palmeras alcanzaba incluso a los guijarros bañados por las olas. El sol de invierno, después de la breve lluvia, refulgía con más brillo en las gotas que pendían de las ramas, y todo en la naturaleza era tan luminoso, todo estaba tan quieto, que los gritos de los hombres que llamaban a Jerusalén parecían una trasgresión.

Jesús suspiró y dijo:

—¿Quién de vosotros, si quiere edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos para comprobar si tiene suficiente para terminarla? No sea que hechos los cimientos y no pudiendo acabarla, todos cuantos le vean comiencen a burlarse de él.

Un murmullo incierto acogió sus palabras. ¿Significaban realmente lo que parecían significar? ¿Realmente invitaban a la prudencia, o a postergar el viaje a Jerusalén? Los discípulos dudaban, pero de nuevo se oyó la voz de Judas, hijo de Simón, el hombre de Cariot.

—Y sin embargo —dijo mirando a Jesús directamente a los ojos—, es allí donde hay que mostrar lo que se ha hecho hasta ahora, porque allí viven aquellos que aún no conocen tu mensaje de paz y de sumisión, y porque solo allí puede despejarse la duda de los que lo conocen. Jerusalén significa ciudad de paz, pero para conquistarla y conquistar el reino de los Cielos es necesaria una guerra, aunque sea llevada, más que con la violencia, con tu nueva estrategia.

También Jesús tenía la mirada fija en los ojos de Judas cuando respondió:

—¿Y qué rey, al salir de campaña para guerrear contra otro rey, no considera primero y delibera si puede hacer frente con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil?

Surgieron aquí y allá, en el grupo, algunas breves discusiones, pero sin nervio: era evidente que la actitud cauta de Jesús había desconcertado a casi todos y desilusionado a muchos, pero el respeto que sentían por él impedía un enfrentamiento directo. La reunión se disolvió, y cada uno se fue tristemente a sus quehaceres.

Jesús, con expresión triste, volvió a casa y se sentó con la cabeza entre las manos a la mesa en que comía la familia. María, que junto con su nuera estaba cosiendo sentada al lado de la ventana, no alzó los ojos de su labor, pero al cabo de algunos minutos de silencio dijo:

—Esa mesa la construyó tu padre, José, hace de ello ahora casi cuarenta años.

—Lo sé —dijo Jesús distraídamente—, ya me lo contaste.

María pasó por alto la interrupción.

—La hizo tan grande —dijo— porque, aunque tú no habías nacido aún, él ya pensaba en una gran familia que estuviera unida en la paz. Luego alguien le convenció de que el camino acertado era el de la guerra, y él combatió valientemente por la idea en la que creía y entregó su vida por ella.

Ante los ojos de Jesús pasó la imagen horrenda de su padre crucificado, con los pies clavados a ambos lados del madero de olivo, los brazos asegurados rudamente en la traviesa con una cuerda y las piernas rotas a gol pes de bastón, porque los soldados romanos, en medio de aquel bosque de crucificados, no tenían tiempo de asegurarse de que el condenado muriera antes de la noche y no querían correr ningún riesgo de fuga. Volvió a ver el rostro de su padre contraído por la agonía y por el jadeo que la prolongaba. Volvió a ver a su madre postrada de rodillas a los pies de la cruz con la cabeza inclinada, incapaz de soportar la visión de tanto dolor, temiendo y anhelando que aquel estertor terminase, que la vida de él terminase, que su amor terminase, que todo terminase. Volvió a verse a sí mismo, sus manos que a la luz de la luna se alzaban para sostener el cuerpo, finalmente exánime, mientras su madre desataba las cuerdas, para terminar los tres en el suelo en el último abrazo de sus vidas terrenas. ¡Guerra, guerra! Había gritado en aquel momento su corazón. ¡Guerra! ¡Venganza! ¡Libertad! ¡Justicia! Pero poco a poco, muy lentamente, algo había cambiado: ahora el recuerdo de aquel pobre cuerpo exánime que oprimía el suyo y el de su madre contra el suelo le hacía desear únicamente la paz.

—Combatió valientemente —repitió la voz de María— por la idea en la que creía. No importa cuál fuera.

Jesús alzó la cabeza y miró a su madre.

—Pero yo —dijo duramente— no estoy aún preparado.

María asintió.

—Tienes razón —replicó—, cuando lo estés.

Entraron Santiago y Simón, y detrás de ellos Pedro, Andrés y Leví Mateo. Se sentaron también en torno a la mesa esperando que Jesús dijera algo, pero él se limitó a preguntar qué pensaban de ello.

—Tienes tú razón —dijo en seguida el publicano—, todavía no ha llegado el momento. En Jerusalén no te conocen aún, solo han oído rumores que hablan de un galileo que hace milagros y anuncia el reino de Dios. Probablemente la gente corriente te escucharía, pero para los saduceos y filisteos tú eres un agitador, y si llegas sin tener la fuerza de una fama consolidada no te concederán siquiera tiempo

para hablar. No quieren que se repita el caso de Juan el Bautista.

Jesús asintió.

—El riesgo existe, no cabe duda, y tal es el motivo que ha empujado a Judas a hablar. Los zelotas son contrarios a lo que predico, pero matándome se ganarían las críticas de mucha gente. Prefieren que me hagan callar los saduceos y los gentiles.

Santiago y Simón guardaban silencio, pero parecían incómodos. Solo se decidieron a hablar cuando el hermano mayor les invitó expresamente a hacerlo.

—Es cierto —dijo Santiago—, ahora los zelotas no te quieren, y Menajén incluso te odia. Pero no hay que olvidar que durante muchos años hemos dicho y pensado las mismas cosas, incluso hemos compartido la cárcel, y que Judas, nuestro hermano, en este momento está en el desierto con ellos.

—Entonces —preguntó Jesús—, ¿qué aconsejáis?

—Parte y ve a Judea —dijo Simón— para que también allí vean las obras que llevas a cabo y se conviertan en discípulos tuyos. Para darse a conocer no hay que actuar en secreto. Tú eres capaz de hacer estas cosas milagrosas, muéstralas a todo el mundo.

Siguió un silencio tan penoso que los dos hermanos se levantaron y se fueron. Entonces, Jesús preguntó a los otros tres:

—¿Y vosotros?

Mateo sacudió la cabeza: su parecer seguía siendo decididamente contrario. Andrés trataba de sopesar los pros y los contras:

—Llegado a este punto —dijo—, Juan el Sacerdote habrá hablado ciertamente con mucha gente importante, te habrá preparado el camino. Si fuese solo un pequeño grupo, sin exponerse demasiado…

Pero también Pedro se mostraba totalmente opuesto a esta aventura.

—¡Los ancianos, los grandes sacerdotes y los escribas harían cualquier cosa con tal de eliminarte, y esto no debe suceder en absoluto!

Jesús permaneció un momento meditando, y cuando habló parecía que se dirigiera más a sí mismo que a los otros.

—Y sin embargo —dijo—, Judas no anda equivocado del todo, y tampoco mis hermanos. Tendré que entrar en ese nido de víboras, antes o después, porque la idea en la que creo…

Lanzó una mirada hacia María, que todo aquel rato se había quedado en silencio cosiendo, y le pareció que sonreía. Entonces sonrió también él y dijo:

—Hemos de partir deprisa, si queremos estar en Jerusalén para la fiesta de las Luces.

Capítulo XVII

—Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y ciervas del campo, para que no despertéis ni inquietéis a mi amada hasta que a ella le plazca.

El canto, acompañado por una cítara, se había elevado de improviso procedente de algún rincón de palacio, y los cuatro hombres acostumbrados al poder y a la crueldad guardaron silencio para escuchar. Dos de ellos, Pilatos y Adunco, no comprendían el hebreo, pero la melodía y el tono emocionado de aquella voz eran suficientes para atraerles, y uno de ellos, Pilatos, palideció cuando Afranio le tradujo al griego las palabras. Su mirada se deslizó hasta la puerta más allá de la cual Claudia yacía sin fuerzas. Los remedios del médico griego no le proporcionaban alivio alguno, y otros médicos no habían sabido sugerir otros remedios: ahora se pasaba los días guardando cama sin casi tomar alimento o bebida, cada vez más exangüe y fantasmal, cada vez más distante, cada vez más bella.

—Es un cántico hermosísimo —dijo Herodes— y tu cantor tiene una voz espléndida.

El prefecto hizo un gesto de negación.

—No es mi cantor —dijo—, ni siquiera sé quién es ni de dónde viene, y ciertamente no le he autorizado yo a cantar.

Hizo una indicación con una mano y un centinela salió silenciosamente de la estancia, y al cabo de unos minutos el canto cesó.

—Lástima, es de veras un canto hermosísimo —repitió Herodes—. Continúa así, me parece: «Como lirio entre los cardos es mi amada entre las doncellas».

Afranio se disponía a decir algo, pero Caifás, al que los centinelas estaban en ese instante presentando armas, se le adelantó desde el umbral:

—Te equivocas, tetrarca, pues continúa con: «¡Levántate ya, amada mía, hermosa mía, y ven a mi lado!».

Al oír aquellas palabras de amor, que le recordaban el fracaso del suyo, Pilatos sintió que aumentaba dentro de él todo el odio que sentía por aquella gente, acrecentado por la imposibilidad de un desquite cualquiera. ¡Amor! ¡Paz! El Imperio quería paz. Tiberio quería paz. Incluso Sejano quería paz. ¿Es que no llegaría nunca el tiempo de la venganza?

Con la mano vendada, que ya le dolía, hizo un gesto de saludo vago y poco respetuoso al sumo sacerdote.

—Has llegado tarde, Caifás. En otro tiempo, cuando mi llamada iba acompañada de una amenaza de ejecuciones, eras más diligente en responder a ella.

El hombre vestido de negro inclinó la cabeza, en un amanerado signo de respeto que enmascaraba a duras penas un rencor tan intenso casi como el de Pilatos.

—Te pido perdón, prefecto, pero te aseguro que he venido lo más deprisa posible. Me dieron tu mensaje cuando estaba ultimando los preparativos para la fiesta de la Dedicación del Templo, y no podía dejar todo sin despertar sospechas en los otros

miembros de la comunidad.

En realidad, para estar allí al final de la mañana el sacerdote se había visto obligado a viajar toda la noche: se le notaba en el rostro el cansancio, y las cortinillas del carruaje no habían podido evitar que el polvo del camino le ensuciase la larga barba negra. Se dejó caer en un asiento al lado de Herodes, dirigiendo al mismo tiempo una señal de saludo a Afranio, y solo entonces se dio cuenta de que estaba presente también un desconocido. Miró a Pilatos con expresión interrogativa.

—Un amigo venido de Roma —respondió el prefecto usando la misma fórmula que ya había empleado con el tetrarca—. Y aparte de un amigo —continuó—, un experto en situaciones difíciles, cuyo consejo nos será sin duda muy útil.

Adunco hizo con la cabeza un signo de agradecimiento por la presentación, y Caifás se encogió de hombros: que mandaran todos los espías que quisieran, por una vez estaban del mismo bando. Y si además era de veras un experto, mejor aún: el plan era prometedor, pero la situación no tenía nada de fácil, como demostraba la convocatoria del prefecto.

Entró un esclavo trayendo refrescos y fruta, de la que se aprovechó sobre todo Caifás. Los otros esperaron a que el sacerdote se hubiera quedado satisfecho, ante la mirada impaciente que el prefecto le echaba de vez en cuando interrumpiendo la lectura de algunos documentos. Herodes, dando por descontado que aquel romano debía de ser persona importante, pedía a Adunco noticias de la capital y sobre la salud de Tiberio, por quien, le recordaba al huésped con el ruego de que se lo recordara a Tiberio, sentía tanta gratitud y devoción que le había dedicado la ciudad en la que había establecido su residencia. Adunco respondía con vaguedades, pensando en los detalles picantes que estaría en condiciones de revelarle sobre la estancia romana de su adorada mujer Herodíades cuando aún era la mujer de su hermanastro Filipo. Afranio, en cambio, había cogido de la faltriquera un collarcito de cuentas de ámbar que hacía pasar mecánicamente entre los dedos, en un ejercicio que evidentemente le propiciaba la meditación.

Cuando le pareció que el sacerdote había comido y bebido lo suficiente, Pilatos echó sobre la mesa sus legajos y resopló:

—Y ahora, Caifás, hablemos de ese Jesús tuyo.

Al oír mencionar aquel nombre, Antipas dio un salto.

—¡Cómo, Jesús! ¿Te refieres a Jesús de Gamala, Jesús el Galileo? ¿Mi Jesús, en suma?

—Precisamente a él, tetrarca —intervino Afranio con malicia—, precisamente a ese Jesús que desde hace algunos meses no ha hecho más que atraer multitudes de súbditos tuyos a pocos estadios o incluso a pocos pasos de tu residencia.

—¿No creerás, griego —dijo Antipas en un arranque, si no de realeza, sí al menos de altanería—, que me estás contando cosas nuevas?

Pero en seguida se impuso la naturaleza blanda del soberano. Se levantó, fue hasta el ventanal que daba a la terraza, y se detuvo allí a mirar quién sabe qué.

—No sabía qué pensar —dijo al fin—. Oía hablar de todos esos sucesos casi milagrosos, los enfermos curados, los muertos resucitados, y no sabía qué pensar. Alguno me decía: «Ha aparecido Elías». O bien: «Ha resucitado uno de los antiguos profetas». Y otros me decían que Juan el Bautista había resucitado de entre los muertos. Pero yo…

Se volvió de golpe, mirando a los demás con una expresión de dolor y retorciéndose las manos.

—Pero sé muy bien que una orden mía hizo que a Juan le cortaran la cabeza —dijo—. ¿Quién puede ser este de quien oigo contar tales cosas?

—Puedes incluso no creerlo, tetrarca —dijo Pilatos sin disimular el desprecio que sentía por ese hombre—, pero se trata de un amigo tuyo.

—¿Amigo mío? —vociferó Antipas, y la voz se le hizo estridente—. Pero ¿crees que no sé que me trata de zorro, y que hace todo lo posible para no encontrarse conmigo?

—No me asombra —dijo Caifás, que empezó a comer otra pieza de fruta—, yo en su lugar haría lo mismo.

—Pero ¿cómo se las arregla? —preguntó el soberano—. ¿Cómo consigue escapar siempre a los hombres que mando a buscarle? ¿Quién le avisa?

—Le avisamos nosotros, Antipas —respondió Pilatos—. O mejor dicho, los hombres de Afranio, que cuando ven llegar a los tuyos corren a decirle: «Parte, Jesús, aléjate de aquí, porque Herodes te quiere matar».

Estupefacto, Antipas cayó sentado y se quedó así, boquiabierto. Adunco miró divertido y un poco asqueado al mismo tiempo a aquel hombre conocido por su indolencia e indecisión, que había heredado de su padre solo la pasión por construir grandes edificios o incluso ciudades y una lujuria desenfrenada. Tampoco en la crueldad, el más fácil de los vicios, había conseguido estar a la altura de su padre, hasta el punto de que incluso un predicador improvisado, galileo para más señas, se le escapaba.

Finalmente, Antipas recuperó el aliento.

—Un amigo mío —masculló.

El prefecto sintió que el picor en las manos aumentaba, como si midiera el odio y el desprecio que reprimía en su interior. Hizo el gesto que reclamaba al esclavo con la jofaina de sus abluciones, y el centinela se alejó unos breves instantes para transmitir la orden.

—Digamos un aliado tuyo —dijo Pilatos comenzando a quitarse las vendas de lino—, un hombre que apunta a tus mismos objetivos, no, mejor dicho, a nuestros mismos objetivos, a los tuyos, a los míos y a los de Caifás, aunque movido por motivos muy distintos. ¿Por qué no se los explicas tú, sumo sacerdote? Entre vosotros los judíos la comunicación es sin duda más fácil.

Caifás expuso brevemente al tetrarca la intención de aprovechar el mensaje de paz del Nazareo para mantener serenos los ánimos. Obviamente el plan no podía ser

expuesto a los cuatro vientos, ni se podía esperar que avanzara sin encontrar obstáculos y posiciones fuertemente contrarias a una convivencia pacífica entre conquistados y conquistadores, pero parecía que la cosa funcionaba; se contaba con el placet de Roma, y por eso había que hacer todo lo posible para que Jesús pudiera continuar anunciando su buena nueva.

Y tal —intervino Pilatos— es el motivo de esta reunión. Nuestro hombre podría correr riesgos, porque ha decidido ir a Jerusalén.

Caifás se puso en pie de un salto, airado.

—¡No, eso no es posible! ¡Es demasiado pronto, es demasiado peligroso! ¿Cómo habéis podido permitírselo?

Lleno de curiosidad, Adunco esperó la reacción del prefecto a aquella falta de respeto. Observó que, a pesar del bronceado, el rostro de Pilatos se ponía muy blanco, y que sus manos, inmersas en el agua balsámica, se apretaban en un puño. Transcurrió un largo momento de silencio durante el cual se vio que también Caifás palidecía, espantado por su misma reacción. Aquella intensa palidez invadió la mueca de cansancio que tenía en el rostro dibujando un contraste mortal con el negro del cubrecabeza y de la barba, y el sumo sacerdote del Templo de Jerusalén tomó el aspecto de una grotesca máscara de muerte.

Pilatos pareció contentarse con el espanto que había provocado a Caifás, y se dirigió a Adunco:

—Explícaselo tú —dijo—, explícale por qué hemos podido permitírselo.

—En realidad no podemos hacer otra cosa que permitírselo —dijo el viejo comisario—. Queremos que convenza a la gente de que permanezca en paz, y la gente debe comprender que esta posibilidad existe, que las belicosas soluciones propuestas por los zelotas y también por los esenios no son las únicas y tampoco las mejores. En consecuencia, si ahora le detuviéramos por la fuerza haríamos que el edificio se viniera abajo, todos dirían en seguida que la suya era una pura ilusión, y que la única manera de tratar a los romanos es la de los zelotas: el puñal o la rebelión. Por eso hemos intervenido siempre cuando los hombres del tetrarca trataban de arrestarle.

—Oh —dijo Antipas con un ademán de despreocupación hecho con la mano—, en realidad yo solo sentía cierta curiosidad por hablar con él.

—No lo dudo —observó irónicamente el prefecto—, pero vistos los fastidios originados por tu última conversación con Juan el Bautista, he preferido actuar de manera que tu curiosidad no fuera satisfecha. De ahora en adelante, si quieres hablar con Jesús nadie te lo impedirá, pero ya sabes que deberá ser un encuentro amistoso, a cuyo término tu interlocutor deberá seguir con la cabeza sobre el cuello.

El tetrarca, con una expresión enfurruñada, se encogió de hombros y se puso a jugar con el collar que llevaba al cuello, para dar a entender que se consideraba ofendido y que para él aquella conversación había terminado ya. Pero los otros no se preocuparon por ello: estaban convencidos de que Antipas seguiría escuchando con

atención para no correr el riesgo de hacer algo en contra de los deseos del prefecto de Judea. Era un soberano de paja y lo sabía: cualquier llamarada de rebelión de sus súbditos podría quemarle, pero sin duda le quemaría más aún una desobediencia directa al poder que le había puesto en el trono. En el caso presente, además, el acuerdo entre las fuerzas de ocupación y la más poderosa familia sacerdotal de Jerusalén constituía una tenaza que le aplastaría como a una nuez. Para consolarse, pensó en el cuerpo de Herodíades y suspiró, y de nuevo suspiró pensando en el cuerpo danzante de Salomé, la joven hija de Herodíades.

—Naturalmente —continuó Adunco dirigiéndose a Caifás—, personas próximas a nosotros han tratado de disuadirle, pero sin conseguirlo. Un agente de Afranio, que había venido a Cesarea para contar que Jesús había mandado por ahí a apóstoles y discípulos a hacer una especie de aprendizaje, tras volver a Cafarnaún se encontró con que esta decisión estaba ya tomada. Inmediatamente montó a caballo para darnos aviso.

El sacerdote se pasó las manos por la enredada barba.

—Es peligroso —dijo—, muy peligroso.

—No termina ahí la cosa —dijo Afranio—. Mi hombre nos contó que en realidad Jesús no tenía ninguna intención de ir a Jerusalén ahora, para la fiesta de la Dedicación. Dijo claramente que no se sentía en disposición, que era demasiado pronto.

—Probablemente —dijo Caifás—, pensaba esperar a la Pascua, y mientras tanto afianzar su fama.

—Probablemente —concedió Afranio—, pero alguien se las ha arreglado para que se viese obligado a adelantarlo todo. Puedes imaginarte quién.

—Los zelotas, obviamente —dijo Caifás.

El sacerdote se detuvo un instante y luego, dirigiéndose hacia Pilatos, añadió:

—Comprendo el motivo de esta reunión. Antipas tendrá que ordenar a los suyos que dejen en paz al Nazareo, y lo mismo harás tú con la cohorte de guarnición en Jerusalén; Afranio y este amigo venido de Roma se ocuparán de protegerle de los zelotas, y yo tendré que decir a los guardianes del Templo que hagan la vista gorda si predica en voz demasiado alta. Pero sobre todo…

Apoyó la frente en una mano, con los ojos tapados por los dedos, de modo que no se podía saber del todo si estaba meditando o si había cedido al sueño. Pilatos extendió las manos al esclavo, que se las lavó delicadamente con el pan de Alepo y acto seguido se las enjuagó, y de nuevo se las envolvió en las vendas. Había pasado ya la hora de sexta, y más allá de las cortinas de lino que velaban los ventanales podía intuirse en la terraza el ajetreo de los sirvientes que se afanaban en preparar la mesa, aunque nadie, en la estancia, parecía pensar en la comida.

—Pero sobre todo —prosiguió de improviso el sacerdote descubriendo los ojos —, habrá que tener cuidado con los saduceos. No será fácil, no será fácil.

Esta vez el prefecto no se contuvo.

—¡Qué demonios dices, Caifás —gritó poniéndose en pie de un salto—, es tu gente, y la idea es tuya! ¿Qué has hecho en estos meses, mientras yo la ponía en práctica? ¿Te has quedado contando el dinero de las ofrendas con las que tú y los tuyos estafáis a vuestro pueblo? ¿A cuánto has vendido los corderos que hay que sacrificar? ¿Y las tórtolas? ¿Y las palomas?

El sacerdote apretó con las manos los brazos del asiento hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Aunque sus intereses políticos coincidían, negociar con Pilatos era siempre un mal trago, y más aún cuando el prefecto tenía razón. Pero tampoco él, Caifás, andaba errado del todo, e hizo un esfuerzo para sobreponerse y explicarlo con calma.

—Escúchame, Hegemón —dijo quedamente—, deja que te exponga mis razones. Es cierto que la idea es mía, o mejor dicho, de Anás y mía, y que en gran parte a nosotros corresponde apañárnoslas para que llegue a buen fin entre los de nuestra clase. Pero no podemos hablar abiertamente a todos los miembros del partido porque nuestra organización no es tan férrea como para garantizar la discreción indispensable. Además, la mayor parte de nosotros quiere tener poco que ver con la gente corriente a la que Jesús representa, y menos aún con los galileos, que están considerados unos ignorantes incapaces de hablar con un acento decente y, por si fuera poco, también unos locos fomentadores de desórdenes.

Pilatos se dirigió a los otros tres fingiendo una expresión de sorpresa:

—¿Lo estáis oyendo? El sumo sacerdote nos propone un plan para asegurar la paz en el país, un plan maravilloso, nos asegura, aunque se base en las ideas de un plebeyo ignorante y loco, pero luego viene a contarnos que no puede hacer nada por el éxito de su plan, ya que sus amigos patricios no quieren ni oír hablar de ello. Tienen razón, ¿quién podría estar dispuesto a escucharle? Solo un simple como el prefecto de Judea.

La cabeza de Caifás dijo que «no, no, no», desesperadamente.

—No creas que no he hecho nada, Hegemón —imploró el sumo sacerdote—, he hablado, he escuchado, he sembrado, y algo, allí donde el terreno era más fértil, he cosechado. He picado alto, entre los jueces del Sanedrín, y en algunos he encontrado una buena acogida, por ejemplo, entre Nicodemo, hijo de Gorión, a quien tú conoces porque es uno de los más ricos patricios de Jerusalén. Otro que ve muy bien el resultado político de un mensaje de paz es José de Arimatea, y naturalmente está el viejo Gamaliel, que es un maestro de la escuela de Hillel y por ello, pese a ser un fariseo, comparte muchos de los puntos de vista de Jesús. Pero necesito tiempo, debes darme tiempo.

El prefecto se levantó y, apretándose las manos debajo de las axilas, echó a andar hacia la terraza, se sentó a la mesa y vació de un trago la copa de vino que el esclavo le había servido. El tetrarca y el sumo sacerdote no sabían qué hacer, pero Afranio y Adunco se levantaron tranquilamente y se reunieron con él. Los tres comenzaron a servirse trozos de cordero, y a comer con pan de un plato de puré de garbanzos en el

que, entre el perejil espolvoreado, brillaba un hilo de aceite de oliva: un plato fenicio que figuraba entre los preferidos de Pilatos.

Entonces también Herodes Antipas y Caifás se reunieron con ellos y comenzaron a servirse con apetito de los varios manjares, y la atmósfera se calmó hasta el punto de que el primero se atrevió a decir a Pilatos:

—Hegemón, ese cantor tuyo…

El prefecto se encogió de hombros en señal de indiferencia, pero llamó con un gesto al centinela y le dijo que fuera a buscar al desconocido artista. Unos minutos después, desde un lejano rincón del palacio, subió el sonido de la cítara, y ante el asombro de todos las voces que se alzaron cantando fueron dos. Primero una masculina, llena de deseo:

—¡Ábreme, hermana mía, amada mía, paloma mía, inmaculada mía! Que está mi cabeza cubierta de rocío, y mis cabellos de la escarcha de la noche.

Luego una femenina, suave y llena de tristeza:

—Me levanté para abrir a mi amado. Mis manos destilaron mirra, y mirra exquisita mis dedos, en el pestillo. Abrí a mi amado, pero mi amado, desvaneciéndose, había desaparecido. Mi alma salió atraída por su voz. Le busqué, mas no le hallé. Le llamé, mas no me respondió. Encontrándome los centinelas que rondan la ciudad, me golpearon, me hirieron. Me quitaron mi velo los centinelas de las murallas. Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, y si encontráis a mi amado contadle que desfallezco de amor.

La voz calló, y también el susurro de Afranio que había ido traduciendo poco a poco en griego para Pilatos y Adunco, pero las palabras parecían suspendidas aún en el pesado silencio de las primeras horas de la tarde, y cada uno se esforzaba por no leer en aquella quietud un mensaje.

Finalmente, el prefecto se dirigió a Caifás:

—No iré a Jerusalén para la fiesta de las Luces.

Pensaba en Claudia, que era demasiado débil para viajar y a quien no quería dejar sola en Cesarea, pero añadió:

—Es mejor evitar todas las tensiones posibles, y mi presencia podría crear algunas.

Caifás asintió.

—Las fiestas —dijo— son el momento en que el sentimiento religioso de la gente se hace más sensible, por tanto más susceptible de ser herido.

—Y más dispuesto a sacrificar corderos y tórtolas, ¿no es así? —preguntó maliciosamente el prefecto.

Caifás se encogió de hombros:

—Es cierto, Hegemón —dijo—, que a nosotros los saduceos no nos gustan los excesos de celo, pero no por eso nuestra fe es menos profunda.

Y esto, querido Caifás —le replicó Pilatos—, me preocupa aún más, en vista de vuestra posición. Que el pueblo crea en un Dios es algo normal y hace bien al Estado,

pero que crea en él el Estado es algo imperdonable.

Capítulo XVIII

No fueron todos. La llegada a Jerusalén de un grupo tan numeroso, con ocasión de una fiesta para la que la Ley mosaica no exigía la peregrinación a la ciudad santa, habría llamado la atención y parecido —una vez que Jesús hubiera comenzado a exponer sus ideas— una gran provocación, tanto a los escépticos saduceos como a los fariseos más encendidos.

—En el fondo —dijo Jesús a Pedro—, a quien menos debo temer en este viaje es precisamente a los zelotas, que me empujan a él. La presencia de Judas entre nosotros es ciertamente peligrosa, porque quiere exponernos al odio de los otros partidos, pero al mismo tiempo nos da una cierta garantía.

Así, los que se pusieron en camino fueron solo Jesús, los doce apóstoles y algunos discípulos, que no habían querido en absoluto dejar de estar presentes en la expedición hacia la ciudad cuyo nombre evocaba la paz, pero en cuyo seno anidaban odios y mezquindades sin mesura, y donde en nombre de la ortodoxia se libraban enfrentamientos feroces sobre minucias de la Ley.

Jesús sabía que la gente tenía poco que compartir con saduceos y fariseos, pero sabía también que eran esos dos partidos los que gestionaban el poder. Sabía que para el pueblo la palabra *saduceo* era ya sinónimo de materialista, y que los fariseos, con sus manifestaciones seudorreligiosas, terminaban por ser objeto de burla; sin embargo, tenían en sus manos, por medio del Sanedrín, la administración de la justicia.

Mientras los grandes sacerdotes vivían como epicúreos, los sutiles doctores de la Ley se inventaban llamativas devociones que les obligaban a caminar arrastrando los pies o con los ojos cerrados para no ver a las mujeres, pero suyo era el dinero, suyas las tierras, y suya la tarea de estipular las normas de convivencia con los ocupantes. ¿Qué hubiera podido hacer, en aquel nido de víboras, un puñado de galileos pobres en dinero y cultura, sometidos al desprecio de los poderosos y al escarnio de los humildes? Sin embargo, Jesús sabía asimismo que Jerusalén era el centro del judaísmo, y que solo allí se ganaba o se perdía la guerra por el reino de los Cielos.

Dejaron las tibias temperaturas del mar de Galilea para dirigirse hacia el frío. Tenían unas buenas capas de lana, un buen calzado de cuero y un par de mulas que les había regalado Juana, mujer de un funcionario de Herodes. Cualquier otro habría cruzado el Jordán para descender a lo largo de Perea, evitando el contacto con los samaritanos, pero no así Jesús y los suyos, que ahora ya habían estrechado con aquella gente relaciones de amistad y eran acogidos con alegría en sus casas. Por eso bajaron hacia Siquén, donde Josué había reunido a las tribus de Israel poco antes de su muerte, y luego hacia Siló y Betel.

Llevaban caminando cuatro días, y estaban las murallas de Jerusalén ya casi a la vista, cuando les sorprendió la noche. Estaban cerca de Betania y decidieron entrar en ella, pero las puertas de las casas se hallaban cerradas o se cerraban a la llegada de los

forasteros. Solo una, por cuyas ventanas salía una cálida luz, permaneció abierta.

Un hombre estaba sentado junto a la puerta y, cuando estuvieron cerca de él, comprendieron por qué no temía ni a la oscuridad ni a los hombres: la primera era más bien un alivio, pues ocultaba, al menos en parte, las horribles manchas blancas de la lepra, y los segundos tenían demasiado miedo al contagio para tratar de asaltarle o entrar a robar en su casa.

Tampoco algunos de los apóstoles consiguieron disimular un ademán de repulsión ante aquella enfermedad que representaba a sus ojos una impureza no solo física, pero hicieron de tripas corazón y siguieron a Jesús, que se había acercado a aquel hombre y le estaba preguntando tranquilamente:

—Dime, ¿cómo te llamas? ¿Te hace sufrir mucho tu enfermedad?

—Me llamo Simón —respondió el otro venciendo su asombro.

Y contó brevemente, como si no les diera importancia, los dolores que la lepra le causaba.

—Quizá yo pueda hacer algo por ti —dijo Jesús rebuscando en su alforja, pero la oscuridad le impedía ver.

—¡Marta, Marta! —gritó Simón levantándose—. Rápido, trae una linterna.

Inmediatamente, salió por la puerta una muchacha de quizá veinte años, graciosa y de aire diligente, que sostuvo una lámpara alzada para permitir a Jesús encontrar lo que buscaba. Poco a poco la mano del Nazareo hizo emerger varias cajitas redondas de madera, hasta que encontró la que buscaba y la destapó. Contenía una sustancia de apariencia blanda y blancuzca, de intenso olor, y Jesús untó en ella los dedos haciendo acto seguido ademán de querer extenderla sobre las llagas de Simón.

Pero este dio un paso hacia atrás.

—¡Espera! —exclamó—. ¿Qué haces?

—No temas —le dijo Jesús—, no es más que un ungüento hecho con semillas de una planta originaria de la India.

—No es por mí por quien temo —dijo el otro sonriendo—, sino solo porque te contagies al intentar socorrerme. Yo tengo muy pocos riesgos que correr, y me queda muy poco de vida.

Jesús dio un paso hacia delante para acercarse a Simón, y comenzó tranquilamente a ungirle.

—En el país del que procede la planta —explicó—, usan este ungüento para curar tu mal, a menudo con excelentes resultados. Pero debes prometerme que si te curas te acordarás de mostrarte a los sacerdotes, para que puedan constatarlo, y harás para tu purificación la ofrenda que prescribe Moisés.

Pronto hubo terminado, y entonces añadió:

—Y ahora, no en pago por esta cura, sino como muestra de tu generosidad, te pido hospitalidad para mí y estos compañeros míos. Nos bastará con un poco de pan y el cobertizo de los animales.

—¡Pero qué dices! —gritó el leproso—. Nadie me ha tratado nunca como lo has

hecho tú, y ¿he de darte cobijo entre los animales? Ven, venid: mi casa no es grande, pero nos apretaremos, y la mesa mía y de mis nietos puede aún ofrecer, por fortuna, una buena comida a los amigos.

Y diciendo esto les cedió el paso, y todos siguieron a Marta con su linterna y a un chico y una chica que desde hacía un buen rato se habían asomado al umbral y observaban con asombro toda la escena.

—Yo —dijo el joven cuando Jesús pasó por su lado— creo saber quién eres. Desde hace algunos meses se habla mucho de un galileo que recorre el país anunciando el reino de los Cielos y curando a los enfermos, acompañado por un grupo de discípulos que saben también hacer obras milagrosas. Alguien dice que es el Mesías anunciado por las Escrituras. ¿Eres tú ese hombre, Jesús de Gamala?

El Nazareo le sonrió y posó una mano sobre uno de sus hombros.

—Soy yo —respondió— y tú eres Lázaro, según he oído, pero ¿cómo se llama esta otra hermana tuya que me mira como si viniera de otro mundo?

Lázaro rio.

—Se llama María, y está siempre un poco en las nubes.

Pronto la mesa estuvo lista, pero por obra casi exclusivamente de la hermana mayor. En efecto, María estaba sentada a los pies de Jesús para escucharle hablar, de modo que en un determinado momento, Marta, ocupada en las tareas domésticas, se adelantó y dijo:

—Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Dile, pues, que me ayude.

Pero Jesús le respondió:

—Marta, Marta, te inquietas y te afanas por muchas cosas, pero algunas son más necesarias que otras y María ha elegido la más importante. No me pidas, pues, que le diga que te ayude, y ponte también tú a escuchar.

Así, ante la abundancia de comida y de vino, Jesús invitó a los comensales a no acumular tesoros terrenales sino espirituales.

—No os preocupéis por lo que habéis de comer —dijo— ni por lo que habéis de vestir. ¿No es la vida más que alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni guardan en graneros, y el Padre celestial las alimenta.

Lázaro intervino riendo.

—¡Pero no son más que aves! —gritó.

Justamente este es el quid de la cuestión —replicó Jesús—. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros, con sus preocupaciones, puede prolongar su vida de un solo codo? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Aprended de los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan como Marta, y sin embargo os aseguro que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?

Pero esta última expresión que los apóstoles le habían oído usar tan a menudo, dirigida a la gente pero también a ellos y con acento severo, esta vez tenía un tono bromista, afectuoso. En aquella cena las palabras corrían ligeras, sazonadas de bromas y carcajadas que se hicieron más fuertes aun cuando Leví Mateo sacó estilo y tablilla para tomar sus habituales notas. Fuera estaba la fría noche invernal de Jerusalén, pero en aquella casa crecía solo la tibieza y la alegría de una nueva amistad.

A la mañana siguiente, Jesús ungió de nuevo las llagas de Simón y le dejó lo que quedaba de la cajita, y hubo de aceptar que María derramase sobre él, en la cabeza, un ungüento perfumado. Luego, mientras los vecinos venían a que les contaran aquel encuentro tan desacostumbrado, el Nazareo se encaminó con los suyos a cubrir los quince estadios que aún le separaban de su meta.

Él caminaba en cabeza, con Pedro a la derecha y Judas a la izquierda, luego venían los dos hijos de Zebedeo que, como de costumbre, disputaban a los otros las posiciones más próximas a Jesús, luego Simón el Zelota, Tomás llamado Dídimo y todos los demás. Cerraban la fila cuatro o cinco jóvenes discípulos siempre dispuestos a bromear y a pelearse, de modo que uno destacaba entre ellos casi más por su aire serio que por la rubia melena. Cruzaron algunos campos, atravesaron un recinto rocoso donde habían sido excavados unos majestuosos sepulcros, y fueron al Monte de los Olivos, desde donde se ofrecía a su vista Jerusalén.

El fulgor de los tejados de oro del Templo los deslumbró. Para un hebreo, por más contrario que fuese al modo de vida de la capital, por más que pudiera compararla con Sodoma, era imposible llegar a la vista del Templo de Jerusalén sin sentir un arrebato de emoción. Aquel edificio —nacido como tantos de las grandiosas concepciones constructivas de Herodes, y la más grandiosa de todas ellas— era casi nuevo, es más, algunas de sus partes no estaban aún terminadas, pero representaba una perfecta continuidad con los dos que le habían precedido: el no menos grandioso de Salomón, cuyas ruinas se veían en el Monte Moria, y el erigido tres siglos después, al regreso del cautiverio de Babilonia. Aunque ya no contenía el Arca de la Alianza que Moisés había construido por orden de Yahvé, el edificio herodiano albergaba más de mil años de historia de un pueblo y de su relación con Dios, y traía a cada uno, como si fuesen suyos personales, los recuerdos de aquellos sucesos trágicos y gloriosos.

Reanudaron la marcha y franquearon las murallas por la puerta Probática, así llamada porque por allí pasaban las ovejas destinadas al sacrificio. Justo cuando llegaban ellos estaba entrando un rebaño, porque era el primero de los ocho días de la fiesta llamada de la Dedicación o también de las Luces. Como cada año, en efecto, a partir del vigésimo quinto día de Kislev, se celebraba la reapertura y purificación del Templo, acaecida casi dos siglos antes por obra de Judas Macabeo después de la profanación y del saqueo debidos al rey seleúcida Antíoco IV Epifanes, y durante ocho días enteros en las casas se mantenían encendidas unas linternas.

Pedro retuvo a Jesús tirándole de la manga y le obligó a detenerse, de modo que el grupo se hizo a un lado y dejó pasar a los animales.

—¿Qué sucede, Simón? ¿Qué quieres decirme? —preguntó Jesús cuando el coro de balidos se fue perdiendo delante de ellos.

El pescador meneaba la cabeza sin decir palabra, pero finalmente, con una expresión de incomodidad en el rostro, se decidió a decir:

—Nada, nada, solo que no me hacía ninguna gracia entrar junto con las ovejas del sacrificio.

Los otros rieron y Jesús más que nadie, pero abrazando a Pedro para darle ánimos, luego prosiguieron. Allí al lado estaba también la piscina rectangular en la que las ovejas eran lavadas, rodeada por cuatro pórticos y atravesada a medias por un quinto. Bajo aquellos pórticos yacía siempre una gran cantidad de lisiados, ciegos, cojos o paralíticos, que esperaban a que el agua se moviese.

Ello sucedía porque la piscina se alimentaba de una fuente intermitente de agua caliente, pero se decía —y aquellos pobres desgraciados lo creían firmemente, con la fuerza de la desesperación— que un ángel del Señor que descendía de vez en cuando agitaba el agua de la pileta, y que el primero que se zambullera después del movimiento del agua se curaría cualquiera que fuese su mal.

Leví Mateo y Pedro incitaban a Jesús a proseguir, y Andrés le recordaba que lo mejor que se podía hacer era ir en seguida en busca de Juan el Sacerdote, pero Jesús se limitó a ignorarles. Se detuvo bajo los pórticos para hablar a los lisiados y para aliviar en lo posible sus dolencias con el contenido de su alforja. Solo después de ello se adentraron en la ciudad, cuyas calles tortuosas y estrechas iban llenándose de gente.

Pronto estuvieron al pie de la fortaleza Antonia, a cuya entrada cuatro legionarios de estatura imponente y de poderosa musculatura montaban guardia, mientras algunos oficiales vigilaban el paso desde lo alto de las torres. En efecto, la fortaleza servía de cuartel general de las fuerzas de ocupación y al mismo tiempo de centinela del Templo, porque nadie podía llegar sin pasar por delante de aquel espléndido edificio que era fortaleza, palacio, cuartel y prisión al mismo tiempo.

Y finalmente, he ahí el Templo, que todo judío ponía no solo entre las maravillas del mundo, sino también a la cabeza de ellas. Vigilado como estaba por la fortaleza Antonia, podía aparecer como el símbolo de un pueblo subyugado, y sin embargo era libre de poder excluir de entre sus muros a los gentiles, y convertirse así en el símbolo de un pueblo cuya verdadera esencia era imposible de someter. Por otra parte, el mismo Imperio romano lo reconocía, en cierto modo, con los *privilegia iudaica*, que había concedido a aquella gente indómita: no tener que prestar el servicio militar, y sobre todo no tener que honrar culto al emperador.

La agitación en torno al Templo se hacía cada vez más grande. Riadas de gente discurrían adentro y afuera, los hombres separados de las mujeres. Los niños trataban de sacarle una moneda a algún rico extranjero de visita ofreciéndose a enseñarles

aquella maravilla, pero dejándole pronto desilusionado delante del bloque de mármol que le prohibía la entrada so pena de muerte. Las voces humanas se mezclaban con las de los animales en un creciente estruendo, y de vez en cuando un rayo de sol se abría paso en el cielo gris del invierno y hacía destellar ondas luminosas de las laminillas de oro que recubrían el tejado.

El grupo de los galileos estaba un tanto abrumado, unos con la nariz en alto y la boca abierta, otros con los ojos de par en par para seguir las idas y venidas de toda aquella gente. Para ninguno de ellos, llamados tres veces al año a Jerusalén para las fiestas mosaicas de guardar, se trataba de un espectáculo nuevo, pero quedaba tan lejos de los quietos paisajes del lago de Tiberíades y de la atmósfera relajada de las aldeas de Galilea, que no podían dejar de sentir un profundo asombro. Ahora, además, ante la idea de que aquella era la plaza fuerte que debían conquistar, el estupor se transformaba en algo que se asemejaba mucho al miedo.

—¡Jesús! ¡Jesús de Gamala!

El grito hizo que todos se giraran a tiempo de ver a un joven que se abalanzaba sobre su maestro. Rápido, el discípulo de los cabellos rubios dio un paso adelante para cerrarle el paso, pero se dio cuenta de que también Jesús, sonriendo, había extendido las manos, y se apartó dejando que los dos se fundieran en un gran abrazo al que en seguida se unió también Andrés.

—Sabía que vendrías —dijo Juan—. Aquí se habla mucho de ti, ¿sabes? Y naturalmente, he hecho lo que he podido para que se hablara aún más. Hay gente que quiere conocerte, gente importante. ¿Y estos compañeros quiénes son? Dime, cuéntame.

Jesús presentó a Juan a los hombres que había elegido como sus apóstoles, pero esto no fue suficiente para evitarles un cierto embarazo por la evidente diferencia social con aquel joven de familia sacerdotal. Solo Judas le trató de igual a igual, incluso con una cierta suficiencia, pues la fe de un patricio de Jerusalén no podía sino verse mancillada por aquella disposición al compromiso que los zelotas rechazan por encima de todo.

Entraron en el Templo. Cada uno de ellos pagó los dos siclos que la Ley exigía anualmente a cada judío mayor de catorce años, y se mezclaron con la multitud. Encontraron que los patios y los pórticos estaban llenos de vendedores de bueyes, de ovejas y de palomas, y de cambistas en cuyas mesitas se alzaban pilas de estateras de oro y de siclos de plata, de tetradracmas griegos y de denarios romanos. El grupo se adentró entre los mercaderes. Y todos reaccionaron con estupor cuando Jesús, tras quitarse de la cabeza el pañuelo, con la cuerdecilla que servía para asegurarlo hizo un azote y sin descomponerse, sin levantar la voz, empezó a expulsar con él a todos los mercaderes de ganado con sus ovejas y bueyes. Luego se acercó a los asombrados cambistas y desparramó las monedas, llegando incluso a derribarle la mesa a alguno. A los vendedores de palomas, con la misma calma, les dijo:

—Llevaos estas cosas, y no hagáis de la casa del Padre una casa de mercado.

En la gran confusión que siguió, entre animales que huían y mercaderes que protestaban, entre los cambistas que cerraban sus mesitas y los que, arrodillados, buscaban en el suelo sus monedas, los más espantados y atemorizados eran quizá los apóstoles y los discípulos de Jesús. Excepto Judas de Cariot, el cual le miraba en cambio con un sentimiento nuevo que, se veía a las claras, se asemejaba mucho a la admiración.

Juan el Sacerdote y el discípulo de rubios cabellos fueron los más rápidos en reaccionar. Cada uno de los dos tomó a Jesús por un brazo y lo empujó a la carrera hacia la salida del Templo, pero era ya demasiado tarde: atraídos por el clamor, advertidos por los primeros fugitivos, los guardias estaban ya llegando.

Se abalanzaron sobre el Nazareo para apresarle, pero él hizo con la mano un gesto lleno de autoridad que bastó para detenerles. Luego, por primera vez desde que había entrado en el Templo, alzó la voz y gritó:

—¡Escuchadme! Me quedaré con vosotros por poco tiempo aún, y luego iré a casa de quien me ha enviado. Vosotros me buscaréis y no me encontraréis, y allí donde yo esté no podréis venir.

Los guardianes y las personas que se habían agolpado en torno se apretujaron asombrados. Uno decía:

—¿Adónde puede ir que no le encontremos?

Y otro:

—¿Irá quizás a casa de aquellos que están diseminados entre los paganos, a enseñar a los gentiles?

Y un tercero:

—¿Qué significa lo que ha dicho: me buscaréis y no me encontraréis, y allí donde yo esté no podréis venir?

Y sin embargo, aunque no comprendieran sus palabras, muchos de los presentes estaban de su parte, porque también ellos pensaban que el Templo había sido transformado en un mercado que tenía muy poco que ver con el carácter sagrado del lugar, de modo que los guardias prefirieron dejar correr y volver a sus puestos, después de haber amonestado a Jesús para que no provocase nuevos desórdenes.

El grupo salió del Templo triunfante, y más que nadie Juan el Sacerdote, a quien le brillaban los ojos.

—Ya verás —decía a Jesús—, ahora toda Jerusalén hablará de ti, y muchísimos, al escuchar el relato de lo que has hecho, te alabarán. Ya he oído a alguno entre la muchedumbre afirmar que tú, para comportarte así sin que luego te detengan, debes de ser el Mesías. Ahora vamos todos a mi casa, donde podréis tomar un refrigerio y descansar, y luego vendrá una persona muy importante que quiere hablar contigo.

Fueron, efectivamente, a casa de Juan, escoltados por una nube de rapazuelos que habían asistido a la escena y gritaban en honor de Jesús despertando la curiosidad de los que por allí pasaban. El joven sacerdote hizo subir a sus invitados al piso superior, a un gran cenáculo con alfombras y cojines, e hizo servir a todos de comer y de

beber, pero luego invitó a apóstoles y discípulos a salir para que Jesús pudiera recibir la esperada visita.

Nicodemo, un hombre de unos sesenta años, era uno de los cabezas del partido de los fariseos, y como tal era asimismo uno de los setenta jueces del Sanedrín. Ajeno a las afectaciones de tantos fariseos, tenía fama de hombre recto y respetuoso para con todos los seres humanos. Tomó asiento en un escaño cubierto por un alto cojín recamado con motivos de hojas de cedro, y dijo a Jesús:

—Maestro, se dice que has venido del reino de Dios, porque nadie puede realizar los prodigios que tú haces si Dios no está con él.

Jesús le respondió:

—En verdad, Nicodemo, si uno no renace, no puede ver el reino de Dios.

El otro reflexionó unos instantes, y luego preguntó:

—¿Cómo puede un hombre renacer cuando es viejo? ¿Puede acaso entrar de nuevo en el seno de su madre para ser regenerado?

Jesús rio:

—Nada tan difícil —respondió acto seguido—, basta con renacer gracias al agua y al Espíritu Santo, es decir al bautismo y a la fe en lo que te digo. Lo que es generado por la carne es carne, y lo que nace del espíritu es espíritu. He aquí por qué he dicho: es menester que seáis engendrados de nuevo. Porque nadie asciende al Cielo sino aquel que ha descendido del Cielo.

Nicodemo hizo un gesto con la cabeza, fascinado: le parecía comprender y sin embargo no comprendía, le parecía que el sentido de las palabras de Jesús se le escapaba, y sin embargo sentía que había en ellas algo sólido e importante, distinto a las ejercitaciones teosóficas que escuchaba cada día en el Templo.

—¿Estarías dispuesto —preguntó— a repetirlo a los sabios y a la gente que frecuenta los pórticos del Templo?

El otro exhibió una expresión incrédula.

—¿Dispuesto yo, Nicodemo? Pregunta más bien si están dispuestos los saduceos y los fariseos a dejármelo hacer.

El anciano se levantó, calándose en la cabeza el bonete negro, y alargó una mano para aferrar la de Jesús.

—Ven —dijo—, hagamos esta prueba.

Bajaron las escaleras y encontraron en la planta baja a todo el grupo que esperaba, que en seguida les siguió hacia el Templo. Llegaron cuando aún quedaban dos horas de luz, y al ver que Nicodemo caminaba detrás de aquel hombre de cabellos sin cortar la gente se apiñó en torno a él. Hacinados en el pórtico de Salomón, escucharon a Jesús mientras les repetía lo que había dicho al viejo fariseo.

—Si perseveráis en mis enseñanzas —les dijo al final—, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

Hubo entre la multitud un movimiento de protesta.

—Nosotros somos de la estirpe de Abraham —gritó alguno— y no hemos sido

nunca esclavos de nadie. ¿Por qué dices, entonces, que seremos liberados?

Jesús buscó con los ojos a quienes protestaban más y les miró fijamente.

—Quien comete pecado —dijo luego lentamente— es esclavo del pecado.

Entonces, con gran clamor, la gente se dividió. Algunos comenzaron a decir:

—¡Es de veras un profeta! ¡Es el Mesías!

Pero algunos replicaban:

—¿Acaso ha de venir de Galilea el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías ha de venir de la estirpe de David y del pueblo de Belén, de donde era David?

Había algunos exaltados que querían tocarle, para que les comunicase su gracia divina, y otros que al contrario querían ponerle las manos encima con intenciones muy distintas, pero ninguno consiguió tocarle: sus amigos, recios pescadores, constituían una buena barrera, y más eficaces aún fueron un par de jovenzuelos que salieron de entre la muchedumbre para unirse al discípulo de los cabellos rubios y que parecían saber cómo usar las manos.

Naturalmente, los guardias del Templo habían acudido otra vez, pero de nuevo no sabían qué hacer y más aún en esta ocasión con Nicodemo presente, que evidentemente estaba de parte del Nazareo. Se apartaron, incapaces de tomar una decisión, y un grupo de fariseos les increpó:

—¿Por qué no le arrestáis? ¿Acaso os ha seducido también a vosotros? ¿Acaso hay uno solo de los jefes de los fariseos que haya creído en lo que dice? ¡No, solo esta multitud de gente maldita, que no comprende la Ley!

Entonces se adelantó Nicodemo, y dijo a los suyos:

—¿Acaso nuestra Ley condena a un hombre antes de haberle escuchado y de saber qué hace?

Pero los otros estaban tan rabiosos por la indiferencia de Jesús ante su interpretación de la Ley, que respondieron:

—¿También tú eres de Galilea? Examina las Escrituras, y verás que de Galilea no se espera ningún profeta.

Dejaron a Nicodemo y volvieron a mezclarse con la muchedumbre, gritando y tratando de superar a los muchos que, en cambio, eran favorables a las nuevas propuestas de Jesús. Ahora, en medio de aquella refriega que oscilaba entre el hosanna y la lapidación, también los ojos del Nazareo brillaban de excitación y su voz tenía el mismo hermoso tono estentóreo de cuando predicaba desde las colinas de Cafarnaún.

—Decís de Dios que es vuestro Dios —gritaba—, pero en realidad no le habéis conocido nunca. ¡Yo sí, le conozco, y observo sus palabras!

—¡Sí, sí! —gritaban algunos, pero los fariseos habían aumentado en número y empujaban para llegar hasta Jesús, querían golpearle con piedras que llevaban en la mano, y se las hubieran lanzado con solo que hubieran podido ver el blanco. Entonces, otros jóvenes musculosos salieron de entre el gentío y se colocaron en círculo en torno al Nazareo: tenían un aire resuelto y amenazante, y con cada

puñetazo que uno de ellos propinaba a un fariseo este caía al suelo o se alejaba con la nariz ensangrentada. Pero los atacantes eran muchos, y parecía que pudieran salirse con la suya, cuando un hombre mayor, alto y nervudo, pasó como un ariete abriéndose paso entre el gentío. Se plantó delante de Jesús, cubriéndole con su propio cuerpo, y con un movimiento experto hizo aparecer una hoja que brilló con los últimos rayos del sol.

Jesús le puso una mano sobre el hombro, y cuando este se volvió le dijo:

Amigo, yo predico la paz, estoy dispuesto a morir por la paz, y no quiero la violencia ni siquiera para defenderme.

El anciano sonrió:

—Amigo —respondió en griego—, sé que quieres la paz, y por eso estoy aquí: arriesgando la vida y dispuesto a defenderte incluso con la violencia.

Capítulo XIX

A Tiberio Julio César, emperador
De Lucio Valerio Adunco, en Judea

Informe 1
Categoría: secreto
Fecha: mes de enero, año 783 de la fundación
Asunto: Jesús de Gamala, llamado el Nazareo
Juicio: se le debe apoyar absolutamente

Tras escribir esto, Adunco dejó al lado del frasquito de tinta de minio el elegante cálamo que Pilatos le había prestado y se quedó unos instantes reflexionando, luego prosiguió.

En realidad, lo que me ha hecho calificar de secreto este informe ha sido la fuerza de la costumbre. Efectivamente, al cabo de pocos días de encontrarme en Judea me fue imposible mantener el incógnito. Poncio Pilatos dispone de una policía secreta muy eficiente gracias a la inteligencia del griego que la dirige, un tal Afranio, a quien le fue confiado el cargo por el anterior prefecto Valerio Grato. Cuanto te escribo te será por eso comunicado también por Pilatos, y es innecesario que te diga a qué otros lo comunicará.

Dicho lo cual, y admitiendo que no he estado en esto a la altura de tus órdenes, permíteme que considere que ha sido mejor así. Este país y esta gente son muy distintos al resto del Imperio, y me sería imposible desarrollar solo la tarea que me confiaste.

A este respecto, te diré de entrada que estoy de acuerdo con cuanto te escribió Pilatos. En la permanente turbulencia en que vive esta provincia (excepción hecha de la parte gobernada por Herodes Filipo, donde sin embargo los judíos son una parte minoritaria de la población), el mensaje de paz y mansedumbre difundido por Jesús de Gamala, llamado el Nazareo, puede tener una influencia muy positiva. Vale la pena, así pues, seguir protegiendo a este predicador, ya que habla en nombre de un reino que, en cuanto ultraterreno, es hasta más poderoso que el tuyo, pero que por la misma razón no molesta al Imperio.

No se trata de una tarea fácil: el hombre es en efecto mal visto, por distintas razones, por casi todas las facciones políticas. Verdad es que encuentra en cambio una aceptación cada vez mayor entre el pueblo llano, y como recordarás *vox populi vox dei* (no me espero que tú estés de acuerdo).

Yo mismo he sido testigo —bastante impresionado, te lo confieso, a pesar de las muchas experiencias impresionantes que he tenido al servicio del Imperio— de

algunos encuentros de Jesús de Gamala con la multitud. Es indudable que su lenguaje —mucho más sencillo que el de los doctos oficiales, pero al mismo tiempo lo bastante confuso para dejar margen a la fantasía interpretativa de cuantos esperan un Mesías libertador— enciende la imaginación y mueve al entusiasmo, así como sus capacidades de curandero que crean en torno suyo un aura prodigiosa que acaba convenciendo a cuantos ven en él a un nuevo profeta.

Lamentablemente, sus enemigos son poderosos, tanto que en una ocasión, para protegerle, tuve que intervenir yo personalmente, con un riesgo considerable no solo para mi persona sino también para el éxito del plan. Me vi, efectivamente, obligado a entrar en el Templo de Jerusalén, a pesar de que la entrada está prohibida a los extranjeros so pena de muerte. La rápida intervención de José Caifás, el sumo sacerdote, que es también, como recordarás, el inspirador del plan, evitó males mayores.

Para terminar: continuaremos apoyando, desde la sombra, la acción de Jesús de Gamala, convencidos todos como estamos de que pueda aportar resultados útiles. Personalmente no descartaría la hipótesis, una vez que esta operación haya llegado a buen puerto, de promover otras de análogo espíritu en otras zonas del Imperio.

Espero que tu salud sea buena, y que sean solo ciertas en parte las noticias sobre ti que las malas lenguas hacen llegar hasta nuestra remota Judea. No me extiendo porque sé con certeza que otros espías se darán prisa por comunicártelas.

Ad multos annos!

LUCIO VALERIO ADUNCO

Enrolló el papiro y lo cerró con algunas gotas de resina recalentada en la llama de una candela, en las que imprimió como sello su anillo. Llamó con un gesto al centinela y le pidió que hiciera venir a un mensajero.

—Parte en seguida —dijo a este último— y no pases el mensaje a nadie: llévalo tú directamente hasta Capri y entrégaselo en persona al emperador. Ni que decir tiene que es urgente.

El otro, que al llegar ni siquiera había saludado, tomó el mensaje y se fue sin decir palabra. Pocos instantes después, se oyó el ruido de los cascos de un caballo que pasaba rápidamente del paso de andadura al galope, y que no tardó en confundirse con el sonido de la resaca.

Entonces Adunco se levantó, estiró bien los miembros y se asomó a la ventana. El invierno de Cesarea era bastante más benigno que el romano y los días de sol eran frecuentes, de modo que pensaba en bajar a la playa a calentarse los huesos cuando vio que, a lo largo del rompiente, se acercaba una extraña procesión. Un soldado de complexión inmensa —un centurión, consiguió distinguir Adunco— avanzaba llevando en los brazos un bulto que era sin duda un cuerpo humano envuelto en unas telas blancas. Le seguía, con la cabeza gacha y las manos tras la espalda, un hombre en el que reconoció con sorpresa a Poncio Pilatos, y detrás de él otros dos legionarios

de la escolta del prefecto.

El viejo policía se retiró detrás de las cortinas, para no ser visto y no causar incomodidad. El grupo pasó lentamente por el encuadre de la ventana y desapareció, y en aquel momento llamaron a la puerta. Afranio entró con una mano extendida en la que apretaba un rollo de papiro.

—Me acaba de llegar de Roma —anunció—, pero te lo dejaré leer a ti antes por dos razones: porque eres un huésped de honor y porque en realidad, por más que genial, no se trata sin embargo más que de un imitador. De un modelo griego, naturalmente, aunque se afirma que hay también de su cosecha.

Era el segundo libro de fábulas de Fedro; un macedonio que había llegado a Roma como liberto de Augusto y al que Adunco conocía bien. Siempre le había gustado la modestia de aquel literato, que al contrario de tantos no había dudado en reconocer en otro escritor —el griego Esopo, que le había precedido en unos seis siglos— la fuente de inspiración y la materia de su poesía, en la que animales y plantas rivalizaban en la imitación de las flaquezas humanas.

Algún tiempo antes, Adunco había tenido que intervenir para defenderle de los ataques de Sejano, que le odiaba sin que se supiera muy bien por qué —quizá, decían las malas lenguas, se había reconocido en uno de aquellos animales parlantes— y amenazaba con llevarle a los tribunales. En cambio, el escritor le había regalado el primer volumen de sus fábulas, en cuyo prólogo, tras haber admitido que su fuente era Esopo, advertía que se proponía provocar la risa de los lectores mientras les aconsejaba prudencia. Ahora Adunco podía ver que en el prólogo del segundo libro Fedro efectivamente anunciaba que algunas de las fábulas eran debidas esta vez a la propia inspiración.

—En cuanto a mí —dijo Afranio—, he renunciado desde hace un tiempo a soportar la moral de los biempensantes, por más ingeniosos que sean, y para distraerme prefiero con mucho unas buenas novelas de amor y de aventura. Esta, por ejemplo, está logrando en Grecia un gran éxito.

Exhibió un segundo volumen que llevaba, en griego, el título de *Novela de Nino* y explicó:

—Es la historia de los amores del rey asirio con la princesa Semíramis. Vamos —exhortó luego el pequeño griego—, hace un buen día y luce el sol, haremos traer a la playa dos sillas y la comida y pasaremos unas horas agradables.

Adunco hizo un gesto de negación.

—A la playa, no —dijo.

El otro, con su habitual perspicacia, comprendió al vuelo.

—No te preocupes —dijo—, el centurión Marco se ha llevado ya a Claudia Procula a sus habitaciones, y el prefecto la está velando.

Al hispano le hubiera gustado saber más acerca de ello, pero no quería preguntar. Echaron a andar para poner en práctica el plan de Afranio y no tardaron en estar acomodados en la playa, con una de las garrafas de másico que el prefecto se hacía

traer de Campania y un gran plato de lonchas de jamón.

—Los judíos no saben lo que se pierden —dijo Afranio masticando con delectación la carne curada, y regándola generosamente con vino puro añadió—: Pero los romanos no saben lo que se pierden bebiendo másico y falerno en vez de los vinos de Rodas y de Quíos.

Una vez terminada la colación, se enfrascaron en la lectura, y pronto el hispano estalló en una gran carcajada al leer la historia de un hombre que, teniendo una amante vieja y otra joven, se quedó calvo porque la primera le arrancaba los pelos negros para envejecerle y la segunda los blancos para rejuvenecerle.

Estaba aún riendo cuando se oyó la voz de Pilatos.

—Espero que sea algo tan alegre que pueda reírme también yo.

Un esclavo colocó sobre la arena una silla para el prefecto, y otro puso sobre la mesa un plato del puré de garbanzos que tanto le gustaba. Pilatos se puso a comer desganadamente, a la sombra del gigantesco centurión que protegía día y noche su incolumidad, y Adunco le leyó la fábula de Fedro, que sin embargo solo le arrancó una ligera y fugaz sonrisa.

—Muy ingenioso —dijo—, pero lo será menos cuando Sejano le lleve a juicio. Y ahora a ti, Afranio: espero que no hayas adquirido la costumbre de venir a mi casa solo para comer y beber.

El pequeño griego no era persona que se ofendiera o amedrentase fácilmente.

—Sabes perfectamente que no, Hegemón. Hay algunas novedades de las que quisiera ponerte al corriente.

—¿Por ejemplo?

—Ante todo, que Jesús ha vuelto a Galilea y ha sido recibido con grandes honores. Muchos de los que fueron a Jerusalén para la fiesta de las Luces vieron personalmente su comportamiento en el Templo y quedaron entusiasmados, de modo que cuando Jesús va a algún lugar se forman verdaderas multitudes. Quieren escucharle, pero están también convencidos de que basta con tocarle para curarse de cualquier enfermedad, y se le acercan tanto que más de una vez se ha visto obligado a predicar desde una barca mientras la gente estaba en la orilla.

—Todo va bien, entonces —dijo Pilatos, pero se veía que su mente estaba en otra parte. Hizo un esfuerzo y volvió al presente—: ¿Y el sistema de protección?

—Ahora ya debería funcionar perfectamente —dijo Afranio—, incluso en una situación como la que se dio en el Templo. Por suerte, nuestro amigo Adunco decidió hacer caso omiso de la prohibición de entrada para los extranjeros.

—Por suerte —confirmó el prefecto—, pero la cosa no debe repetirse. Caifás se las vio y deseó para ocultarla, estaba rabioso y no le faltaba razón, y yo debería estar rabioso contigo y no comprendo por qué no lo estoy.

Tras decir esto se puso las manos debajo de las axilas y comenzó a apretar. Apretaba tan fuerte que las mandíbulas se le contraían por efecto de la tensión, e inmediatamente el centurión de rostro desfigurado dio un paso hacia delante. Sin

mirarle, Pilatos hizo gestos para indicar que no, que no quería nada, que no llamase a nadie.

—Pero sabes perfectamente que estos éxitos en Galilea —prosiguió Afranio— deberán pasar de nuevo el examen de Jerusalén. Allí es donde él se lo jugará todo, y nosotros con él.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —le preguntó Adunco.

Fue Pilatos quien respondió:

—Hasta la fiesta de Pascua, en primavera.

—Precisamente —confirmó el griego— su fiesta más importante, con la que celebran el final de su cautiverio en Egipto. En aquellos días todos los judíos deben ir en peregrinación a Jerusalén, de modo que puedes imaginarte la confusión. La que viste para la fiesta de las Luces no era sino un pálido ejemplo.

—¿Quién estará, en particular? —preguntó de nuevo Adunco.

—Todos los personajes más notables del país —dijo Pilatos—, comenzando por mí y por Herodes Antipas, y terminando por los jefes de los zelotas y de los bandidos, como Menajén, hijo de Judas, y Jesús, Bar-Abba, que tendrán en la multitud el mejor escondite. La cohorte de guarnición deberá estar alerta día y noche, reforzada para la ocasión por mis jinetes idumeos.

Alzó la mirada hacia la mole del centurión, por cuyo rostro desfigurado parecía cruzar una sonrisa.

—Y por Marco, naturalmente —dijo.

Y toda esta gente —intervino Afranio— irá a ofrecer sacrificios al Templo. Puedes imaginarte el negocio para los mercaderes y para los saduceos, que controlan el mercado.

—Bueno —dijo Adunco—, hablemos un momento de Caifás y de los saduceos. ¿Crees de veras que podremos contar con ellos?

—Sí —respondió Pilatos—, Caifás y sobre todo su suegro sabrán convencerles o, en el peor de los casos, mantenerlos a raya.

—¿Y los fariseos?

Fue Afranio quien respondió.

—Son muchos, y muchos de ellos son unos fanáticos, de modo que tendremos que prestar mucha atención. Pero entre ellos hay también seguidores del maestro Hillel, cuyas doctrinas se asemejan mucho a las de Jesús. Ese Nicodemo que fue a hablar con él, por ejemplo, o José de Arimatea. Además, contamos con una excelente fuente de información entre sus líneas: un jovenzuelo de nombre Saulo, con doble ciudadanía tarsiota y romana y con doble educación griega y rabínica. Es también un espía doble, nuestro y del Sanedrín, y dado que es discípulo del viejo Gamaliel, uno de los fariseos de mayor prestigio y juez del Consejo también él, está siempre al corriente de todo.

—¿Cómo le reconoceré, si tengo necesidad de él?

—Es fácil: prematuramente calvo, piernas torcidas, y sobre todo una nariz más

aguileña que la tuya.

—Quedan los zelotas —dijo Pilatos.

—A esos —manifestó Afranio— debería conseguir controlarles yo. Con el puñal, mis sicarios valen más que ellos.

Nadie hizo más preguntas. Pilatos se quitó las manos de debajo de las axilas y las liberó de las vendas con precaución, apoyó sobre las piernas aquellas dos pobres cosas hinchadas y amoratadas y se quedó mirándolas fijamente.

—El sol no te hará bien —se aventuró a decir Afranio.

—Lo sé —respondió el prefecto—. El sol, que a muchos cura las llagas, a mí no me sienta bien. Y tampoco el agua de mar, que muchos usan para curarse. Ni los bálsamos egipcios que conservan hasta la piel de los muertos o la grasa de caballo con la que se ungen la piel los escitas. Ni el pan de Alepo con que se lavan las matronas babilonias. Nada me hace bien, nada nos hace bien.

Se puso en pie y se alejó a paso lento a lo largo del mar, seguido como una sombra por el gigantesco soldado. Al cabo de unos pocos minutos, su silla fue ruidosamente ocupada por el médico griego, que dejó caer con pesadez su mole adiposa y después alargó una mano para coger del plato un poco de jamón.

—¿De qué humor está? —preguntó.

—Yo en tu lugar no me quedaría hoy aquí —dijo Afranio por toda respuesta.

El otro se encogió de hombros.

—No es culpa mía —dijo—. Yo no puedo hacer nada. Los conceptos científicos de Hipócrates han sido religiosamente respetados.

Esperó un momento para ver si alguien sonreía al juego de palabras, pero ni Afranio ni Adunco parecían muy dispuestos a darle ese gusto y decidió seguir con su autoexculpación.

—*Primum non nocere* —dijo poniendo la yema del dedo índice derecho contra el izquierdo— y yo no he hecho daño alguno al enfermo. Después —y se tocó el dedo medio—, purgar la *materia peccans* eliminando las sustancias y los humores corruptos, y yo he intentado hacerlo, pero se regeneran. He tratado de procurarle alivio con fármacos y ungüentos, con la limpieza interior y exterior más extrema, con dietas y pan de Alepo.

Después de haberse tocado el anular y el meñique, extendió las manos desconsoladamente.

—Nada —dijo—, cada tentativa de restablecer el justo equilibrio entre los cuatro humores fundamentales del cuerpo, sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra, ha fracasado miserablemente. ¿Significa esto que soy un mal médico? Yo no lo creo. ¿Significa entonces que Hipócrates era un charlatán? Aún menos. Significa, en cambio, simplemente, que le hace daño lo que piensa. Y sobre todo pensar en los judíos.

—Una teoría interesante —dijo Adunco sin disimular la ironía.

El otro le miró, irónico a su vez.

—¿No me crees, romano? Yo tampoco. Pero pregúntaselo a tu Jesús y luego volveremos a hablar. Esos esenios son poco científicos, pero tienen teorías interesantes, y curas más interesantes aún. También yo, alguna vez… Pero dejémoslo estar, esta es solo una hechicería hebraica y nosotros los griegos somos científicos. Desde hace cientos de años sabemos que el mundo está regido por las leyes inmutables de la naturaleza y no por el capricho de los dioses, y en cuanto a vosotros los romanos, vuestro Lucrecio lo ha puesto hasta en verso. Espléndidos, debo admitirlo, incluso siento que no fuera griego. En resumen, prodigios y milagros de los que no vale la pena ni hablar. Y sin embargo, alguna vez…

Miró a la figura de Pilatos que se hacía cada vez más diminuta, apenas visible más allá de la del imponente centurión que le seguía. Se había levantado una ligera brisa y alzaba remolinos de arena detrás de ellos.

—¿Creéis que me importa? —dijo—. Es un condenado romano, uno de esos provincianos que han reducido a provincia también la Hélade, y además es un despiadado hijo de perra. No había visto nunca tantas cruces en Palestina como desde que llegó él.

Observó la reacción de los otros dos.

—Grandes frases, lo sé, pero tú —dijo a Afranio— no me denunciarás porque eres griego y piensas lo mismo que yo, y tú —a Adunco—, eres hispano, creo, otro conquistado, y tienes cara de haber superado ya para siempre estas pequeñeces.

Alzó con esfuerzo su gran corpachón de la silla, apoyándose en los brazos.

—Pero sobre todo —dijo una vez restablecido el equilibrio—, sobre todo no me importa nada que me denunciéis o no. Porque tengo siempre preparado un plan de fuga infalible.

Soltó una gran carcajada, y su rostro enorme recuperó la hilaridad habitual.

—¿No estás de acuerdo, griego? —dijo alzando la voz—. ¿No estás de acuerdo, hispano?

Recogió la alforja que al llegar había dejado caer en la arena, y volvió a mirar en dirección a las dos figuritas lejanas.

—Decidle que me he ido porque no sé ya qué hacer —dijo alegremente— y que llame a quien quiera, tal vez a los esenios.

Y estaba yéndose ya cuando vio, en la terraza del palacio, una figura blanca que se apoyaba en la balaustrada, cubierta de ligeros velos que ondeaban con la brisa.

—Ella sí —murmuró—, ella sí me importa. Pensamientos, también ella. Haría…, incluso hechicerías, ¿por qué no? Cualquier cosa.

Se echó la alforja al hombro y empezó a remontar fatigosamente la pendiente de la playa. Adunco se volvió para mirar a Afranio, sin hablar, y aquel se encogió de hombros.

—Estamos todos enamorados de ella, romano. Porque ella es nuestra alma, creo yo, la conciencia de nosotros mismos. Cada uno de nosotros, Adunco, haría cualquier cosa por curarla, pero no podemos, porque nosotros somos también la enfermedad.

Capítulo XX

Excepto para Judas de Cariot —cuya expresión, con la consolidación entre la gente del mensaje de Jesús, se hacía cada vez más preocupada— esta vez la partida fue una fiesta. Eran por lo menos cien las personas que, a siete días de la Pascua, dejaron Cafarnaún y una Galilea en flor dirigiéndose a Jerusalén, y junto a los hombres caminaban varias mujeres: la madre de Jesús y su hermana, que también se llamaba María, y luego Juana, mujer de Cusa, y Salomé, madre de Juan y Santiago, y María de Magdala.

Cada año los judíos hacían aquel viaje para conmemorar su salida de Egipto, cuando el Faraón había cedido a la petición de Moisés después de que el país hubiera sufrido la décima plaga: la muerte de todos los primogénitos. Durante una semana, Jerusalén se transformaba en una verdadera colmena, donde confluían habitantes de todo el territorio y descendientes de las doce tribus de Israel. Para los peregrinos, los días del viaje eran una ocasión de alegría: familias enteras, pueblos enteros se ponían en camino, y en espera de ver asomar en el horizonte el espectáculo dorado del Templo engañaban la monotonía del camino recordando la historia de su pueblo y cantando salmos.

Como ya ocurriera para la fiesta de las Luces, Jesús y los suyos tomaron el camino que pasaba por Siquén, para llegar luego a Siló, que mil años antes había proporcionado al Arca de la Alianza su primera morada, convirtiéndose así en el centro religioso del pueblo de Israel, y a Betel, que había recibido este nombre —Casa de Dios— del patriarca Jacob. Las noches eran ahora ya tibias, y junto a los fuegos de campamento los peregrinos charlaban y comentaban la acogida cada vez mejor que su mensaje encontraba. Jesús hablaba con preocupación acerca de un excesivo optimismo, pero también él, en el fondo, se sentía más seguro respecto al viaje precedente y no disimulaba su alegría. Los que decidían pasar de la ostentación religiosa de los fariseos a su sencillez eran cada vez más numerosos, así como también los que abandonaban la espera de un Mesías guerrero por un caudillo pacífico, y llegaban continuamente mensajes de adhesión de todo el país.

También Poncio Pilatos dejó Cesarea antes de lo previsto, pero naturalmente no tenía necesidad de siete días: su escolta podía avanzar rápidamente, ya que estaba formada por trescientos jinetes idumeos, y él mismo iba montado en un espléndido animal que le había sido regalado por un noble persa. En cuanto a su mujer —el prefecto de Judea no había querido dejar a Claudia: su salud física parecía haber encontrado un precario equilibrio, pero su estado mental la mostraba cada vez más enajenada—, iba instalada en un cómodo carruaje tirado por dos grandes y tranquilos caballos. En otro carro viajaban el médico griego y algunos esclavos.

Y sin embargo, su marcha se vio de súbito lentificada. Por más que la mujer yaciera sobre una gruesa capa de almohadones, y por más que las ruedas del carro hubieran sido forradas con tiras de cuero para amortiguar los golpes, cada sacudida,

por pequeña que fuera, parecía despertar en ella una pesadilla que la hacía gritar y que la ancila que viajaba a su lado era incapaz de aplacar. Hubo que renunciar: un jinete volvió galopando al palacio y regresó al cabo de un rato precediendo a una silla de manos y a varios porteadores para que pudieran darse el cambio.

Un tiempo igualmente breve, por otra parte, empleó Pilatos en darse cuenta de que sus manos no le permitirían sujetar las riendas hasta Jerusalén, de manera que se resignó a tomar asiento en el carruaje que había sido de Claudia y a ratos iba incluso a pie, caminando al lado de la silla de manos de cuyo interior no conseguía apartar la vista. Detrás de él, llevando con una mano su gran caballo, caminaba el centurión de rostro desfigurado.

La marcha fue así reducida al paso a lo largo del itinerario que pasaba por Antipátrida, Lida y Nicópolis: tan lenta que al término de la primera jornada apenas si habían recorrido cincuenta estadios. Los soldados levantaron una tienda grande y cómoda para el prefecto y su mujer, luego cada uno de ellos se preparó una yacija con el gran manto rojo de la caballería. Se establecieron los turnos de guardia, porque sin vigilancia ni siquiera la fuerza del grupo les habría puesto al resguardo de un ataque de bandidos, y se encendieron los fuegos del vivaque.

Para no molestar a Claudia, que yacía en una postrada duermevela, Pilatos comió fuera de su tienda, junto con Adunco y Afranio.

—Mañana por la mañana os iréis solos —les dijo—, porque a este ritmo de marcha nosotros no estaremos en Jerusalén hasta la víspera de la fiesta.

Los dos estaban de acuerdo, es más, estaban a punto de proponérselo. Se despidieron del prefecto y, a la mañana siguiente, cuando el campamento se despertó, ya habían partido. Sucedió así que los dos policías se encontraron en la capital precediendo a ambos grupos. Afranio disponía de un alojamiento a escasos pasos del Templo y dio albergue en él a su colega, y a continuación comenzaron juntos la ronda de los informadores.

De Betel salía un camino que bajaba directamente a Jerusalén, pero Jesús les dijo a las mujeres y a los discípulos que prosiguieran por la vía directa hacia la capital, y con sus doce compañeros tomó el camino que pasaba por Betania. Le movía el deseo de volver a ver a sus amigos, Simón el leproso y sus nietos, pero también el de llegar a la ciudad de oriente. Se detendría en el Monte de los Olivos, y desde allí, sumido en el silencio, admiraría el reflejo de los primeros rayos del sol sobre las láminas de oro que recubrían los tejados del Templo y sobre los mármoles de que estaban revestidas las paredes. Allí palpitaba el corazón de su pueblo, que él estaba conquistando para conducirlo en paz al reino de los Cielos.

Encontró a sus amigos embargados de tristeza porque Lázaro estaba muy enfermo: llevaba sumido desde hacía días en un sueño febril y muy profundo, del que nada ni nadie conseguía despertarle, y todos temían que fuera ya demasiado tarde para salvarle incluso por un sanador tan prodigioso como Jesús. Pero una vez más la fuerza espiritual del Nazareo y sus hierbas se impusieron: al toque de las manos de

Jesús, que se posaron sobre la frente ardiente, Lázaro abrió los ojos y acto seguido consiguió tomarse una infusión. De inmediato el joven volvió a caer en el sueño, benéfico esta vez, del que se despertó muy débil algunas horas después, pero sin fiebre y con la sonrisa en los labios.

Aquella tarde Lázaro consiguió incluso levantarse de la cama para sentarse un ratito a la mesa. Marta, como siempre, servía la cena, y María, tras coger una libra de perfume de preciado nardo puro, ungió los pies de Jesús y se los secó con los cabellos, de modo que la casa se llenó del perfume del ungüento.

Se oyó entonces la voz áspera de Judas de Cariot:

—¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios, que hubieran podido ser entregados a los pobres?

Jesús sonrió.

—Debes considerarlos como un anticipo de los bálsamos para mi sepultura.

Se disponía Judas a replicar, pero en aquel momento llegó un nutrido grupo de vecinos. Les había atraído la noticia de que estaba allí Jesús el Nazareo, el mismo que pocos meses antes había curado a Simón de la lepra, y ahora, al ver que estaba sentado a la mesa también Lázaro, comenzaron a gritar:

—¡Esto es un nuevo milagro! —exclamaba uno.

—¡Y más grande aún —decía otro—, porque no cabe duda de que Lázaro estaba muerto y Jesús le ha resucitado!

Al día siguiente, Jesús y los apóstoles reanudaron el camino hacia Jerusalén. Llegados a las puertas de Betfage, cerca del Monte de los Olivos, el Nazareo mandó por delante a Tomás y a Tadeo diciéndoles:

—Id a la aldea que está enfrente, y delante de la primera casa encontraréis una borrica atada con su pollino al lado. Soltadlos y traédmelos. El dueño me conoce, decidle que son para mí, que se los devolveré pronto.

Los dos fueron e hicieron cuanto les había sido mandado. Trajeron a la borrica y al pollino, pusieron sobre ellos unos mantos y Jesús montó sobre uno de ellos. Las puertas de Jerusalén apenas si distaban cinco estadios, y estaban recorriéndolos junto con la muchedumbre que se dirigía a la ciudad para la fiesta cuando alguien, entre la multitud, gritó:

—¡Pero si ese es Jesús! ¡Jesús el Nazareo!

Entonces fue todo un grito. Muchos ya le conocían, otros venían de Betania, donde, aseguraban, el día anterior Jesús había curado a un tal Lázaro que estaba a punto de morir.

—Pero ¿qué dices? —gritó otro—, estaba muerto, y él le ha resucitado.

La turba se agolpó en torno a él, y aquellos que estaban más adelantados, cerca ya de las murallas de Jerusalén, se volvieron hacia atrás porque había llegado hasta ellos la voz. La mayor parte de la muchedumbre extendió sus mantos por el camino, mientras otros cortaban hojas de palma y ramas de olivo y las esparcían por la calle, y todos, los que le precedían y los que le seguían, gritaban diciendo:

—¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito aquel que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!

Traspusieron las murallas y toda la ciudad parecía estar esperando, conmovida. Si alguien, asombrado por aquella acogida, preguntaba: «¿Quién es este?», mil voces le respondían: «¡Es Jesús el Nazareo, es Jesús el Profeta!».

Ahora la muchedumbre era ya una gran multitud, y abarrotaba el camino que corría al pie del Monte Moría y de las ruinas del Templo de Salomón. La gente de Jerusalén corría para asistir a aquel acontecimiento porque recordaba con placer cómo Jesús, en la fiesta de la Dedicación, se había enfrentado a los guardias del Templo y a los fariseos. Pero no faltaban también muchos de estos últimos, seguidores de las doctrinas de Hillel, que estaban de acuerdo con Jesús y querían así testimoniárselo hablándole o al menos tocándole. Había hasta un sacerdote, un joven que se abría paso entre la gente a fuerza de codos y gritando hasta que pudo alcanzarle. Este se inclinó sobre su borrica para abrazar a su querido Juan, y la gente, al ver aquel encuentro entre el hombre del pueblo y el patricio, dio un nuevo grito de entusiasmo.

Pero un grito más fuerte aún, un verdadero estruendo, estalló cuando la multitud se dio cuenta de que un hombre anciano trataba de acercarse a la montura de Jesús y reconoció en él al más famoso y venerado de los fariseos: el viejo Gamaliel, que era nieto de Hillel. El pueblo entero de Jerusalén le quería, porque Gamaliel siempre había mantenido libre su espíritu de la estrechez mental casuística de ciertos colegas suyos, y porque había rechazado sus manifestaciones exteriores, porque era el más profundo comentarista de las Escrituras, pero admitía el valor de las otras ciencias. Y dado que se guardaba mucho de caminar con el rostro velado o con los ojos cerrados, como hacían determinados fariseos, la gente contaba riendo que seguro que el viejo Gamaliel no tendría ningún escrúpulo en echar una mirada a alguna gentil. La multitud se abrió delante de él, y el anciano pudo ahora alcanzar fácilmente su objetivo: todos vieron cómo sus manos se apoderaban de una de Jesús para posársela sobre la cabeza, y de nuevo los gritos llegaron al cielo.

La marea humana reanudó su avance y pasó por delante de la fortaleza Antonia. En otras ocasiones, en cualquier otra ocasión, a la vista de tanto gentío vociferante habría salido del imponente edificio un nutrido manípulo de soldados romanos para restablecer el orden y prevenir toda tentación de revuelta, pero esta vez ninguno de los legionarios de guardia se movió ni se abrieron tampoco los grandes portones detrás de los cuales se oía relinchar, de vez en cuando, a los corceles de la caballería idumea.

También Pilatos, en efecto, había llegado aquella mañana. Durante toda la noche había hecho ir a los caballos al paso de los porteadores, mientras él descansaba en el carruaje o velaba el sueño de Claudia, y al rayar el día, cuando las murallas rosadas de Jerusalén estaban ya a la vista, había mandado por delante a la mitad de los jinetes para reforzar la cohorte de infantería acuartelada en la fortaleza Antonia.

Algunas horas después, también el prefecto había entrado en la ciudad, por la puerta de Yaffa, con los otros idumeos y el centurión Marco escoltándole a él y a la silla de manos de Claudia hasta el palacio de Herodes, donde se hospedaban los procuradores de la provincia. Al verles, la gente se retiraba a sus casas, o bien proseguía su camino sin rendir homenaje alguno al representante del poder imperial. Pilatos se mantenía erguido en la silla, sin mirar a nadie. Guiaba el caballo con las rodillas, sujetando apenas las riendas, pero tenía igualmente que apretar los dientes para vencer el dolor en las manos y esto endurecía aún más aquella expresión que los judíos tanto detestaban.

El palacio de Herodes, en una esquina de la explanada del Templo, era un edificio con grandes terrazas y leones de mármol blanco de guardia en la escalinata. En un lateral, una escalera exterior llevaba a lo alto de tres torres que el rey idumeo había dedicado a una de sus nueve mujeres, María, a su hijo Hípico y a un amigo de este, Fasael. Desde allí era posible ver buena parte de los monumentos con los que Herodes había embellecido Jerusalén, incluida la parte alta de la fortaleza Antonia y, naturalmente, el tejado de oro del Templo, pero la mirada no alcanzaba a la garganta de las callejuelas que se perdían por la ciudad. Pilatos bajó de la torre y ordenó que trajeran ante él a Afranio y Adunco, o al menos a uno de los dos, pero nadie sabía dónde encontrarles.

En aquel mismo momento, dos de los muchos gentiles llegados a Jerusalén para asistir a la fiesta hebraica o también para tomar parte en ella, pues no faltaban los paganos pasados al monoteísmo, consiguieron abrirse paso entre la gente hasta uno de aquellos que más cerca estaban de Jesús.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó cortésmente uno de ellos, cuyos rasgos no eran judíos pero cuyo arameo no delataba ningún acento extranjero.

—Soy Felipe —respondió el apóstol—, Felipe de Betsaida.

—Vemos que eres amigo de Jesús el Nazareo —dijo el otro—, a quien nosotros admiramos mucho. Desearíamos verle, hablar con él un momento. ¿Puedes ayudarnos?

Felipe se lo dijo a Andrés y juntos fueron a decírselo a Jesús, que en seguida, sonriendo, consintió; pero en aquel momento la multitud empujó para llegar hasta el Nazareo y una corriente de personas se interpuso entre él y los gentiles. Vio que uno le gritaba algo, y por el movimiento de la boca le pareció que hablaba de los zelotas. Al otro, un anciano alto y vigoroso, creyó reconocerle, pero en ese momento y en medio de la confusión no pudo identificarlo. Solo al cabo de algunos instantes, cuando ya los dos habían desaparecido en la marea humana, recordó al viejo que para defenderle no había dudado en sacar el puñal.

—Es inútil —dijo Afranio—, no conseguiremos nunca llegar hasta él. Pero pierde cuidado: en torno a Jesús hay varios de los nuestros, y aunque él no haya entendido mi advertencia, ellos la han captado sin duda y saben cómo actuar.

Descontento, Adunco hizo un gesto de resignación, pero sabía que el otro tenía

razón y que no había nada que hacer. Volvieron a salir fatigosamente de la marea de aquellos que llegaban de occidente y se encaminaron hacia el palacio de Herodes, porque debía de haber llegado ya Pilatos.

Le encontraron mientras se contemplaba las manos casi con asombro, como si no reconociese como suyas aquellas dos pobres articulaciones laceradas. Su esclavo personal, que debía envolverlas de nuevo en las vendas, temblaba solo de pensar en hacerle daño, pero el prefecto asistió a la operación como si no fuera con él, como si le resultase también extraño el dolor. Sin embargo, una vez terminada la operación, el rostro delató una expresión de alivio, y Pilatos se dejó caer en un asiento con un suspiro.

—¿Qué sucede allí afuera? —preguntó a los dos policías.

—Un verdadero triunfo de nuestro hombre —respondió Afranio—, puedes estar satisfecho.

El prefecto miró a Adunco y dijo:

—A juzgar por tu expresión, pareces menos optimista que tu colega.

El viejo policía se encogió de hombros.

—No sabría decirte por qué —dijo—, no es más que una sensación, en realidad no hay razón para preocuparse. Esos zelotas…

Pilatos se puso en pie de un salto.

—¿Zelotas? —gritó.

Afranio asintió.

—Hay muchos —dijo— y continúan llegando. Mis hombres me han informado de ello apenas llegar. La cosa es preocupante, sin duda, pero se trata de una cuestión de rutina. Sabes perfectamente que en las fiestas que exigen la peregrinación llega siempre muchísima gente, algunos con la esperanza de fomentar alguna revuelta y de organizar al menos algún enfrentamiento con los soldados. Pero están bien controlados, y sobre todo, no creo que Jesús pueda ser su blanco. Aun así…

El pequeño policía se enfrascó en una reflexión, pero era el momento menos indicado para dejar al prefecto ante un discurso en suspenso.

—¡Habla, maldito griego! —gritó Pilatos—. ¡Habla, diablos!

—Deben de tener en mente algo gordo —hubo de admitir Afranio— o Jesús Bar-Abba no estaría aquí.

Al oír la simple mención del jefe zelota, la expresión del prefecto se hizo sarcástica.

—¡Ah, muy bien —dijo—, muy bien: Bar-Abba está aquí, el cabecilla de los bandidos está en Jerusalén, el asesino está entre nosotros, pero no hemos de preocuparnos! ¿Estás aún en tus cabales, Afranio? ¿O he de confiarte a tu compatriota médico para que te aplique una de sus inútiles curas?

El otro negó con la cabeza.

—Te he dicho que están bien controlados. Pueden intentar algo, pueden conseguir apuñalar a alguien, pero si lo hacen serán apresados. Y en cuanto a Jesús, te lo repito,

no creo que tengan intención de herirle, no sin duda aquí y ahora. El pueblo le está dispensando un recibimiento de rey, y aunque esto pueda molestarles, no serán tan necios como para ponerse en contra del pueblo.

Era cierto. El delirio de la multitud, que ahora ya invocaba a Jesús como el Mesías, le acompañó hasta el Templo y consiguió aumentar más aún cuando de nuevo el Nazareo se puso a expulsar a los vendedores, entre los estallidos de risa de la gente y el estrépito de los animales. Pasaron unas horas antes de que volviera a reinar la calma, y cuando el grupo de los galileos llegó a las casas de Juan el Sacerdote y de otros parientes y amigos que les tenían hospedados, el sol se estaba poniendo.

Durante la cena repasaron aquellas horas tan llenas de sucesos. Algunos de ellos estaban entusiasmados.

—Ahora ya es cosa hecha —afirmaba Santiago, hijo de Cleofás; y también Natanael estaba de acuerdo:

—La gente está con nosotros. Está cansada de la hipocresía de los escribas y de los fariseos, que no quieren más que ir por ahí con largas vestiduras, tener los primeros puestos en las sinagogas y en los convites, y hacer exhibición de que rezan mientras devoran en las casas de las viudas.

Lo mismo decían Felipe y Tomás, y recordaban que los saduceos, que no creían en la resurrección, veneraban de hecho a un Dios de los muertos más que a un Dios de los vivos como era el de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Mucho más cautos se mostraban Leví Mateo y Simón Pedro, que invitaban a no considerar como pasado el peligro, pero Andrés y Juan el Sacerdote hacían notar que un apoyo como el de Gamaliel era fundamental, y que sin duda aquel día muchos fariseos habían cambiado de bando: de ahora en adelante apoyarían la verdadera penitencia en vez de la falsa apariencia, y esperarían a un Mesías de paz más que a un caudillo guerrero.

Pero uno de ellos callaba, sombrío como siempre, más que siempre, y Jesús se dirigió a él con una sonrisa:

—Y tú, Judas, ¿qué piensas de ello? Y sobre todo: ¿piensas ponerte más triste aún o vas a decidirte a disfrutar con nosotros?

El hombre de Cariot alzó hacia él un rostro lleno de arrugas, afligido. Clavó la mirada en la de Jesús y solo después de un largo silencio, que implicó a todo el grupo, se decidió a hablar.

—De todos nosotros —dijo—, yo soy el único infeliz; es más, soy el más infeliz de los hombres. Yo te escucho y sé que eres sincero y quisiera creer, pero no puedo. Daría la vida para que tus palabras se hicieran realidad, pero estoy convencido de que ello es imposible. Lo que dices me gusta cada vez más, y paso el día esperando que me convenzas, pero llega la noche y me trae un viento contrario. Yo no sé si Menajén, hijo de Judas, tiene razón cuando afirma que el reino de Dios debe ser conquistado con sangre en el campo de batalla, ya no lo sé. En esto has conseguido

instilarme la duda. Pero estoy convencido de que tampoco conquistaremos la paz con la paz, porque siempre habrá quien se aproveche de nuestra mansedumbre para someternos y convertirnos en esclavos.

Y de nuevo se hizo el silencio. Los ojos de Judas, con la mirada perdida en el vacío, eran como piedras, en tanto que los de Jesús expresaban una inmensa pena; los de los demás, la sombra de aquella terrible duda.

—Y sin embargo —dijo finalmente Jesús—, sabes perfectamente que solo en la paz existe la esperanza de conquistarla de verdad.

—Tal vez —admitió Judas de Cariot—, pero me pregunto cuánto tiempo hará falta y qué precio tendrá que pagar nuestra gente. ¿Cuántas veces aún tendremos que ir al exilio en Egipto? ¿Cuántas veces aún tendremos que ser deportados a Babilonia? ¿Cuántas veces aún un hijo de Israel deberá llevar durante una milla el equipaje de un romano idólatra? ¿Cuántas veces deberá, según tus enseñanzas, poner también la otra mejilla a quien le ha dado una bofetada? Por eso creo que es mejor luchar, y matar, y vencer, y en el reino de los Cielos estar al lado del triunfador.

A la mañana siguiente, Jesús quiso dirigirse al Templo solo, y algunos discípulos decididos a seguirle tuvieron que hacerlo a distancia. El lugar que más gustaba al Nazareo era el pórtico de Salomón, donde tres filas de columnas trazaban dos galerías; allí paseaba largamente, alzando la mirada para admirar el techo de madera tallada o asomándose para contemplar el valle del Cedrón que había abajo. La pared del Templo se erguía al borde de un barranco, de modo que Jesús tenía la impresión de asomarse a un abismo que luego la mirada vadeaba hasta posarse, allí en frente, sobre la pendiente del valle cubierto por las lápidas de unas tumbas insignes, quizá de hombres poderosos, quizá de antiguos profetas. Pensaba en las palabras de Judas, y en la verdad que también ellas encerraban, pero pensaba asimismo que ya la grandeza de aquellos espléndidos sepulcros blanqueados guardaba solo podredumbre, y sacaba de ello una reconfortante confirmación de lo que trataba de enseñar a la gente. Es cierto, quizás harían falta siglos llenos de nuevas injusticias, pero estaba seguro de que aquella era la única vía para llegar a la verdadera justicia, a la verdadera paz.

Se volvió. Muchos peregrinos y jerosolimitanos habían entrado en el Templo y estaban bajo el pórtico, pero al ver a Jesús tan absorto habían respetado su concentración y su silencio. Ahora le saludaron y le pidieron que les expusiese su mensaje, y apenas había comenzado él a hablar cuando llegó un grupito de personas que se dirigió hacia él con mucha cordialidad.

—Estamos felices de haberte encontrado —dijo uno de ellos— porque desde hace tiempo estamos debatiendo un punto que nos parece fundamental sin conseguir encontrar una respuesta satisfactoria. Sabemos que hablas y enseñas rectamente, y que no te preocupa la apariencia de los hombres, sino que les enseñas el camino de Dios de acuerdo a la verdad. Dinos: ¿es lícito o no, pagar tributo a César?

Mientras lo contaba a Pilatos y Caifás, Afranio no podía contener la risa.

—Delante de esos zorros —dijo— cuyas colas y sobre todo dientes se veían muy

bien, no lo dudó lo más mínimo. «Muéstrame un denario», dijo, y cuando uno de ellos se llevó la mano a la faltriquera y sacó una moneda, él dijo: «¿De quién es esta efigie? ¿De quién es la inscripción?». Los otros miraron la moneda y luego se miraron unos a otros, y a continuación el que tenía la moneda se atrevió a decir: «De César». Pero saltaba a la vista que se esperaba algún milagro, qué sé yo: que la moneda desapareciese, o que en la cara de Tiberio despuntase la barba. Pero Jesús, con gran serenidad, le dijo: «Restituid al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». Puedo aseguraros que los otros no sabían qué partido tomar. Se guardaron de nuevo la moneda en el bolsillo y desaparecieron, con su cola de zorros entre las piernas, mientras la gente se reía a sus espaldas.

También Adunco sonreía, pero no los otros dos:

—Por lo animado de tu relato —dijo el sumo sacerdote—, he de deducir que te hallabas presente. ¿Acaso te has hecho circuncidar?

—No, Caifás —le respondió el pequeño griego sin perder su buen humor—, pero ya sabes que no era la primera vez que entraba en el Templo, y que en caso de que me pillaran tendrías que ayudarme a salir con la máxima discreción.

Pilatos, que hasta aquel momento había permanecido en silencio, hizo un gesto de fastidio.

—Estamos perdiendo el tiempo en tonterías —exclamó—, y por si fuera poco en tonterías incomprensibles. Comprendo la trampa: si hubiera dicho que había que pagar se habría enemistado con los zelotas, y si hubiera dicho que no hay que hacerlo se habría hecho culpable de rebelión contra el gobierno romano. Ha logrado eludir una y otra, es cierto, pero ¿qué demonios ha querido decir con esa respuesta?

—Yo creo poder explicarlo —intervino Adunco—. Todo radica en la palabra usada, en el verbo «restituid». Cuando el emperador manda acuñar monedas se trata de una concesión, la concesión de una propiedad suya, y el hecho de que cada moneda lleve grabada su imagen viene a demostrar que es suya. La respuesta de Jesús significa simplemente esto: que la moneda pertenece a Tiberio, y por eso debe serle devuelta. Nada más.

—¡Pero no respondió a la pregunta! —exclamó el prefecto.

—Es cierto —hubo de conceder Adunco—, pero tú mismo has dicho que si hubiera respondido se habría equivocado en cualquier caso.

Pilatos y Caifás hicieron un signo de asentimiento.

—De modo que —dijo el segundo— este es otro punto a favor de nuestro hombre.

Afranio hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Y sin embargo, Caifás —añadió no sin un cierto reproche en la voz—, esto nos dice también que tu gente no ha renunciado a atacarle. Hoy han salido malparados, pero las cosas no tienen por qué salir siempre bien. Debes hacer algo, tomar más decididamente las riendas de la situación.

El sumo sacerdote negó con la cabeza.

—No puedo hacer más. Muchos, y no se trata solo de saduceos, temen que los negocios se vayan a pique, de modo que están dispuestos a todo con tal de evitar que el Nazareo les arruine. Pero ahora tiene ya a la gente de su parte, el riesgo no me parece grande.

—Aún lo es —dijo Afranio—. Hoy no ha respondido, pero su punto flaco sigue siendo su posición respecto a la Ley judaica y respecto a las leyes romanas. Le seguirán atacando. A menos que…

—¡Deja de tenernos sobre ascuas, maldito griego! —gritó el prefecto—. Y dinos ya qué se te pasa por la cabeza.

—Por la cabeza —dijo Afranio— se me pasa un proceso.

Capítulo XXI

Durante el día, Jesús enseñaba en el Templo, y todo el pueblo, desde la mañana, iba a escucharle. Cuando luego se hacía de noche subía al Monte de los Olivos por un sendero que llevaba a una explanada con un lagar y un montón de ánforas para el aceite, y se quedaba allí largas horas. Observaba, allá abajo, las llamitas que iluminaban las ventanas, y los reflejos de la luna sobre el tejado de oro del Templo, y la blanca esbeltez de las tres torres que dominaban el palacio de Herodes: había allá abajo la Jerusalén de David, la de Salomón, aquella en la que Herodes había sembrado fantásticos edificios en los surcos tortuosos y un tanto sórdidos de una ciudad sin deseo de belleza. ¿Habrá alguna vez, se preguntaba, una Jerusalén de Jesús, la ciudad pacífica y pura, vestíbulo del reino de los Cielos? A escasa distancia de él, en la oscuridad, apóstoles y discípulos comentaban los hechos del día pasado y pensaban en aquello que pronto surgiría, mientras la Pascua se acercaba con su promesa de fiesta.

Pilatos, acompañado por Afranio y Adunco y escoltado solo por el centurión de rostro desfigurado, se reunió entrada la noche con Herodes Antipas y Anás en la casa de Caifás. Saludó al suegro del sumo sacerdote con el respeto debido a quien sabe conservar el verdadero poder aun sin tener sus insignias, y dio con indiferencia la mano al tetrarca y al amo de la casa. Su único deseo era estar en su palacio, aliviar con algún ungüento el dolor de sus manos y luego yacer sobre el gran lecho al lado de Claudia, dormida en un rayo de luna, pero aquella reunión era importante y él mismo había querido que tuviese lugar: se trataba de poner a Jesús el Nazareo, de una vez por todas, fuera del alcance de saduceos ávidos y fariseos fanáticos, para que la operación tan prometedora que habían puesto en marcha pudiera llegar a buen puerto.

«Un largo período de paz», pensó el prefecto, «para que Tiberio y Sejano estén contentos de mí y me hagan volver, me concedan un cargo importante en Roma, y sobre todo me alejen de estos fanáticos. Pero antes», pensó el prefecto, «antes hablaré yo mismo con ese galileo, porque si en las leyes naturales no se encuentra un remedio ni para mí ni para Claudia, si la ciencia no sirve, quizá la magia…».

Se dejó caer en un gran asiento cubierto de mullidos cojines y aceptó el vino que un siervo de Caifás le ofrecía.

—La idea —dijo— era de Anás… —Se detuvo para hacer un gesto de excusa para con su huésped y prosiguió—: De Anás y de Caifás, y nos pareció buena. La pusimos en práctica y ha dado resultado. Sin embargo, nos parece que existen aún algunos riesgos de fracaso, y estamos aquí para encontrar una solución.

El viejo sacerdote se pasó los dedos por la larga barba ya casi blanca e hizo un signo de asentimiento.

—Es cierto —dijo—, hay personas pertenecientes a nuestro círculo que, sin embargo, no han comprendido aún lo provechosa que puede resultar para todos nosotros la predicación del Nazareo. Piensan que es mejor sacrificar a un solo

hombre que poner en peligro los intereses de muchos, y no comprenden que el mensaje de Jesús solo pone en peligro los negocios de poca monta. Nuestro verdadero interés descansa en cambio en la estabilidad, es decir en la aceptación, por parte del pueblo, de una convivencia pacífica con los romanos.

Hizo con la cabeza un pequeño gesto de homenaje en dirección a Pilatos y continuó:

—Pero, a pesar de haber sido yo quien tuvo la idea, confieso que no sé cómo superar estos últimos obstáculos.

También Herodes habría querido estar en su palacio, tumbado junto a Herodíades, y admirando las danzas de Salomé. Resopló, aburrido, y dijo:

—¿No estamos exagerando? ¿Qué problemas pueden causar unos pocos mercaderes y algunos doctores de la Ley perdidos en sus especulaciones?

—Pocos, probablemente —admitió Caifás—, pero también yo opino, como el prefecto, que representan de todos modos un riesgo demasiado grande. Es necesario hacer algo, y yo creo que la estratagema puesta a punto por nuestro amigo Afranio es adecuada al objetivo.

Una mirada a su alrededor hizo comprender a Herodes que era el único que no conocía el plan, pero se encogió de hombros con indiferencia.

—Adelante —invitó—, ponedme en seguida al corriente y demos por concluida esta reunión.

Todos los ojos se fijaron en Afranio, y el pequeño griego comenzó diciendo:

—La posición de Jesús es insegura porque la actitud que el poder religioso y el militar tienen para con él es ambigua. Su mensaje se aparta de la interpretación oficial de la Ley, y esto va contra el Sanedrín. Se habla de él como del Mesías, de un rey ungido por el Señor, y esto suena contrario al dominio del emperador romano. Es fácil, con buena o mala fe, atacarle en estos dos planos. Pero supongamos…

Una vez más, Afranio cedió a su gusto por la teatralidad, pero una mirada furiosa de Pilatos bastó para hacerle reanudar su discurso:

—Supongamos que el Sanedrín se decida a aclarar las cosas, y que el prefecto de Judea haga otro tanto. Que uno y otro interroguen y juzguen a Jesús de Gamala llamado el Nazareo, y que, si es el caso, haga lo mismo el tetrarca de Galilea, y que los tres concluyan que nada, en su labor, es contrario a la Ley del Señor ni a la del emperador. Entonces…

Esta vez el pequeño griego no se había detenido, le había interrumpido Herodes con un gesto de la mano.

—Entonces —dijo el tetrarca—, Jesús se habrá declarado delante de todos respetuoso con las leyes y nadie estará ya autorizado a dudar de ello. Reanuda su predicación de paz y justicia en el reino de los Cielos, la gente le escucha cada vez más convencida, y así nos asegura la tranquilidad en nuestros reinos terrenales. Muy bien. Pero queda un problema, que es todo menos pequeño.

—¿Cuál sería? —preguntó Pilatos.

—Los zelotas —respondió Herodes—. No serán ciertamente estos dos falsos juicios los que les detengan. Más aún: el hecho de que Jesús cuente con la aprobación de los saduceos y de los romanos les incitará todavía más contra él. ¿Qué me respondéis?

—De los zelotas —manifestó Afranio— ya me encargo yo.

Una vez más el tetrarca paseó la mirada por todos los presentes, y una vez más fue evidente que todo estaba ya decidido. Él había sido llamado no porque quisieran su asentimiento, sino tan solo para informarle, para que supiera cómo comportarse si fuera involucrado. Se levantó.

—Siendo así —dijo—, estamos todos de acuerdo y podemos disolver la reunión.

Se acercaba la noche entre el 14 y el 15 del mes de Nisan, cuando cada familia inmolaría un cordero como habían hecho los hebreos en tiempos del exilio en Egipto, asperjando luego con la sangre del animal las jambas de las puertas de sus casas para que Yahvé pudiera reconocerlas y librarles del sacrificio de los primogénitos. Aquella noche todos se pondrían ropas solemnes, se purificarían con las abluciones rituales, escucharían de boca del cabeza de familia el relato del acontecimiento, recitarían los salmos y comerían los corderos y el pan ácimo tomándose cuatro copas de vino.

La víspera, mientras se encontraban en el Monte de los Olivos, algunos apóstoles se acercaron a Jesús y le preguntaron:

—¿Dónde quieres que preparemos tu mesa para la comida de la Pascua?

Jesús respondió:

—Buscad en la ciudad a Juan el Sacerdote y decidle que iremos a su casa. Os mostrará un cenáculo en la planta de arriba, grande, con manteles y almohadones, ya preparado. Allí pondréis la mesa para nosotros.

Los apóstoles fueron, encontraron las cosas tal como Jesús les había dicho y prepararon la Pascua. La celebraron sin las mujeres, de acuerdo con las severas costumbres de los esenios, de modo que eran trece más el amo de casa: el más querido para el Nazareo de todos los discípulos. Mientras comían, resonaron fuertes golpes en la puerta, e inmediatamente después un siervo subió a anunciar que buscaban a Judas de Cariot. El apóstol se levantó deprisa y salió, volvió al cabo de pocos instantes con el rostro pálido y ocupó su puesto en la mesa sin decir palabra.

Pero su silencio se contagió a los demás, se volvió general. Los ojos de todos estaban fijos en Judas, y Jesús, mirando a su apóstol y vigilante, comprendía que estaba absorto en pensamientos tristes y violentos. ¿Tenían que ver acaso con él? ¿El vigilante se imponía al apóstol? Le dijo:

—¿Puede, así pues, suceder algo malo, Judas, en una noche como esta?

El hombre de Cariot levantó lentamente el rostro y miró a Jesús a los ojos.

—Ha habido una revuelta —dijo—, pero ya ha terminado. No debes preocuparte por nada.

Sin embargo, ya la alegría se había esfumado. Terminó la cena, se cantó el himno pascual y a continuación todos se levantaron para irse, como cada noche, al Monte de

los Olivos. Algunos discípulos, que les habían esperado, se unieron a ellos. Caminaban silenciosamente a lo largo de las calles y callejones, sumidos en el eco de los salmos que salían aún de muchas casas. Simón el Zelota se acercó a Judas, que caminaba a la cola del grupo, y le preguntó:

—¿Nuestros amigos?

El hombre de Cariot le miró y no pudo reprimir una sonrisa sarcástica.

—Los nuestros no, Simón, sino los míos. Tú les has abandonado, ¿recuerdas?

El otro inclinó la cabeza y aceleró el paso, pero luego volvió cerca de su viejo compañero y de nuevo preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Han matado a un soldado romano —dijo Judas—, pero eran vigilados de cerca. Tres de ellos han sido apresados.

—¿Quiénes son? —preguntó Simón.

—Hestas y Dismas. Mañana les crucificarán.

—Has dicho que eran tres.

Judas se detuvo, alzó los ojos al cielo como para buscar la respuesta al tormento que le dominaba.

—Ese es el problema —dijo—, porque esos dos son amigos, pero el tercero es mucho más: es uno de nuestros jefes, y para nosotros muy importante.

Simón le puso una mano sobre un brazo y apretó fuerte.

—¿Te refieres a Bar-Abba?

—Sí —respondió Judas—, y mañana le crucificarán también a él.

Entretanto habían llegado al huerto de Getsemaní, el lugar del Monte de los Olivos que prefería Jesús. Hacía una noche serena y estrellada, y también la ciudad de Jerusalén, allá abajo, parecía tranquila y silenciosa, diseminada de pequeñas luces, pero el Nazareo se sentía inquieto.

Dijo a los apóstoles y a los discípulos:

—Sentaos aquí, mientras yo voy a orar.

Tomó consigo solo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y con ellos fue a la explanada en la que se encontraban el lagar para las aceitunas y las ánforas. Quería orar y no lo conseguía, y cada momento que pasaba se sentía más triste, entonces se dirigió a los tres apóstoles y les confió:

—Triste está mi alma hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo.

Se adelantó unos pocos pasos, se postró en tierra y comenzó a orar.

—Padre mío —decía—, si es posible, aleja de mí este cáliz. Mas no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.

Se quedó durante un rato profundamente concentrado en la oración, pero se sentía tan solo que volvió donde había dejado a los demás. Los encontró dormidos por el cansancio y por el vino. Puso una mano sobre un hombro de Pedro y lo sacudió ligeramente, hasta que el pescador abrió los ojos.

—¿De modo que no habéis podido velar conmigo una hora? —les preguntó Jesús

—. Velad y orad para que no caigáis en la tentación; el espíritu es fuerte, pero la carne es débil.

De nuevo, por segunda vez, se apartó para orar.

—Padre mío —decía—, si esto no puede pasar sin que yo beba este cáliz, hágase tu voluntad.

Cada vez más inquieto, volvió hacia donde estaban sus amigos y de nuevo los encontró a casi todos dormidos. Estaba a punto de sacudirles de nuevo cuando en vez de él lo hizo el ruido de las muchas personas que subían por las laderas del monte. Muy pronto la claridad de sus antorchas comenzó a llegar hasta el grupo de Jesús, y el ruido de pasos y de voces se convirtió en un estrépito con el que se mezclaba el ruido metálico de las armas.

Ahora los apóstoles estaban todos de pie y se apretaban, espantados, en torno al Nazareo. Uno de ellos, Leví Mateo, le tiraba desesperadamente del brazo para que se alejara, pero inútilmente. Solo Judas se mantenía aparte, inseguro, pero en un momento pareció tomar una decisión. Lanzó una mirada a Jesús, se apretó por un momento la cabeza entre las manos y luego, echando a correr, desapareció rápidamente en la oscuridad.

Ahora, los que llegaban estaban ya a la vista, una turba de gente armada con garrotes y espadas.

—¡Son guardias del Templo! —exclamó Pedro.

—¡Es gente de los sacerdotes —gritó Simón el Zelota—, pero los de las espadas son legionarios romanos!

El que parecía el jefe del grupo llegó ante Jesús y le dijo:

—Salve, Maestro.

—Amigo —le respondió el Nazareo—, ¿a qué vienes?

En vez de responder, el otro se volvió e hizo un gesto a los suyos para que avanzasen. Aprovechando aquel momento, el joven discípulo de rubios cabellos sacó una espada de debajo de la túnica y acometió contra aquel hombre al tiempo que gritaba:

—¡Vete, Jesús, vete!

Pero Jesús hizo lo contrario: con un movimiento rápido aferró la muñeca del joven y le impidió que asestara el golpe.

—Devuelve tu espada a su lugar, amigo mío —le dijo severamente—, pues quien toma la espada, a espada morirá. ¿O crees que no puedo rogar a mi Padre, quien pondría a mi disposición al punto más de doce legiones de ángeles? Pero no es de este modo que deben suceder las cosas.

Soltó la mano del joven y se volvió hacia aquella turba:

—¿Como a ladrón habéis salido con espadas y garrotes a prenderme? Todos los días me sentaba en el Templo para enseñar, y no me prendisteis.

Pero aquellos no respondieron. Se limitaron a rodearle, a atarle las manos y a llevárselo, mientras todos sus discípulos huían.

Los legionarios regresaron a la fortaleza Antonia dejando a Jesús en custodia a los guardias del Templo, que le llevaron a casa de Anás, donde estaban reunidos también Caifás y muchos de los jueces del Sanedrín. Era esta la máxima autoridad hebraica, espiritual y temporal. Estaba formada por la aristocracia de Jerusalén, sacerdotes y laicos: setenta jueces más el sumo sacerdote que les nombraba, y bastaba con la presencia de veintitrés para que pudiera dictar sentencia. Cuando Jesús fue empujado al interior de la estancia, había por lo menos treinta. Estaban discutiendo animadamente, y al verle atado de manos, uno de ellos, Nicodemo, hijo de Gorión, gritó dirigiéndose a Caifás:

—¿Por qué habéis apresado a este hombre, en definitiva? ¿De qué se le acusa?

Uno de los saduceos dio un paso adelante:

—¡Yo le acuso! —gritó—. ¡Le acuso de armar escándalo en el Templo, de pretenderse hijo de Dios!

Pero otro juez, José de Arimatea, ignoró al acusador y se dirigió a Caifás y a Anás, que estaban sentados cerca.

—No podéis hacer esto —gritó—, va contra la Ley y vosotros lo sabéis bien.

El viejo Anás se encogió de hombros.

—¿Qué va contra la Ley? —preguntó con una sonrisa irónica.

—En cualquier caso —intervino Caifás—, no somos nosotros dos quienes acusamos a este hombre, sino muchos que están descontentos de su comportamiento y consideran que su doctrina va ya contra nuestra Ley, ya contra la de los romanos. Pero dejemos que sea él mismo quien hable de ello.

Se acercó a Jesús y le preguntó:

—¿Cuál es tu doctrina? ¿Qué enseñas a tus discípulos?

Jesús le respondió:

—Yo he hablado públicamente al mundo; siempre he enseñado en las sinagogas y en el Templo, adonde concurren todos los judíos, nada he hablado en secreto. ¿Qué me preguntas? Pregunta a quienes me han oído qué es lo que yo les he dicho; ellos deben de saberlo.

Apenas Jesús hubo dicho esto, uno de los guardias, que estaba a su lado, le dio una bofetada, diciendo:

—¿Así respondes al sumo sacerdote?

El Nazareo levantó las manos atadas para pasárselas por la mejilla y luego, tranquilamente, replicó:

—Si he hablado mal, muéstrame en qué, y si bien, ¿por qué me pegas?

Los que eran contrarios a Jesús alzaron un gran clamor, acusándole de descaro y de inmoralidad, pero aunque fuesen los más ruidosos su número era reducido. Entonces se levantó Gamaliel y en seguida se hizo el silencio. El maestro fariseo fue a ponerse al lado de Jesús y le puso una mano sobre el hombro.

—Nicodemo y José de Arimatea tienen razón, Caifás —dijo con un tono de voz severo—, no solo no existe una verdadera acusación, sino que todo ello va contra la

Ley.

Miró a Nicodemo y a José, que asintieron, y a continuación a Anás y a Caifás, que permanecieron impasibles, y luego al grupo de los acusadores, que ahora parecía avergonzado.

—Nuestra Ley —prosiguió— dice que no se puede procesar en sábado, o en los días festivos y en sus vigilias, o de noche, y me parece que estamos infringiendo todas estas normas. La Ley dice asimismo que los debates deben ser públicos y que deben desarrollarse en el atrio del Templo llamado Beth Din, pero estamos en casa de Anás, que ni siquiera es el sumo sacerdote en funciones, y únicamente están presentes unos jueces. No hay perjudicados, a no ser quizás en alguna miserable cuestión de intereses, y no veo a los testigos de la acusación. Y por si todo ello no bastase, la tradición de nosotros los fariseos dice que no se puede sentar en un tribunal quien se haya tomado cuatro o más vasos de vino, y todos acabamos de salir del banquete pascual. ¿Qué proceso es este?

Caifás se levantó al punto, haciendo un gesto para llamar a los guardias:

—De proceso nada —dijo—, solo un interrogatorio para aclarar si a este hombre hay que procesarle o no. Me parece claro, a esta altura, que nosotros no tenemos verdaderas acusaciones que presentar contra él, y quienes de nosotros han tratado de causarle daño harán bien, de ahora en adelante, en renunciar a ello. Y sin embargo…

A una señal suya los guardias hicieron salir a Jesús, y Caifás prosiguió:

—Me pregunto, sin embargo, si lo mismo vale para los romanos. Este hombre parece querer enorgullecerse de una condición mesiánica que forma parte de nuestras ideas, pero que ellos podrían considerar peligrosa, y yo creo que es interés nuestro mantener buenas relaciones con los ocupantes.

Los adversarios del Nazareo vieron en esta frase una posibilidad de lograr, en cualquier caso, su objetivo, y gritaron:

—¡Llevémosle ante Pilatos, que le juzgue él!

Los tres jueces favorables a Jesús pusieron alguna objeción pero sin insistir, y todos los demás optaron por remitir el problema al prefecto.

Había ya despuntado el día cuando Jesús fue conducido al pretorio. Pilatos se había trasladado allí la tarde anterior, llevando consigo a Claudia porque no se atrevía ya a abandonarla. Con el centurión Marco a su lado había escoltado la silla de manos en la que ella yacía, y luego, al caer Claudia en un sueño tormentoso, la había velado largamente. De vez en cuando algún sonido amortiguado afloraba de las pesadillas que la atormentaban, y Pilatos captó la palabra cruz, la palabra muerte. «Me odia», pensó, «también en sueños». Le pareció oír la palabra galileo, pero se negó a aceptarlo. «Aquel hombre», pensó, «se está adueñando de todos mis pensamientos».

Al amanecer, oyó las voces de los jueces del Sanedrín, que pedían ser recibidos, salió y pocos minutos después se encontró delante a Jesús de Gamala. «Así que este es el hombre», pensó. «El mago que quizá podría»… Le miró y le miró de nuevo, y vio a un hombre cualquiera, de mediana estatura, con una luenga barba y largos

cabellos desgreñados, una expresión de cansancio en el rostro y en los ojos una luz vigilante que no era ajena al miedo. El mago que quizá podría… Desconsolado, sacudió la cabeza.

Se volvió hacia los sacerdotes y preguntó:

—¿De qué se acusa a este hombre?

—Dice ser el rey de los judíos —respondieron ellos—. Te lo entregamos para que le juzgues.

Pilatos hizo entrar a Jesús en el pretorio y le dijo:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

El galileo se encogió de hombros.

—Tú lo dices —repuso.

Pilatos contestó:

—¿Soy yo judío, por ventura? Tu nación y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?

Entonces Jesús respondió:

—Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, mis soldados habrían luchado para que no acabase en manos de los judíos o en las tuyas. Pero mi reino no es de aquí abajo.

Un hombre cualquiera, con una expresión cansada y una mirada en la que brillaba el miedo por todos aquellos soldados que le rodeaban, por la mole desfigurada del centurión Marco que le dominaba, por el peligro que corría. ¿Es posible, se preguntó Pilatos, que él y Caifás y Afranio y Adunco hubieran apostado tanto por aquel hombre? Y sin embargo, desde que Jesús había comenzado su predicación la situación del país había mejorado, los incidentes habían disminuido, la gente parecía mejor dispuesta para con los romanos, y también los atentados de los zelotas se habían reducido. Ahora, además, que Bar-Abba había sido capturado —Afranio tenía razón, hubo de admitir—, también por ese lado las cosas mejorarían.

Pilatos volvió a la realidad.

—Así pues —dijo irónicamente—, tú eres rey.

Jesús respondió:

—Tú lo has dicho, yo soy. Para esto he nacido y he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad.

Pilatos se encogió de hombros:

—¿Y qué es la verdad? —preguntó despectivamente.

Salió de nuevo del pretorio, delante de los jueces, y les dijo:

—Yo no hallo en él ningún delito. Pero dado que es galileo, y por tanto de la jurisdicción de Herodes, llevádselo a él.

El cortejo se puso en marcha de nuevo, con Jesús entre los soldados y detrás los pocos saduceos que no habían perdido la esperanza de hacerle condenar, pero que estaban cada vez más desalentados. Más aún les desalentó la acogida que Herodes dispensó a Jesús. Efectivamente, cuando le vio, el tetrarca se puso muy contento

porque desde hacía largo tiempo deseaba conocerle. Esperaba, por todo cuanto había oído decir de él, verle realizar algún prodigio. Le hizo con esa intención muchas preguntas, pero Jesús no le respondió en absoluto. No tenía palabras para el hombre que había hecho decapitar a su primo. Entonces Herodes, en son de burla, le obligó a ponerse sobre la modesta túnica una llamativa vestidura de seda y le devolvió a Pilatos.

Para concluir el proceso, el prefecto hizo salir a Jesús a un patio interior de la fortaleza Antonia que los judíos llamaban Gabatá, o pavimento de piedra, porque estaba hecho de grandes losas. Con el paso de las horas había corrido por la ciudad la noticia de que Jesús había sido arrestado y procesado, y a la gente, como ocurría en aquellos casos, se le había permitido acceder a aquel patio, con capacidad para cerca de dos mil personas. Una triple fila de legionarios hacía frente a la multitud para impedirles subir al palco que dominaba la explanada, una ancha terraza de piedra a la que se accedía gracias a dos escalinatas de mármol blanco. Desde lo alto de ella el legado de la legión, en su rutilante uniforme con plaquetas de oro en el peto y en el cinto, con un calzado alto atado debajo de las rodillas y una larga capa color púrpura, vigilaba a la multitud dispuesto a dar la orden de reprimirla. Detrás de él, pero también en una posición que permitía observar toda la plaza, estaban Afranio y Adunco.

Dos legionarios, detrás de los que caminaba el centurión de rostro desfigurado, condujeron a Jesús al centro del palco. El prefecto le seguía a algunos pasos, se detuvo detrás del prisionero y se sentó en una tribuna. Se había esperado que a la vista del Nazareo la multitud, que tanto le había aclamado en los días precedentes, estallase en un aullido de emoción, y en cambio la plaza permaneció sumida en el silencio. El sol, ahora casi vertical, arrancaba destellos amenazantes a las áureas cabezas de león que adornaban la coraza de cuero del legado, y a la punta de las lanzas de los legionarios, pero las gentes de Jerusalén no se habían dejado nunca intimidar por tan poco y Pilatos comenzó a sentirse inquieto: había subido a aquel palco docenas de veces para anunciar cientos de condenas a muerte, pero de aquellas dos mil personas que tenían los ojos fijos en Jesús y callaban no había ningún precedente en su experiencia.

Instintivamente buscó la mirada de Afranio, y vio que el rostro del pequeño griego se había puesto de una palidez mortal. También Adunco, a su lado, se había dado cuenta de ello, y su mirada preocupada vagaba entre la multitud. El prefecto se alzó, cruzó las manos tras la espalda y comenzó a pasear lentamente por el palco fingiendo que aún se estaba esperando algo o a alguien, y se las arregló para que su andar le llevara cerca del griego.

—¿Qué sucede? —le bisbiseó dándole la espalda.

—No hay mujeres —le llegó desde detrás la voz del otro, que delataba el esfuerzo por mantenerse firme.

Pilatos volvió a observar a la multitud: era cierto, no había mujeres. Y los

hombres, ahora caía en la cuenta, no tenían el aspecto habitual de la gente de Jerusalén, artesanos y mercaderes, maestros y sacerdotes: estos tenían rostros muy bronceados, enjutos, hundidos, de expresión dura. Dio algunos pasos y se volvió de manera que pudiera ver a Afranio. Le dirigió una pregunta con los ojos y aquel hizo una señal afirmativa.

«Zelotas», pensó el prefecto, «todos zelotas. ¿Por qué están aquí? ¿Por qué han impedido a la gente corriente entrar? Ese loco de Afranio, tan seguro de sí, me las pagará. Quieren liberar a Bar-Abba cuando llegue su turno, es evidente, pero no pueden conseguirlo. Allá abajo hay trescientos soldados armados hasta los dientes, otros trescientos dispuestos a salir, y la caballería tardaría pocos instantes en llegar y causar una carnicería. Calma», pensó, «calma. Malditos judíos» pensó. El dolor en las manos, que le había perdonado durante algunas horas, llegó de improviso y desgarrador.

Volvió al lado del Nazareo, que estaba cabizbajo al sol, grotesco con su vestidura reluciente, y tan postrado por el cansancio que de vez en cuando se tambaleaba y el inmenso centurión, desde detrás, tenía que sostenerle con una de sus poderosas manos. Pilatos miró al legado, vio que se había dado cuenta de la situación y estaba ya listo para intervenir, leyó el mismo mensaje en los ojos del centurión. «Está bien», pensó, «terminemos deprisa este caso y luego pasemos al otro, a Bar-Abba: habrá un baño de sangre, ellos lo han querido».

Avanzó hacia el borde del palco.

—A este hombre —gritó en arameo—, Jesús de Gamala, llamado el Nazareo, me lo han traído los jueces del Sanedrín porque ha corrido sobre él la noticia de que quería hacerse proclamar rey. Yo le he interrogado y le he encontrado inocente. Por tanto, le declaro absuelto de toda sospecha. Es libre.

No hubo gritos, no hubo aplausos, no hubo hosannas. La multitud acogió el anuncio en silencio y todas las miradas permanecieron fijas en el palco.

«Están esperando a que aparezca Bar-Abba», pensó Pilatos. Lanzó una mirada al legado de la legión, y vio que ya tenía la mano en la empuñadura de la espada, vio que Adunco había desaparecido y comprendió que había ido a poner en alerta a los jinetes, pero Afranio permanecía allí, inmóvil, y su rostro estaba cada vez más pálido. «Maldito griego», pensó, «malditos judíos. Está bien, ahora veremos».

Hizo un gesto al centurión para que se llevase al Nazareo, pero en aquel momento un hombre que estaba en primera fila de la muchedumbre dio un paso adelante y gritó:

—¡Hegemón!

Pilatos le miró: era un hombre joven de largos cabellos negros y ojos brillantes, como si tuviera fiebre.

—¿Qué quieres? —le preguntó—. ¿Cómo te llamas?

—Soy Judas de Cariot, y tengo que hacer una denuncia. Ese hombre, Jesús de Gamala, es un peligroso malhechor que conspira contra la seguridad del Imperio.

Capítulo XXII

Adunco se adentró en el dédalo de callejuelas tortuosas, y no tardó en reconocer el modesto edificio en el que Afranio había disimulado su alojamiento. Subió las oscuras escaleras, llamó a una puerta con la señal que el griego le había enseñado e inmediatamente se le abrió, pero la persona que le hizo entrar, quién sabe si hombre o mujer, se alejó tan rápidamente que solo consiguió ver una mano morena y fina y unos largos cabellos negros. Abrió él mismo la puerta siguiente y todo se inundó de luz: se encontraba en una gran habitación decorada con todo lujo, preciosas alfombras en el suelo, cestas armoniosas de las que asomaban rollos de papiro y pergaminos, muebles con delicadas taraceas, paredes con frescos que representaban gráciles figuras de doncellas y efebos.

Sin embargo, el cuadro más hermoso lo constituía la gran ventana que daba a oriente. En el marco de mármol blanco se inscribía, en efecto, el tejado de oro del Templo, que respondía al sol de primeras horas de la tarde con destellos salvajes: irrumpían en la estancia y daban vida a las figuras de las paredes, arrancaban promesas a las pilas de volúmenes e imprimían una sonrisa al hombre recostado cómodamente sobre un triclinio. Tenía en la mano una copa de oro, y bebiendo parecía que brindase al sol.

Adunco se acercó, y Afranio, sin volverse, alzó de nuevo la copa.

—¿No es fantástico? —dijo—. Y nos lo deben a nosotros. Un rey medio judío lo hizo para el pueblo judío, pero el pensamiento que lo creó, el viento que le dio forma, esos eran helénicos. ¿No te sientes un poco orgulloso también tú, bárbaro?

El viejo policía no respondió, y el pequeño griego volvió la cabeza para mirarle.

—Han querido a Bar-Abba, ¿no es así? —preguntó.

Adunco asintió con la cabeza.

—El prefecto se equivoca —dijo el otro sonriendo— cuando critica a mi amigo médico; algunos de sus fármacos son de efecto seguro.

El hispano se sentó a su lado.

—¿Era realmente necesario, Afranio?

El griego sonrió.

—Más que necesario, amigo, indispensable. La gente como tú y como yo vive siempre ante la puerta de los poderosos y nunca consigue entrar. Nuestra vida es más fácil que la de muchos, pero pierde todo sentido cuando le falta su utilidad o desilusiona. Y entonces es el momento para curarnos de este dulce mal.

Se terminó la copa, y se relamió los labios.

—Por otra parte —prosiguió con voz más débil—, este final, amigo hispano, nosotros lo llevamos dentro. ¿Dónde está el tuyo?

Por la mente de Adunco cruzaron las imágenes de julio que partía para el exilio, de Ovidio que partía para el exilio. Se encogió de hombros.

—El mío, amigo griego, llegó hace mucho tiempo.

El otro, con los ojos ya medio cerrados, asintió con la cabeza, y luego, con la mano izquierda, hizo una débil señal que invitaba a Adunco a irse. El viejo policía se levantó, cogió la copa de los dedos de Afranio y luego estrechó la mano ya fría. Mientras salía, una figura morena, quién sabe si hombre o mujer, pasó por su lado silenciosamente para ir a arrodillarse al lado del pequeño griego.

Había llegado tarde, una vez más, y ahora, si no quería perder también la última posible cita, tenía que correr a pesar de los años y el cansancio. Caminó afanosamente para volver a la gran explanada del Templo y de allí a la fortaleza Antonia, buscando la sombra de los callejones para huir del sol que caía a plomo. Dentro de poco, bajo aquel mismo sol de justicia, fuera de la sombra piadosa de las callejas, Jesús el Nazareo —el hombre que podía traer la paz a la provincia, el hombre por el que habían apostado pues su reino de los Cielos no perturbaba el suyo en la tierra—, iría camino de la condena que ninguno de los poderosos hubiera querido infligirle.

¿No es esto irónico?, se preguntó Adunco. ¿No es algo bufo incluso? De morirse, pensó, y no solo Jesús sino también uno de esos poderosos —no, uno de los que están ante la puerta de los poderosos— que solo habían querido protegerle.

Pero también para los realmente poderosos, aquellos que gobernaban las provincias y los imperios, ¡qué humillación! Mientras se arrastraba por las callejuelas de Jerusalén, el viejo policía volvió a ver toda la escena en la Gabatá: aquel judío tenebroso, Judas de Cariot, que se adelantaba para denunciar a Jesús como insurrecto, y el prefecto de Judea que se ponía pálido y trataba de salvarse adoptando un tono despectivo:

Yo he interrogado a este hombre y no he encontrado en él la culpa de la que se le acusa, y tampoco el tetrarca Herodes, que me lo manda de vuelta.

Pero Judas, impasible, había dado otro paso adelante y había replicado:

—De acuerdo a tu ley, este hombre debe morir.

Había sido aquella palabra la que había espantado de veras a Pilatos: *morir*. Hasta aquel momento, todo podía ser un gran equívoco, todo podía encontrar una solución, pero no después de aquella palabra: *morir*.

El prefecto había buscado desesperadamente una salida, un desmentido a las acusaciones, y se había dirigido a Jesús porque era el único testigo a favor del que disponía. El galileo se sostenía en pie a duras penas, buscando de vez en cuando el apoyo del centurión de rostro desfigurado que no se alejaba de él, pero su mirada se había vuelto serena.

Pilatos le dijo:

—Te acusan de ser un insurgente. ¿Tú qué respondes?

Jesús sacudió apenas la cabeza y guardó silencio. No miraba al prefecto sino a Judas, abajo en la explanada, y por un instante el zelota bajó la mirada. Pero no fue más que un instante.

—¿A mí no me respondes? —preguntó Pilatos con voz ruda—. ¿No sabes que

tengo poder para soltarte y poder para crucificarte?

El Nazareo negó con la cabeza:

—No tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo alto. Por eso quienes me entregan a ti tienen mayor pecado.

—¡Basta! —gritó Pilatos a todos y a nadie—: ¡Este hombre no ha cometido ningún delito que merezca la muerte, por eso le pondré en libertad!

Entonces la multitud rompió finalmente el silencio. Un inmenso grito salió de las gargantas de aquellos dos mil hombres, un grito de acusación y de condena.

—¡Es culpable! —gritaron algunos.

Y otros:

—¡Si sueltas a ese, no eres amigo de César! Todo el que se hace rey va contra César.

Y todos al unísono:

—¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Ahora la gente se había puesto amenazadora y empujaba contra la primera fila de soldados. El legado de la legión miró a Pilatos, para recibir de él la señal que le autorizase a llamar a los otros soldados y a los jinetes y barrer a toda aquella chusma, pero Pilatos sabía que sería la señal de su desastre. Muchísimos zelotas morirían, casi todos, pero aquella gente estaba sin duda armada y vendería cara la piel: decenas, cientos de legionarios caerían, y quizás, al tenerse noticia del choque, en la ciudad estallase una revuelta con más muertos. ¿Cómo podría dar aquella noticia a Tiberio y a Sejano, que por una vez estaban de acuerdo y solo le pedían paz? ¿Cómo podría justificar una masacre de miles de personas ocurrida porque se había negado a ajusticiar a un solo hombre, un prisionero a quien los mismos judíos acusaban de ser rebelde a las leyes del Imperio?

Pero había hecho otro intento. Con un gran gesto había impuesto silencio, luego se había dirigido de nuevo a Judas:

—Y tú, hebreo, ¿quieres, pues, que crucifique a un hombre porque se declara vuestro rey y contrario a César?

Pero el zelota estaba preparado para aquella trampa, y su voz sonó sarcástica:

—Nosotros no tenemos más rey que César.

El viejo policía se detuvo a la sombra de un portón para recuperar el aliento y calmar los latidos de su corazón. Se quitó de la cabeza el pañuelo que le protegía del sol, se secó el sudor de la frente y del cuello y acto seguido reanudó su marcha jadeante al ritmo del recuerdo, para volver al palacio de Pilatos antes de que fuera demasiado tarde.

Encontró al prefecto sentado en la tribuna de la Gabatá, contemplando su derrota sumido en el silencio, que no sabía si real o presente solo en su mente. Delante de él, dándole la espalda, estaban los tres condenados: Jesús de Gamala y los dos zelotas que habían sido apresados el día anterior junto con Bar-Abba. Este estaba en cambio bajando la escalera que llevaba del palco al gran patio empedrado. Cuando llegó al

fondo, los soldados rompieron la formación para dejarle pasar, pero él se detuvo un instante y alzó los ojos hacia los tres del palco. Dijo adiós con una señal a sus dos amigos, pero cuando su mirada se posó sobre el Nazareo, la apartó en seguida, meneando la cabeza, y fue a perderse entre la muchedumbre.

Las puertas del patio se abrieron y la gente comenzó a desfilar, pero lentamente, porque fuera había hacinada una multitud todavía mayor, y finalmente Pilatos volvió a la realidad y a oír los sonidos. Las preguntas de quien había esperado fuera de la fortaleza, las respuestas de quien salía de ella, las protestas, las acusaciones, los sollozos de las mujeres, los gritos de rabia de los amigos de Jesús, de toda la gente que había aprendido a amarle y a tener confianza en él, la desesperación al conocer su suerte: todo se mezclaba en un inmenso grito coral. Algunos maldecían a los romanos y al prefecto sanguinario que una vez más derramaba la sangre judía, pero otros reconocieron a Bar-Abba y comprendieron qué había sucedido. Alguien, presa de una ira desesperada, se abalanzó sobre los zelotas, se produjeron peleas feroces, relucieron cuchillos, pero los legionarios intervinieron masivamente para aplacar los desórdenes, propinando fuertes golpes entre el gentío con las astas de las lanzas y con la lama de las espadas. La gente comenzó a huir, poco a poco el clamor se aplacó y las puertas de la fortaleza Antonia se cerraron.

El prefecto estaba sentado en la tribuna, con la cabeza medio calva descubierta al sol, y miraba una pequeña tira de papiro que tenía en la mano vendada. Los dedos temblorosos de Claudia habían escrito con letra insegura: «No te metas con este justo, pues hoy en sueños he padecido mucho por él».

Cuando el esclavo se la había entregado, Pilatos la había leído y se había sentido morir. «Ahora sí», había pensado, «ahora de verdad está todo perdido. Estoy a punto de condenar a muerte a mi última esperanza de recuperar a la única mujer que amo, la única persona que amo».

Poco antes los guardias habían traído al tablado a los tres zelotas arrestados, para terminar con los procesos, y Pilatos había decretado su condena a la cruz, pero de nuevo se había oído la voz de Judas:

—Es la fiesta de Pascua, es costumbre que se libere a un preso para quien el pueblo pida gracia.

El prefecto se había alzado cansinamente, para afrontar hasta sus últimas consecuencias la farsa de su derrota.

—¿Y a quién queréis que deje en libertad —había preguntado con ironía—, a Jesús, culpable de ser llamado el Mesías, o a Bar-Abba, culpable de sedición y de homicidio?

Los dos mil hombres habían estallado en un grito:

—¡A Bar-Abba! ¡Entréganos a Bar-Abba!

En aquel momento, Pilatos había buscado la última ayuda en los recursos de Afranio, pero el pequeño griego había desaparecido del palco. Quedaba el legado de la legión, que atormentaba nerviosamente la empuñadura de la espada, y quedaba

Adunco, que sacudía ligeramente la cabeza con una expresión de incertidumbre senil y luego, de improviso, desaparecía a su vez. Quedaba él, Pilatos, burlonamente vaciado de todo el inmenso poder que el Imperio le había confiado, y quedaban, encerrados entre los guardias, aquellos cuatro que le daban la espalda: tres vestidos con burdas túnicas raídas y uno con la grotesca vestidura de seda purpúrea que resplandecía al sol. Una vestidura regia, había pensado el prefecto, para el rey de los judíos. A una señal suya, los guardias desataron las manos a Bar-Abba.

Ahora, bajo el sol centelleante de la hora de séptima, en el escenario de aquel trágico teatro, quedaban aún algunos de los actores principales pero la platea estaba vacía, la acción se veía reducida a los movimientos medidos de los militares, el diálogo a las pocas órdenes secas del centurión de rostro desfigurado: una vez pasado el peligro, el legado de la legión se había ido, dejándole la tarea de desempeñar las cuestiones rutinarias de la justicia.

A una señal del oficial, los soldados se llevaron a los presos hacia una de las escaleras de mármol, mientras Adunco subía por la otra e iba a sentarse al lado de Pilatos. Los dos hombres se quedaron mirando al pelotón que se formaba para escoltar a los condena dos al Gólgota, la colina en forma de cráneo que se alzaba casi en el centro de Jerusalén. Dismas y Hesmas estaban pálidos, pero mantenían la cabeza alta: desde hacía mucho tiempo la perspectiva del sacrificio, con tal de no tener que llamar Señor a otro que a Yahvé, formaba parte de su vida.

En cambio, Jesús trataba de reencontrar el hilo de unos pensamientos cada vez más huidizos. ¿Por qué, en pocas horas, todo había cambiado? ¿Por qué el curso de las cosas, que hasta el día anterior había parecido obedecer a la fuerza del amor y darle razón, se había vuelto de repente contra él? Pero quizá, pensó confusamente, todo estaba escrito desde un comienzo, quizá todo no había sido más que una mera ilusión, una pausa del tiempo, que había reanudado su correr borrando las frágiles embarcaciones de la buena voluntad apenas habían entrado en juego las fuerzas de siempre: el odio, la violencia, o el azar, simplemente. Y sin embargo, pensó, no hay otro camino, no hay otro camino…

Un legionario le arrancó la vestidura chillona, y apoyó sobre uno de sus hombros y de los dos zelotas los travesaños que había que fijar a los palos ya levantados en el Gólgota para formar las cruces. Los tres se aferraron a ellos para evitar que el madero se deslizase hacia delante y hacia atrás, hiriéndoles y haciendo más penosa aún su marcha. Los pusieron en fila, uno tras otro, y el centurión alzó la mano para ordenar que de nuevo se abriesen las puertas de la fortaleza Antonia.

—¿Estás seguro? —preguntó Adunco a Pilatos.

No se esperaba la expresión que advirtió en el rostro del prefecto: una gran ira, seguro, pero también un gran miedo. ¿De qué?, se preguntó el viejo policía. ¿De Tiberio? ¿De Sejano? Le parecía imposible. El procurador de una provincia, tan alejada de las miradas de sus superiores, siempre tiene alguna manera de justificar una muerte, aunque no entre en los programas que le han sido confiados. Pero no

había tiempo para indagar en el ánimo del prefecto.

—Detén un momento a esos hombres —le dijo Adunco.

De nuevo Pilatos tuvo una reacción inesperada. Se puso en pie de un salto, gritando y agitando un puño en dirección a los tres desgraciados de allá abajo:

—Pero ¿por qué tenemos que preocuparnos tanto? ¿Quién es ese, a fin de cuentas? Solo uno de los muchos locos que tratan de cambiar el mundo. ¡Pronto será olvidado, hasta se dudará de que haya existido jamás!

También Adunco se levantó, y fue a encararse con el prefecto.

—Y así nuestro plan fracasará. Pero esto no sucederá si nos las arreglamos para que la gente no olvide lo que él decía y continúe creyéndolo. Porque entonces, si ha existido o no, será un interrogante de importancia secundaria.

El prefecto respiró hondo. Era un soldado, y sabía cómo recuperar la sangre fría en pleno fragor de la batalla.

—¿Qué propones? —preguntó.

—¿Puedes fiarte del centurión?

—Ciegamente.

—Llámalo —dijo Adunco.

Bastó con una señal de la cabeza de Pilatos y el inmenso oficial volvió a subir la escalinata en un santiamén, sin esfuerzo aparente. El anciano policía habló con él y le tendió algo que había pescado dentro de su alforja, el otro escuchó sin demostrar mayor sorpresa. Se limitó a mirar al hombre al que había jurado una obediencia más allá de todo límite de deber o de ley, y cuando aquel le dijo que sí con la cabeza cogió el objeto que Adunco le ofrecía y se lo colocó al cinto, luego volvió a bajar la escalera. Con la punta de la espada tocó un hombro del zelota que abría la fila y dijo:

—¡Vamos, andando!

Fuera de la fortaleza encontraron esperándoles a un grupo de apóstoles y discípulos de Jesús que se apretaban en torno a María, Salomé y María de Magdala. Se pusieron a la cola del pequeño cortejo militar, al que la figura del centurión sacaba una cabeza, y se encaminaron hacia el Gólgota. Muchos, a lo largo del camino, miraban desde las puertas o escondidos detrás de las ventanas, pero no se atrevían a manifestarse. El pueblo temía a los soldados, temía a los zelotas, temía a los sacerdotes del Templo, temía a todos, porque sabía que todos estaban en contra suya. Pero poco a poco la gente comenzó a seguir la marcha de los condenados, hasta que hubo una verdadera multitud. Las mujeres se daban golpes de pecho y lamentaban la suerte de Jesús, y este encontró aún fuerzas para salir de un inmenso extravío y dirigirles la palabra:

—Hijas de Jerusalén, —dijo con voz exhausta— no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos.

Cuando llegaron a lo alto de la colina de la calavera, era casi la hora de octava. Los soldados cogieron los maderos de los hombros ulcerados de los prisioneros y los clavaron en tres palos, luego despojaron de sus ropas a los condenados, dejándoles

con un taparrabos, y les hicieron subir sobre unas piedras para que llegaran a la altura adecuada a fin de atarles los brazos al travesaño. Finalmente, con unos grandes clavos fijaron los pies al palo vertical, uno a cada lado, y a cada golpe de martillo respondía un grito. Fue cuestión de pocos minutos: el procedimiento era simple, y grande la experiencia.

A escasos metros, arrodilladas a los pies de la colina, las mujeres sollozaban y los discípulos apretaban desesperados la cabeza entre las manos, pero un hombre alto e imponente casi como el centurión, se abrió paso entre ellos y dio un letrero a los guardias para que lo clavasen encima de la cabeza del Nazareo. Decía, en hebreo, griego y latín, «el rey de los judíos». El hombre desapareció en seguida, pero muchos de los judíos presentes habían reconocido a Menajén, hijo de Judas.

Los soldados habían puesto a Jesús en medio, con Hestas a su derecha y Dismas a su izquierda, y como de costumbre se habían repartido los vestidos de los condenados. Descubrieron con sorpresa, porque no sabían que aquella era la usanza de los esenios, que la túnica del galileo no tenía costuras, y decidieron jugársela a los dados.

Horriblemente asegurados en las cruces, los tres hombres se quejaban, pero el dolor, por más atroz que fuese, no era suficiente para hacerles perder el conocimiento. Mantenían la cabeza apoyada contra el pecho, pero de vez en cuando la alzaban y abrían de par en par la boca porque la postura hacía difícil la respiración. Sentían que se ahogaban, y para alivio de los pulmones trataban de vez en cuando de alzarse haciendo fuerza con los riñones, pero inevitablemente la presión terminaba sobre los pies martirizados y entonces dejaban escapar un grito de dolor.

Era casi la hora de nona cuando el cielo se oscureció de repente, debido a una tempestad de viento que traía tierra del desierto. La gente temblaba atemorizada y susurraba que era un nuevo prodigio del Nazareo, mas para los condenados la arena que entraba en sus bocas secas y abiertas de par en par era solo un suplicio más. Dismas y Hestas agonizaban y Jesús había perdido casi el conocimiento, pero de golpe volvió a alzar la cabeza y dijo:

—Tengo sed.

Entonces se adelantó el centurión de rostro desfigurado. Empapó una esponja con el líquido del pequeño recipiente que se había sacado del cinto y la alzó hacia la boca del Nazareo. Este, instintivamente, la sorbió con avidez, pero inmediatamente después revolvió los ojos y gritó:

—¡Todo ha terminado!

E inclinó la cabeza sobre su pecho.

Se oyó entonces el ruido seco del golpe del garrote con el que los soldados rompían las piernas a los dos zelotas, para poder retirarles de la cruz sin tener que esperar su muerte. Se acercaron al tercer condenado, pero el centurión les detuvo con un gesto: tomó una lanza e hirió a Jesús en un costado hasta hacerle brotar sangre; aun así, Jesús permaneció inmóvil.

—A él no —dijo el oficial—, está ya muerto, no le toquéis.

Y mandó a uno de ellos para comunicárselo a Pilatos.

El cielo se había ya despejado cuando el soldado llegó a la fortaleza Antonia. Justo en aquel mismo momento José de Arimatea y Nicodemo pedían a los centinelas ser anunciados al prefecto. Se les hizo pasar inmediatamente, junto con el mensajero, pero ninguno de los tres se atrevía a dirigirse a Pilatos porque estaba en compañía de otro romano que no conocían.

—Hablad —les dijo el prefecto. Su voz era cansina y cortés.

José de Arimatea cobró ánimos.

—Hoy es la Parasceve —dijo—, la víspera del sábado que da comienzo a la semana de Pascua. Nuestra Ley prohíbe que en este día haya ajusticiados que no reciban digna sepultura, y el sábado comienza esta noche cuando aparece la segunda estrella del crepúsculo. Hemos venido a pedirte que nos autorices a descender de la cruz a Jesús el Nazareo.

En vez de responderle, Pilatos se dirigió al hombre anciano que tenía a su lado.

—Precisamente como tú decías. ¿Dónde has aprendido todo esto?

—Afranio ha sido un excelente maestro —dijo Adunco—, se lo debes a él.

El prefecto se volvió hacia el soldado.

—¿Tu mensaje? —preguntó.

—El centurión Marco te hace saber que Jesús el Nazareo ha muerto.

—Habéis oído —dijo Pilatos a los dos miembros del Sanedrín—. Podéis iros. Este hombre os acompañará, el centurión os entregará el cuerpo.

José de Arimatea y Nicodemo, asombrados por tanta benevolencia, dieron las gracias calurosamente y salieron a toda prisa. Pilatos y Adunco les siguieron con la mirada.

—Cogedle y lleváoslo —murmuró el prefecto—, que desaparezca de la vista de los vivos, así todos podrán pensar que ha resucitado de entre los muertos.

Se volvió hacia el viejo policía.

—He hecho lo que me pedías. No tenía otra elección, creo. O nunca habría podido… Pero esto carece de importancia. ¿Qué sucederá ahora? ¿Esto también lo has aprendido de Afranio?

Adunco se encogió de hombros.

—¿Qué más puede hacer? Como tú mismo has dicho, desaparecerá para siempre. Y así la gente creerá que al final de la debilidad que predicaba están de verdad la resurrección y la justicia.

Entró un esclavo con una jofaina de plata. Pilatos extendió las manos, para que le quitaran las vendas, y las sumergió en el líquido balsámico: miró en la transparencia sus pobres dedos llagados y luego, sin hacer caso del dolor, los apretó en un puño.

—Alguna vez —dijo— la debilidad puede transformarse en fuerza.

Adunco asintió.

—Es cierto, Pilatos, y la fuerza puede transformarse en poder. Pero entonces será

igual a nosotros, y estará en cualquier caso de nuestro lado.

—No sé —dijo Pilatos con un gesto de incertidumbre—, no estoy tan seguro de ello. Quizás hemos cometido un error. Pero llegados a este punto…

Hizo un gesto cansino de despedida, y Adunco salió. La jornada había sido larga. El viejo policía pensó que se iría a descansar y a la mañana siguiente partiría para volver a la casa de Córdoba en que naciera. Su sueño era reencontrar allí un algo de inocencia que le permitiera morir en paz, pero sabía que no sería posible. De ser afortunado, la nave naufragaría en el camino de regreso y al menos le sería ahorrado el fracaso de este último sueño.

Pilatos sumergió de nuevo las manos en el agua de la jofaina de plata, luego las alargó al esclavo para que las secase y vendase. Tras quedarse a solas, se sentó detrás del escritorio, tomó una hoja de papiro y un cálamo y escribió:

A Tiberio julio César, emperador
De Poncio Pilatos, prefecto

Informe 751
Categoría: muy secreto
Fecha: mes de abril, año 783 de la fundación
Asunto: Jesús de Gamala, llamado el Nazareo
Juicio: en espera de acontecimientos

Nuestro agente en Judea…

Se detuvo, porque en realidad no sabía qué escribir. Haría falta mucho tiempo para saber si aquella operación sería un éxito o un desastre, y además, debido quizás al cansancio o al dolor en las manos, le era ya indiferente lo que pensaran Tiberio y Sejano. Cualquier cosa, con tal de que le permitieran irse lejos de aquella odiosa provincia, de aquella gente irreductible.

Pero en aquel momento entró por la ventana un soplo del viento ligero y perfumado de primavera, el hálito de una tierra que trataba de hablarle. Entonces el prefecto de Judea dejó el escritorio, salió a la terraza y alzó los ojos al cielo de Jerusalén que se ponía de un color cobalto.

Será una noche clara, pensó. De plenilunio.

FRANCO MIMMI (Bolonia, Italia, 1942). Tiene a sus espaldas una prestigiosa carrera como periodista en las páginas de *Il Resto de Carlino, La Stampa, Il Mondo, Gente Money* e *Italia Oggi*, y actualmente es corresponsal de *Il Sole-24 Ore* en Madrid.

Con su primera novela, *Rivoluzione*, obtuvo el Premio Scanno Opera Prima y posteriormente ha publicado *Relitti: A Tale of time* y *Villaggio Vacanze. Nuestro agente en Judea* fue galardonada con el Premio Scerbanenco a la mejor novela policíaca del año (que anteriormente habían obtenido Carlo Lucarelli, Pino Caucci y Marcello Fois), «por la novedad de la escritura, la solidez de la trama y el rigor en la documentación». Traducida a las principales lenguas europeas, ha cosechado un más que notable éxito de crítica y ventas.

Notas



[1] Adunco, del latín *aduncus*, significa en italiano «aguileño», «ganchudo». (*N. del T.*). <<